MIGUEL DE TORO

LOS NUEVOS DERROTEROS DEL IDIOMA

PARIS
R. ROGER Y F. CHERNOVIZ
EDITORES

LOS NUEVOS DERROTEROS
DEL
IDIOMA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tesoro de la lengua española. Estudio acerca de diversas dificultades de la lengua : acentuación, ortografía, género, número, conjugación y régimen. Corrección de barbarismos. Discusión de los galicismos y neologismos mas frecuentes. Un volumen en 8° de 400 páginas, tela.

Curso práctico de gramática y correccion del estilo, adaptado á las necesidades del lenguaje americano.

Lecciones de cosas (Curso infantil) un tomo en 8° cuadrado, *con 400 grabados*, en colaboración con Miguel de Toro y Gómez.

Enmiendas al Diccionario un vol. en 16° de 215 pag.

Apuntaciones lexicográficas, un vol. en 16° de 281 pag.

Americanismos, un vol. en 16° de 287 pag.

Ortologia castellana de nombres propios, un vol. en 8° de 493 pag.

La lectura de los clásicos (*Teatro de Calderón*, anotado), un vol. en 16°.

Pequeño Larousse ilustrado, un vol. en 8° de 1528 pag.

T6867n

MIGUEL DE TORO Y GISBERT
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LOS NUEVOS DERROTEROS DEL IDIOMA

169596
2.3.2

PARIS
R. ROGER Y F. CHERNOVIZ, EDITORES
95, BOULEVARD RASPAIL, Y 38, RUE DE FLEURUS
1918
Propiedad de los Editores

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

PRÓLOGO

Causa verdadera sorpresa a muchas personas el nuevo rumbo que toma el idioma español en ciertos libros hispanoamericanos modernos. Frases de corte algo extraño, imitado con frecuencia del francés, considerable número de voces nuevas, campean en dichas obras, y reina en ellas una especie de anarquía lingüística. A quienes aun tienen el culto de nuestras glorias pasadas, estas novedades producen no sólo desconfianza, sino hasta indignación. Para otros, olvidadizos de lo que hemos sido y admiradores sólo de lo que en otros países se hace, tal modificación es signo de regeneración que hemos de celebrar incondicionalmente y alentar con todas nuestras fuerzas. Algunos, entusiasmados con la novedad, y poco al corriente de lo que es el español moderno, han querido dar a esta nueva forma del lenguaje escrito el nombre de neo español.

A decir verdad la corriente de que hablamos no tiene nada nuevo, y es forma naturalísima de la evolución del idioma. Natural es que en el siglo XX se hable distintamente de como se habló en el siglo XVI, y no ha de sorprendernos que medie por lo menos análoga distancia entre el idioma de Rubén Darío y el de Cervantes, que entre el de éste y el del arcipreste de Hita, separados que están unos de otros por un período de tres siglos. Las verdaderas bases del idioma contemporáneo se hallan pues más bien en los autores españoles y americanos del siglo diecinueve que en la media docena de franceses, casi olvidados hoy en su misma patria, y de quienes algunos modernos escritores pretenden haber sacado su estilo. En verdad, sin que ellos se dieran cuenta de lo que hacían, contentáronse con seguir la tendencia evolutiva natural del idioma español, y lo que deliberadamente agregaron, copiándolo

de los franceses, es cabalmente lo menos vivo de su obra, y lo que más pronto ha de desaparecer.

¡Neo español! Hace falta toda la fatuidad de un francés para llegar a figurarse que haya podido ejercer la lengua de su tierra semejante influencia en la de una raza que puebla ambos continentes, para cuyos cultivadores el sol, como en los dominios de Carlos Quinto, no se pone jamás, en la de una raza que cuenta tantas y tan magnas obras literarias, y que en el siglo XVII dió papilla a los más preclaros ingenios franceses.

Y es precisa una completa ignorancia de las leyes del idioma para figurarse que, en menos de un siglo, el progreso material y la emancipación comercial de América hayan podido transformar tan completamente la tradición lingüística heredada de la antigua metrópoli, que pueda considerarse su idioma como distinto del que sigue hablándose en España.

¡Pues si precisamente la evolución lingüística es una de las cosas más lentas y más automáticas que se conocen! ¡Si antes de sorprendernos por la supuesta evolución de esos países alejados de España históricamente desde hace tanto tiempo, debiéramos admirarnos de ver subsistir en ellos, con la misma lozanía que en España voces, giros y construcciones que sólo tradicionalmente se comunican de padres a hijos! La mayor parte de las alteraciones lingüísticas que creen algunos americanos propias de su continente y muestras de una evolución propia, no son sino provincialismos españoles o arcaísmos. Fuera de los elementos de origen puramente indio, todo lo que difiere en el español *hablado* de América del español *escrito* de España puede hallarse en la misma península. Y lo único que ha podido separar una de otra ambas evoluciones, casi paralelas, ha sido la centralización castellana de España, posterior a la colonización de América y que ha dado al provincialismo de Castilla, el que menos pudo desarrollarse en América, preexcelencia sobre el provincialismo andaluz, gallego, extremeño, asturiano o bable, que fué el que más colonizó el Nuevo Mundo. Si Felipe II, en vez de poner la capital de su reino en Madrid, la hubiese colocado en Sevilla, apenas se notaría diferencia entre el español vulgar de América y el de España.

En cuanto a las influencias extrañas que han podido obrar sobre el español moderno, han sido las mismas en ambos continentes. Algo de Alemania, un poco más de Inglaterra y mucho de Francia, tales son los elementos que en ellos han influído sobre el español escrito y, de rechazo, sobre el español hablado. Galicismos y anglicismos tienen los españoles tantos como los americanos. Y en cuanto a la construcción afrancesada, al dichoso neo español, « qui est du français par la syntaxe », hacía tiempo que lo conocían los españoles, cuando nos lo presentaron como cosa nueva algunos jóvenes. Sólo que aquéllos usaban galicismos sin querer, y éstos nos quieren convencer de que lo hacen de intento. La misma Fernán Caballero, que no tenía sin embargo pretensiones de innovadora, está llena de galicismos de construcción. Y basta leer el prólogo del diccionario de Baralt para convencernos que aun en el siglo XVIII abundaban ya en España los traductores que, sin quererlo, escribían en un guirigay que era también « du français par la syntaxe ».

Para mostrar que el fenómeno no tiene nada de americano he estudiado, al redactar la presente obra, el vocabulario de cierto número de escritores españoles y americanos. No quiere decir mi selección que no haya tomado sino los escritores más notables ; otros muchos hubiera podido escoger, con los que hubiera hecho análogas observaciones. Pero, no queriendo dar a esta parte de mi obra dimensiones exageradas he tenido que ceñirme a unos cuantos nombres. En algunos casos mi elección se debe sólo a que tenía ya leídos y apuntados los libros citados.

Pero con la muestra podrán convencerse mis lectores de que la evolución presente viene a ser casi análoga en los escritores americanos que más alardean de haber transformado el idioma y en ciertos españoles que no hacen gala de dicha pretensión.

Obsérvase en casi todos los autores estudiados una propensión señalada a la fabricación de voces nuevas, no siempre indispensables, una licencia grande para la admisión de vocablos extranjeros, especialmente franceses, una tendencia a la simplificación de la frase, que abandonando los enrevesados períodos de antaño, se

hace cada vez más breve, más regular, más enemiga de la inversión.

Por desgracia nótase en muchos de ellos un desaliño grande en la construcción, una vacilación detestable en el uso del régimen de nombres y verbos, una ignorancia del carácter de nuestra lengua que les hace incurrir no pocas veces en construcciones irregulares, galicadas a veces y a veces sencillamente bárbaras, y sobre todo una manía detestable por el empleo de palabras que no entienden. Este último abuso, que critico en el capítulo titulado « *Moderno disparatorio* », hará quizás reir a muchos, pero a algunos ha de causar profunda pena, pues no puede darse prueba más clara de la incultura española actual.

En materia de neologismos y galicismos tengo la manga sumamente ancha. Tolero todo lo nuevo y aun lo aplaudo siempre que lo merece ; sólo censuro el neologismo cuando es del todo inútil o feo. Para nada tengo en cuenta en mis juicios el Diccionario de la Academia, que há de considerarse como el archivo de gran parte del idioma, pero de ningún modo como la norma intangible de éste. O jalá dicha parte de mi trabajo pueda servir de aviso a la Academia española acerca de la necesidad que hay de rejuvenecer considerablemente su obra, publicando nuevamente un diccionario de Autoridades en el que tengan cabida citas de los grandes escritores modernos, y de guía a los profesores de lengua y literatura españolas que, en presencia del moderno desbordamiento de neologismos, no saben a veces qué han de celebrar y qué han de criticar.

Respecto de la Gramática me he mostrado algo más severo. Si es lícito en efecto tomarse ciertas libertades con la retórica y sacar de la frase y de la palabra todos los efectos de expresión y de arte que quieran inventarse, no cabe la misma libertad en lo tocante a la gramática. Esta, bien entendida, no es sino la clasificación de las formas adoptadas unánimemente para que ciertas combinaciones de letras o de palabras signifiquen siempre una misma cosa. La ortografía será todo lo caprichosa o lo artificial que se quiera, pero hace falta adoptar una sola manera de escribir cada palabra si queremos que el idioma no se convierta en una especie

de Babel. En cuanto a los pronombres, preposiciones, adverbios, etc., son meras palabras de enlace que serán tanto mas utiles cuanto mejor determinado esté su oficio en la oración. Alguna elasticidad puede darse sin embargo al régimen de las palabras, que no estando en nuestra lengua perfectamente determinado aun, puede sufrir algunas modificaciones si tienen éstas por objeto hacer más clara la frase. Pero tal ha de ser la única razón que nos autorice a innovar en semejante asunto y no el mero hecho de que un régimen se use en francés y no en nuestra lengua. Sin ser enemigo absoluto de imitar a los franceses en lo que su lengua tenga mejor que la nuestra, combatiré siempre la imitación cuando ésta no enriquezca el español. Por ultimo, nunca me alzaré con bastante indignación contra el barbarismo que consiste en emplear palabras a tontas y a locas, porque suenan, y en darles un sentido que jamás pensaron tener. Nadie tiene obligación de usar un vocabulario riquísimo, es más, creo que más vale pecar en esta materia por carta de menos que por carta de más, pero, ya que haga alarde el escritor de usar palabras que no conozca el lector, no se exponga a que éste, al buscar en un diccionario el sentido de una voz desconocida, se encuentre con que significa precisamente lo contrario de lo que con ella quiso expresarse.

En la sección de esta obra referente a la lexicografía, ocúpome especialmente en mis estudios preferidos. Tras un examen bastante detenido de la última edición del diccionario académico, apunto algunas observaciones referentes al tecnicismo científico anatómico y botánico, que, como todos los demás tecnicismos anda sumamente abandonado entre nosotros. Hago también una reseña de los dos últimos diccionarios de argentinismos que se han publicado, haciendo ver una vez más, por medio de estas obras, lo mucho que queda aún por hacer en la lexicografía española.

Me daré por satisfecho si, después de hojeada esta obra, quedan algunos lectores convencidos de que la lengua española es mucho más rica, más viva, mas susceptible de asimilación de lo que muchos se figuran, de que su fuerza de evolución sigue tan fuerte en la península como en América, verificándose dicha evolución

por direcciones casi idénticas. Y sobre todo de que, siendo el español suficientemente rico y hermoso por sí sólo, inútil es acudir en busca de la belleza a lenguas ajenas cuyas galas, por valiosas que sean, nunca valdrán para vestir la lengua de Cervantes sus propios riquísimos atavíos.

EL VOCABULARIO MODERNO

Blasco Ibánez.
Pedro de Répide.
Arturo Reyes.
Pio Baroja.
Emilia Pardo Bazán.
Martínez Ruiz.
Miguel de Unamuno.
Salvador Rueda.
Díaz Rodríguez.
Rubén Darío.
Gómez Carrillo.
Vargas Vila.
Armando Vasseur.
Enrique Rodó.
Blanco Fombona.
La Joven Literatura americana.
Del Montón,

EL VOCABULARIO DE BLASCO IBÁÑEZ

Aunque no sea considerado Blasco Ibáñez como escritor modernista, en la acepción que generalmente se da a esta palabra, el ilustre autor de *La Barraca,* de *Los Muertos mandan*, y de *Sangre y arena*, es uno de los mas notables constructores del idioma actual. En su obra prodigiosa adquiere el vocabulario castellano una potencia y una vida que no sospechábamos siquiera. Voces castizas y olvidadas ya, palabras pintorescas de la lengua vulgar y aun del caló de Madrid, sabrosos provincialismos en los que alguna vez descubrimos el abuelo de tal o cual americanismo, neologismos audaces y bien formados, galicismos en la proporción que corresponde a un idioma del que cada día va enseñoreándose más al influencia transpirenaica, todo ello suministra al lexicógrafo, amén del correspondiente deleite de coleccionista, infinidad de datos para ir catalogando las riquezas recónditas de nuestra lengua tan mal estudiada hasta hoy día.

En un libro anterior, *Apuntaciones lexicográficas*, cité ya gran numero de palabras que figuraban en *Los Muertos mandan* y no estaban incluidas en el Diccionario de la Academia.

La última edición de dicho Diccionario ha venido a cercenar la cosecha de antaño. Ciento treinta y seis palabras y acepciones tenía apuntadas en aquel libro. Dieciséis de ellas han entrado en el nuevo léxico. Y no vaya a figurarse el cándido lector que la Academia hizo una selección entre aquellas ciento treinta y seis voces, y que por lo tanto no le gustaron las ciento veinte restantes. No, la Academia no ha pensado en utilizar mi trabajo, no por mala voluntad, sino por no tener conocimiento de él. Buena prueba de ello es que no ha

enmendado casi ninguna de las numerosas erratas materiales que señalo en varios de mis libros, mientras que ha expurgado concienzudamente mi obrita *Enmiendas al Diccionario de la Academia*, que por lo sugestivo del título no podía menos de llegar a sus manos. ¡Nada! es triste confesarlo, sólo dando palos le hacen caso a uno. Después de aquella obra algo violenta, quise adoptar un tono más suave y seguí reuniendo reparos al léxico oficial en *Apuntaciones, Tesoro de la Lengua, Americanismos, Ortología de nombres propios*. ¡Como si los hubiera echado a un pozo!

Tengo otra serie de apuntes para la nueva edición, no tendré más remedio que darle un título llamativo si quiero que sirvan de algo.

Decía pues que algunas palabras han sido incluídas en la nueva edición del diccionario. Son las siguientes: *mentón*, *alarmante*, *inexpresivo*, *hotel*, *festival*, *automatismo*, *rebencazo* (que acaba de meter el diccionario como americanismo), *cosquillear*, *automatismo*, *fragmentario*, *rudimentario*, *pavimentado* y *congestionado*, voces, las dos últimas, cuyos verbos figuran ahora en el diccionario; *sinvergüenza*, *mutismo*, *inconsciencia*.

Pero aun faltan en los Diccionarios infinidad de palabras del idioma usual, que tan abundantemente usa el gran novelista para deleite de sus lectores. A las que quedan de mi primer rebusco en *Los Muertos mandan* agregaré otras sacadas de *La Catedral*.

Pertenecen al lenguaje común y debieran por lo tanto estar catalogadas ya por los Diccionarios, de *Los Muertos mandan*: *ventanal* (5); *montante*, en acepción distinta de la académica (5); caserón de pocos *huecos* (6); *panfiles*, *rampines* (10); *vedijas* de humo (15); *botiflers* (18); *ahuecador* (19); *tufillo* (25); *espadaña* de hierro (30); *payesía* (48); *guitarreo* (58); *butifarras*, en la acepción histórica (65); *timba* (71), por casa de juego; *magnoliero* (73); *chapoteo* (73); *hotelero* (80); mágicas *desnudeces* (82); *encontronazo* (94); *desconchadura* (151), tan bueno como desconchado; *frasco*, arma de los corsarios ibiceños (179); *tamborileo* (184); *teja* (205), por sombrero eclesiástico; *¡futro!* (211); el *escogido* de las parejas (242); *cogotera* de un tricornio (245); *ritual* de un festejo (316); el *plumeo* de un abanico (340);

tintineo (341 ; *cric crac* (358) ; *estridencia* (359) ; *foco* eléctrico (386) ; un dulce *sopor* (405) ;

De *La Catedral* : este fuelle hace *aire* (21) ; una triple *barbilla* (219), de sentido más amplio que el académico ; *el bestia* de tu hermano (121) ; *bicornio* (260) ; *blusa* (242) ; prenda femenina ; *contrafuertes* y *botareles* (57), que la Academia da como sinónimos ; un *camándulas* (116) ; las *cancelas* de la catedral (33) ; *carraspeo* (9) ; nuestros generales *de ir por casa* (264) ; *cascabeleo* (258) ; *claverías* (22) ; *copeo* fino (149), introducido en la última edición del Diccionario, con sentido más restringido ; *coral* (143) ; *cuartucho* (110) ; *cuatrillón* (246) ; *chicarrón* (44) ; sin más guía que la *chispa* de su linterna (175) ; *desgarbo* (288) ; *doselete* (7) ; la *espiral* de su cigarrillo (275) ; el tiempo del *francés* (149) ; por la francesada (tampoco académico) ; *gachí* (131) ; *gachó* (134) ; *guerrera* (254), prenda militar ; *guillati* (138) ; *jugueteo* (112) ; *malhumor* (272) ; *manchador* del órgano (128-174) ; *máuser* (271) ; los *negros*, enemigos de la monarquía (40) ; *¡olé!* (218) ; unos *parditos* (100) ; *estirar la pata* (302) ; *patatín patatán* (277) ; una *perdida* (122) ; *perrería* (101) ; un *perro* gordo (100) ; *prójima* (134) ; *querindango* (297) ; tener *redaños* (151) ; *a regañadientes* (99) ; *repiqueteo* (173) ; *respaldo* del hueco de la escalera (11) ; *santero andante* (194) ; *sargenta* (145) ; *señoritinga* (153) ; *sopas con leche* (151) ; *presidente del supremo* (280) ; un *tapaojos* (234) ; *de mal teque* (148) ; *¡total!* (182) ; *zapaterín* (103).

Terminados en *miento* y *mento*, hallamos, en *La Catedral* : *adecentamiento* (265) ; *retoñamiento* (47) ; *compartimento* (112).

En *ismo* hallamos, en *La Catedral* : *industrialismo* (268) ; *anticlericalismo* (204) ; *mesticismo* (189) ; *hieratismo* (139). En *Los Muertos mandan* : *legitimismo* (149) ; *animalismo* (287) ; *quietismo* (289).

En *dad* terminan, en *La Catedral* : *virtuosidad* (178) ; *materialidad* (103) ; *sublimidad* (113), por cosa sublime. En *Los Muertos mandan* : *acometividad* (116-343) ; *pegajosidad* (353) ; *leñosidad* (48) ; *lacrimosidad* (153) ; *copropiedad* (191), y *angulosidad* (263).

En *ista* encontramos, en *Los Muertos mandan* : *budista* (352) ; y en *La Catedral* : *fuguistas* y *contrapuntistas* (143).

En *ción*, de *Los Muertos Mandan* : *dignificación* (126) y de *La Catedral* : *degeneración* (187) ; *superalimentación* (154) ; ocupado en enormes *concepciones* (269).

En *ería* trae *La Catedral* : limpio de *extranjerías* modernas (283) ; *camaradería* (306).

En *aje*, en *La Catedral* : *andamiaje* (156), tan bueno como andamiada ; y en *Los Muertos Mandan* : *carenaje* (375) ; *invernaje* (59).

Entre los demás neologismos tenemos, en *La Catedral* : *prehistoria* (176) ;*apoteca* (104) ; y en *Los Muertos mandan* : *falansterio* (77) ; *gliptoteca* (79) ;*urbe* (161).

Si pasamos a los calificativos, tropezamos en *La Catedral* con gran cantidad de adjetivos de perfecto sabor castellano y cuya ausencia del diccionario causa cierta admiración : *achicharrador* (221) ; *aplastante* (264) ; *aseñorado* (106) ; losas *berroqueñas* (45) ; con *cada* sombrero como un quitasol (119) ; ponerse *cejijunto* (24) ; *comodón* (38) ; *el muy condenado* (122) ; *confianzudo* (116) ; *delgaducho* (153) ; ubres *desmayadas* (157) ; versos *dulzones* (145) ; *embrutecedor* (313) ; *guillado* (331) ; *maloliente* (128) ; música muy *movida* (140) ; *neto* (39), en la acepción de política ; ponerse *perdido* (121) ; *rabitieso* (261) ; *ratonil* (146) ; *tristón* (218) ; *verde* (196), por descreído, de la cáscara amarga (que en la Academia trae sentido distinto del que yo le conocía).

En *Los Muertos mandan* : *señorial* (5) ; suavidad *acaramelada* (7) ; mármol *avellanado* (29) ; *sollerense* (46) ; *pechugonas* y *caderudas* (88) ; *anonadador* (160) ; *chaparro* (340) ; *crujidor* (349) ; mirada *vidriosa* (407) ; *vibrador* (409) ; *liornés* (179) ; *formenterino* (194) ; corsé *monjil* (199) ; *achocolatado* (205) ; *pinchoso* (224) ; *payés* (266).

Terminados en *ado*, en *La Catedral* : *adamasquinado* (189) ; *entelado* (295), que da el Diccionario como anticuado ; *enturbantado* (172) ; *estacionado* (206). En *Los Muertos mandan* : *enquistado* (163) ; *congestionado* (241) ; *acorazado de rojo* (288) ; *aureolado* (408) ; *adosado* (412) (ya hay *adosar* en el Suplemento de la última edición del Diccionario) ; *obsesionado* (160), del que ya hablo en otra parte.

En *ador* trae *La Catedral* : *detentador* (268) ; *cuidador* (270).

En *ico*, igualmente en *La Catedral* : *semieclesiástico*

(23); *escultórico* (64), que compite ventajosamente con escultural, académico; *esquelético* (221-292); *extralitúrgico* (143); *indostánico* (258); barrio *levítico* (74); pueblos *oceánicos* (209); canto *polifónico* (141).

En *al*, en *La Catedral*: *craneal* (65); *anticlerical* (226); frío y *convencional* (291). En *Los Muertos mandan*: *ancestral* (263); *asexual* (78).

En *esco*, en *La Catedral*: *simiesco* (26-135); *canallesco* (148); *manolesco* (254). En *Los Muertos mandan*: *porcelanesco* (19); *marineresco* (111); *paladinesco* (197); *tantalesco* (247); *mesalinesco* (416). Todas estas voces están en general bien formadas.

En *ante* o *iente*, tenemos, en *La Catedral*: aventura *emocionante* (85), que realmente es preferible a conmovedora; *clarividente* (80); estatua *yacente* (58). En *Los Muertos mandan*: *inquietante* (186), que podía sustituirse por: inquietador; *lagrimiente* (217), malo, en lugar de lagrimoso; *desbordante* (294); *palpante* (362); *lloriqueante* (376); barba *rastreante* (52), poco simpático.

En *íaco* leemos en *La Catedral*: *satiríaco* (135), que no es malo.

Entre los demás adjetivos, en *La Catedral* hallamos: *antihumano* (177); *antisemita* (9); *bajo latino* (187); *rossiniano* (111-136). En *Los Muertos mandan*: salón *columnario* (10); guerra *milenaria* (47); *inconmovible* (422); *endurecido* (331), por empedernido.

Como adverbios, en *La Catedral*: *campanudamente* (182); *quedamente* (163), son excelentes.

En cuanto a los verbos, encontramos igualmente gran riqueza de formas interesantes. En *La Catedral*: *atenacear* (89), sentido figurado; *extrañarse* (288); *fijarse* en una cosa (292-97); *guardarse* (101), por meterse en el bolsillo; *largar* una puñalada (234); *implantar* (84); *resurgir* (134), anticuado en la Academia; *llevar a maltraer* (97); *matar de hambre* (178); catolicismo *de pan-llevar* (143-283); *compenetrarse* (313); *recalar* (150), por venir, llegar; *sanear* un veneno (225); *tropezarse* (319). En *Los Muertos mandan*: *olisquear* (297), tan bueno como el oliscar del Diccionario; *transparentar* (341); *contrabandear* (374), muy expresivo; *inmovilizar* (405), que parece mentira no esté en el Diccionario.

Menos satisfactorios son, en *Los Muertos Mandan*:

emplazar cañones (159), por colocarlos; *emerger* el busto de la falda (19), por salir; *recomenzar* (353), de sabor francés. En *La Catedral*: *distender* sus miembros (76), por estirarlos; *distanciarse* (309), por alejarse; *conocer* (14), por reconocer; la felicidad del *no ser* (34), ¿por qué no de no existir?; *apelotonado* en un foso (34), menos bonito que hecho un ovillo, ya que no ovillado (académico); *comunicar* dos habitaciones (29), que no me gusta como verbo activo; la muerte se *incuba* en sus entrañas (315); ventanas que, *escalonándose*, (12); la tribu se *procreaba* (23).

Hay algunos extranjerismos en las obras de Blasco Ibáñez. En *La Catedral*: *armonium* (107); *triforium* (57), a los que prefiero las formas castellanizadas en *o*: *detritus* (71) que a decir verdad tampoco me gusta con la forma detrito, académica. Creo que vale más dejarlo en latín, lo mismo que *mucus*, que algunos quieren traducir por moco; *violoncello* (108), que se dice más comunmente violoncelo; *duo* de amantes (112); *scherzo* (112); *particella* (137); *fioriture* (140), al que prefiero floreo; *parterres* de rosales (112), por canastillos; *argot* (148), por caló; *rococo* (256), que muchas veces puede traducirse por churrigueresco; *rail* (208), por riel; *bock* (217). Medianas transcripciones son: *mitins* (que gramaticalmente daría mítines y *metinges* (215), que más bien será metingues.

En *Los Muertos mandan*: *rictus* (392); *bullon* (355); *logia* (29); *sports* (78), que debe seguir sustituyéndose por deportes, pues lo que es *sport* no lo pronuncia a derechas ningún hispanoamericano; *restaurant* (78); *hall* (89) son aceptables, ya que tan bonito es lo inglés y lo francés. *Pompon* (218) no aventaja en nada a nuestra antigua borla o madroño.

Si pasamos al estudio de los galicismos propiamente dichos encontramos en *La Catedral*: un *bagaje* de nuevas ideas (83), que es bueno, ya que no hemos de decir equipaje de ideas; *cubrefuego* (171), al que prefiero el castellano queda, siendo la cosa tan antigua en español como en francés; *encuadrado* por los tejados (33) tiene en su contra que encuadrar es muy feo, por su parecido con meter en una cuadra (aquí podría decirse recortado); *gama* de colores (288) no vale escala (aunque esté gama

en el Diccionario ; *gesto* (262), por ademán es en absoluto inútil. ¿Cómo se traduce ademán al francés? Por *geste*. Pues la recíproca existe. *Levantar los hombros* (110), por encogerse de ellos, es malo; *manivela* (64) está metiéndosenos en casa y es lástima, pues ya teníamos para decir lo mismo manubrio y cigüeña. Pero ¿qué le hemos de hacer? en materia de tecnicismo industrial estamos desarmados; los primeros que introducen en nuestro idioma esas palabras: obreros, fabricantes y aun ingenieros, son demasiado ignorantes o desidiosos para hacer otra cosa mejor; *marcador* (326), por contador, es malo también; *marcar* la presencia (325) no vale señalarla; *melopea* (138) por melopeya es malo, ¿decimos acaso: epopea, prosopopea?; *misión* (20), en el sentido de obra a la que se está destinado, es excelente, mal que le pese a los cultiparlistas; *placas* rojas en el rostro (147), son francesas como algunas placas que se le deslizaron a la Academia en las definiciones de su obra. ¿Hemos de rechazarlas por eso? Creo que no. Espectros *rampantes* (327) me gustarían más si fuesen rastreros fantasmas, por ejemplo; color *violeta* (112), como color *rosa*, color *lila*, han entrado ya al idioma, aliviando estas formas del pesadísimo de, v. gr.: color de lila. *Repliegues* (316) son excelentes.

En *Los Muertos mandan*: *terraza* de café, es bueno; *accidentes* del camino (42) lo usa ya todo el mundo; *abordable* (86) e *inabordable* (102) son aceptables, puesto que hasta *abordar* ha perdido ya la coroza infamante que le colgaron los baraltómanos; *secreter* (90) es tan feo como *neceser*, que está en el Diccionario y *buró*, que extirparon en la última edición del mismo; *boxeo* (82) es bueno; *péndula* (152) por reloj, no debe aceptarse; *nadaderas* de pez (171) no vale las usuales aletas; *expansión* sanguínea (223) es inferior a derrame sanguíneo.

Entre los verbos hallamos en *La Catedral*: *bordear* el cisma (195), por orillarlo; *imponerse* (273), que no tiene pero (según el P. Juan Mir lo usan escritores « incorrectos » como Castelar, Cánovas, el marqués de Valmar, Navarro y Ledesma); *impresionarse* (28), es excelente; de *obsesionar* (318) véase lo que digo en la pág. 77.

Dejo para lo último dos verbos: *curiosear* por los

últimos rincones de la catedral (38), que yo tenía por argentinismo, y *desvestirse* los sacerdotes en la sacristía (333), acerca del cual no puede dejar de acudirse al precioso estudio que sobre este verbo y otras palabras que empiezan por *des*, publicó mi erudito amigo Monner Sans (*Con motivo del verbo Desvestirse, pasatiempo lexicográfico*, Buenos Aires, 1895). Explícanos dicho autor que *Desvestirse* es antiquísimo español, y aduce un texto del concilio de León, de 1267 : « Et se el clérigo non ovier comenzado la sagra, desvístase et non diga la misa ».

Y, como remate de este rápido estudio, apunto a continuación algunas papeletas de voces incluídas en *La Catedral*, que son académicas desde la última edición y por consiguiente no han podido ser utilizadas en los anteriores párrafos : *congestionar* (257) ; *abordar* (310-98) ; *pirrarse* (263) ; *policíaco* (85) ; *rudimentario* (139) ; *igualitario* (306) ; *adosado* (129) ; *intelectuales* (210) ; *proletariado* (210) ; *sinvergüenza* (117) ; *juerga* (149) ; *hierbajo* (211) ; *galonista* (262) ; *chulería* (26) ; *barbián* (150).

Son quince, que con las dieciséis de *Los Muertos mandan*, constituyen una notable adición al Diccionario oficial.

EL VOCABULARIO DE PEDRO DE RÉPIDE

El autor de *Los Cohetes de la Verbena* no es uno de esos reformadores tremendos que necesitan transformar hasta el modo de darse los buenos días, antes de poder escribir, en una lengua flexible, elástica, armoniosa y colorida, ideas que les era imposible exponernos de otro modo.

Pedro de Répide, para encantarnos con sus pinturas animadas de la vida madrileña, se contenta con la lengua de todo el mundo, bastante rica, como podrá verse a continuación. Por no observarse apenas en él la intención neológica, tienen más importancia histórica quizás los neologismos que en su obra se emplean. Por lo menos podemos suponer que los usan otras personas además del escritor. Y como al apuntar que Répide usa la lengua de todo el mundo, no quiero decir que emplea sólo las palabras incluidas en el Diccionario de la Real Academia, resulta que hemos de sacar buena cosecha de la lectura de su obra.

Encontramos pues, por lo pronto, numerosas palabras perfectamente españolas: darle a uno *por la carantoña* (23); *medidor* (16); *floripondios* de papel (17); *ventanal* (5), que todo el mundo usa: el Mercado de San Miguel de los *Octoes* (7); *coceo* (7); *entrar en agujas* el tren (85); un *atardecer* apacible (8); la Corte tuvo una *avanzada* de Aranjuez (65); *bicornio* (65); traje de *bolero* (59); *de carrerilla* (53); *chispería* (50); *convoy* de ferrocarril (85); *desérito* (31), que es inútil sucedáneo de fracaso; *escarolera* (40); *exabrupto* (46), que trae con dos palabras el Diccionario; *flamenquería* (51); la *francesada* (51); *guardapié* (66); *guardesa* (97); por la mujer del guarda; *licitud* e *ilicitud* (82), que están perfectamente formados; *inconsutilidad* (25); las *interioridades* de un sillón (42); *jacobita* (9); las *lejanías* de un

paisaje (29); *marcar un martinete* (25); pagar una *mensualidad* por la habitación (98); *quitar moños* (60); *mural* (62), por pared; ser *de oficio* (46); la *palomilla* de la candileja (22); el *bien parecer* (98); *pavero* (93), especie de sombrero; *pesiatal* (10); *portalón* (8-51); *rótulo* de tienda (35); ser muy *señorita* (37); *sopor* (88), por adormecimiento; ¡Pobres criaturas!, ¡*también* es alma de madres! (48); *taranta*, baile (11); *usía* (67).

Abundan las palabras del lenguaje vulgar y aun de caló: *achararse* (55), por avergonzarse; *ahuecar* (88), irse; *¡no está andóval para el caso!* (37); juerga de *asaura* (55); si no fuera por mis *jayeres* (37); *cante* (25); que es algo distinto de canto; mudar la *conversa* (37); *charpes* (57), por cuartos; pasar *ducas* (58); *gachí* (28); *garrotín* (25), cierto baile; dejar sin una *linda* (25); *lío* (97), matrimonio irregular; un chulillo *maleta* (12); *por mor de* (19); no somos *nadie* (19); *ninchi* (44) y su femenino *nincha* (85); *pápiro* (55), billete de banco, en el que debe notarse la acentuación esdrújula, incorrecta; *perra* (40), moneda; *dar el te* (37); *torta* (37), golpe; *tupi* (88), taberna.

Encontramos igualmente muchos adjetivos del lenguaje usual, no incluidos en la Academia: mono *atufao* (13); una familia *colona* (71); mirandola muy *fija* (75) tener a uno *frito* (57); cuello a la *marinera* (26); *pingarrona* (59); bien *plantado* (53); voz *quejumbrera* (20), que puede coexistir muy bien con quejumbrosa; cuerpo *ratonil* (54), muy bonito; *reguapísimo* (53); un gasto *relumbrón* (16); *requetebién* (53) que es usualísimo.

De carácter más neológico: el título *munícipe* (8); convento *medievo* (96), al que prefiero medieval (que la Academia se ha decidido por fin a incluir en el Diccionario, después de habernos impuesto largo tiempo el antiespañol *medioeval*); magia *inquietante* (25), que podía seguir siendo inquietadora; *deleble* (62), indispensable, puesto que tenemos indeleble; voces *canallas* (91) tiene un saborcillo francés.

Terminados en *dor* hallamos: *sabidor* (62), malamente tildado de anticuado en el Diccionario; *decididor* (24); *cruzador* (30); *fantaseador* (35), buenos.

En *ón*: alcahuete *tapujón* (98); la corte *paseona* (7); de *vecindona* (12).

En *esco* : pavero *majesco* (93); corte *pavanesca* (65), que no me encanta mucho que digamos; *manolesco* (29-11).

En *ico* : bondadoso y *beatífico* (91); fiesta *pánica* (84), muy bueno; soldados *napoleónicos* (51); *pantagruélico* (5-44); *faraónico* (11), que son excelentes.

En *ano* : quintas *vesubianas* (65); *narcisiana* linfa (63), poco claro; *vegetariano* (16), de uso general.

En *ista*, solo hay : *naturista* (16), irreprochable.

En los verbos tenemos, de carácter familiar : *chincharse* (13-88); *plantarse* un verso (68); *pringarse* (88). Buenos son también : *abotinarse* el pantalón (26); *enclavar* (84); *florecer* las rosas de su amor (74); *tornasolarse* de azul (11); *enmajar* (67).

Locuciones diversas no academizadas aún : lo inglés *por arriba* y lo inglés *por abajo* (56); *las tantas* (55); *rendirse cuenta* de una cosa (46); *lo de más allá* (41); *dar el pego* (26); *dar el opio* (23); *entender la flor* (23), en sentido distinto del del Diccionario; dejarlo todo *como los chorros del oro* (22); tener la casa *mangas por hombro* (22); *meter el corazón en un puño* (21); *la mar de tierras* (19); *hacer de menos* a un hombre (61); levantar ronchas *a puros azotes* (97), que a pesar de todos los puristas me gusta más que a puro azotes, que sería la forma académica.

Voces francesas : *papillote* (96), *seltz* (54); *ambigú* (54), en el sentido usual, diferente del del Diccionario. Voces francesas apenas disfrazadas de españolas : *tulipa* de luz eléctrica (34), que francamente me gusta mucho más que el tulipán, que con igual objeto nos ha encajado la Academia en la última edición de su diccionario; *leontina* (30); y *palisandro* (65), que merced a su origen gabacho ha conseguido desterrar al verdadero nombre, jacarandá.

Galicismos de verdad : las frutas de cada *sazón* (5), por estación; pasar *desapercibido* (73), por inadvertido; el *abate* poeta (92); *bordear* (8-94), por orillar; las miradas *fundidas* (93).

EL VOCABULARIO DE ARTURO REYES

El vocabulario de Arturo Reyes es de los más genuinamente españoles que conozco. En sus vigorosas y coloridas descripciones de Andalucía, el autor de *El Lagar de la Viñuela*, de *Cartucherita* y de *La Goletera* emplea un lenguaje de pura cepa española, esmaltado naturalmente de andalucismos y de voces de caló, como lo exigen los asuntos que describe. Es su obra un rico venero para nuestra lexicografía.

Preséntanos en *La Goletera* palabras completamente castizas y que casi todas debieran figurar en los diccionarios: rostro *atizonado* (28); un valentón de *alternativa* (71), voz que a pesar de ser usada a diario por casi todos los españoles no figura en ningún diccionario: *bandurrio* de chicuelos (9); tocar *carceleras* y tangos (35); *cazadora* (22), sinónimo de americana; *coco* de pelo (56); *cordaje* de guitarra (65); *corralón* (8); *churretoso* (8); *embrague* (163); *entripado* de sillón (28); *enfrenar* un tren (169); *estrellado* (127); *falsetas* (65), termino de música; *fleje* (215), por resorte; *fogueo* (59); *guardacalle* (16); *gurripato* (17); *la laureada* (197), *mallorquín* (9), prenda de vestir; *matonismo* (27); *mazazo* (228); *mobiliario* (11), mejor que el moblaje que nos impone el Diccionario; *moña* de guitarra (13); *dejar en pañales* (9); *pavero* (9), sombrero; *pelecho* (11); *picada*, (182), por arrechucho; *pomo* de cuchillo (9); *portalón* (9); *llevar el pulso* (49); *ragua* de la caña de azúcar (204); *renegrido* (101); *requetebién* (25); *rizoso* (29); jugar al *ruedo* (85); silla de *Vitoria* (11); *ventanal* (193); *zamarreón* (189).

Entre los andalucismos merecen citarse: con todas las *veritas* de mi alma (116), *majoma* (204); *chambeles* (91); *cimbelada* (18); *cañaduz* (204); *cañada* (22); *acansinado* (9); *menoso* (10), el elegante malagueño;

goletera, título de la novela; muchachos *encuerinos* (8); *escalerilla* (123).

Voces de caló: *cortado* (206) y *chato* (214), vasos; *siguelas* (18); *sacáis* (29), los ojos; *quinqué* (159), por cuidado; *postín* (142), por presunción; *pimpi* (123); *pantasma* (205); *ole con ole* (172); *juma* (188), por borrachera; *jachares* (180); *hondilón* (119), por taberna; *habillelar* (134), por guardar; *gachó* (20); *poner los espartitos* (231); *sufrir ducas* (161); *de chipé* (180); *chingares* (32); *chanelo* (164); *pintar la cigüeña* (143); *canóniga* (123), por borrachera; *buchinche* (189), por taberna; *barí* (29).

En cuanto a neologismos hay cierto número de verbos nuevos: *grietearse* (116), que me parece tan bueno como el grietarse de la Academia; *reliarse* (193), intensivo de liarse; *porrearse* (8), tan bueno como aporrearse; *despulmonarse* (57); *desenrizar* (15), al que prefiero el desrizar del Diccionario; *acharranarse* (195) y *achabacanarse* (193) irreprochables; *atersarse* (56), bien formado; *desenfruncir* (212); *reaccionar* (176), excelente, y *fulgir* (44), aceptable ya que tenemos fulgente.

Entre los sustantivos: *sensacional* (131) y *pasional* (21), están bien construidos; *edificación* (7), por conjunto de edificios parece útil; *videncia* (238), por clarividencia, lo es menos, *máuser* (73) es indispensable; *denticina* (128), y *elasticotina* (128), son neologismos de catálogo de comercio.

No abundan los galicismos en *La Goletera*, felizmente. Unicamente he podido apuntar: *rosa de te* (184), que no traduce bien el francés *rose thé*, en que el *thé* se refiere sólo al color, al paso que rosa de te no lo indica en modo alguno; *cobertura de cama* (12); *bordear* (121) que en este caso pudiera sustituirse por rebosar; *brodequín* (10), más feo que borceguí; *seno* arrogante (56), que a pesar de la « senomanía » epidémica actual no llega a gustarme.

EL IDIOMA DE PIO BAROJA

Es Pio Baroja uno de los escritores contemporáneos en cuyas obras encuentra el lexicógrafo mayores tesoros. En sus descripciones pintorescas de la vida del hampa madrileña, vemos admirablemente transcrito el lenguaje rico y lleno de color del pueblo de la capital española.

Pio Baroja, igualmente distante del purismo académico y de la manía del lenguaje artista, no pierde el tiempo en buscar palabras complicadas, en forjar neologismos enrevesados. Escribe como se habla en torno suyo y sus obras son un reflejo muy sincero del idioma madrileño contemporáneo.

Ya indiqué en mis *Apuntaciones lexicográficas* cierto número de palabras que figuraban en *La Busca*, de dicho autor y no estaban en el diccionario de la Academia.

En *Mala Hierba*, segundo tomo del tríptico *La Lucha por la Vida*, he hallado mayor acopio aún de voces no archivadas en los diccionarios.

Al lenguaje vulgar pertenecen por ejemplo, en *La Busca* : *chirriante* (7); *granujería* (9); *cuartucho* (9); *recazo* de candileja (9); *coloradota* (17); *largarse* (18); *ambulante* de correos (21); *chiscón* (35); *charlotear* (42); *ganguero* (56); *descuartizamiento* (65); divertirse *la mar* (69); *qué mas da* (74); *bicharraco* (77); *corte de mangas* (78); *barredera mecánica* (79); *ventanuco* (83); *cogolludo* (102); *dar morcilla* (102); *apagavelas* (113); *sotabarba* (148); *achulapado* (151); *danzón* (156); *cataplún* (178); *endomingado* (181); *pesadote* (187); *amasadero* (193); *casquería* (242); *campanilleo* (245); *arrebuñado* (249); *listeza* (251); *camposanto* (255); *polvera* (266); *abombamiento* (279); *botellín* (281); *carbonilla* (286); *capotazo* (307); *mono sabio* (307);

En *Mala hierba* son del mismo género: *caer soldado* (259); *el gordo* (257); *ensimismamiento* (235); *teatrucho* (239); *churrería* (241); *ventanuca* (212); *entrecruzarse* (202); *chillería* (201); *debilidad*, por hambre (160); *canturia* (135); *echárselas de* (93); *zarandeo* (99); *de material* (99); *exabrupto* (57); *policía*, sentido de polizonte (74); *positivas* de fotografía (35); *revirar* los ojos (7); *enmohecimiento* (7); *escamondar*, por limpiar (65); *arramblar* con todo (47); *novelón* (59); *tarima* de escultor (14); *media tostada* (18); *localidad* en teatros (239); *salva* de aplausos (293); palabra *entrecortada* (289); *repeinado* (279); *granujada* (262); *matonear* (270); *balconcillo* (265); *pijotero* (259), etc.

En cuanto al caló, el acopio de palabras es enorme. Y por más que pretendan algunas personas, estas voces, que pertenecen al habla de la ínfima clase social, son tan importantes como las del lenguaje más culto.

Pueden distinguirse en el caló dos grandes variedades de vocablos. Unos pertenecen a la jerga de los criminales, y de estos figura notable colección en el *Delincuente español* de Salillas. Este género de palabras, que en realidad no pertenecen al español, sino a un dialecto especial a cierta categoría de individuos, no debe figurar en los diccionarios españoles. Sin embargo muchísimas de ellas (todas las que figuran en el famoso *Vocabulario de germanía* de Juan Hidalgo) están en el Diccionario de la Academia y en todos los diccionarios que en él se basan.

Otra clase, más importante a nuestro parecer, es la de las palabras del caló popular, que se emplean corrientemente en el lenguaje familiar de Madrid y Andalucía y que forman parte del vocabulario corriente de muchas personas decentes. Gente del pueblo, aficionados a toros, señoritos achulados, emplean a porrillo esta clase de voces, que encontramos a diario en periódicos, novelas de costumbres, obras teatrales del género chico, etc. Estas palabras sí que deben figurar en los diccionarios.

Y la Academia, que hasta ahora les había abierto rara vez sus columnas, no con premeditación, sino sencillamente por descuido, por falta de documentación, va

mostrándose felizmente cada vez más generosa. Ya figuraban en las ediciones anteriores muchas voces como *najarse*, *birlar*, *chirona*, *chopo*, *cholla*, *parnés*. En la última edición da entrada el diccionario a *buscona*, *golfo*, *barbián*, *guindilla*, *randa*, *juerga*, *carterista*, *curda*, *perra chica*, *perra gorda*, *tasca*, *chirlata*, etc.

A este género pertenecen, en *La Busca*: *pingo* (19); *cante* (44); *descuidero* (73, 244); *leñe* (75); *pucherera* (78); *chulapo* (93); *choteo* (102)[1]; *chulé* (102); *manró* (104); *pistonudo* (105); *chabisque* (118); *perrilla* (126); *churumbel* (126); *machacante* (127); *boceras* (134); *chulapón* (151); *achulapado* (151); *patoso* (166); *canguelo* (169); *jinda* (171); *cheo* (171); *tajada* (171); *magras* (171); *ganguero* (171); *abucheo* (171); *rediez* (203); *chipendi* (204); *cañí* (206); *barbear* (244); *paripé* (246); *combi* (246); *aluspiar* (246); *afano* (251); *perista* (251); *panoli* (303); *filar* (319).

Del mismo género encontramos en *Mala hierba*: *golfería* (139); *golfear* (252); *recuelo* (café) (253); *ponerse moños* (253); *lioso* (155); *zorrona* (160); *gandinga* (139); *armar la gorda* (112); *cogolludo* (47); *rediez* (28); *pendona* (278); *litri* (9); *cantimpla* (89); *chirlata* (111); *hacer la pascua* (141); *pendejo* (161); *quisquis* (161); *asadura* (190); *pinrel* (257); *lila* (257); *vivo* (261); *pimpi* (261); *afanar* (261); *gachó* (269); *pupila* (263); *espadista* (273); *punto* (278); *ahuecar* (307); *boceras* (322); *ful* (343); *filar* (343); *al file* (343); *aluspiar* (343);

Pocos neologismos propiamente dichos hallamos en Pio Baroja en estas obras cuya índole por lo demás no los pedía.

En *La Busca* pueden citarse: *cronométrico* (6); *superhombre* (44); *asimétrico* (83); *esquelético* (97); *enarcadura* (108); *prostíbulo* (110), uno de los neologismos peor formados y más antipáticos que conozco; *sugestionador* (114); *contorsionista* (139), *malabarista* (139); *pantomimista* (141) y *barrista* (141) que pertenecen todos a la misma familia; *quintaesenciado* (197); *extrasocial* (204); *luminosidad* (222); *sardanapalesco* (254); *canallesco* (268).

1. Cf. con CHOTEAR, a. *Cuba*. Poner en ridículo, mofarse de una persona (Acad. 14.)

En *Mala Hierba* : *oliváceo* (102) ; *monotrema* (73), que la Academia no se decide a introducir en su diccionario a pesar de la falta que hace, y eso que en la décimacuarta edición ha consentido en catalogar el *ornitorrinco*, uno de los monotremas, aunque sin llegarle la fuerza a meter el equidna, que es el otro representante de este orden de mamíferos; *inquietante* (96) ; *euroafricano* (109) ; *dandysmo* (146) ; *impresionista* (146) ; *shakespeariano* (147) ; *dislacerante* (147) ; *necromanía* (168) ; *normalizar* (187) ; *mímicamente* (206) ; *intranquilizador* (211) ; *semiobscuridad* (225) ; *labradoriego* (349) ; *espectral* (298) ; *irreal* (198) ; *simiesco* (6) ; *versallesco* (205) ; *adquisividad* (109) ; *amoralidad* (105).

El galicismo está en Pio Baroja bastante desarrollado. Citaremos en *Mala Hierba* : *sensacional* (293) ; *emocionado* (292-184) y *emocionante* (45-99) que no valen *conmovido* y *conmovedor* ; anuncios *mónstruos* (45) ; mirada de *iluminado* (76) ; *intrigado* (230), por sorprendido ; *adosado* a las paredes (133) que no vale pegado a ellas ; abdomen *pronunciado* (146), que sustituiríamos muy bien con abultado ; nariz *aquilina* (146), menos elegante que aguileña ; *recubierto* (193), que nos parece tan aceptable como relleno ; *endomingado* (311), muy digno de aplauso. Entre los substantivos : una *franja* de oro (299) ; el *resorte* de la voluntad (293) ; *número* de circo (205) ; caracteres bien *sostenidos* (146) ; un *aire de distinción* (132) es ya bastante corriente ; *aplomo* en los movimientos (189) no vale firmeza; *volver sobre sus pasos* (189) y *en la guerra como en la guerra* (243) son francés traducido.

Entre los verbos : *marcado* con rayas (193) me gusta menos que : *marcó* unas cuantas posturas jacarandosas (304) ; (conste sin embargo que *marcar* por señalar figura ya en varios artículos del Diccionario) ; *detallar* (20) ; *exhibirse* (293) ; son yabastante usuales ; *encuadrar* (279), por rodear, cercar; *desenvolver* una actividad (19), por desarrollarla; *acentuar* la indignación, por crecer, aumentar (163) son galicismos innecesarios y *posar* (15) es tan feo que prefiero la perífrasis : servir de modelo.

Martingala (75) por suerte, casualidad ; *flanco* (250), por costado, cadera, son inútiles ; *cupletista* (293) y

atracción de teatro (293) son ya corrientes, lo mismo que *serpentina* (194).

En *La Busca* encontramos : *virtuoso* (13), por artista; *inyectado* de sangre (27), demasiado arraigado ya y difícilmente sustituible; *sugestionador* (114) admisible puesto que tenemos sugestionar y aun sugestivo, desde la última edición del Diccionario; *etiqueta* (116), por letrero; *debutar* (146), por estrenarse; *avalancha* de tristeza (197) que no vale enorme tristeza; *dublé* (199), no más feo que el similor académico; *macabro* (268) por fúnebre; *velutina* (281), no desagradable al oído; *glu glu* (283), que lo mismo puede ser castellano que francés, ya que las botellas hablan lo mismo en ambos países; *flirteo* (299) perfectamente admitido ya.

Por último, en ambas obras encontramos gran acopio de palabras francesas e inglesas o italianas empleadas sin alteración o ligeramente modificadas. Tales son, en *La Busca* : *cognac* (44), *tic* (77); *macfarlane* (92) *carrick* (146); *kermesse* (144); *tómbola* (150); *schotis* (150); *ambigú* (151) en el sentido del francés *buffet*; *clac* del teatro (261); *cock* (284), más simpático que el académico coque; *polichinela* (275), que la Academia se empeña en que escribamos pulchinela.

Y en *Mala hierba* : *debut* (293), por estreno; *bacarrat* (266); *bisteck* (238); que debiera escribirse o biftec, a la académica, o beefsteak, a la inglesa, pero que los españoles pronuncian sencillamente *bisté*, dándole como a *café* y *corsé* el plural y el diminutivo vulgares : bisteles, bistelico; *chalet* (212); *clauns* (205), que me gusta mas en su forma inglesa, *clown*, o en su forma española payaso; *equiyeres* (205) que debe escribirse ecuyères; *rastaquouère* (117); *flirt* (113); *croupier* (100); *cliché* (41) tan bueno como el académico clisé, que me recuerda siempre lo mal que pronuncian los españoles la *ch* y la *g* francesas; v. gr. *saqué* (de jaquette), *petisú* (de petit chou), *Folí Bersé* (de Folies Bergère), etc., *chassis* (97), que puede ser bastidor o prensa, según los casos; *chantage* (145).

Hay como se ve, en Pio Baroja, una tendencia excesiva al uso de galicismos y de palabras extranjeras. Algunas de estas son aceptables, otras son hasta útiles, pero confieso que, en general, me gustaría más, en los

casos en que no tenemos en español palabra que equivalga exactamente a la francesa, emplear un giro diferente. ¿Hacemos acaso lo mismo con todas las palabras del inglés, del alemán, del italiano, del ruso y aun del chino, cuando no les encontramos traducción exacta? Claro que no. ¡En qué guirigay se convertiría el español! ¿Por qué pues ese culto sacrosanto al gabacho que nos hace considerar como pobrezas del español todos aquellos casos en que a una palabra francesa no corresponda un vocablo español?

¿Acaso se apuran los franceses por no poder vaciar en una palabra ideas que nosotros expresamos con una sola voz, como: soler, mullir, callandito, guiño, meñique, maceta, y hasta el mismisimo bacín, orinal, servicio, escupidera, que estos y otros nombres tiene en nuestra lengua y en francés no posee ni uno propio?

EL VOCABULARIO DE PARDO BAZÁN

El vocabulario de Doña Emilia Pardo Bazán es de los más copiosos y variados que conozco. Es el suyo un idioma naturalísimo, sumamente rico sin necesidad de invenciones estrambóticas. Escribe la autora de *Los Pazos de Ulloa* muy sencillamente, y encuentra en el vocabulario del español usual harta riqueza para embelesar a cualquier lexicógrafo por exigente que sea.

He examinado detenidamente para la presente obra una de sus novelas más cortas, *Insolación*. Seguramente de haberme metido con una de sus novelas de costumbres gallegas hubiera podido sacar gran acopio de provincialismos. En la presente obra, de asunto puramente madrileño, estamos más cerca del lenguaje normal de la península.

Campea en el libro, como lo he dicho, el idioma popular, al que uno de los personajes, Diego Pacheco, agrega de cuando en cuando algunos toques del pintoresco hablar andaluz.

Pertenecen en la obra al lenguaje usual : *por todo lo alto* (91) ; *armario de luna* (136) ; *agujón* (75), por alfiler de sombrero ; *bandeja* de baúl (145) ; *barreñón* (20) ; *becerrear* (62), por berrear ; *dejar a uno bizco* (106) ; *brincoteo* (157) ; *bronceado* (33), que, dicho del cuero es más elegante que el galicismo mordoré o mordorado, que algunos usan ; *carteo* (82) ; *casaquín* (33) ; *cataplún* (108) ; *cerrar* el coche en una cochera (32) ; *cinto* de oro (139), que en la Academia es sólo cinto de onzas ; *clavelería* (41) ; *concha* (52), especie de platillo ; *coletazo* (65) ; ser una *corrida* (114) ; *por estas que son cruces* (137) *cuartuco* (86) ; *cucharear* el buque (77) ; *cuña* (101), asiento del cochero ; *chica* (95), por criada ; *chist* (146) ; *churretazo* (50) ; *debilidad* (44), por hambre ; *despreocupado* (120) ; *desencanijarse* (84) ; *diván cambiado* (97) ;

ser mas fino que el oro (164); cafés *flamencos* (23); *flamenquería* (23); *franchute* (156); qué *fresquito* tan hermoso corre (108); *golpadas* de sangre (164); misas *gregorianas* (42); *grande* (166), por insufrible; *poner el gorro* (168); *gorriona* (164); *guardapolvo* (173), especie de abrigo; *guilladura* (181); *pegar la hebra* (29); *huyuyuy!* (27); *insolenton* (101); *llorera* (155); *lengua de vaca* (68), navaja; *contestar por máquina* (92); *mamarse el dedo* (77); *maletilla* (141); *las maderas* de la ventana, (7); *martilleador* (157); trajecitos a *medio paso* (23); *migajero* (160); *pintar la mona* (134); *haberse tragado el molinillo* (60); *de muy padre y señor mío* (72); un *palito* de albahaca (35); *pavo* (85), por bochorno; *patilludo* (121); *patatín patatán* (11); *parpadeo* (156); *pareja* (43), por la de la Guardia civil; *tener plantón* (102); *a cada rato* (130); *recaliente* (132); el *rehenchido* del coche (89); la *rejilla* del vagón (173); *repichonear* (168); *repeinado* (157); el *revoluto del equipaje* (147); una *saturnal* asquerosa (18); *secatón* (168); *serranada* (78); *sofoquina* (86); *sopor* (73), por modorra; *ventanilla* del coche (35); *ventanuco* (72); *vidrio* (34), por portezuela del coche; *carros de violín* (68); *hecho un zarandillo* (171).

Encuéntranse además gran número de voces tomadas en acepción algo distinta de la que les da la Academia.

Salir *avante* en algo (134); *fallar* a una persona (114); el *recalmon* de la tarde (101); armar una *polémica* (16); ir de *picos pardos* (88); *palabrota* (117), por palabra sabia o difícil; *fuste* (122), por importancia; un *empecatado* café (63); haber olvidado la *doctrina* (116); *despachaderas* (128), por la acción de despachar; *descuajarse* la gente (135); *chula* (36); un *chaparrón* de advertencias (142); butacas bajas y *coquetonas* (97); *castañetear* los dedos (117); una taza de tila muy *cargada* (8); *caramillo* (16), por lío, alboroto (16); *belén* (156), por lío; lucecillas *bailadoras* (75); *aporrear* los oídos (41); *apaño* (156), por enredo; *acostarse* el sol (70); *alcabala* (151), por derechos de consumos; un *armadijo* de postes (153); *sabidora* (156), que el diccionario da como anticuado.

En otros casos se ha cambiado el carácter gramatical de ciertas voces: unas *intermitentes* (119), sólo adjetivo

en el Diccionario; suspiró más *profundo* (10); andar *regular* (119); *acatarrar* (119), usado como activo; *armonizarse*, usado como reflexivo (98).

En alguna ocasión cambia el régimen corriente:

Se quedó *de* una pieza (95), es mejor que en una pieza (Acad.); se marchó *en* puntillas (72), en vez de de puntillas.

Escribe Doña Emilia: *maremagnum*, en una palabra (88), mejor que la forma del diccionario; a la *chitacallando* (147), en vez de chiticallando.

Poquísimos galleguismos encontramos en la obra: *marusiña* (137); *soleado*, por insolación (9); *marinedino* (23). Y no sé si lo será también: *borde*, por vuelta: *dar un borde* por la calle de Alcalá (27).

Me ha causado satisfacción encontrar: más vale una chula que treinta *gringas*: lo *gringo* me apesta (23), y raso *lacre* (89), que daban hasta ahora muchos léxicos como americanismos.

Entre las palabras de caló, bastante abundantes en el libro, merecen citarse: *ajumarse* (25); *¡soniche!* interjección (27); no faltarle a uno *saque* (134); *perrera* (50) y *peteneras* (47, 170), género de peinado chulesco; *perdis* (54); *panoli* (135); *najencia* (57); ser mas *largo que la cuaresma* (164); *filoxerita* (67), por borrachera; *enfriar*, por matar (134); *churumbel* (56), por chiquillo; un merendero *churri* (80); *chulapa* (151); *chulapo* (38); *chichi* (185); *cante jondo* (23); *camelador* (163); *barbianería* (23); *abanico* (57), por cárcel modelo.

Numerosos son los neologismos propiamente dichos: *gaseosa* (58), por agua gaseosa; *barbarizador* (18) y *barbarizante* (18); generación *bizantina* y decadente (25); *desdibujado* (66); luz *ensoñadora* (104); *emocional* (117); sonrisa *estereotipada* (88); *exteriorización* de las impresiones (131); *mundología* (82); un rincón *semidesierto* (151); *gomosería* (140), calidad de gomoso, que algunos puristas querrán sustituir por gomosidad, « calidad de gomoso », en la Academia, ya que desde esta última edición se puede decir « gomoso » en vez de los antipáticos lechuguino y pisaverde; *chulesco* (163) y *calaveresco* (140) están bien formados; *galeotismo* (11) y *gedeonada* (103) son originales. Algunos de estos neologismos vienen directamente del francés: traje de

céfiro gris (39); cinta *escocesa* (33); el *velito* del sombrero (75); *velutina* (32).

Esmaltan el libro por lo demás multitud de palabras francesas e inglesas, cosa muy natural, ya que nuestro idioma está dejándose invadir por esa muchedumbre de voces « gringas », como si no tuviéramos nosotros palabras en nuestra lengua para designar las cosas: un *sachet* de raso (32), *restaurant* (150); sentarse en un *puf* (139); *polisón* (148), por ahuecador; *pamela* (142), especie de sombrero; olor de *iris* (32); *fantoche* (169); *antuca*, horrenda transcripción del francés en-tout-cas (32); bata de *chiné* (144); *champagne* (59); *cliché* (115); *calicó* (154); *ambigú* (58). Entre las voces inglesas: *break* (89); *bulldog* (98); *clarens* (149); *shocking* (113); *sherry* (25), el fogoso tronco de un *milord* (88), que figura en el Diccionario, pero qué apunto para observar que segun la Academia es tirado por un caballo solo.

De galicismos de veras no hay muchos: *gentes* que *se imponen* (80); *pretensiones* artísticas (97); señorones de *rango* (156); destacaba su elegante *silueta* (107), que figuró en la 12ª edición del Diccionario, desapareció en la 13ª y ha vuelto en la 14ª: se *acentuaban* sus facciones (167); solares *marcados* con empalizadas (150); los cafés *hacen furor* (23); mero galanteo o *flirtación* (61).

Guardo para el final tres galicismos vitandos: la pamela de la niña y el *pajazón* (142), en francés « paillasson »; como espíritu *foleto* que obedece a un conjuro (138); los grandes espejos de *rigolada*, de lunas cóncavas o convexas (66), detestable adaptación del francés « rigolade ».

Afortunadamente son bastante escasos los « neologismos » de esta calaña.

EL VOCABULARIO DE MARTINEZ RUIZ

He leído, para preparar este capítulo, *Antonio Azorín, pequeño libro en que se habla de la vida de este peregrino señor*. Es un « pequeño libro », pero ¡ vaya si tiene miga, desde el punto de vista del idioma!

Recomiendo enérgicamente su lectura a los que se quejan de que el castellano es una lengua pobre y fosil. Sí, el castellano que ellos conocen es pobre, pero gracias a Dios está muy lejos de concretarse el idioma al puñado de palabras con que desde su infancia expresaron las diversas necesidades de la vida.

Y Martínez Ruiz, que conoce como nadie los tesoros ocultos del idioma, los derrama a manos llenas. Y como buen artista no tiene empacho en crear una palabra nueva cuando le hace falta, o en modificar el sentido acostumbrado de una voz, o en alterar su aspecto ordinario cuando con ello puede conseguir una expresión más verdadera.

Pero, como todo esto no lo hace por ignorancia, sino de propósito, resulta que su idioma, a pesar de ser sumamente neológico es netamente español.

Tiene Azorín el culto del término propio y castizo, así es que sus descripciones tienen sabor exquisito.

Desde la primera página se siente uno dominado por la riqueza del vocabulario :

« A lo lejos una torrentera rojiza rasga los montes : la torrentera se ensancha y forma un barranco : el barranco se abre y forma una amena cañada. (p. 5)... un tenue telón zarco cierra el horizonte. A la izquierda se yergue el cabezo árido de Cabreras (p. 6)... Se oye el traqueteo persistente de un carro : tintinea a intervalos una esquila... De pronto parpadea a lo lejos una fogata (p. 8)... Apoyadas en la pared yacen la horquilla, la escoba y la pala de rabera desmesurada... La puerta del amasador aparece a un lado... La artesa ancha,

larga, con sus dos replanos en los extremos, reposa junto a la pared... Sobre la artesa están los tableros, la raedera, los pintorescos mandiles de lana : unos de anchas viras amarillas y azules (p. 9 ;... a la derecha el cantarero; junto a él una pequeña puerta. Esta puerta cierra un pequeño cuarto donde se guardan los apechusques de la limpieza p. 11). Junto a la cochera está el aljibe, ancho, cuadrado, con una bóveda que se hincha a flor de tierra. Las pilas son de piedra arenisca, el pozal es de madera... Detras del aljibe hay una balsa pequeña y profunda. La cubre una parra... Sus sarmientos se enroscan y agarran con los zarcillos al encañado, cuelgan profusos los racimos y los redondos pámpanos forman un toldo de suave color presado sobre las aguas quietas... Hay viejas cámaras con puertas cuadradas, con cerraduras chirriantes, con lejas anchas, con armarios telarañosos... con largas cañas colgadas del techo, de las que en otoño penden colgajos de uvas, melones reverendos, gualdos membrillos... Hay graneros obscuros, con largas filas de alhorines hechos de delgadas citaras. Hay un tinajero para el aceite, con veinte panzudas tinajas... Hay una almazara con su alfarje de molón conico, y su ancha zafa y su tolva... p. 13)... El río se desliza ahocinado por su hondo cauce... y la carretera a la izquierda, se pierde a lo lejos, en rápido culebreo blanco, por la estrecha garganta... p. 18)... Sobre los tejados negruzcos las chimeneas ponen su trazo blanco, las lumbreras se abren inquietadoras. Y en el fondo, el Seminario, con sus dos cuerpos formidables, trepados por infinitas ventanas, cierra hoscamente la perspectiva (p. 19).

Apañado quedaría el extranjero algo versado en nuestro idioma, que quisiera leer el libro sin más socorro que el léxico de la Academia. Encontraría a porrillo voces de lo más castizo y que ni por soñación saben aún lo que es un Diccionario : *sujetador* de una cadena (57 ; rezar los *pasos* (64 ; monaguillos de *cota* roja (64); faroles *goteados* de cera (64 ; *ventanal* (67 ; *jazminero* (68 ; *levantar en vilo* (77 ; columnillas con anchos *fraileros* (99) ; palangana de *collete* (100) ; *yántiga* (105) ; *morteruelo* (106) ; *rebajete* (128) ; *pistaje* (127 ; *trotera* (127 ; *humacho* (133); *modisto* (151) ; *borrajeador* de papel (154) ; *billete caduco* (175) ; *una negociante* (178) ; *zapatas* de un capitel (182- ; *alterón* del piso (186 ; *meseteño* (188 ; *portalada* (207) ; lluvia *cernida* (223) ; *zafa* de almazara (13 ; mandil de

anchas *viras* amarillas (10); piso *terrero* (9); *replano* de artesa (9); *recazo* de capuchina (50); el débil sol *rasero* (7); *rabera* de una pala (9); alfarje de *molón* cónico (13); *cantarero* (11); *cernedera* (10); *cajo* de los ojos (20); *apechusque* (11); *amasador* (9); *telarañoso* (13); ***hosquedad*** (218).

Gusta bastante a Martínez Ruiz la terminación en *eo*, que permite formar multitud de palabras de corte enteramente español: *cascabeleo* (8); *tarantaneo* (174); *ronroneo* (181); *rezongueo* (181); *mariposeo* (118); *dentelleo* (181); *culebreo* (18); *campanilleo* (201); *tintineo* (174).

Numerosos anticuados del Diccionario figuran en el libro, pero, por tener el autor cierta predilección por esa clase de voces no podemos afirmar que su ejemplo baste para quitarles la tilde de anticuadas que llevan en el Diccionario. Tales son: *blavo* (175); *brial* (178); *atristado* (110); *anacalo* (127).

Algunas voces calificadas de provinciales en el Diccionario figuran en la obra, tales son: *leja*, por vasar (13); dado como murciano, y *bardal* (219), dado como asturiano,

En fin ciertas palabras traen en el libro sentido diferente del que leemos en los diccionarios: salía de un *ultramarinos* (225); *requilorios* arquitectónicos (212); *patacón* (211), por moneda de diez céntimos; *buche* (209), por borrico de cualquier edad; *pezón* de pasta de aceitunas (198); *tracamundana* (192), por negocio, lío; *arte* para extraer agua (188); *tejuelo* (184), por letrero de calle; al *socaire* de las paredes (177); iglesia con *filigranas* del Renacimiento (126).

Neologismos propiamente dichos apenas los hay entre los substantivos. Pueden clasificarse acaso en esta categoría de voces: *distingo* (105); *autoretrato* (20); *autoanálisis* (148); *fronda*, por arboleda (18); *enarcadura* (5); *desvinculación* (215); *ininteligencia* (194); *modalidad* (47); *membratura* (208). Al género científico pertenecen: *árades* (23); *oruca* (27); *tejenaria* (31); *teniza* (31). Onomatopeyas son: *tric trac* (203); *ris ras* (23); *tac tac* (94); *tic tac* (49).

Entre los calificativos: *atristado* (110), anticuado en el Diccionario, no es malo; patios *acolumnados* (213);

arco *trilobulado* (15); paredes *rebozadas* con cal (193), son excelentes; ménsulas *entasadas* (14) me recuerdan algo los *tasseaux* franceses; vajilla *desconchada* (194) es irreprochable; mejor que troncos *tormentosos* (6), sería atormentados; comida *intragable* (194), *ininteligente* (188), son buenos; *irreducible* (199) me gusta más que irreducible, académico; *grisáceo* (36), *desaprensivo* (92), *olivarero* (196) son de buen corte; *anfractuoso* (199), mal que le pese a algunos puristas, va teniendo derecho de ciudad, puesto que la última edición del Diccionario da entrada a *anfractuosidad*, si bien sólo con la acepción de medicina.

Tienen carácter neológico: no hay nadie *consagrado* (145), *difuminado* (202), que me gusta menos que esfumado; *fragmentado* (216), diferente de fragmentario, *jerarquizado* (4); *patinoso* marco dorado (19), que no me gusta; *resaltantes* cenefas (14), que acaso fueran mejor de realce; *redoblante* (177), mediano, como en general los en *ante*; *extraestético* (23); *antieconómico* (214), formados normalmente; *corabie* (30), contrario de incorabie, es poco feliz; *pulvidente* (33) es flojillo; *mimetiza* (29), es muy inferior a mímico; *nietzschano* (32) puede pasar, ya que no hay otro medio de decirlo, aunque si fuésemos lógicos diríamos *nietzschino*, como cervantino, góngorino, colombino; *principesco* (38) es en el libro el único representante de la dichosa serie en *esco* con que tanto nos empalagan algunos escritores.

Entre los verbos nuevos encontramos: *embujar* palabras en las cuartillas (20); *trastocar* (122), por trastrocar; *encuadrar* (29), que tiene mal sabor francés; *deflorar* (116), que se decía ya desflorar; *nacionalizar* (96), que es bueno; *repiar* (123), que me gusta menos que arrastrarse; *recomenzar* (6), bastante pasadero; *capacitarse* (48), bien formado; *refulgir* (8,5), excelente y que cuenta con refulgente porpadrino; *difuminar* (134), mucho menos simpático que esfumar; *tintarse* (7), que no vale teñirse y recuerda demasiado el francés *se teindre*; una tenue neblina *engasa* el horizonte (175); no vale ciertamente empaña; *desendormiscar* (182) es feillo.

Hay la mar de verbos terminados por *ear*, muchos de ellos tienen ya en el Diccionario hermanos en *ar*.

Asaborear (26) es bueno; *espejearse* (6), por reflejarse, retratarse, es inútil y feo; el *rascar* de una escoba (43); *brujulear* (216); *borbollear* (181) que me gusta más que borbollar; *parpadear* (202,8) y *tintinear* (43,8,76), son excelentes; en cambio *peregrinear* (199) y sobre todo *titilear* (203), no valen ni con mucho peregrinar y titilar. *Bravuconear* (94) puede pasar; *bordear* (123,10) por orlar es demasiado franchute.

Algunos verbos tienen en el libro sentido distinto del que les da el Diccionario: seis olmos *gayan* la plazoleta (14); *oxeando* las moscas (22) nos parece impropiedad, ya que oxear es hacer ¡ox! a las gallinas para que se marchen; una columna de humo *surte* del tejado (44) es elegante; *troquelar* un billete de ferrocarril (176) es muy propio; los huertos que *respaldan* las casas (123) es bueno; la puerta que *franquea* el despacho (99), también.

Varios verbos se ven usados como reflexivos: las palmeras *se recortan* en el azul del cielo (63) es muy pintoresco; el rostro *se distiende* como en un sueño (125) es excelente, aunque la Academia no da distender sino la acepción médica; las abejas *se abrevan* (12); las cigarras *se solapan* en la corteza cenicienta (23) es bastante elegante; *aupárse* el pantalón (41), vemos *aupados* por la multitud a hombres fatuos (136), es muy expresivo; bueno también es: el cuerpo *se remueve* en la silla (121). En cambio: la puerta *recaliente* al patio (205), no me gusta, ni tampoco: entre los viñedos *destacan* las manchas amarillentas (6). Me ha llamado también la atención la forma regular dada a la siguiente acepción de acostar: el camino *se acosta* a un plantel de olivares (93).

Poca cosa notable encontramos entre los adverbios: el Seminario cierra *hoscamente* la perspectiva (19), bueno; *fragmentariamente* (102), en favor del cual aboga fragmentario, admitido en la última edición del diccionario.

Escasea en el libro el galicismo, cosa notable en la obra de un escritor que conoce la literatura francesa mejor que muchos de los más acérrimos galicistas.

Peluche (68), al que prefiero con mucho el español felpa verdad que éste puede tacharse de alemán, con

que no digo nada; un sillón de *reps* verde (21), son voces francesas que están casi naturalizadas en nuestro idioma. La terraza de un *restaurant* (133), las campanadas del *ángelus* (54) son aceptables; *gesto* (102-101), por ademán; *marcar* (168), por señalar; *senos* (43), por pechos; *confortable* (199-33), por cómodo; *debutar* (70), por estrenarse, son galismos tan arraigados ya que casi es imposible pensar en su desaparición. Lo mismo diré de *banda* (200), por faja, entrado ya en el diccionario de 1914 al mismo tiempo que el agabachado *mentón*.

Malos de verdad son: el reloj que *suena* las diez (160); un pozo *guateado* de blanca seda (31), que en el actual ejemplo puede sustituirse muy bien por forrado, y en otros casos por acolchado. *Plañirse* (31), por quejarse, no me gusta aunque el Diccionario traiga plañir; un cráneo casi *glabro* (110) es francés puro, aunque abusen de él los escritores científicos.

EL VOCABULARIO DE MIGUEL DE UNAMUNO

Es D. Miguel de Unamuno uno de los más valiosos paladines con que cuenta actualmente nuestro lenguaje. Es ciertamente a pesar de sus cincuenta años el rector de la Universidad de Salamanca más « joven » que algunos muchachos, y no deja esto de ser grandísimo mérito en un país donde, como él mismo lo reconoce, « habrá jóvenes, pero la juventud falta », donde Cánovas pudo afirmar que « los jóvenes prometen algo hasta los treinta años, en que se hacen unos badulaques ».

Su hermoso libro *En torno al casticismo* me ha causado impresión análoga a la que sentí con la lectura del *Camino de Perfección* de Diaz Rodríguez o la que me produjeron algunos capítulos de Martínez Ruiz.

Es un libro profundamente español, castizo de veras, — en el buen sentido de la palabra « castizo », — y que expone el carácter de la raza española con todas sus cualidades y, desgraciadamente, con muchos de sus defectos.

Unamuno, que odia todos los encasillamientos y ordenancismos que han concluido por fosilizar en todos sus aspectos el alma española no podía menos de alzarse contra la tiranía lingüística a que se pretende someternos en un país donde apenas existe aún filología, y donde toda la doctrina de los defensores de la « pureza » del idioma consiste en la obediencia ciega a ciertas formas, en acatamiento de todo lo viejo, aunque sea mediano, y en el rechazo sistemático de todo lo nuevo, aunque sea bueno.

Y sin embargo él es tradicionalista. Pero ¡qué tradicionalismo tan fecundo es el suyo!

« Todo cuanto se repita que hay que buscar la tradición eterna en el presente, que esa tradición es intra-histórica

más bien que histórica, que la historia del pasado sólo sirve en cuanto nos lleva a la revelación del presente, todo ello será poco. Se manifiestan esos tradicionalistas de acuerdo con estas verdades, pero en su corazón las rechazan. Lo que les pasa es que el presente les aturde, les confunde y les marea, porque no está muerto ni en letras de molde, ni se deja agarrar como una osamenta, ni huele a polvo ni lleva a la espalda certificados. »

Ha comprendido él que la lengua no es obra ni propiedad del corto número de hombres que meten ruido en la historia con lo que escriben, sino de esos

« millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como la de las madréporas suboceánicas echa las bases sobre que se alzan los islotes de la historia. Sobre el silencio augusto vive el sonido, sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la historia » (p. 57).

« En este mundo de los silenciosos, en este fondo del mar, debajo de la historia, es donde vive la verdadera tradición, la eterna, en el presente, no en el pasado muerto para siempre y enterrado en cosas muertas. En el fondo del presente hay que ir a buscar la tradición eterna, en las entrañas del mar, no en los témpanos del pasado, que al querer darles vida se derriten : revertiendo sus aguas al mar... Y buscar la tradición en el pasado muerto es buscar la eternidad en el pasado, en la muerte, es buscar la eternidad de la muerte » (p. 58).

Más que nunca he comprendido este valor de la tradición popular, en materia de lenguaje, en el detenido examen que desde hace tiempo vengo haciendo de diferentes léxicos de americanismos. A cada paso tropiezo en ellos con formas idénticas a las formas andaluzas que oí de boca de mis padres. Los cuentos con que mi querida madre nos entretenía, las curiosas retahilas con que los chicos acompañan en mi tierra ciertos de sus juegos son aún en Colombia y Venezuela las mismas, — salvo alguna que otra palabra modificada, — que las que se usan hoy día en Andalucía. Durante más de cuatro siglos la tradición se ha mantenido idénticamente vigorosa en familias oriundas de

un mismo tronco pero arraigadas en países alejadísimos uno de otro.

Algo habrá podido cambiarse en la lengua de los que viven en el ruido, como dice Unamuno, pero los humildes han conservado intacta la herencia ancestral y a ellos hemos de acudir para bañarnos de nuevo en la fuente del casticismo cuando sentimos en torno nuestro vacilar los fundamentos del idioma.

Y Unamuno acude efectivamente al lenguaje popular para enriquecer el suyo propio.

« Es el caso que un amigo mío me preguntaba de dónde saco ciertos vocablos, sospechando tal vez que los inventase, y le tuve que decir que se los oía a los tíos por esos lugarejos de Dios, y luego los metía en mis escritos. Y le citaba al particular las voces mejer y remejer que he empleado alguna vez. Mejer, del latín « miscere » es voz corriente en buena parte de esta provincia de Salamanca y significa mezclar alguna sustancia en agua, como salvado o goma, v. gr., revolver lentejas en ella, etc., batir, en fin. Y nuestro Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia española, en su edición última y peor, la decimatercia, de 1899, trae en su página 648 la voz mejido, a, como adjetivo, remitiendo al lector a huevo mejido y yema mejida « la del huevo batida con azúcar y disuelta en leche o agua caliente, que se usa como medicamento en los catarros », sin sospechar siquiera que ese supuesto adjetivo es el participio de un verbo que se usa hoy en el pueblo castellano. Y se va luego a mejunje, derivado del verbo mejer y le cuelgan una etimología arábiga no más desatinada que la mayor parte de las etimologías del esperpento lingüístico académico... Hay que repetir con Capmany que lo más del idioma castellano está en su mayor parte enterrado. Está enterrado en el habla campesina y está enterrado en la terminología especial de los distintos oficios. A un sombrerero de aldea le oí hablar de arcar sombreros, y a un oribe o platero de zuñir, y como ni hay sombrereros ni plateros entre nuestros literatos ni estos acostumbran enterarse de la vida y ocupaciones del prójimo, ni nuestros académicos se han cuidado de la técnica de los oficios, me quedé in albis. Y para concluir con esto voy a reproducir aquí la frase que me dijo un montaraz una tarde en que bordeando un cebadal me detuve a ver como iba el grano y cogí una espiga. « Entodavía no se ha gozado el chocho en el vaso », me dijo. Propongo esto como acertijo a los misinguines de la ciudad

para que den con su sentido, porque el menguado inventario de nuestra lengua ignora los sentidos de gozarse, de chocho y de vaso tal cual los usaba el montaraz antemencionado y cual los usa el pueblo que por aquí entiende de lo suyo. » (pp. 29-31).

Reconoce Unamuno también la estupenda ignorancia del pueblo español, aun entre muchos individuos de los que se dedican a escribir.

« Una de las disociaciones más hondas y fatales es la que aquí existe entre la ciencia y el arte y los que respectivamente los cultivan. Carecen de arte, de amenidad y de gracia los hombres de ciencia, solemnes lateros, graves como un corcho y tomando todo en grave, y los literatos viven ayunos de cultura científica seria, cuando no desembuchan, y es lo peor, montón de conceptos de una ciencia mal digerida... Creen muchos... que para ser literato no precisa otra cosa que lo que llaman, por exclusión literatura. » (p. 190).

En presencia de la invasión europea y mejor dicho francesa en España emite Unamuno un argumento que no carece de solidez :

« Querer enquistar a la patria y que se haga una cultura lo más exclusiva posible, calafateándose y embreándose contra los aires colados de fuera es deseo que parte del error de creer más perfecto al indio que, en su selva, caza su comida y la prepara, fabrica sus armas y construye su cabaña, que no al relojero parisiense que puesto en la selva moriría acaso de frío. Hay muchos que llaman preferir la felicidad a la civilización el buscar el sueño; hay muchos en cuyo corazón resuena grata la voz de la tentación satánica, que dice : « o todo o nada ».

Y como no podemos pretender sacarlo todo de casa, puesto que por diversas causas nos hemos quedado rezagados, paguemos ahora nuestra pasada pereza y procuremos salvar lo que se pueda del desastre.

« En la literatura aquí es donde la gritería es mayor, aquí es donde los proteccionistas pelean por lo castizo, aquí donde más se quiere poner vallas al campo. Dicen que nos invade la literatura francesa, que languidece y muere el

teatro nacional, etc., etc. Se alzan lamentos sobre la descastación de nuestra lengua, sobre la invasión del barbarismo. Y he aquí otra palabra pecadora, corrompida. Al punto de oirla, asociamos el barbarismo al sentido vulgar y corriente de bárbaro, sin querer, inconcientemente, suponemos que hay algo de barbarie, en el barbarismo, que la invasión de éstos lleva nuestra lengua a la barbarie, sin recordar, — que también esto de puro sabido se olvida, que la invasión de los bárbaros fué el principio de la regeneración de la cultura europea ahogada bajo la sensibilidad del imperio decadente. Del mismo modo, a una invasión de atroces barbarismos debe nuestra lengua gran parte de sus progresos, a la invasión del barbarismo krausista, v. gr., que nos trajo aquel movimiento tan civilizador en España. El barbarismo será tal vez lo que preserve a nuestra lengua del « salvajismo », del salvajismo a que caería en manos de los que nos quieren en la selva donde el salvaje se basta. El barbarismo produce al pronto una fiebre, como la vacuna, pero evita la viruela. Por otra parte, son barbarismos los galicismos y los germanismos actuales, y ¿ no lo eran acaso los hebraísmos de Fray Luis de León, los italianismos de Cervantes o el sinnúmero de latinismos de nuestros clásicos ? El mal no está en la invasión del barbarismo, sino en lo poco asimilativo de nuestra lengua, defecto que envanece a muchos. » (pp. 54-55).

Después de haber escuchado estas opiniones de Unamuno no ha de sorprendernos encontrar en su obra gran número de palabras nuevas — por lo menos desde el punto de vista lexicográfico.

Apartemos primero las voces genuinamente españolas, antiguas y sabrosas, de las que en boca del pueblo podría recogerse fácilmente con que hacer un Diccionario tan grande como el de la Academia. Tales son, entre los substantivos, *vaso* y *chocho* (31), acerca de los cuales ya hemos citado un texto de Unamuno ; *triguero* (83) ; *cascabullo* de una avellana (27) ; *pasteleo* (136); la *francesada* (42) ; valles, hoces y *encañadas* (87) ; los *misinguines* de la ciudad (31) ; hablar de la *bicha* (31) ; *encontronazo* (25) ; *memada* (27) ; *cominería* (28) ; arabescos afiligranados en *cayuela* (189), que es la escayola de la Academia ; *vulgachería* (191) ; sin más condimentos que *ardientes* o *picantes* (95) ; *costumbristas* (53). Con acepción distinta de la académica : *compulsa* (61) y

maquila (40). *Oribe* (30) me satisface más que orive que nació a la vida académica en la 13ª edición y acomodó la cola a la « etimología » de *aurifex, icis*. Pero ya de antiguo se decía en español « *orebce* » y « *orise* » (V. Terreros) y como nombres propios, ahí están los infinitos Oribes y Uribes que protestan contra semejante b de vaca. También son buenos: *dentro* (51); y *mañana* (126) usados como substantivos. Entre los compuestos: *archipobre* (125) y *protomiseria* (125) son antiquísimos, y *caza gazapos* (27) se aplica admirablemente a los individuos de mi especie. Excelente es: ver las cosas destacarse *a cuchillo* (116).

Entre los adjetivos hallamos: *cuidador* (142); un papel *preso* de orín (28); una lengua *retusa* a abrirse a la gracia del decir dialectal (27); valor *toruno* (26); *angevino* (82). Y en acepciones diferentes de las del Diccionario: huertas *mollares* (21); dichos *decideros* (28); campo *graso* (90).

Verbos españolísimos son: *estrumpir* en imprecaciones (32): *bordear* un cebadal (31); *gozarse* (31); *zuñir* (30): *arcar* (31); *mejer* y *remejer* (29) de los que ya apuntamos algo en la pág. 39; *enfusar* una porción de cosas (25); *yeldarse* las ideas (25).

En cuanto a verdaderos neologismos hallamos entre los sustantivos: *vagabundez* (19); *gramaticalero* (27); *agarradero* (26), *individualidad* (43), tomados estos últimos en sentido algo diferente del académico, que son buenos; *mesticería* (37), menos grato al oído que *ramplonería* (27); *sensiblería* (128); *ideofobia* (190), bien formado; *pseudo razones* (45); *intra historia* (27), buenos compuestos.

Caleidoscopio (102) me gusta más que calidoscopio, académico; *imperativo* (118) y *universales* (115) usados como substantivos están bien; *casuística erótica* (129), es buena amplificación de dicha palabra; en cuanto a *hipnarión* (72); *osteólogo* (113); *dolicocefalia* y *braquicefalia* (74); *hiperestesia* (64), sólo puede admirarnos el que no estén en el Diccionario. *Campeonato* (84) es excelente; *detritus* (50) es mejor que detrito, académico, que no se usa; los críticos de más autoridad y *público* (41) pudieran acaso decirse de otro modo; los *videntes* de todo pueblo (59) no me satisfacen aquí,

pues no entiendo bien lo que pueden ser esos videntes. En cuanto a *repliegue* (76) es excelente, mal que le pese a la mayor parte de los críticos y a la misma Academia que habiéndolo dejado deslizarse en los « repliegues » de sus definiciones, en los artículos *Frenillo* y *Válvula*, de la duodécima edición del Diccionario, lo ha hecho desaparecer, quizás involuntariamente, al cambiar las definiciones. *Repliegue*, aunque exista en francés *repli*, es mucho más decente que *mentón*, que acaba de llovernos con la 14ª edición del Diccionario. Ya lo usó Nuñez de Arce.

Por entre los repliegues de una loma

Hay abundancia de derivados en *ción* : *inquisición* (101) en el sentido de indagación, me satisface más, a pesar de la ambigüedad, que *enquesta*, que algunos neólogos han inventado ; *enfocación* (100) ; *catolización* (82) ; *diferenciación* (78); *fundamentación* (74) ; *romanización* (76) ; *europeización* (41) están bien compuestos. Menos me gustan : *movición* (33) ; *descastación* (52) y *disculpación* (66).

Cuanto a derivados en *ismo* hace Unamuno de ellos un verdadero derroche. Por lo demás se defienden bien : *alumbrismo* (148) ; *casuismo* (142) ; *ordenancismo* (128) ; *ergotismo* (117) ; *sensitivismo* (115) ; *colorismo* (116) ; *intelectualismo* (115) ; *didactismo* (108) ; *casticismo*, del título de la obra y *pseudocasticismo* (79) ; *cosmopolitismo* (74) ; *formulismo* (74) ; *romanismo* (76) ; *legitimismo* (61) ; *costumbrismo* (54) ; *localismo* (52) ; *satanismo* (51).

Menos me gustan : *picarismo* (17) ; *caballerismo* (142) y sobre todo : *manchesterismo* (142) ; *libre arbitrismo* (118). El sufijo no es malo, pero no hay que abusar de él.

Entre los adjetivos neológicos encontramos las siguientes terminaciones :

En *able* : *cuadriculable* (190).

En *izo* : *intracastizo* (125).

En *esco* : *leguleyesco* (117) y *notariesco* (39), poco encomiables.

En *ico*: *psicofisiológico* (95), bueno, y paisaje *monoteístico* (91) que no entiendo muy bien.

En *dor*: espíritu *polarizador* (110) y espíritu *centralizador* (80), excelentes.

En *al*: *pseudo-original* (59) y noches *invernales* (88), bien formados.

En *oide*: latas *cientificoides* (190) y bohemia *romanticoide* (189), a los que preferiría formas en *oideo* (V. mis *Apuntaciones lexicográficas*, pp. 49-52).

En *ario* hallamos: *formulario* (102); *soto-literario* (29), *intra-literario* (29) que están bien formados.

En *ista*: *intelectualista* (116); *simplicista* (96); *libre-arbitrista* (118).

En *ivo*: *disociativo* (110); *ultra-intelectivo* (148); *archi-sensitivo* (148), que son buenos.

Menos me satisfacen los cuatro terminados en *iano*: lenguas *arianas* (73), que se dice muy bien lenguas arias; tiempos *merovingianos* (63) ¿por qué no merovingios?; *abeliano* (21), pudiera pasar; *shopenhaueriano* (119) es empalagoso y tiene todas las trazas de un trabalenguas.

En *able* acaban: *irrepresentable* (108); *encasillable* (109); *informulable* (113); *incambiable* (120).

En *ico*: *genético* (112); *ginecolátrico* (141); *dilemático* (139); *caleidoscopico* (108) mejor que calidoscópico académico.

En *ado*, *ada* rematan: *entrecomillado* (111); *desdibujado* (116) que tienen aspecto agradable; *enquistado* (37) (la Academia no trae enquistar), *antemencionado* (31); *amadamado* (141), de saborcillo francés; *iletrado* (22) que me gusta poco y al que preferiría inculto, grosero, si bien confieso por otra parte que me gustan menos aún analfabeto e iliterato.

Entre los participios activos hallamos: *excluyente* (134); *individuante* (119); *palpitante* (42); *teorizante* (42) (la Academia no trae tampoco teorizar).

En *ente* tenemos: *subconciente* (85), muy bueno.

Dos adverbios: enderezar *anárquicamente* entuertos (127) y el caserío *recortadamente* demarcado (92), este último mal formado.

Entre los verbos nuevos hallamos: *intensificar* (53); *polemiquear* (95); bien construidos. *Inhibir* (82); *insu-*

flar (42); *encalmarse* (33) están empleados en sentido diferente del académico. *Congruir* (132) e *irrumpir* (101) no están mal trazados.

Con ayuda de prefijos se han formado los siguientes verbos: *sobrepasar* (40); *sobrestimar* (22); *reobrar* (133); *recombinar* (115); *reinsistir* (26); *desdibujar* (116).

Abundan por último, con la terminación *izar*: *socializar* (136); *escolastizar* (131); *universalizar* (85); *originalizarse* (60); *racionalizarse* (50); *sobrenaturalizar* (97).

En cuanto a los galicismos usa Unamuno los que todo el mundo gasta, los que se deslizan hasta en las obras de los que más encarnizadamente atacan al enemigo francés. *Plancha* de mosaico (90) puede pasar al lado de las numerosas « planchas » que trae el diccionario agazapadas entre sus diversas acepciones; la *misión* de los españoles (23), será todo lo herética que se quiera, pero análogas « misiones » apunta el P. Mir en los siguientes autores incorrectos: Lista, Severo Catalina, Danvila, Marqués de Valmar, Gago, Aparisi, Revilla, Valera, Cánovas, Navarro y Ledesma, Duque de Rivas. La que creo no tenga éxito es la « misión » que nos predica el autor del *Prontuario*. Siempre *se hará ciencia* (46), es feo; *acentuarse* la corriente central (79) es expresivo; terreno *accidentado* (87) es ya muy corriente; *acusar* su individualidad (101), también; *imponerse* la sociedad al individuo (138), idem de lienzo (tampoco académico). *Jugar papel* histórico (134) es inútil, diciéndose ya desempeñar papel.

Como se ve, poco podemos criticar en el neologismo de Unamuno. Sin embargo juega suficientemente con las palabras, no vacila en sacarlas de donde las encuentra ni en forjarlas cuando no las halla. Pero con talento muy castizo sus innovaciones no desdicen del resto del idioma. No fabrica en general palabras para sustituir otras existentes, ni toma el rábano por las hojas empleando voces sin saber lo que significan. No vacia estatuas en troqueles, ni hinca sus fauces en las víctimas, ni nos habla de palideces cerámicas como algunos neólogos de manicomio.

EL VOCABULARIO DE SALVADOR RUEDA

Salvador Rueda ha sido el iniciador, en España, del mismo movimiento de renovacion que encabezó Rubén Darío entre la juventud americana. Ambos han alcanzado resultados análogos y ambos han remozado considerablemente la guardarropía poética española.

Pero mientras en Darío, la introducción de elementos nuevos es casi siempre artificial, extranjera, Rueda empieza por utilizar muchas palabras españolas de esas que forman el lenguaje del pueblo y que, por pura desidia, no han sido introducidas hasta hoy en el Diccionario. Díganlo si no en « *En tropel* » *velatorio* (30) que es para los andaluces lo que el « velorio » para los americanos; un gitano de faz *patilluda* (34); *cosquilleando* (37); tez *aceituneña* (61); fresa *aranjueña* (66); *ganchillos* para el pelo (61), que son los ganchos de los americanos; el *tin tan* de las campanas (82); *murguista* (83); *afiligranar* (107); *polvorón* (111); *golpetazo* (118); *listear* de verdes franjas (126); *barandillaje* (127); *cascabeleo* (129); el rayo que *cabrillea* (175), algo más pintoresco que el « zigzaguear » con que nos empalagan algunos; extrañas *mecidas* de péndulo (161) que nos recuerdan aquella canción de nuestra infancia que termina con :

> Salga la niña
> Del mecedor,
> con veinte mecidas
> a cual mejor !

Y con qué encanto hallamos en su pluma algunos provincialismos sabrosos : *relincho* (39), en el sentido en que lo leímos en Pereda; *esfollazas* regocijadas (57); *jabera* (108); *rizar* las fermatas al acabar los que jumbrosos versos (108); *el llar* (140); *la traca* (128) y el *sacorio*

(134) valencianos; nos encantan las formas populares: *la Inesa* (82); los *piezes* menuditos (117) que vimos criticados en las *Apuntaciones* de Cuervo; nos quedan explicados americanismos, como: tiene en dos partido el labio, porque es *boquina* (61), que da el origen del *boquineto* venezolano (Calcaño y Picón Febres) y del *boquinete* mejicano (Ramos y Duarte).

En *La Copula* nos encontramos asimismo con un rico caudal de voces olvidadas por la Academia: *mariposeo* (95); tener algo *de largo* (117); una cama de elegantes *tallados* (119); *culata* de un brillante (134), que puede entrar ya que figura en el diccionario el pabellon o parte superior del mismo; *mimosidades* (190); *arenillero* (210); *cuentagotas* (203); *rizamiento* (206); en los patios *gorgotean* las fuentes (206); *engallamientos* gentiles (188); una mata de pelo espesa, negra, *brutal* (96); *parrancar* (124); *ahuecado* (130); *fijarse* en una cosa (159); mal que le pese al P. Mir, quien achaca esta frase a los galiparlistas.; Quizás no sepa francés; Ponerse *a la pista* de algo (169), es bueno igualmente.

En cuanto a neologismos de verdad no hay muchos en *En Tropel* y son casi todos de buena clase: la luna *navarra* (16); *atirantar* (27); *pletorico* de gente; *congestianado* (63); *evolucionar* el ritmo (184) que no merece mayor censura que *comisionar*; *sexticorde* (162); *diamatesco* (141); *kaleidoscopico* (120); que segun la Academia debiera ser calidoscópico; una ojiva *acristalada* (92); los *tallados* de un vaso (46); tiembla como *agonica* lampara (42); canto *hipnotizante* (14), al que preferiria yo hipnotizador; labio *membrilloso* (136); *rutilador* cabrilleo (155) para el que la Academia acepta en cambio solo rutilante; Vaya usted a entenderse! No me gustan: tus cuerdas *recibradoras* (129), ni sus *corruscantes* buñuelos (73), que ignoro si quieren ser coruscantes es decir brillantes o crujientes (de corrusco).

En *La Copula*, en cambio, hay superabundancia de estos neologismos, si bien repito que casi siempre están satisfactoriamente construidos: *fastuosidad* deslumbradora (206); *extrahumano* (179); *pasionalmente* (171); *concretar* una cosa (100); *clarividencia* (106); grandeza *sugestiva* (112); *miriadas* de semblantes (205); el *parpadeo* sideral (98), lo débil, lo *aromado* (120); barbas

machunas (120); *infantilidad* (132); la lección *poliforme* y *polifónica* de todo (150); *desmedular* (147); sensibilidad *quintaesenciada* (123); dolor *inaplacable* (114); sensaciones de *afrodisíaco* (113); *reencarnarse* (187); chorreante de luces, como un *destiladero* de flores (203); los *repliegues* de su alma (201). Abundan los adjetivos neológicos: *preestablecido* (124); *obsesionado* (147), al que preferiría *obsedido*, caso de usar este neologismo; *emocionado* (192) es inferior a conmovido; *aborbotonados* impulsos (198); *espiritualizado* (197); *preestablecido* (156); *diafanizado* (132); *adiosado* entrecejo (159); al que prefiero divino, olímpico, etc.

Con la terminación *ador* hallamos: *asustador* (166); *ofuscador* (208); *arrollador* (108); éxtasis *ensoñadores* (106); en cuanto a cama *policreadora* (191); diluvios *reencarnadores* (211); *estalladoras* imágenes (98); *resquebrajadora* compasión (126); *recaladoras* miradas (155); no me parecen constituidas para gozar de larga vida.

Entre los derivados en *miento* celebro: *desplegamiento* (105), *desflecamiento* (207); prefiero a *acumulamientos* de caudales (199), el conocido *acumulaciones*, y a *goteamiento* de luz (212) el sencillísimo *goteo* que no figura por lo demás en el diccionario.

Abundan los derivados en *ante*: carmín *alarmante* (96); *hormigueantes* calados (203); la idea fija, *taladrante* (147), al que prefiero con mucho « terebrante », ampliando la acepción académica; el *torturante* hilo social (124) es más feo que « atormentador »; huesos *tremantes* (198), anticuado en el diccionario, no es bonito.

Naturalmente abundan en Rueda, como en los demás escritores modernos los derivados en *esco*: *canallesco* (178), me satisface; pero no diré lo mismo de voces *charranescas* (190); semblante *diablesco* (204); seres *duendescos* (223).

Dejo para lo último, siempre de *La Cópula*, algunos neologismos demasiado atrevidos, poco claros o ingratos al oído, v. gr.: la copa *plativerde* de un álamo (220); viviendo medio *innutrida* existencia (120); Rubí *rechispeaba*, reía (142); cristales *agrandatorios* (153), que hemos llamado siempre de aumento o amplificadores;

abocetar una estatua (164) ;*transfusionarse* (220), al que prefiero francamente el transfundirse académico : un gorro de borla *ingrávida* (106) . En cuanto a *prismatizar* (203) me gusta menos que irisar y por otra parte, si alguna vez fué esta palabra original, estamos ya tan hartos de *prismatizaciones* usadas a tontas y a locas, que prefiero ver barrer esta voz para siempre.

Pocos galicismos de vocabulario hallamos en Rueda. *En Tropel* nos ofrece : *fulguran* tintas diversas (17) ; el arco azul de las olas, de plata y nieve *bordean* (18) ; el buho *acentúa* el silencio (161) ; *placa* brillante (155), que son buenos ; *senos* (67) por pechos, y *rango* (128) , que son ya casi irremediables ; *bordoneo,* (160) , por zumbido, que en nada aventaja a éste ; *macabro* (78) y *macábrico* (30) que son detestables. En *La Cópula* sacamos : una lancha *bordeando* la costa, por orillándola ; *motivos* de dibujo (119) , que pueden aceptarse ; *bandas* de sol (217) (Véase lo dicho acerca de ellas) , *mixtificado* (124) que es francés puro y no de lo mejor.

En resumen poca cosa. Rueda se ha contentado con los recursos que la lengua le ofrecía para enriquecer su vocabulario.

EL VOCABULARIO DE DIAZ RODRÍGUEZ

He leído de Manuel Díaz Rodríguez, para el presente estudio, el delicado libro de crítica que titula *Camino de Perfección*. No quiero dejar, antes de entrar en el estudio de la obra desde el punto de vista lexicográfico, de manifestar gratitud al autor por los encantadores ratos que su lectura me ha proporcionado.

Es un libro profundamente americano y al mismo tiempo intensamente español. Campea por todo él un españolismo profundo, no esa ridícula vanidad de ciertos españoles que se creen que la madre patria es aun el corazón y el cerebro del mundo hispano y que todo lo americano pertenece a un género inferior, sino el orgullo noble del hijo que, después de haber conquistado honra propia, se ufana con los timbres de gloria de sus antepasados, que sabe recordar las glorias tradicionales de la raza y que, si es preciso, reivindica frente a los extranjeros la gloria de sus abuelos.

Ojalá todos los americanos comprendieran de este modo el « españolismo ». Ojalá, antes de aceptar a ciegas ciertas opiniones sobre España se tomaran el paciente trabajo de averiguar lo que hay de cierto en ellas.

Aun diré que el libro de Díaz Rodríguez es más español que gran número de obras escritas en la península sobre asuntos análogos. Con qué maestría reduce a polvo nuestro crítico ciertas teorías corrientes hoy entre los extranjeros sobre la historia, la literatura y el arte españoles ¡Cómo desmorona ciertos clisés sobre el fanatismo religioso, sobre la pobreza de la lengua española, sobre la tendencia al absolutismo y hasta sobre la rigidez del arte y la literatura de la península.

Y sin embargo el españolismo de Díaz Rodríguez no es ciego. Comprende muy bien que, lo mismo que

« dentro de una misma España hay varias Españas distintas » (p. 205) y que « la España presente en un cerebro de vasco no es la misma que inflama cualquiera imaginación andaluza » (p. 205), distintos han de ser, dentro de una misma mentalidad, el iberoamericanismo de un argentino y el de un mejicano. Lo que censura es la opinión que de España se forman, sin conocerla, « los que, por haber nacido en otra latitud, al calor de otro clima y con la ley de otro régimen, se acogen a la imposible quimera de imaginarse por siempre desarraigados de la vieja casta española. » (p. 206).

El españolismo profundo de Díaz Rodríguez, su conocimiento perfecto de las bellezas con que se engalana la historia literaria española, le permiten, sin dejar de ser enteramente americano, escribir en un idioma que puede competir ventajosamente con el de los más atildados escritores modernos de la península, mal que le pese a ciertos críticos, como el Don Perfecto, que tan cruelmente satiriza el autor en su obra.

Páginas hay en la obra que me recuerdan algunas de las mas encantadoras del sabio manejador de nuestro idioma Martínez Ruiz. He aquí un ejemplo entre mil :

« Las palabras... son individuos organizados, diminutos, leves y harmoniosos... Don Perfecto no las ve así : él, si las ve, es a lo sumo como sardinitas exánimes, inmóviles, cogidas por sorpresa en las implacables redes del diccionario. El tiene su punto de vista : Las palabras, en verdad, son la invención y el instrumento del vulgo, y él, don Perfecto, se halla muy por encima del vulgo. Cuanto al diccionario, ya es diferente, porque el diccionario es al mismo tiempo su padre, su hijo y su novia, sobre todo su novia... Por tanto, a menos de empequeñecerse y humillarse, él no asigna a las palabras otro valor fuera de aquel que su diccionario les atribuye. Para él están muertas, o no les concede más alma y vida que a sardinitas enredadas en la malla pescadora. Tal vez le gustaría que les viniesen aun más ajustados y estrechos los hilos de la malla a esas breves criaturas indóciles que, en su desesperada aspiración al aire y a la luz, brincan, danzan y se escabullen más fácilmente que los peces, porque no están hechas como los peces de carne gofa, sino de sutileza y harmonía. »

Y ¡qué riqueza de vocabulario campea por la obra !

Palabras de rancio aspecto y sabrosa expresión, que por desgracia van olvidándose, pero que siempre leemos con encanto y reconocemos como genuinamente nuestras : *horrura*, *paludamento*, *bienandanza*, *sucedumbre*, *atañedero*, *buey picón*, *señero*, *pergeñar*, *perspicuo*, *flor tempranera*, *cunar*, *alquitara*, *insito*, *justedad*, *soterraño*, *mañera destreza*, *navideño*, *campanil*, *obsoleto*, *cino doncel*, *burlería*... Otras anticuadas y que cuando las vemos reaparecer nos hacen pensar en galicismos que pusieran a Baralt los pelos de punta : *pucela*, *facecia*, *apartamientos*...

He aquí un exquisito paralelo entre tres árboles :

« Hállanlo (su estilo), y con divina ingenuidad lo expresan al hallarlo, el bucare, el mango y la palmera : y supongo que el bucare, porque dé con su estilo no ha de creerse mejor o peor que los otros, ni tampoco ninguno de los otros debe de creerse mejor o peor que el bucare. Cada uno da su expresión y su estilo sin importársele nada de los demás : la palmera su euritmia y su esbeltez, que la hacen paradigma y blasón de arquitectura : el mango su follaje, sus hojas nuevecitas de leonado terciopelo, y su carga de frutos en que son claros nuncios de la miel todos los matices del verde, el gualda y el rosa ; y por último, el bucare, aunque de cuerpo lleno de feos verrugones, irregular, inharmónico y desgarbado, no es menos que la palmera, y aunque no críe fruto, no es menos que el mango, ni tampoco es más que ellos, porque dé vida al café y el café nos la dé a nosotros, ni porque sus flores de púrpura lo vistan con rico paludamento como a un imperator cercado de sus legiones cuando se alza en el centro del cafetal, o abandonado más bien de las mismas cuando surge, arrogante y solitario en el centro del barbecho. » (29).

Aunque pertenezco yo a la familia de Don Perfecto, ya que mi principal preocupación es el diccionario, no soy, ni de lejos, tan intransigente como él. Así es que no me doy por aludido por ciertas acusaciones de Díaz Rodríguez.

« No acepta (Don Perfecto) que se dé a una palabra, si el diccionario no se la atribuye, la acepción que guarda su equivalente francesa y que un tiempo fué de entrambas, cuando las dos florecieron con una sola flor en el viejo tronco latino (58) ».

« En esta vía, don Perfecto es implacable. Su deber más

rudimentario de guardián de la lengua se lo exige. Si no, como oponerse a los diablos modernistas que están convirtiendo el castellano en pura algarabía y jerigonza? Cómo oponerse a las desmedidas presunciones de esos pobres diablos? ¿No pretenden haber devuelto al habla que estaba según ellos en chochez y estagnación, como vieja doncella paralítica, la libertad, el ritmo y la gracia del movimiento?

Estoy de acuerdo con el autor en lo que toca a lo absurdo de querer hacer encajar una cosa tan prodigiosamente rica como la lengua española en las hojas de un Diccionario por perfecto que sea, y ya sabemos cuán lejos está aún de la perfección el Diccionario español.

Tengo asimismo la manga mucho más ancha que la de la mayor parte de los antigalicistas y comprendo muy bien que existe una corriente poderosísima de ideas, que viene de Francia a los países de lengua española y deja fatalmente un sedimento de voces y giros nuevos contra cuya intrusión es imposible luchar. Comprendo también que la lengua no es un organismo inmóvil, que en su vida perpetua hay formas que van desapareciendo poco a poco y otras que van haciendo su aparición, que las palabras tienen, como los seres, su nacimiento, su edad madura, su vejez y su muerte, y sobre todo que la lengua la hace el vulgo, lo mismo el vulgo inculto que el vulgo instruido, el vulgo que escribe.

Pero, considero que, lo mismo que está admitido que el modo de hablar y escribir del vulgo iliterato es censurable y que las personas cultas no deben decir ni escribir « haiga », ni « destornillarse de risa », ni « almario », ni « arquilar » ni « sordao », en lugar de « haya », « desternillarse », « armario », « alquilar », « soldado », a pesar de ser corrientes estas malas pronunciaciones, puede también someterse el lenguaje literario a la misma disciplina y no permitirrse que ciertos gansos, so pretexto que escriben, hagan mangas y capirotes con el idioma.

Santo y bueno que se enriquezca el idioma con voces nuevas, pero cuídese siempre de que estas voces estén bien formadas y, en lo posible, no hagan doble empleo con otras voces tan buenas o mejores y no desterradas definitivamente del idioma. Muy admisible es

que se adopten de los idiomas extranjeros ciertas voces, que se extienda el significado de otras palabras españolas con arreglo a su desarrollo semántico en francés o en inglés, pero que no nos inunden de galicismos mal pergeñados para sustituir voces castizas.

¡Ah! si todos los escritores enemigos de los Don Perfectos, supieran su idioma como Díaz Rodríguez, poco tendría yo que decir, pero de sobra sabe él que no todo lo que brilla en las letras hispanoamericanas es oro, ni mucho menos, y que, por cada innovación feliz, tropieza uno en libros y periódicos con tres o cuatro verdaderos rebuznos.

No son pues del todo inútiles los Don Perfectos. Claro que algunos de estos celadores del idioma son demasiado severos, pero en este género de crítica vale más pecar por carta de más que por carta de menos. Al artista cabe el entresacar de sus críticas lo que ha de aceptarse y lo que puede dejarse.

Y ahora pasemos la pluma a Don Perfecto y estudiemos el vocabulario que campea en la gallarda obra de Díaz Rodríguez.

Ya he citado el gran número de palabras muy castizas que esmaltan la obra. Otras hay que, aunque no figuran en el Diccionario, merecerían verse archivadas en él, por ser de pura cepa española : *desgarramiento* (160); el abandono del *yo* (159); juegos *malabares* (9); el *cavo* de las rocas (241); *cerrugones* (29); *hibridez* (11); *medialuna* (240).

Algunas voces están empleadas con otro sentido que el que tienen en el Diccionario : *teutón* (172); una *avanzada* de luz (179); aquel gran *mitrado* (11); *clisé* histórico (183); *tópico* (11), y *cosquilla* (102), usados en singular; el arte de los *Primitivos* (121); *cosechas de flor* (212); voz de *surgente* (123); *acceso* de romanticismo (265); café *cantante* (199); *estagnación* (59), que mejor fuera estancamiento.

Entre las voces de carácter científico : *substrato* (268); *ecolalia* (104); *pseudosíntoma* (105); *sobrehombre* (139-258), al que prefiero superhombre; proferir una *insania* (80); *psiquiatra* (74), que debe ser psiquiatro; *sindroma* (103), que etimológicamente debiera ser síndromo, como *pródromo* (Acad.), y *matoide* (108).

Entre las voces neológicas derivadas de otras palabras, tenemos :

Terminadas en *ción* : *reafirmación* (237), *discriminaciones* (8), que son por cierto más elegantes que discrímenes.

Terminados en *ica* : la *técnica* sabia (260) ; la *orquéstica* griega (162).

En *iencia* : *subconciencia* (28), que es bueno, y *proveniencia* (225), doblete inútil de procedencia.

En *idad* : *relatividad* (178) ; *complejidad* (185) ; *modalidad* (187).

En *ismo* : *estilismo* (60) ; *naturalismo* (122) y *naturismo* (122), que son cosas muy diferentes ; *prerafaelismo* (121) ; *cientificismo* (135), que no me gusta y al que prefiero cientifismo (como *pacifismo*, de pacífico, *filosofismo*, de filosófico).

Si pasamos ahora a los calificativos encontramos también palabras interesantes ; *piso terrero* (68) ; cáfila *hampona* de lacayos (203), usados en sentido algo diferente del académico ; carne *gofa* (17) ; *estrídulo* violoncito (30) ; *madrigalizador* (187) ; fallo *inconcuso* (91), pueblos *mediterráneos* (228) ; luz *extraterrena* (240) ; un momento histórico *requerido* (186) ; *previsivo* (256), al que prefiero previsor ; temores *milenarios* (119) ; nubes *glaucas y verdes* (71), adjetivos mal asociados, puesto que son algo sinónimos.

Terminados en *ano* : *nietscheano* (8) ; *tainiano* (158) ; *verlainiano* (158), que es algo feo. Por otra parte los derivados de Nietsche y Verlaine o Taine, debieran tener igual forma. *Rabelaisiano* (257) no es desagradable, si bien debiérase evitar en lo posible esta especie de adjetivos, de los que no existen muchos modelos derivados de nombres propios españoles.

Terminan en *al* : jardín *señorial* (143) ; *intertropical* (152) ; fuente *ancestral* (104) ; *semitropical* (130) ; *convental* (71), inútil, habiendo ya conventual ; y *lilial* (127), al que no echo en cara sino el que la correspondencia exacta del *lilial* francés sería todo lo más : azucenal. Pero ¡qué le vamos a hacer ! los *lises* y aun los *lirios* van convirtiéndose poco a poco en azucenas.

En *eño*, encontramos solo : *velazqueño* (264), que se me resiste. Es imposible empeñarse en sacar de todo

nombre propio un adjectivo. Calderón, Moratín dan perfectamente calderoniano, moratiniano; Cervantes nos ha dado cervantino y Góngora, gongorino (Velásguez debiera dar velazquino). Pero ¿cómo hacer el derivado de Lope? ¿y el de Tirso de Molina? De Zorrilla y Hermosilla salen a pedir de boca : *zorrillesco*, *hermosillesco*, pero no se olvide que estas formas son despectivas.

En *ante* concluye : *paralizante* (216); y en *ente* : *subconsciente* (83), que son buenos, e *iridescente* (241) que es más agradable que el iridiscente académico.

En *esco* tenemos los inevitables : *hermosillesco* (72); *rafaelesco* (120); *versallesco* (187); que figuran en casi todas los obras de crítica moderna; *donjuanesco* (144); *bufonesco* (208); *caricaturesco* (233).

En *ico* : *ultramístico* (201); *semiológico* (79); *absíntico* (102); *patognomónico* (102-260); *pseudoclásico* (120); *prerafaélico* (120); *orgiástico* (126); *psiquiátrico* (150); *anatomo-fisiológico* (188), imaginación *oceánica* (245), que están todos bien formados.

En *ista* figuran : *sionista* (73); *prerafaelista* (259-109) y *preciosista* (61).

En *ado* hallamos varios adjectivos-participios : religión *desamparada* por los fieles (57); *yanquizado* (76); *fulminado* de maravilla (163), poco elegante; el término de la raza es el más *allanado* a errores (184); *anquilosado* (186); régimen político *avanzado* (217); *preformado* (280). Casi todos ellos son de buen corte.

Como se vé, poco puede agarrar la crítica en el vocabulario de Díaz Rodríguez, que usa el neologismo ampliamente, pero con perfecto criterio.

No sacamos gran cosecha de verbos nuevos de *Camino de perfección*, pero todos ellos son de excelente forma : *diademar* (211); *bastardear* nuestra cultura (238); *fragmentar* (222); *teorizar* (12); *platonizar* (208); *relativizar* (179); *sobrepasar* (165); *reafirmarse* (73). Algunos verbos hay usados en sentido diferente del que les conocíamos : el misticismo que pudiéramos *apellidar* platónico (140), al que prefiero el sencillo llamar; las carabelas... *aproaron* las costas de España (136). *Enjoyarse* (245) y *magnificarse* (160), usados como reflexivos son excelentes.

Algo podría criticarse en lo referente a los extranjerismos y particularmente los galicismos. Nótase por de pronto cierta cantidad de voces extranjeras : *fraticelli* (42); *surmenage* (105); *vaudeville* (199); *savoir faire* (260); *gens de lettres* (247); *kermesse* (272); *nirvana* (160). Nada podemos censurarles pues están empleadas con acierto. Sin embargo es la índola de nuestra lengua tan diferente del francés y suenan tan estrafalariamente ciertas palabras extranjeras pronunciadas por bocas españolas, que siempre me producen cierto disgusto. *Surmenage*, sin la *u* y la *g* francesas es muy feo. *Vaudeville*, convertido en *bodebil*, como suelen hacerlo los hispanoamericanos, me recuerda ciertos francesismos atroces leídos en escaparates de tiendas españolas o en anuncios de comerciantes americanos. No hace mucho vi en el anuncio de una pastelería española unos *Briots* (*brioches*) que me hicieron pegar un salto, y la semana pasada, en un número del *Diario del Salvador*, anunciaba otro comerciante poligloto unos « *boulevans* de mantequilla », que muy probablemente han de ser « *col-au-vents* ». Los franceses no incurren en este defecto porque su idioma se adapta mucho más fácilmente a la pronunciación de las voces extranjeras. Nosotros, en sacándonos del italiano, estamos perdidos. Con el inglés hacemos barbaridades, díganlo si no los *sports*, *meetings*, etc.

Entre las voces latinas citaremos : *imperator* (29); *distingo* (89), que prefiero con mucho a distinguo (230), por ser más facil de pronunciar; y *decorum* (63), que ha de ser sencillamente decoro.

Entre los galicismos propiamente dichos, señalaremos : *marcar* (20-27), que tan corriente es ya que figura en varios artículos del mismo diccionario ; *arribismo* (25), y *arribista* (25), que tienen el defecto de que si en francés *arriver* implica la idea de llegar, en español hacen pensar más bien en arriba, siendo por lo tanto los arribistas, la gente de arriba; *encuadrar* (11) trae la idea de cuadra; camino *bordado* con jalones (2) tiene en su contra la acepción corriente de bordado; aquí sentaría mejor : *simétricamente jalonado ; claro de luna* (30) adolece del mismo defecto, por la significación que damos a claro, v. gr. : *un claro de cielo azul ; bandeleta* (37) es buen diminutivo de *banda* que por

arte de la Real Academia es « castiza » desde la última edición; *desuetud* (57); *prestancia* (72), son voces latinas que lo mismo pueden usarse en nuestra lengua que en francés; los *subsuelos* del castillo (72) serían mejor los sótanos, reservándose subsuelo para la lengua científica; *reposorio* (73), por descanso, no me encanta; *glaciar* (109) es inferior a helero y, si en francés viene de *glace*, hielo, en nuestra lengua no viene sino del franchute; *gesto* (192), *gesticulante* (153); *rango* (155) son ya tan comunes que me parece inútil criticarlos; *concurrencia* (93), por competencia, venía amparado hasta la décimatercera edición de su Diccionario por la misma Academia. Hoy ha desaparecido. En paz descanse. La *pretendida* disposición (235), no aventaja en nada la supuesta disposición; *hacerse* culpables (183) me gusta menos que volverse culpables; *macabro* (203) está ya también muy agarrado, a pesar de su fealdad. Hay que tener la afición de los españoles hacia lo extranjero para aceptar una palabra de consonancia tan estrafalaria. ¿Cuándo veremos aparecer los derivados de este nuevo « enriquecimiento » de la lengua? ¿Cuando leeremos *macabrería*, *macabrón*, etc., etc.? No diré lo mismo de *marioneta* (187), que no es grotesco, aunque con títere hubiéramos podido arreglarnos; ya que los franceses traducen títere por *marionette*, hubiéramos nosotros debido contentarnos con hacer lo contrario. Los *cándidos lirios* (275) tienen en su apoyo el ser usados por todos los « neógrafos » y, en su contra, el que siendo los lirios morados, mal puede tratárselos de cándidos. (V. p. 64. *Grasa* risa (207) y vivir *grasamente* (3) tienen un saborcillo a pringue que empalaga. *Descelar* un secreto (270) será en castellano quitarle el sueño. ¿Porqué no decir revelar, descubrir ».?

Algunos americanismos: *descachado* (72); *enrostrar* (197), por echar en cara; *enfrentar* (95); que no es malo; *darla en suponer* (77), tan aceptable como el castellano dar en; *curiosear* las estrellas (4), por escudriñarlas; *urgir* a uno un deseo (4), por impulsarle, apremiarle; *pajonal* (5), excelente; debe haber una azotea para otear desde *ahí* (4), en castellano diríamos en este caso *allí*; *con tal sea* (31), por con tal que sea; *un* algo del fragante secreto (233), que en castellano se construye sin el un; *en medio a* (4), que en castellano es en medio de.

No implica esta observación acerca de ciertos americanismos la menor censura. Tan correcto y tan español es decir: un algo que algo, o en medio a que en medio de, ahí que allí. En España y en Francia misma varían los giros más usuales de una provincia a otra. Lo que importa es que unifiquemos la lengua literaria en cuanto sea posible y para ello creo que lo más práctico es adaptarse para las cuestiones de sintaxis, especialmente, a la lengua de Castilla, lo mismo que en Francia, conservándose muy vivos ciertos giros en la lengua familiar, todo el mundo se adapta, al escribir, al lenguaje de París. En el Mediodía de Francia, por ejemplo, se emplean como en español muchos verbos con forma reflexiva: *se perdre une chose, se tomber un objet;* se usa, también como en español, el régimen *a* con los complementos directos de persona. Sin embargo, estas formas, que usan varios millones de personas, aun en las clases muy cultas, en la conversación familiar, desaparecen cuando escriben. Es el lenguaje un convencionalismo. Como hablamos para que nos entiendan los que nos oyen, debemos hablar, en lo posible, del mismo modo que los que conversan con nosotros (dejando a un lado, naturalmente, ciertas formas bárbaras que forman la valla reconocida entre la gente culta y la plebe). Cuando escribimos, como es nuestra intención el que puedan leernos todas las personas que entienden nuestra lengua, nuestro convencionalismo verbal ha de ser más amplio y hemos de unificar en lo posible nuestro vocabulario y nuestra sintaxis. ¿Y unificarlo con arreglo a cuáles? A los del agrupamiento étnico más numeroso, que viene a ser en el caso nuestro la tierra donde nació nuestro idioma, de donde proceden nuestros antepasados, los fundadores de nuestra raza y de nuestra civilización. Y lo mismo que los escritores de la Península adaptan su lenguaje al de Madrid, por ser este el más difundido en lo escrito, los americanos han de adaptar el suyo a la misma norma. Siempre les será más fácil, ya que es precisa la unificación, adoptar ciertas formas de Castilla que a los mejicanos seguir las formas argentinas o a los argentinos doblarse a los giros más usuales en Venezuela o en Méjico, por ejemplo.

EL VOCABULARIO DE RUBÉN DARÍO

Es en general el ilustre autor de *Azul* y de *Prosas profanas* bastante parco en el uso del neologismo. Con palabras de vieja cepa castellana, sabiamente combinadas sabe realizar mágicas combinaciones de colores y delicados conciertos donde rara vez una nota extraña llega a sorprender un oído peninsular.

Su lengua, sin embargo, está bastante lejos del Diccionario y de la Gramática de la Academia, sobre todo de aquél, pues desde el punto de vista de la sintaxis no parece que le hayan estorbado mucho esas trabas del viejo idioma momificado que tanto molestan a ciertos escritores insipientes.

Descartamos naturalmente, al estudiar el neologismo en Rubén Darío, la multitud de voces que, aunque no figuren en el diccionario son hace tiempo del dominio común de todos los hispanoamericanos.

Encontramos en *Azul*, por ejemplo : el fino *angora* blanco (207); he roto el arpa *adulona* (37); *maceteros* de zafir (95); las lindas *campánulas* (112); *actrizuela* (121); en *Prosas profanas* : el albo *carrara* (106); el intacto *pentélico* (127); *boscosos* senderos (148); en *La Caravana Pasa* : *cuentista* (158); *atrida* (179).

Verdaderos neologismos, aunque perfectamente formados, de imprescindible necisidad y más o menos admitidos ya por todo el mundo son los siguientes : En *Azul* : columnas de alabastro y *esmaragdina* (34); *exotista* (156); el *abejeo* de la tarde (143); mil átomos de sol *akejean* en los jardines (101); *centifolia* (95); *erecto* (54); *efebo* (44). En *Prosas profanas* : *polítono* (109); *policromia* (108); el culto *fálico* (132); *hindú* (59), que la confusión con el « indio » americano hace absolutamente indispensable; *histeria* (81) que sustituye ventajosamente el feísimo histerismo del diccionario; *hetaira* (56); *lampadario*

(121); *panida* (121), *apolonida* (148), *ixionida* (91) derivados respectivamente de Pan, Apolo e Ixión; *heracleo* (90), *venusino* (127), sacados de Heracles y de Venus; lauros *milenarios,* en sentido distinto del del diccionario; *liróforo* (121); *olifante* (107); *muequear* (70); *pirouetear* (61). En *La Caravana pasa : romantizar* (166); *portalira* (176); *antisemita* (179); *ultrapatriótico* (179); carácter *tesonero* (184); *mentalidad* (162); grupos *pensantes* (160); rozar la *treintena* (159); *objetivarse* (164); *abnegado* (170), tan usual hoy día. Entre las voces registradas en otras acepciones por el diccionario : *explotar* un globo (185); suficiencia *estereotipada* (177); anarquista en el fondo de sus *coliciones* (165); gústanme también dos voces, calificadas de anticuadas por el diccionario : su poema *especular* (166), la *superbia* lírica (173). *Recomenzar* (188) me parece irreprochable y desearía que tomase en el Diccionario el puesto que mal ocupa el feísimo « redutable ». Ese sí que es galicismo, y de órdago.

En *Azul* leemos : cuernos de bronce que llenaban el viento con sus *fanfarrias* (33); los *satinados* brazos (125); piedras de las que *deslavan* y pulen los torrentes (138); piedras *delavadas* (94), parece ser errata; *desesperanza* tachado de viejo por la Academia está preciosamente empleado en la p. 168.

Son generalmente de buena laya ciertos derivados neológicos v. gr., en *Azul :* blanca y levemente *amapolada* (123); chapoteaba *musicalmente* (127); boca *cleopatrina* (128); critica *hermosillesca* (35); fiesta *tunantesca* (64); creación *murillesca* (123), *madrigalizar* (59). En *Prosas profanas* hallamos : *faunesa* (151), que también figura en *Azul*, p. 57; *satiresa* (151) nada tienen que envidiar a deesa y diablesa que campean en el Diccionario. A la terminación *esca* pertenecen *carnavalesco* (76) y *funambulesco* (71), tan aceptables como dantesco, rufianesco y otros de la Academia. A otro tipo pertenecen *verleniano* (137) y, en *La Caravana pasa*, *volteriano* (179), que tienen por abuelos a gregoriano, virgiliano, elzeviriano del diccionario (v. p. 55), y *naturista* (167).

En cambio, encontramos cierto número de neologismos que huelgan a mi parecer por existir ya otras

voces no menos elegantes y de idéntico sentido. En *Azul* leemos : la estrella *acarminada* de sus patas (126); dientes brillantes y *amarfilados* (162); un maelstrom *atrayente* (106); letra *echada* y gruesa (111); músicas *embriagantes* (105); los tupidos *arbolares* (58); chispas *purpuradas* (61); que bien se sustituyen con : carmíneo, marfileño, atractivo, tendida embriagadora, arboleda, purpúrea. Un tinte *violeta* (147) pertenece quizás a la misma categoría, sin embargo, su correspondiente, violado, va perdiendo terreno cada día. ¿Quién dice hoy al hablar de la luz rayos *atraviolados?* Violado desaparecerá probablemente, como va quedando arrinconado su sinónimo, morado. En *Prosas profanas* diremos lo mismo de : *bordoneo* de abeja (109), por zumbido, que tiene además un airecillo francés; de ritmo que muerde y acaricia, mata y *enflora* (109), que significa lo mismo que *florea*, sin ser más bello. En *La Caravana pasa* notamos : triunfo del *mundanismo* (168); ímpetus *flagelantes* (158); el *fatigante* Quo Vadis (167), que no valen mas que mundanalidad, flagelador, cansado o pesado.

Algunos neologismos por último me parecen poco necesarios y además poco gratos el oído. Citaré entre ellos en *Azul* : *japonerías* y *chinerías* (156); *himnica* pompa lírica (213); los curvos *epicantus* de sus ojos (159); canta de los *oarystis* (errata por las oaristys) el delicioso instante (210). Es un fastidio tener que recurrir a un diccionario latino o griego para entender ciertos versos. Y ni aun con tal recurso he podido enterarme de lo que es cierto insecto, el *hipsipilo* (*Azul*, p. 91) o *hipsipila* (*Prosas profanas* p. 62) para el que la única forma correcta sería *Hipsípile,* que leemos en Sánchez de Viana :

> Ulises navegó con la victoria
> A la tierra de Hipsípile y Toante
>
> Trad. *Metamorfosis*, l. XIV.

En *Prosas profanas* me parecen igualmente inútiles : *icónico* (117); *tritónico* (93), y aun *bulbul* (135), que prefiero dejar para las traducciones de las *Mil y una*

noches. Acepto el que hayan pasado a la guardarropía del idioma las lucinas y filomelas, pero el bulbul es demasiado feo.

En *La Caravana pasa* : *hamlético* (164), *prometeano* (178) no son de mayor utilidad.

*
* *

Si en materia de neologismos es *Azul* más rico que *Prosas profanas*, no ocurre lo propio al tratarse de los galicismos (entendiéndose naturalmente esta palabra sin el menor sentido despectivo). En *Azul* encontramos apenas : *palisandro* (79) ; la azucena y las *colúbiles* (187), que no valen nuestras enredaderas; la triste *melopea* (140), que no tiene motivo para perder su y (v. p. 14) *senos* (46) por pechos; a *plafón*, por techo (144), no se le puede criticar más que una diferencia de sentido con el plafón o paflón no menos galicado del Diccionario de la Academia. El *buen Dios* (115), y *cojín cojeando* (francés : clopin-clopant) (61) no me gustan mucho que digamos.

En *Prosas profanas*, como decía, es mayor la influencia del francés. Manos *liliales* (136) hacen juego con los *lises* albos en campo de azur (64). ¿Hemos de criticarlo? La invasión de lirios franceses es ya tan considerable que apenas si queda ya una azucena para un remedio por esos versos de Dios. Además la misma Academia ha tenido ya que aflojar. Llama ya *lirios blancos* a las azucenas y « flor de lis » a una amarilídea de América. En cuanto al lirio castellano legítimo, que se fastidie y se llame iris, como en francés. El tenía en castellano otros nombrecillos, como efémero e íride, pero ¿quién aguanta estos nombres? Si el día de mañana edita de nuevo Salvador Rueda *En Tropel*, tendrá que cambiar aquellos versos donde dice :

> En los ovillos suaves
> Fulguran tintas diversas
> Desde el azul de los lirios
> Al rojo de las cerezas.
>
> (*Las Xanas*).

cosas *banales* (61) por vulgaridades, pequeñeces; fanfarrias *macabras* (124); *bizarro* (70), con sentido tan diverso del que tiene en castellano esta voz, han de desecharse. *Toisón* diamantino (64); *claro* de luna (57), son bastante gratos al oído. Lo mismo diré, en *La Caravana pasa*, de: la misma *suficiencia* helada (177); guardar ciertas *conveniencias* (170); cuestión de *raza* (169); pero criticaré: *virtuoso* en la ejecución del verso (160) por resultar en castellano una anfibología que no existe con el francés *virtuose*; *tela* de un cuadro (182) por lienzo, siendo así que nuestra tela no corresponde al francés *toile*, sino a *étoffe*; *gentes* de letras (166) que no porque en francés sea poco corrientes en singular nos hemos de condenar a usar en plural.

Pocos galicismos de sintaxis pueden señalarse, como lo he dicho, en Darío. Los únicos notables que he apuntado son los siguientes: nos besamos la boca, *todos trémulos* (*Azul*, 129), y he roto el arpa *contra* las copas de Bohemia (*Azul*, 37). Ambos me gustan bastante.

En cambio criticaré el abuso de palabras francesas o apenas disfrazadas. En *Azul* saqué: *peluche* (153), por felpa; en *La Caravana pasa*: *bandelettes* (159), por vendas; *preux* (168), por caballero; *décor* (160), por escenario; *métier* (160), por técnica; *rubrique* (166), por sección y, a mal venir, el americano epígrafe. Claro que, cuando se trata de cosas puramente extranjeras, conviene dejarles su nombre, y nada he de decir de *Chartreuse* (*Azul*, 53); *baccarat* (*Prosas*, 81); *gobelinos* (*Prosas*, 75); *frufrú* (*Azul*, 123); *rastacueros* (*Azul*, 92); *Moiré* (*Azul*, 81), me gusta ciertamente más que el chocante muaré de nuestro Diccionario.

Lo mismo han de aceptarse las voces italianas o inglesas que no tienen traducción castellana: *primadona* (*Azul*, 92), *staccati* (*Azul*, 52); *spleen* (*Prosas*, 70). Iba a criticar *clown* (*Prosas*, 70), pero al ir a proponer como equivalente castellano payaso, pensé que no hacía sino sustituir un italianismo a un anglicismo. Y estando ahora de moda los clowns ingleses sería lástima tratarlos de payasos, pallasos o pallazos, que de todos estos modos puede decirse según el Diccionario.

De *sport* (*Prosas*, 65) y *sportsvoman* (*Prosas*, 65), ¿qué decir? Prefiero deporte. Es español de pacotilla, pero

por lo menos lo pueden pronunciar los españoles, mientras que el verso de Rubén Darío :

Mira pasar la Gloria, la Banca y el *e*Sport,

con esa *e* de añadidura, me parece casi ridículo. Cuando oigo a un español decir que es hombre de *esport* pienso involuntariamente en un mozo de cordel con una espuerta al hombro.

EL VOCABULARIO DE GÓMEZ CARRILLO

Es Gómez Carrillo artista refinado que conoce harto bien los recursos propios de nuestro idioma para no entregarse a ninguna innovación de mal gusto. Pero es al mismo tiempo un espíritu casi más parisiense que americano y no sabe resistir muchas veces al capricho de esmaltar su frase no sólo con voces y giros tomados del francés, sino con las propias palabras francesas.

Poquísimo pudiera criticar en sus neologismos. Como hice al hablar de Rubén Darío, descarto desde luego todas las voces que a pesar de ser muy españolas no entran en los diccionarios. En *Sensaciones de arte* : *diletantismo* (17); *naturalismo* (18); *impresionismo* (34); *impresionista* (37); *impersonalidad* (31), y especialmente la infeliz *silueta* (53), que tuvo la desdichada suerte de hacer una breve aparición en la duodécima edición de la Academia y que no sé por qué fatalidad ha sido arrojada del regazo académico[1]. En *Romerías* figuran por ejemplo gran número de voces de origen extranjero, exigidas por la localización del relato : *turcopoliero* (27); *joven turco* (95); *feces* rojos (57); un *imán* fanático (64); un magnífico *pappas* armenio (83); forma más agradable que el papaz académico; *narghile* (83); *felá* (110), que me gusta más que la forma inglesa fellah que usan algunos, una señorita *sefardí* (99). La mayor parte de estas voces debieran ya figurar en los diccionarios. Indispensables son, de la misma obra : una escalera *señorial* (7), que expresa idea muy diferente de señoril; marina *rodiense* (14), preferible a : tierra *rodiana* (12).

Entre lo que pudiéramos considerar como verdaderos neologismos encuentro, en *Sensaciones de arte*, modificaciones al significado de palabras admitidas por el

(1) Al que acaba de volver con la 14ª edición del Diccionario.

Diccionario. Ya he dicho que Gómez Carrillo no inventa sin necesidad, pero sabe estirar hasta donde alcanza el sentido de las voces existentes. Buenos ejemplos de ello son : el mundo de los viejos *analistas* (28); flores *hieráticas* de ensueño (20); sus figuras de mujer tienen algo del *andrógino* fabuloso (21); esas *elegíacas* lascivas (24); la *inconsciencia* dulce de Cristo (54); una de las *personalidades* más queridas por el mundo inteligente (57); actitud *socrática* (75); coloraciones *satinadas* (60); es *indiscutible* como pintor (58); esa doble *complexión* de compositor y colorista (57); en ambas hay mucho de *homérico* (55).

Entre los neologismos propiamente dichos : montañas *abracadabrantes* (43) es ya bastante conocido para ser aceptado en los léxicos; la suave *matidez* de la carne (60), tiene exquisito sabor; un marco menos estrecho para *encuadrar* mi doctrina (28), y un *abandono* lleno de ternura (55) son galicismos, si se quiere, pero harto frecuentes; regazo *maternal* (55) apóyase en la autoridad de paternal, que está en el diccionario; *cebreado* por sombras cromáticas (61) es bueno, aunque el léxico traiga sólo cebrado, ya que nos da listado y listeado. *Encanecerse* (74), me parece inútil, habiendo el neutro encanecer. *Baudelairiano* (70), *saturniano* (80), *pierrotesco* (75), están cortados igualmente por buenos patrones, como lo dije al hablar de voces análogas en Darío.

En *Romerías* son los neologismos más abundantes, y siempre del más perfecto corte : *occidentalismo* (81); *efebos* coronados de jazmines (13); gobiernos *futuristas* (20); no tienen sol para *reconfortarse* (108); orientales *europeizados* (85). Son buenos adverbios : *abnegadamente* (28), tan necesario como el abnegado que celebro en Darío; *fanfarronamente* (83). Nótase una tendencia a sustituir el adjetivo con el participio activo : labios *gorjeantes;* silencio *impresionante* (45); tristeza *congojante* (40). De *emocionante* (6) y *emocionar* (15), confieso ser poco partidario. Me gustan más conmover y conmovedor; no me satisfacen estos verbos formados ya con un derivado verbal. Son buenas modificaciones a acepciones del diccionario : monasterio *milenario* (35); *techos* de tejas mecánicas (81).

Si nada tengo que criticar y tengo por lo contrario

mucho que celebrar en el neologismo de Gómez Carrillo, no haré lo propio con su afrancesamiento. Pero, aun a pesar de esto, he de confesar que no echo en cara al demasiado parisiense escritor el corromper el idioma introduciendo en él nuevos galicismos; sino el acoger, a sabiendas, a muchos de ellos, harto corrientes, amparándolos con la autoridad de su pluma, y el usar adrede a cada momento palabras francesas que tienen en castellano hermanas muy aceptables.

En *Sensaciones de arte* encuentro por ejemplo: la fecha *marcada* por el autor (25), dormir entre los *senos* de la madre (56); verdad es que uno y otro galicismos son ya casi imposibles de desarraigar; *tela*, por lienzo, (57) que critico ya en Rubén Darío; su intelecto se ha *doblado* de una sensibilidad fina (37), es discutible por la anfibología que produce en castellano el verbo doblar; *piezas* de antología (23), no me parece superior al corriente trozos. Tampoco me gusta: su cabellera está *tallada* por detrás como la de cualquier empleado (42), aunque traiga el diccionario a tallar como sinónimo anticuado de cortar.

En *Romerías* encontramos los galicismos que pudiéramos llamar consagrados: *gestos* felinos (85); gente recelosa y *gesticuladora* (91); *miraje* (36), al que prefiero con mucho nuestro espejismo; *macabro* (37); *maneras* majestuosas (85), que no son más elegantes que nuestros modales; el *vecinaje* de inmensos cafés (89) no es más claro que la vecindad, la proximidad; un *plan* de lechugas (49), en francés *plant*, no vale el usual tabla. A un *cortejo* real (45), prefiero con mucho un séquito. Iba a criticar *melopea* (90), como lo hice al tratar de Darío pero observo que nadie dice ya « melopeya » y que, habiéndonos gratificado la Academia con « farmacopea », en vez de « farmacopeya », bien podemos recibir a « melopea ». *Alzar los hombros* (102), por encogerse de hombros va siendo ya corriente, lo he encontrado también en Blasco Ibáñez. En vez de: pasar malos *cuartos de hora* (95) prefiero sencillamente malos ratos, y en vez de *frotarse* los ojos, estregárselos. Por último, a *maestranza* (6), *comandería* (23) y *sudán* (29); preferiría las formas ya admitidas de maestrazgo, encomienda y soldán.

Como ya lo digo poco antes, esmaltan los libros de Carrillo palabras extranjeras no siempre indispensables, pues muchas tienen exacto equivalente en castellano. En *Sensaciones de arte* : una frase *naïve* (79), un *cabaret* de París (83); su *insouciance* en materia de interés; los *portraitistes* (59); mejor artista que *théoricien* (46); sus *plafonds* del Hotel de Ville (52); jefe de los *esthètes* de la Gran Bretaña (46); con esa cuidadosa *tenue* de los ingleses (42); su cabellera se reparte en *bandeaux* (42); las extravagancias de la *pose* (11); hace soñar en Barbey d'Aurevilly mejor que en los *dandis* de su patria (63). Fuera de *bandeaux*, *tenue* y *dandy* las demás palabras se sustituyen exactamente por : *candoroso*, *taberna*, *despreocupación*, *retratistas*, *teórico*, *techos*, *estetas*.

En *Romerías* encontramos igualmente : aquí no se ve sino la *elite* (61); la *souplesse* con la cual han sabido hacerse una cultura tan exquisita (61); en el mismo tono de las *causeries* francesas (61); prepara la *revanche* (73); su virtud más antigua es la *sagesse* (74); con *jaquettes* desteñidas (90); triple *entente* (100); *palaces hoteles; bares* ingleses (82); leyendo los *leaders* (95); los *skatings* con sus pórticos marmoreos (97).

Acepto en rigor *elite*, por no decir la flor y nata, pero prefiero charla a *causerie*, desquite a *revanche*, prudencia a *sagesse*. Entre *jaquette*, *chaquet* y *saqué* no sé a cual dar la preferencia, son las tres palabras a cual más fea y las dos últimas no hacen sino patentizar el horroroso modo como pronuncian la *j* francesa los españoles. En cuanto a las voces inglesas no hay mas remedio que tragarlas, están de moda.

EL VOCABULARIO DE VARGAS VILA

Es Vargas Vila uno de los más vigorosos escritores americanos, uno de los más imitados por gran parte de la juventud hispanoamericana, habiendo llegado tal imitación a constituir el fenómeno que acertadamente llama José Fabio Garnier, en sus *Perfumes de Belleza*, la enfermedad vargasvilesca.

Al mismo tiempo es quizás el escritor americano que haya dado a su estilo un carácter más personal, — lo cual no implica siempre un elogio, ni mucho menos.

La prosa de Vargas Vila, cortada a cada momento por extemporáneas comas y puntos aparte, realzada por mayúsculas que no se sabe a qué vienen, salpicada de neologismos atrevidos, de transgresiones a la sintaxis habitual, es sumamente sabrosa y se comprende fácilmente que haya seducido a algunos de esos mozalbetes imberbes y melenudos que antes de cumplir los veinte años se figuran ya llamados a revolucionar el lenguaje. Leen con avidez la prosa extraña del potente escritor colombiano y encantados ante el cúmulo de voces nunca oídas que en él descubren, se apresuran a imitarlo, y suelen desbarrar a mas y mejor.

Y ¿por qué no confesarlo? me figuro que el mismo Vargas Vila, al emplear algunas de las voces raras que salpican sus obras no debe estar muy enterado de lo que significan. Por lo menos, él afirma en el prefacio de *Ibis* que :

« El hombre de genio no da se la pena de violar leyes ficticias de lenguaje. Las olvida, eso es todo. » Hablando de los gramáticos dice :

« Los gramáticos hirsutos tenían el don de divertirlo. La aparición de estos eunucos, guardadores del serrallo léxico, le inspiraba el placer de exasperarlos... tenía por ellos un desprecio compasivo y les dejaba ser

testigos de sus licencias gramaticales, como el sultán no se cuida de los ojos del eunuco en sus licencias carnales. Y gozaba en violar la lengua madre en su presencia. »

En otra parte de la misma obra dice, hablando de sus libros, que « hay que poner entre ellos y el Exito el medio siglo que Stendhal puso entre los suyos y su gloria, toda una etapa de la civilización. »

Pues me figuro que exagera el Sr. Vargas Vila la influencia que pueda tener el tiempo sobre la gloria de sus libros. Si no le basta que le rompan casi el incensario en las narices los numerosos turiferarios que tiene ya, no sé lo que necesita. Y en cuanto a conquistar el sufragio de la posteridad es cosa que no es dado sino a las obras de belleza perfecta. Y no lo son las de Vargas Vila, pues como hombre de genio, ha olvidado demasiado las « leyes ficticias del lenguaje. »

Ni crea tampoco que todos los gramáticos se exasperan cuando le ven violar la gramática en su presencia. Por mi parte le aseguro que antes bien he soltado el trapo a la risa al encontrarme en el *Camino del triunfo* algunas de sus violaciones, como « ojos garzos, de ámbar » (9), « colinas blondas de zafir » (227), una « palidez cerámica » (9), « un adolescente blondo, hecho de blancuras cereales » (289), la « palidez cerúlea de su rostro (243), « formaron un triduo de amigas » (183), « hora de sol bochornosa y álgida » (94). Si él ha gozado al escribir adrede estas bellezas, yo he gozado más aún leyéndolas.

Como también me ha hecho sonreir el encontrarme en *Ibis* citas de Shelley, de Aristófanes, de Meleagro en versos franceses y de Hipócrates, en latín.

Pero dejemos esta digresión en la que no hubiera entrado sin el prólogo agresivo de *Ibis*. Otras muchas impropiedades hay en los libros de Vargas Vila, como en los de otros autores que hoy escriben en lengua española. De todas estas impropiedades he de hablar más extensamente, aunque sin citar a sus autores, siendo mi deseo no el de reir con mis lectores un rato a costa de tal o cual libro, sino el de enderezar, en lo posible, algunos de los innumerables disparates que, merced al amparo de escritores a veces ilustres, están tomando derecho de ciudad en el idioma.

Fuera de esto no puede negarse que Vargas Vila ha realizado una labor fuerte y útil en el idioma. Ha innovado mucho, pero menos en la gramática, como él se lo figura, que en el léxico. Y seguramente algunas de sus creaciones habrán de conservarse.

Veamos pues lo que es el neologismo en Vargas Vila.

Advierto ante todo que solo he leído detenidamente *El Camino del triunfo* y declaro que no lo he hecho por preferencia personal hacia dicha obra, sino por ser de las últimas de este escritor. Aseguro, por otra parte, que he necesitado buena dosis de paciencia para leer hasta el cabo la sarta de obscenidades medianísimamente descritas que atribuye el autor a sus personajes sacerdotales.

Pero necesitaba examinar una parte suficiente de la obra de Vargas Vila para juzgar lo que le corresponde en la actual evolución del vocabulario.

Encuéntranse en *El Camino del triunfo* pocas palabras del caudal antiguo del idioma, de esas que se encuentran a docenas en los buenos escritores peninsulares, y en algunos americanos. Pueden citarse en esta categoría : una *indiada* enfurecida (134) ; *glicina* (132) ; ¡*chit* ! alguien viene (310) ; *crudez* viciosa (70) ; que puede coexistir con crudeza, como lo hacen ya altivez y altiveza ; ante el *mortecino* de aquella vieja (117) ; tenía *espejeos* de acero (94) ; bajo el *sombrío* de los sicomoros (153). *Brusquedad* inesperada (141), aunque derivado de una acepción de brusco considerada por algunos como galicismo, es muy aceptable ; ámbar con *venazones* de oro (286) es elegante.

Mas realmente neológicas son las voces : *efebo* (4) ; insustituible ; *histeria* (59), que desterrará a histerismo ; una estatua de *faunesa* (96) ; *canallería* populachera (21) ; un *encanallamiento* de su raza (27) ; un largo *internado* (43) ; *citolegia* (34) ; tan popular hoy como catón ; las *estridencias* de la vida (215) ; una mortal *desesperanza* (8), dado de anticuado por la Academia sin gran motivo, pues añade cierto matiz a desesperación ; tener una *misión* que cumplir (244) ; que tanto censuró Baralt, pero que es excelente ; la amable *exquisitez*. No entiendo lo que significan : como una rosa caída en una *basca*

tranquila (146); ni gozándose en aquel cuerpo víctima ya de la *videncia* brutal de la lujuria (73); ni me gusta tampoco el neologismo, hoy bastante común, *prostíbulo* (70), formado contra todas las leyes de la derivación etimológica. Poco defendibles son: los *estagiarios* del Amor (157); *idiotia* (276), en vez de idiotez; *morbus* apostólico (79).

Entre las voces compuestas son excelentes: *idiopatía* (34); *hiperestesia* (56); *morbología* (143). Menos útil me parece *preaptitud* al ensueño (32); que, quizás por errata, tiene la forma preactitud en el libro. *Semiobscuridad* (312), es preferible a *seminoche* (206); *laicofobia* (135) tiene poca utilidad, lo mismo que una sonrisa de *cretinoide* (131). Paréceme helenismo bastante pedantesco decir: en esa *aorasia* en que su alma había vivido (55); por no decir tinieblas. Tampoco entiendo: las *hesicastecas* armonías de ciertos versos (55), que en otra parte escribe el autor, con más acierto, acordes *hesicásticos* (290). Eso significa, en castellano sencillo: calmante, apaciguador.

Abundan los substantivos en *ción*, derivados de otras palabras. Unos son buenos, como: *descalificación* (27); *reabsorción* (33); *claustración* (225): nacido del galicismo *claustrar*; extrahumanas *fulguraciones* (63); poder de *ideación* (55). No me gustan: una *comulgación* de promesas (156), por comunión; contemplar con *deleitación* (154), que se dice bien deleite; la *perfilación* espiritual de sus grandes gestos (35), no mejor que perfil; la *supliciación* de su alma (16), por el suplicio, el tormento; sumirlo en *soñaciones* (55), que no vale ensueños. No entiendo: mi espíritu había tomado las más altas *modelaciones* (189), ni me satisface mucho por lo demasiado francés: la *mistificación* de mi primera confesión (254), que puede decirse de mil modos. Y en cuanto a *entretención* (127), es americanismo malo.

Algo menos numerosos son los derivados en *idad*, como *sentimentalidad* (173), *irrealidad* (217), *teatralidad* (210), *morbosidad* pasional (1) extrañas *modalidades* (32) *especificidad* (274). Criticables son: la *multiformidad* monótona de sus fenómenos (32), donde por lo demás rabian de verse acopladas dos palabras como multiforme y monótono; *azulidades* transparentes (4),

suena bien, pero no significa absolutamente nada, y lo mismo ocurre con : una *floralidad* de astros lejanos (240), y con : su inmensa *silenciosidad* (45). Puestos ya en este empeño, podríamos llegar a fabricar hasta *pucheralidad*.

Nada puede echarse en cara a los derivados en *ismo*, que actualmente nacen a diario tanto en francés como en español : *hermetismo* (156) ; *preciosismo* (148) ; *homosexualismo* (255) ; *unisexualismo* (162) ; *convencionalismo* (161). Es elegante : un misticismo panteísta que bien podría llamarse un *asisismo* (32).

Derivados en *miento* encontramos sólo : *ondeamiento* de deseos (167), y *maravillamiento* impreciso (5), que son buenos

Abundan los adjetivos nuevos en el *Camino del triunfo*. Unos son, como algunos substantivos antes citados, voces que debieran figurar ya en los diccionarios, como : vírgenes *sienesas* (el texto trae sieneses) (176) ; *erecto* (173) ; rolliza y *caderona* (131) ; *impreciso* (33) ; *esmeraldino* (14) ; *arcangélico* (248) ; paisajes *psíquicos* (103), que me figuro ausente del diccionario solo por un descuido ; ternura *imploratriz* (121). No me parece que una *inconfesada* sensación (191), seá mejor que no confesada. Vicio *ascoso* (70), está como anticuado en el diccionario y hace tiempo que ha cedido el puesto a asqueroso. *Meditativo* (71), por meditabundo, no es necesario. En cambio *atardecido* por retrasado, rezagado (18) me gusta, lo mismo que *inmisericorde* (130) ; pero muchachos enviciados y *rezanderos* (162), no me parece preferible a rezadores.

Les adjetivos compuestos son generalmente buenos : *extrahumano* (63) ; *suprahumano* (75) ; *supraandino* (5) ; *semidesnudo* (75) ; indios *semiletrados* (22). En el empleo de esta clase de palabras, rara vez elegantes, el buen gusto ha de ser único juez.

Algunos adjetivos no son felices : presencia *omnipresente* (64) no significa nada ; estado *comático* (334), está mal usado por comatoso ; *insincero* (292) es cacofónico ; una persistencia verdaderamente *arácnida* (317), tampoco es bueno, no siendo la persistencia una cualidad propia de las arañas ; zagales *geórgicos* (216) serán zagales de Georgia, pero no semejantes a los de las

Geórgicas; manos *erráticas* (211); perla *atlántida* (185); cielos *ilúcidos* (6); noches *jerolimíticas* (242), tampoco son felices innovaciones. Crespón *verdáceo* (266), es peor que verdoso, y candidez *paradojal* (187) no hace falta habiendo ya paradójica. Dejémoslo a los franceses que no tienen *paradoxique*.

Abundan los derivados en *ado*: casa blanca y *asoleada* (105), espíritu *desorbitado* (56), *aureolado* (67), que son muy aceptables; latinista *ameritado* (245), que no me parece más expresivo que de mérito; alma *embrumada* (7), persona *musculada* (96), a los que prefiero brumosa y musculosa; voz *emocionada* (249), que se dice mejor conmovida; cielos *algodonados* (1) vale menos que algodonosos; azul *lacteado* de la noche, (213) es inferior a lechoso o lácteo. Tampoco me seduce *paroxistado* (238).

Entre los adjetivos formados con el prefijo *in*: *irrevelado* (155), *inexpresado* (73), *incomprendido* (69), *inadivinado* (54), *indescifrado* (42), son aceptables; gestos *inacentuados* (45), es galicado e inferior a *impreciso* (no Académico tampoco). Fuerzas *innombradas* (207) es cacofónico.

De los derivados en *ar*: manos *tentaculares* (105), tranquilidad *lagunar* (34) están bien formados; caudillo ambicioso y *espectacular* (24) no es tolerable.

Entre los derivados en *ario*: visiones *fragmentarias* (103), es bueno; alma *rudimentaria* (108) ha de acabar por sustituir a *rudimental* de la Academia; grandeza *suntuaria* (230), manos *torcionarias* (106), pueden aceptarse, pero calma *medusaria* (18) nada significa.

De la terminación *oso* hallamos: *correntoso* (153) que no vale caudaloso o impetuoso; labios *bulbosos* (180), que es impropio; *penumbroso* (38), que está bien formado.

Terminados en *ista*, espíritu *convencionalista* (27) es mucho más aceptable que libros *politemistas* (77).

En *able*: *inabarcable* (190), *inapaciguable* (261) son buenos; una fuerza *innombrable* (236) suena de modo poco grato al oído.

Terminados en *ible*, cosas *inasibles* (183) puede pasar, lo mismo que formas *presensibles* (33); pero líneas *ultravisibles* de las lejanas costas del misterio (49), no

me parecen expresar la idea del autor : *ultravisible* significa muy visible.

Terminados en *ico* : bosques *indostánicos* (189) es aceptable, aunque el epíteto está mal empleado; morbosidad *patognomónica* (3) y paisajes *anabiósicos* (4) son pedantes; calma *cosmorámica* (1) parece ser calma de cosmorama y no me figuro que la tranquilidad sea una de las características de los cosmoramas; verde *algático* (183) me parece excesivo y deja abierta la la puerta para verde *ciruelático* y verde *pepinítico*.

Pocos terminados en *esco* : manos *principescas* (141), de buen corte, y rostro *serafinesco* (247), mucho más feo que angelical.

Pocos también en *iano*, de corte francés, pero aceptables : *volteriano* (50); *dantoniano* (140); *lamartiniano* (181); calma *uraniana* (213).

A un grupo análogo pertenece *garibaldino* (27).

La terminación *al* da origen a muchos neologismos : unos son muy buenos como : *irreal* (18), *pasional* (1), *amoral*; (103), *antinatural* (177), *espectral* (245), *señorial* (19), mejor que señoril, académico, en este sentido; *anticlerical* (27). No entiendo : algo extraño y *auroral* (75); una voz *insexual* (288); melopeas (sic) *connubiales* de música y misterio (55); un gris *firmamental* (140). Casa *cural* (105) no vale tanto como casa del cura.

Entre los derivados en *ador*, *iniciador* (71) es bueno, *perfeccionador* (137), también; *mendigador* (247), *sollozador* (181), *cautivador* (142), antes eran : mendigante, sollozante, cautivante, y era suficiente; *sugestionador* (53) no vale lo que sugestivo.

Hay por último acopio grande de participios activos, construidos a imitación de la lengua francesa. *Implorante* (8); *pensante* (184); *muriente* (184); *exultante* (216); *reverberante* (99), son buenos; *disgustante* (111), es aceptable, lo mismo que *hiriente* (31), muy usado hoy día. *Flavescentes* (221) y *evanescentes* (212) tienen bonito corte.

No entiendo lo que son las costas *espectantes* de un país de ensueño (60), ni manos *ideizantes* y fecundas (63); no me entusiasman : dulzura *embelleciente* (39), mentira *infiltrante* (275), *horadante* labor (37) labor *cretinizante* (260), atmósfera *idiotizante* (257). En cuanto

a *obsesionante* (121) hubiera preferido dar a la palabra la forma *obsedente*, mucho más lógica.

Algunos neologismos de esta clase son inútiles : *engrandeciente* (267) puede sustituirse por creciente; *magnificente* (185) no es mejor que magnífico; *florescente* (286) se dice mejor floreciente; *terrificante* (120) no vale terrífico; *asordante* (240) es mas feo que ensordecedor; *ceceante* (245), tenía ya la forma *ceceoso; embriagante* (227); *fanatizante* (142) e *inquietante* (160), existían ya con la forma : embriagador, fanatizador e inquietador.

Pocos adverbios en *mente*, y poco necesarios todos ellos : *níveamente* cándidas (14), vivir *panorámicamente* (38), *inexplicablemente* desterrado (4).

Pocos verbos nuevos. Hay algunos buenos, como *enclaustrar* (127); *distender* (2); *intensificar* (178); *aureolar* (183). *Polvear* (209) puede competir con espolvorear, pero *obsesionar* no me gusta, ¿ por qué no decir obseder? *Azularse* (7) y *redoblarse* (169) no necesitaban la forma reflexiva.

Martillear (111) me satisface más que el martillar académico. También me agrada ver renovar anticuados como *liberar* (155), *expandir* (85). *Evolucionar* (259), me gustaría más con la forma *evoluir*; *aspergear* (127) me parece inútil, por rociar, así como *supliciar* (164), por atormentar.

Hay bastante verbos en *izar*, bien formados, como *inmovilizar* (121); *inmaterializar* (177); *sinfonizar* (41); *novelizar* (56) y *quimerizar* (56), que pueden tener en su apoyo el poetizar académico. El que me disgusta sobremanera es : *prismatizar* los cabellos como en una feria lunar (11), del que abusan no solo Vargas Vila, sino otros muchos escritores, que nos están hartando de prismas.

Y en el mismo grupo haremos entrar los derivados : *exteriorización* (228), bueno; *humanización* (195), *cretinización* (250) y *prismatización* (32) inútiles; *hipnotizado* (55); *estilizado* (275); *immaterializado* (10); *exteriorizable* (40), contra los qué nada podemos decir.

Como puede verse el vocabulario de Vargas Vila es excesivamente rico en neologismos. Si hay muchos

inútiles, y algunos criticables, hay otros que merecen ser acogidos en el seno del idioma.

En cuanto a los galicismos, no son tan abundantes como pudiera esperarse. Ya he hablado al estudiar otros autores de *melopea* (55), que ha de acabar por sustituir a melopeya, y de *abracadabrante* (124), muy aceptable. Aquellas *gentes* (112); facciones *acentuadas* (140); cabellera peinada en *bandas* (9); líneas *marcadas* en el rostro (10); *macizos* de tuberosas (181); *continencia* de maneras (43), son ya tan vulgares que casi se me quitan las ganas de censurarlos. Ya he dicho en otras ocasiones que *banda*, *marcar*, *acentuado* y otros galicismos análogos figuran en varios artículos del diccionario de la Academia. *Armoriado* (5), por blasonado, me parece inútil; *jugar* la comedia (290) es mas feo que representarla, y en cuanto a *hacer* política (105) hay que dejarlo a los franceses que, por hacer, llegan hasta a *hacer caballo*.

Franchutismos innecesarios son : hombre de *esprit* (149); teatro de *guignoles* (124); *tete-à-tête* (140); *persiflage* (148); *agrafes* (164); *clavecin* (177); ¡ *tableau* ! (304); *surmenage* (55). Todas esas palabras serán muy expresivas para los que saben francés y no conocen el castellano, pero no supongo que ilustren mucho a los que sólo medio conocen la lengua de Cervantes. Fuera quizás de *surmenage* que puede aceptarse como neologismo en obras de medicina, todos los demás son enteramente inútiles.

Intolerables galicismos son : las abejas *bordoneaban* (95), por zumbaban ; *banalidad* (303); *ciborio* (287) por copón; *féerico* (206); ojos *cernidos* de un halo azul (243), por ojerosos; la *revancha* de la ventura ajena (264); *lianas* salvajes (18), por bejucos ; *mirajes* interiores (2), que en nada aventajan a nuestros espejismos; escenas *revoltantes* (162) que ganarían bastante con ser sencillamente escandalosas o irritantes, o cualquier cosa.

EL VOCABULARIO DE ARMANDO ALVARO VASSEUR

Es bastante curiosa desde el punto de vista de la evolución del vocabulario español la obra de este escritor, uruguayo, si no me equivoco. El libro suyo que he leído y apuntado para este trabajo, *El Memorial*, constituye un esfuerzo notabilísimo en favor de la regeneración del idioma. No todo en él es digno de alabanza, hay inventos infelices entre la infinidad de cosas nuevas que nos presenta Vasseur; hay sobre todo un abuso del francesismo reinante, y cierta manía algo infantil de exhibir frases raramente ataviadas. Pero, suprimiendo estos excesos, quedaría una lengua sumamente nueva, colorida y expresiva, que merece muy serio estudio.

Antes de emprender el análisis del neologismo en Vasseur, vamos a escuchar algunas de las teorías sobre el arte literario que expone en su libro.

« La palabra es la flor y el fruto de un arte tan sagrado como la más religiosa de las iniciaciones... Hace, de quien en alto grado la posee, un dios fulgurante, capaz de todos los heroísmos y de todas las maravillas, creador de nuevos cielos y nuevos mundos, de nuevas faunas y de nuevas floras, eternamente joven, abrasado en el fuego de sus crisoles, mago de otra vida más bella que esta vida (p. 34-35).

Desgraciadamente para el progreso real de los intelectos, la casi totalidad de los publicistas, incluyendo entre ellos a los más significados de nuestro tiempo, carecen de sentido crítico y de cultura filológica. Raros son los que se preocupan de analizar los diversos sentidos sucesivos, asumidos por los vocablos que manejan, sometiéndolos a una rigurosa filtración... ignoran la alteza de la concentración del estilo: repiten las fórmulas sintáxicas vulgares, los giros fósiles y los chirriantes clichés, reverdeciendo los anticuados más míticos... Evidencian de esta suerte que el tipo

literario es el descendiente inmediato del tipo sacerdotal (p. 38-39).

La plebe intelectual de ambos mundos paladea la jerigonza multimilenaria con una fruición inefable, sólo admisible en razas embebidas en las más frenéticas idolatrías verbales (p. 40).

Recurrir a los lenguajes primordiales en procura de una certidumbre moral, intelectual o física, que no se ha hallado en los idiomas actuales, es como querer hallar en la isla de Robinsón los refinamientos de París o pedir a la honda del salvaje, la precisión y la potencia destructiva de una ametralladora (p. 41).

¿Cuándo dejarán de embaucarnos las sirenas que arrullan en lo íntimo de las sílabas melódicas, irremediables, efímeras...? El sentido divino de ciertas palabras es como el derecho divino que se atribuyen los reyes. ¿Cuándo nos libraremos de fijarles un sentido definitivo, ni de suponer que existen algunas cuya esencia sea irremediable y única?... ¿Jamás se universalizará el conocimiento del eterno transformarse del Verbo, del infinito y perpetuo fluir de las generaciones de vocablos y de ideas tan corruptibles y perecederas como los organismos o los mundos? (p. 48).

¿No llegaremos a intercambiar las palabras, como intercambiamos las mercancías y sus equivalentes monetarios, sin que su valor intrínseco aumente o disminuya, desde que no creemos en las efigies regias o en las alegorías institucionales grabadas en sus anversos o reversos? (p. 49).

Hay algo exacto en medio de estas paradojas.

Es necesario en efecto, no considerar las palabras como cosas definitivas, intangibles, que, porque en determinada época significaron tal o cual cosa no han de poder modificar su significación ulteriormente. Pero no es este fenómeno de la semántica propiedad exclusiva de los « augures finiseculares » cuyo « numen aurisolar » entona « canciones ultraterrenas », para adoptar los elegantes términos con que una señora alaba al autor en las primeras páginas del libro. No, no, hace ya la mar de tiempo que el propio vulgo ha sabido dilatar el sentido de las palabras dándoles un significado, muy diferente del primitivo que tuvieron, aunque siempre relacionado con él. Díganlo si no las etimologías de las palabras más usuales. La *tibia* latina, que era una flauta, ha pasado a significar un hueso de la pierna; la

rótula o ruedecilla de los romanos, ha llegado a convertirse en nuestra rodilla; el *estilo* o punzón de los escribas antiguos ha pasado a significar el modo de escribir y hasta el carácter especial de una obra de arte. Y más cerca de nosotros, no faltan ejemplos de estas adaptaciones hechas naturalmente, sin ninguna pretensión al arte: *torpedo*, que de pez pasa a significar una máquina explosiva; *bocina*, concha, mas tarde instrumento músico, y hoy pabellón del fonógrafo; *horquilla*, que es ahora una parte de la bicicleta, etc.

Y esto es cosa que hace el vulgo automáticamente, sin saber siquiera lo que es la semántica. Pero, como no es el vulgo el que hace el diccionario, nada puede sorprender el que los diccionarios no retraten el aspecto actual del idioma.

Lo que debe condenarse con energía es la teoría de los « sacerdotes del idioma » que, creídos en que no hay salvación fuera del Diccionario y los autores del siglo de oro, hacen aspavientos cada vez que tropiezan con una palabra no usada en el siglo XVII y censuran como galicistas a todos los escritores que tienen la osadía de escribir en la lengua que se habla en torno suyo.

Pero el lenguaje, lo mismo que todas las cosas del mundo, evoluciona lentamente, y con arreglo a ciertas leyes inmutables. Lo absurdo es crear monstruosidades que no tienen lazo alguno de unión con las creaciones lingüísticas existentes; lo ridículo es seguir las leyes fonéticas del francés, por ejemplo, al derivar una voz nueva de un término latino o griego.

Y, sobre todo, lo tonto es crear un neologismo sin necesidad, cuando existe una palabra que pinta igual o mejor la idea que se quiere expresar.

No sé si el Sr. Vasseur se refiere al español antiguo al hablar de lenguajes primordiales y de idiomas actuales. En realidad ambos nombres designan una misma cosa en dos períodos de su desarrollo. El paso de uno a otro se ha hecho durante largo tiempo casi insensiblement, y si en los actuales momentos parece precipitarse la evolución y adoptar un carácter algo revolucionario débese a que, durante toda la primera parte del siglo diecinueve, España y los países de lengua española se quedaron algo aislados del movimiento literario, artístico

y científico europeo, y que, a última hora, han tenido que ganar el tiempo perdido.

Y en cuanto al intercambio de palabras me parece que de sobra existe desde hace tiempo, pues acompaña regularmente el intercambio de ideas y de objetos. Sólo que dicho intercambio no debe hacerse a tontas y a locas, sino con moderación, no aceptando sino aquello que es necesario y dando a todo lo nuevo un aspecto que no desdiga de lo que ya poseemos. La cosa es bastante fácil.

Dejando ahora a un lado esta digresión, examinemos el monton de papeletas que he sacado del *Memorial*.

Pocos vocablos encuentro de lo que puede llamarse « fondo » del idioma : *novelón* (84) ; *saco* (111), por americana o cazadora, es medio americano y medio castellano, de todos modos sé que se usa en Canarias; *espeluzno* (80) es excelente, lo mismo que *exitazo* (96) ; *ventolinata* (135) no agrega nada al conocido ventolina ; *trocatintas* (53) ; *cuacareo* (42), no son malos; *lampadario* (47) está bien tomado del francés. Entre los compuestos de carácter científico, *superhombre* (10) ; *epifenómeno* (191) ; *lirófoto* (179) ; *preconcepto* (36) ; *acracia* (14) ; *megalomanía* (94) ; *polifonía* (54), son irreprochables ; *mineralogo* (96) está tan bien formado y aun mejor que mineralogista, que está en el Diccionario ; *psiquiatra* (39) es malo : viniento del gr. *iatros*, ha de dar *psiquiatro*. El diccionario de Salvat trae : *psiquiatro*, *hipiatro*, pero se equivoca en *quimiatra* ; Zerolo trae *hipiatra* y *quimiatra*, malos ; no todos los helenismos han de terminar en *a !* ; *idiograma* (32) es errata por *ideograma*, que está bien formado ; *hunamúnculo* (102) parece una pulla contra el rector de la universidad de Salamanca, pero le sobra la h para tener gracia. *Terminología* (58) ; *desdoblamiento* (84), no tienen pero ; *deshojamiento* (26) me gusta mucho más que deshoje y deshojadura que están sin embargo en el diccionario. *Subconciencia* (46) ; *virulencia* (114) ; *inelegancia* (10), están bien formados ; *sugerencia* (58) es doblete perfectamente inútil de sugestión, y es además feo.

Terminados en *ismo* hay : *humorismo* (75) ; *subjeticismo* (52) ; *ocultismo* (43) ; *exotismo* (41) ; *experimentalismo* (40) ; *verbalismo* (37-41), que son de buen corte

y *reportismo* (117), que está mal pergeñado. *Reporterismo* sería mejor si el *reporter* no fuera tan antipático.

En *idad* : *modalidad* (84); *mentalidad* (114); *solidaridad* (80), en sentido más extenso que el académico, son excelentes; *filialidad* (28) está traído por los cabellos, lo mismo que *milagrosidad* (37). ¿Por qué no sacar también substantivos con todas las palabras en *oso*? Tendríamos así : *hermosidad*, *maravillosidad*, *latosidad*, etc., etc.; *virtuosidad* artística (55) no puede ser otra cosa que la cualidad del que se dedica al arte con objeto piadoso, pues eso de llamar *virtuoso* a cualquier violinista es duro de tragar. Los franceses han podido hacerlo porque han tomado la palabra italiana, muy diferente de la francesa, pero si hubieran tenido que decir « le vertueux Sarasate », creo que primero se dejan ahorcar que meter la pata de ese modo.

Hay algunos derivados en *ción* : *prestidigitación* (90) es perfecto; *ideación* (81), también; *experimentación* (49) es mejor que *incomprensión* (54) que sin embargo puede pasar; *intelección* (41) no vale intelecto, y *novelación* (36) es sumamente feo. *Novelar* viene ya de novela ¿a qué sacarle otro substantivo? ¿Y por qué no continuar y sacar ahora *novelacionar*? Se dice acaso *guerreación* o *guerreo* porque haya el verbo *guerrear*?

Algunas palabras están usadas con un sentido algo diferente del que en el diccionario tienen : despojar los vocablos de su *ganga* (38); los *estadios* más simples de la idealidad (41); *ficha* (47), por papeleta; los *luminares* eléctricos (81); ojos verdes, con *radiosas* estrías (80); la secular *nevera* de las almas (76), son muy buenos; *decidor* (34), que no es sino el francés *diseur*, no me hace muy feliz; en cuanto a : la *fineza* de sus tobillos (99) es puro francés inútil, pues se puede decir la cosa de otras mil maneras.

Siento no ser bastante « finisecular » para entender el sentido de las siguientes palabras : Algunos son como *capofonos* multicolores cuyas resonancias imitan las armonías de las esferas (46); las voluptuosidades del *lemís* (186). He sospechado que sea esto acaso alusión a la princesa de La Tour Lemís a quien está dedicado el libro, pero ni aun con esas lo entiendo. Por último en la siguiente frase : a semejanza de las antiguas

catoblepas, se devoran a sí mismos (191), me quedo también en ayunas. Los *catoblepas* eran, según algunos escritores antiguos, una especie de antílopes, pero no devoraban a nadie, y sobre todo eran masculinos.

Hay en el libro verdadero derroche de adjetivos: *novedoso* (54) no es muy bonito; *hindú* (40) es preferible a indio, pues evita la anfibología; *impreciso* (61) es excelente; *reductible* (46) es, como ya lo he dicho en otra parte, preferible a reducible; *inexpresable* (161), desempeña bien su papel; *aguachento* (106) no es superior a aguanoso.

Los terminados en *ado* no son en general muy felices: el *evirado* filósofo (184) es inútil; *insurreccionada* (144), también, pudiéndose decir sublevada; los fulanos más *significados* del país (93) es malo; un sabio *documentado* (89) no agrega nada a la palabra erudito; interrogaciones *estrelladas* de anécdotas (32) nada añade a salpicadas; *afiebrado* (76) es muy inferior a febril.

Acabados en *dor* hallamos: *unificador* (82), bueno; *evocador* (88), excelente; *expresador* (58), más que mediano; *ensoñador* (159), inútil habiendo ya soñador.

En *ario*: la poesía *milenaria* de la raza (24), en extensión muy aceptable del sentido académico de la voz; la jerigonza *multimilenaria* (40) me parece menos aceptable. No creo en efecto que nos quede gran cosa de la jerigonza que hablaron Noé y su familia.

Entre las terminaciones en *ico*, anoto: *antropofágico* (91); *anímico* (59-116), que son muy buenos; *abúlico* (55); *nemotécnico* (47), también irreprochables; el desnudo *psíquico* (114); *dogmático* y *polémico* sin quererlo (114), buenas extensiones del sentido primitivo de estas voces; *excéntrico*, (59), por extravagante, que tengo por muy bien usado; *mediúmnico* (43) y *faunálico* (80), que están mal cortados y suenan atrozmente.

Apunto sólo como curiosidad: numen *aurisolar* (13); *aurisolar* inteligencia (177); augur *finisecular* (en el proemio escrito por una admiradora del autor), estas palabras tienen aspecto demasiado extraño y no significan nada.

Su estro *jeremíaco* y medioeval (126), es bastante

discutible; sequedad *hugonote* (126) sería mejor hugonota; *nivosa* gata (79) me gusta más que nívea y nevosa, del diccionario.

Raros son los acabados en *iano*: *parisiano* (99) no agrega nada al conocido parisiense (verdad es que la Academia que muestra una debilidad excesiva respecto de la jerga de los tipógrafos ha metido en la última edición del léxico: *parisiana*, tipo de letra, que no veo por qué no ha de llamarse parisiense. Pero ¡nada! los impresores tienen derecho a que hasta sus rebuznos sean castizos. ¡Como que ellos tienen por el mango la sartén lexicográfica! Perfil *boticelliano* (103) tiene una *l* de sobra o una *t* de menos; aparte de que sería mejor *botticellino*; lo mismo diré de : un sabor tan *stirneriano* (118).

En *esco*: asociación *funambulesca* (61) es bueno; algo *pluscuamdantesco* (105) está traído por los cabellos.

Los acabados en *ivo* son en general aceptables en castellano : democracia *selectiva* (173); imaginación *constructiva* (60); efectos *evocativos* (59); ejercicio *asociativo* (52); accidentes *degenerativos* (51).

Más cuidado debemos tener con los terminados en *ante* y *ente*. *Envolvente* (55), *clarividente* (71); *decadente* (55) en el sentido literario, son buenos; *emocionante* (162) es inferior a conmovedor; *subyugante* (35) es inútil sustituto de subyugador; *desmayante* (56) y *prescindente* (65) no son muy elegantes que digamos; lo mismo diré de *difluente* (59); *tintinabulantes* de cascabeles (158) está muy lejos de valer el sencillo : cascabeleantes. Los franceses tienen que decir : *tintinnabuler* porque en su idioma *grelotter* significa cosa muy distinta, pero ¿a qué los hemos de imitar?

Epítetos en *ista*: *prerrafaelistas* (59); *simplista* (57), en sentido diferente del del diccionario; *impresionista* (55), son excelentes; *alcoholista* (191), por borracho o por lo menos alcohólico, es inútil; *sobrenaturalista* (37) es malo, como en general todos los adjetivos derivados de voces compuestas.

Encontramos por último verdadero abuso de adjetivos en *al*. Algunos son buenos: exitazo *fenomenal* (96); bellezas *mundiales* (173); efectos *sensacionales* (58); escalofrío *pasional* (80), medios *sensoriales* (51). Otros son menos

felices: poeta *inactual* (10); motivos *floreales* (80) que mejor son florales; luciérnaga *vesperal* (65), que debe ser: vespertina; *educacional* (59), inferior a educativo; *emocional* (56); varón consciente y *sublimal* (186) ¿por qué no sencillamente sublime?; viejos cultos *conceptuales* (41); plazuelas *pradiales* de las aldeas (28), que no entiendo; los *augurales*, que renuevan los lenguajes poéticos (55) pero que a veces suelen irse por los cerros de Úbeda).

Con tiento hay que andar al inventar adverbios en *mente*. Son palabras la mar de largas y han de ser muy buenas para no chocar al oído. Expresar rítmica e *imaginativamente* (53) es aceptable; triunfar *internacionalmente* (115) es más durillo de tragar; glorificar *campeadoramente* (10) es detestable; aprender *librescamente* (10) es malo. Puede decirse erudición *libresca*, pero la manera de aprender no tiene nada de libresca.

Abundan los verbos nuevos en el *Memorial*: *reencender* (176); *vegetar* (117); *intercambiar* (49); *entrechocar* (60); *embanderarse* (66), no son malos; *supliciar* (25) se dice, según los casos: atormentar o ajusticiar; el *tremular* de sus notas (27), podría pasar, lo mismo que *irrumpir* (158); *intuir* (53), por percibir, resulta poco elegante en los tiempos con *y*, como *intuye*; *auspiciar* (55) es sumamente feo y no vale proteger, amparar, favorecer. *Emocionar* (51), por conmover; *tipificar* (53), por caracterizar; *esfuminar* (59), por esfumar (usado por lo demás en la página 89) son inútiles; *leitmotivar* (78), algo atrevido, es aceptable, pero: los intervalos de mi *sonambular* (179) debe rechazarse.

Entre los verbos en *izar* hallamos: *corporizar* (37), *mundanizar* (94); *babelizar* (50), que pueden pasar; *calamizar* (191), por escribir, es inútil; *universalizar* (48) y *antropomorfizar* (37) son demasiado largos. Conviene en efecto inventar palabras que ahorren un giro largo o inelegante, pero cuando la palabra creada es fea e impronunciable, el neologismo es malo.

Algunos verbos se emplean en la obra con sentido algo distinto del que les da el diccionario: estrofas que iban *emergiendo* de lo inefable (76); encajes *ondulados* por una mano experta (56); luces que *cabrilleaban* en las ondas (81); *hurgar* (16), por registrar, que

es más bien un argentinismo; *arrullar*, usado como neutro (48), así como *abrevar* (194), y *debatirse* (52) empleado como reflexivo, son buenas innovaciones.

Abundan los extranjerismos, sobre todo los galicismos, en el *Memorial*. Y aun se nota en la obra un prurito desagradable por la exhibición de lo franchute.

He aquí algunas muestras: de *masacre* en *masacre* (159); un Ecce homo de *bric a brac; noblesse oblige* (108); el *frufrú* de las sedas (56); con *champagne*, verdad? (86); *cliché* (38); *serre* (15); *muezzines* (179), para el que podía escoger entre las tres formas castellanas: muecín, almuecín y almuédano; un personaje disfrazado de *Mefisto* (71); trabajar sin *pose* (95), que para mayor ignominia trae dos *ss* en el texto; un resquemor humorístico que solo serenaba tomando a nuestro hombre para la *menipea* (144). ¿Por qué no decir sencillamente la sátira? Ni en francés se emplea la palabra *Ménippée* por sátira. La voz no es usual en Francia ¿cómo quererla convertir en española?

Del italiano encontramos: *ritornello* (26), que no es feo; *bambino* (56), perfectamente inútil; *terracota* (179), que hasta ahora era sencillamente barro o barro cocido. En francés las ollas y las estatuas son ambas de *terre cuite*, en italiano son de *terra cotta*. ¿Por qué empeñarnos nosotros en que sólo los pucheros sean de barro cocido y las estatuas de « terra cota »? ¡No seamos majaderos y no desvalijemos la cocina de los extranjeros para adornar nuestra sala!

Al inglés pertenecen: *bar* (103) y *dandy* (105), que pueden pasar. Al portugués, *otrora* (31), que puede abandonarse por tratarse de lengua que no es de moda.

Semifranchutismos apenas disfrazados son: *pasantes* por transeúntes; *bandós* de pelo (103); *banalidad* (100); *mixtificación* (93); *apercibir* (77); *eclosión* (95); *miraje* (16); *bizarro* y *audacioso* (10); *glaciar* (16); *macabro* (120); *saboyardo* (26); *claros* de luna (22); *sufrir* insomnios (51); *confeccionar* (82), que por estar ya harto criticados en todas las obras relativas a galicismos no creo necesario traducir al castellano.

Zigzaguear (125), es excelente; *notación* literaria (53); *capilla* (55), en el sentido de grupo literario, también. Varios verbos están empleados en forma refleja, a la

francesa : *juzgarse* racionalista (39); han aprendido a no *ignorarse* (57); tú *te sabrás* mensajera de vida (62); *hízose* un silencio (63). No es esto muy recomendable que digamos.

Entre otras palabras exóticas hallamos : los carros triunfales de los *imperatores* (159), paredes forradas de *Gobelinos* (65); el humo de los *narghilés* (56), que se llaman sencillamente narguiles, sin acento y sin *h*, en la Academia; los insomnios de Salambó por el *zaimf* de la diosa (51); *hetaira* (107); *tramontos* bizantinos (128) que es italiano.

Por último son americanismos criticables en una obra de este género : *flecharse* (105); *bolear* (por volear) una pierna sobre otra (105); *azulosas* cordilleras (17); *noche a noche* (79). Confesaré sin embargo que son muy escasos estos argentinismos.

En resumen la obra del Sr. Vasseur es utilísima desde el punto de vista del estudio del vocabulario actual. Es dicho escritor un artista que comprende perfectamente los recursos inmensos que tiene el idioma, que sabe paladear las delicadezas más sutiles de la lengua francesa y que, con sumo acierto, ha sabido traducir a nuestra lengua algunas de ellas. Sólo que, con celo de neófito se muestra a veces un poco iconoclasta y bastante atrevido en sus creaciones. Descontando ciertos excesos, quedará su obra como una valiosa contribución al desarrollo del idioma.

EL VOCABULARIO DE ENRIQUE RODÓ

El autor de *Ariel* es uno de los escritores que mayor influencia tienen sobre la actual juventud literaria hispanoamericana. Hemos creído pues conveniente examinar cuáles son los componentes de su estilo. La falta de tiempo nos ha impedido estudiar éste en alguna de sus obras principales y nos hemos contentado con aprovechar las notas tomadas en una lectura del prólogo que escribió para la edición de *Prosas profanas* de Darío.

Como se trata de un fragmento bastante importante, más de cuarenta páginas, en el que el autor pone de manifiesto muchos de las caracteres peculiares de su estilo, creemos que ello bastará para el intento que nos proponemos.

Una observación haremos ante todo y es que nos disgusta sobremanera el culto idolátrico que muchos escritores americanos profesan a Francia y a lo francés. Diríase que la mayor parte de ellos no conciben más literatura que la francesa y que creen que la lengua española no ha de servir más que para seguir como fiel esclava la estela de las letras francesas. Nunca he notado este síntoma con tanta intensidad como en el trozo que estudio aquí. Está salpicado de palabras francesas nada usuales en castellano, de citas de personajes y obras, poco conocidos en Francia, fuera de una reducida corte de « iniciados » y que, traspasados a una obra española, parecen adquirir para el lector americano una importancia que ni merecen ni tuvieron en Francia.

Para entender el estudio, por lo demás excelente que de la obra de Darío hace Rodó, hay que estar al corriente de la historia y la literatura francesas y sobre

todo de cierta literatura que, lo repito, no es generalmente conocida en Francia. Leemos en unas cuarenta páginas nada menos que los nombres de Mathurin Regnier, Gautier, Taine, Beranger, Renan, Daudet, Scherer, Victor Hugo, Baudelaire, Gyp, Mendés, Barbey d'Aurevilly, Verlaine, Leconte de Lisle, Saint-Pol-Roux, Mallarmé, Marivaux, Goncourt, Nerval, Merimée, Loti, Regnier, Banville, Brizeux, Aurelien Scholl, Halevy, Bertin, Dorat, Maurras, Rimbaud, Anatole France, Chenier, Moreas, Maurice du Plessys, Maurice de Guerin, Marguerite Gautier, Henri Mariot, Michel de Kaplan, Gustavo Kahn, el pobre Lelián, Remy de Gourmont. Sin contar los artistas franceses, Le Nôtre, Watteau, Boucher, Clodion... y los escritores de otros países, Walt Witman, Buckle, Heine, Poe, Guido Reni, etc.

Hace falta también para entender la mayor parte de las apreciaciones de Rodó sobre Rubén Darío, conocer a fondo la literatura francesa, saber lo que significan nombres como *Mademoiselle de Maupin*, *Mignon*, *Regencia*, *Trianón*, *Sylvia*, *Araminta*, *Angélica*, *Hortensia*, *Eulalia*, *Fiestas galantes*, *Flores del mal*, *Falsas confidencias*, *Juegos del amor y del azar*, *El Lago*, *las Noches*, *Pierrot*, el poeta de *Los Esmaltes*, *Romances sans paroles*, *Aymerillot*, *El Ciego*, *Le Sang de la coupe*, *les Cariatides*, *Symphonie*, *Sagesse*, *Les Voix*, *Crimen amoris*, *Orientales*, *Palais nomades*, *Monsieur Jourdain*, *Roger Bontemps*, *Debureau*...

Francamente me parece exigir hoy día mucha erudición extranjera la inteligencia de un poeta español. Y si la musa de Darío « sabe de Grecia por las Arcadias de aquel tiempo » (traducidas al francés, naturalmente), « de Alemania por Gerard de Nerval y de Oriente por Loti », me parece un disparate que no « sepa de España » más que por Merimée (p. 21).

No es lo mejor que han hecho los escritores americanos modernos el empeñarse en ser franchutes. Con su manía de vestirse a la francesa, resultarán muy parisienses, muy modernos, muy todo lo que se quiera, en su tierra, pero aquí en Francia no pasan de « rastacueros ».

Mucho me ha alegrado oir recientemente un grito de

protesta lanzado precisamente por un escritor que hasta entonces se había mostrado acérrimo admirador de la adaptación de la literatura francesa a la nuestra. En un prólogo escrito recientemente para una antología de poetas americanos, publicada por Santos González, escribe Blanco Fombona :

« El crimen capital, repítase, de la literatura americana moderna ha sido la extranjería. En último análisis, nadie se libra de sí ni de su ambiente. Esa literatura nuestra prueba que nos hemos creado un ambiente literario artificial de París, de Madrid, de Grecia, y una familia de sombras... La principal deficiencia del modernismo en América, el germen ponzoñoso que iba a darle temprana muerte ha sido el exotismo. ¡Abajo el exotismo!... El enemigo es París. ¡Muera París!... El rubendarismo, en resumen, que no ha sido sino una rama del modernismo, adolece de vacuidad, peca de extranjería, vive de préstamos y va de capa caída »...

Contra esta virulenta crítica álzase un español de la nueva escuela, Andrés González Blanco, en la *Revista de América* (septiembre de 1913):

« ¿Por qué renegar de la cultura francesa, si al fin es la cultura francesa la que ha formado vuestro espíritu, la que os ha hecho tan ágil de entendimiento y de palabra y tan sutil y agudo de crítica como lo sois? ¡Muera París! Pero esto es un non sens o un quid pro quo. Tanto valdría decir: Muera la Atenas de Pericles o el Londres de Isabel o la Roma de Augusto o el Madrid de los Felipes... ¡Muera París! y París nos ha nutrido a todos espiritualmente y París nos ha enseñado a todos, y París ha sido nuestra verdadera alma mater, la Oxford o la Salamanca de los autodidactos. »

Razón tienen los dos autores. Blanco Fombona hace bien al renegar de la manía de imitar a lo francés a todo trance y de creer que sólo en lo gabacho está nuestra salvación literaria. Pero no se equivoca González Blanco al reconocer lo mucho que debemos a París, a la cultura francesa.

Sólo que, si debemos seguir tomando a los franceses su método, si es loable que aprovechemos los adelantos de su cultura para desarrollar la nuestra de un modo

paralelo, es absurdo que nos empeñemos en imitarlos. No hay nada tan pernicioso como la imitación. El mismo Darío, en un estilo algo hierático, nos lo dice en las palabras liminares de sus *Prosas profanas* :

« Yo no tengo literatura mía, como lo ha manifestado una magistral autoridad, para marcar el rumbo de los demás : mi literatura es mía en mí ; — quien siga servilmente mis huellas perderá su tesoro personal y, paje o esclavo, no podrá ocultar sello o librea. Wagner a Augusta Holmes, su discípula, dijo un día : « lo primero, no imitar a nadie, y sobre todo a mí ». Gran decir. »

Lástima que Rubén Darío que tan claramente veía el peligro en la imitación ajena, no comprendiese que tampoco era bueno para él remedar a los poetas de Francia.

Empecemos por imitar de los franceses una cosa muy importante, antes de meternos a renovar moldes y troqueles poéticos. ¿Los franceses saben hablar su lengua? pues aprendamos nosotros a hablar la nuestra. Porque para desarrollar la literatura y aun las ciencias españolas, hace falta tener un idioma, y lástima es decirlo, como hace tanto tiempo que no hacemos nada, no tenemos ya ni modo de hablar.

Pero volvamos al estilo de Rodó que fué asunto inicial de este artículo.

Encontramos en la obra bastantes neologismos de excelente forma : *oficiante* (44) ; *mosaísta* (24) ; *himnógrafo* (24) ; *llamado* (22 , anticuado en la Academia, y buen argentinismo, que puede y debe conservarse ; *ensoñación* (23) es inferior a ensueño ; las *postrimerías* de este siglo (45) es buena extensión del sentido ordinario de la palabra.

Formaciones en *miento* : *ensimismamiento* (23) ; *tamizamiento* (23) ; *empequeñecimiento* (13), son excelentes. Lo mismo diremos de : *exquisitez* (20,9) ; *artificialidad* (18) y *modalidad* (9).

En *ismo* hallamos : *bizantinismo* (39) ; *orientalismo* (31) ; *neo-yorkismo* (24) ; *parnasianismo* (15) ; *utilitarismo* (10), que no tienen pero.

Entre los adjetivos tenemos : *seleccionado* (24), que

muy bien pudiera decirse sencillamente selecto, escogido; *antiamericano* (24); espontaneidad *inconsulta* (9) anticuado en el Diccionario, pero muy bueno; *estrófico* (42) y *ultraespiritual* (26), bien formados; estrofa *valsante* (29) que pudiera pasar, si no estuviera raramente escrita en el libro « *balzante* ». *Indisipable* (38) e *inasible* (25), son de buena formación; *sugeridor* (31); *enervador* (25); *excitador* (24) son buenos; *ofertador* (25) lo es menos, a no ser que lo consideremos como derivado del americanismo *ofertar*, por ofrecer; *evanescente* (17) es elegante y bien formado; *morbosa* delectación (13) es buena extensión del sentido corriente; ejemplo *extremoso* (16) no me encanta, ni tampoco *saudoso* ensimismamiento (23), que nada tiene de español.

En la serie en *iano* hallamos los eternos: *parnasiano* (35); *hugoniano* (29), feo; *lamartiniano* (21); *verleniano* (17); *wagneriano* (15); *d'annunziano* (14) que tiene el gran defecto de que en español no llevamos siempre arrastrando ante los nombres el majadero *de* que los franchutes meten por doquiera, para que no se les pierda la nobleza a los que poseen tal preposición. Harto me revienta, cuando doy a encuadernar un libro español a un encuadernador de París que le coloque en el tejuelo: de Alarcón, de Cervantes o alguna estupidez análoga. Ahora que, como el Annunzio es italiano y no suele leerse sino en francés, tendrá derecho a más miramiento. En cuanto a *poeniano* (37) es atroz al oído, y su facha trae inevitablemente a la imaginación la idea de Cartago.

En *esco* tropezamos también con los inevitables: *madrigalesco* (26); *carnavalesco* (23) y *principesco* (13), sin contar el inevitabilísimo *hermosillesco* (29) que encontramos en todos los libros de crítica moderna. ¡Qué crimen habrá cometido el infeliz Hermosilla para que no perdonen a sus cenizas! Hay en todo español una intransigencia atroz y en materia de crítica no hay medio de tomar la pluma como no sea para el elogio burdo sin que el criticado considere la cosa como un insulto personal. ¡Qué demonios! el que trabaja para el público se expone a gustar o a no gustar, y el que un escritor tenga talento no quita para que se equivoque en ciertos casos.

En *ista* encontramos : *romanista* (35) ; *prerafaelista* (40 , que cito cada vez que estudio un crítico moderno, con la única diferencia de que unos dicen así y otros *prerafaelita*, y *madrigalista* (19 por cuyo corte pudieran sacarse toda clase de adjetivos bonitos, hasta *malagueñista* y *peteneristа*.

Son buenos adverbios : *lapidariamente* (33) y *hercúleamente* (27) ; menos bueno es : *paradojalmente* (39), al que prefiero paradójicamente.

Pocos verbos nuevos : *ronronear* (25), sacado del francés, pero muy sabroso ; *obseder* (15), bien formado y útil ; todas las selecciones *importan* una limitación (13), que, anticuado en España se usa muy bien en América ; el gro *rezonga* su voluptuosidad (18 , elegante extensión del sentido académico.

Y ahora pasemos a lo mejor.

He dicho que, para entender el prólogo de Rodó, hacía falta conocer la literatura francesa. Diré más aún, hace falta conocer bastante francés, pues el estudio en cuestión está esmaltado de infinitas palabras y frases francesas que de seguro muchos lectores contemplarán como jeroglíficos.

Tales son : *pendant* (38) ; *boudoir* (24) ; *parisién* (24) ; *panier* (19) ; *berceuse* (21) ; *avatar* (20) ; *trianón* (17) ; *rococó* (17) ; *champagne* (17) ; *esquisse* (16) ; *baccarat* (13) ; *sens des nuances* (9) ; *école buissonnière* (10) ; *le rare est bon* (11) ; *voulu* (12) ; *bête* (14) ; *ceci tuera cela* (21) ; *garçonnière* (24) ; *gourmand* (25) ; *bonbons et pommes verts* (sic) (25) ; *va sans dire* (26 ; *romances sans paroles* (26) ; *enfantillages amorphes* (27) ; *baigneuse* (33) ; *naïveté* (34) ; *rien de plus cher que la chanson grise* (37) ; *parvenue* (42) ; *vers librisme* (43 ; *malgrè eux* (44). Francamente mucho gabacho me parece, y casi todas las palabras apuntadas hubieran podido decirse de otro modo en nuestra lengua.

Sin contar con que hace falta también saber su poquito de italiano : *mandolinata* (21) ; *corso* (24) ; *non curanza* (13) ; *corso e ricorso* (15), que tampoco son muy españoles que digamos.

Hasta prefiero a estos embutidos extranjeros los mismos galicismos, de los que a decir verdad hay muy pocos en Rodó : gárrulas *lianas* (9) pueden pasar, ya que los

bejucos están definitivamente abandonados por los poetas; su *bizarra* piel de animal feroz (16) me disgusta lo indecible. ¡Qué lástima que significara ya otra cosa bizarro en castellano! Hubiéramos podido pescar a los francesas esa « bizarra » palabra más bonita que « raro, extraño ». *Gesticulación* (19) significa en el texto algo diferente de lo que dice el diccionario, pero creo que *gesto* ha de destronar definitivamente a ademán y ha de perder su antiguo sentido castellano. ¡Viva *la* Francia!. Los desvanes y los *subsuelos* del arte (29) significan también en castellano otra cosa. Aquí cabía decir los sótanos. Por último, galicismos son también: *Cántico*, (20) por Cantar de los Cantares; *Canto de gesta* (29), por Cantar de gesta.

Dejo para el final la crítica de algunos nombres propios citados en el prólogo. A decir verdad esta crítica, para muchas voces, se dirige más bien a Rubén Darío, de quien las toma Rodó.

El Tíbur (8) no necesita artículo; *Halagabal* por cualquier lado que se le agarre, es malo, ha de ser acentuado en la tercera *a* y no hay motivo para terminarlo por *l*; *Scheherazada* pudiera seguir siendo la bonita Jerezarda que nos encantó cuando de niños leíamos las Mil y una noches. *Cillaris* no puede ser sino Cilaro, como lo escribía Sánchez de Viana; *Astapho* y *Ligeia* (36) deben ser, según las reglas de la ortografía española: Astafo y Ligeya; *Stella* (37) ha de ser: Estela y en cuanto a *Hécube* (46) es en español y en latín Hécuba, sólo en francés puede ser Hécube. Por último *Scopas* (33) es impronunciable. En todos los nombres que traen *s* líquida, necesitamos agregar nosotros una *e* initial. Y el verso del *Palimpsesto de Darío* (132):

Que a golpes mágicos Scopas haría,

es de lo más cacofónico que imaginarse puede.

En resumen, si descartamos un derroche de voces francesas que se comprenden por tratarse de la crítica de un libro medio francés, quedan de Rodó no pocos materiales buenos, neologismos bien formados, epítetos nuevos y pintorescos y algunos verbos felices.

EL VOCABULARIO DE BLANCO FOMBONA

Es Rufino Blanco Fombona uno de los más nobles paladines del idioma actual americano. Caballero andante de la Verdad y cortesano de la Belleza, como él mismo se titula en la bella introducción a sus *Letras y Letrados de Hispanoamérica,* sus ideas respecto del lenguaje se ven regidas, como sus teorías en materia de crítica literaria, por la regla única de la Verdad y la Belleza. Tolera toda idea con tal que sea sincera y acepta toda forma con tal que sea bella. Y es esta una cualidad inapreciable en un crítico literario.

Americanista en la más bella extensión de la palabra, siente Blanco Fombona la intensa fraternidad espiritual que une todas las naciones latino americanas, a pesar de su relativo aislamiento geográfico y manifiesta entusiasmado agradecimiento a esa unidad de lengua que ha causado el prodigio fabuloso de crear en aquel nuevo continente una nacionalidad inmensa, una raza poderosa, a la que no falta para igualar y aventajar a la norteamericana sino un esfuerzo de voluntad para cumplir la alianza en que soñó el gran Bolívar y que llevaría a la raza sajona, descendiente de los bárbaros, la ventaja de haber heredado el profundo sentimiento artístico de los pueblos latinos. ¿ Cuál no sería el porvenir artístico y literario de la América hispana, si los americanos contaran con la cohesión y la riqueza de sus vecinos los yankees¡ Lástima da, al ver lo mucho que vale hoy el pensamiento americano, imaginar lo que hubiera podido ser si disfrutaran los hijos de esa raza de las condiciones materiales necesarias para un verdadero desarrollo intelectual.

Gracias mil debemos dar a esos hombres que como Fombona, Rubén Darío, Díaz Romero, Fabio Garnier, Manuel Ugarte, Gómez Carrillo, Ricardo Rojas y otros

muchos escritores han comprendido la fuerza prodigiosa del lazo que hermana todas las naciones americanas y ponen por encima del patriotismo lugareño, el patriotismo de raza y de idioma. Su labor incansable, presagio de una futura unión más íntima entre esos países, habrá conseguido por lo menos un resultado feliz, el de la unificación del idioma, la fijación de los rumbos que ha de seguir en su evolución. La lengua de los nuevos campeones del arte literario empieza a fijarse, no se distingue a primera vista el lenguaje del escritor costarricense del lenguaje del escritor uruguayo.

Y lo que acaso debe admirarnos más es que la misma tendencia haya arrastrado a toda una pléyade de escritores de la península, que han abandonado decididamente los viejos moldes del castellano para enriquecer nuestro idioma con todos los recursos del arte moderno.

Una de las cualidades que más encantan en Blanco Fombona es la honda sinceridad con que reconoce no sólo la importancia del elemento español en la composición de la raza americana, sino también el valor real de la literatura española actual, en la que sabe admirar algunos nombres notables, como Pérez Galdós, Menéndez y Pelayo o Jacinto Benavente. Una frase de la Introducción : « hoy, entre América y España, en punto a letras, las influencias son recíprocas » es de lo más exacto que he leído hasta ahora sobre este asunto.

Blanco Fombona no es pues de la escuela de los que se empeñan en abrir un foso infranqueable entre la literatura ibérica de ambos continentes, pero su americanismo inteligente le hace rechazar al mismo tiempo todo vasallaje de la literatura americana respecto de la española. Han pasado los tiempos en que Valera y Clarín pudieron hacer mangas y capirotes con los primeros ensayos de la literatura americana. Hoy día aquellos tímidos ensayos que pudieron hacer sonreír a los pontífices de una forma ya anticuada, se han cambiado en monumentos de un arte nuevo consciente de su valor y de su fuerza.

Escuchemos ahora algunas de las teorías que expone Fombona respecto del idioma español y de su evolución :

« El idioma de Francia ha sido trabajado por grandes

artistas que le dieron la flexibilidad que hoy posee. Nuestra lengua no. Es la ruda lengua del Cid, la lengua heroica del Romancero. Somos nosotros, americanos, los que la hemos puesto en el yunque, los que a fuerza de paciencia hemos torcido y pulido esta lengua de hierro, los que por una alquimia menos misteriosa que consciente hemos cambiado el bronce en oro » (p. 1-2).

Tiene alguna razón Blanco Fombona al exponer esto. Sin embargo no olvidemos que en realidad la renovación a que se refiere es bastante relativa. La lengua española que ha servido de instrumento para esta transformación estaba muy lejos de ser la del *Poema del Cid* y la del *Romancero*. No era ya siquiera el español clasico de Quintana, de Juan Nicasio Gallego, Lista y Javier de Burgos. Era ya el español romántico y afrancesado de Espronceda, de Larra, Zorrilla, García Gutierrez, Núñez de Arce, Bécquer, para no citar sino a los nombres más notables.

Y en realidad el único mérito que tuvieron los románticos españoles fué el de imitar a los románticos franceses así como éstos no hicieron sino imitar el movimiento análogo iniciado en Alemania e Inglaterra.

Igualmente el único mérito de los renovadores americanos, fué, como lo confiesa involuntariamente Blanco Fombona en su introducción (p. IX y siguientes), el de lanzarse primero que los peninsulares a la imitación de los modernos europeos. Rubén Darío, iniciador del gran movimiento, « calcó a los poetas de París. Primero a los románticos y a los parnasianos. Luego a los simbolistas, que acababan de imponer en Francia su estética libérrima. » (ibid. p. X).

De no haberlo hecho por entonces Rubén Darío, no cabe duda que otro lo hubiera intentado. Debemos darnos por felicísimos de que le tocara a tan excelso poeta, a tan consumado artista, el lanzar la poesía española por el nuevo rumbo donde ha recorrido tan gloriosa carrera.

Pero lo repito, no olvidemos que el gran mérito de la cosa pertenece... a los franceses a quienes, mal que nos pese, venimos imitando cuando clásicos, cuando románticos y cuando modernos.

Felizmente aparece siempre tras una imitación algo

servil la reacción del espíritu nacional. Es lo que pasa hoy día en América y en España.

En resumidas cuentas conviene apreciar la evolución del español en lo que es. No se trata de una evolución americana, con antecedentes puramente americanos, se trata de una adaptación hecha a imitación de una evolución francesa y de la que sólo corresponde a los americanos el mérito de haberla iniciado. Por eso el término de « neo-español », inventado en mala hora por Remy de Gourmont para designar la lengua literaria creada dentro de la antigua lengua por algunos escritores modernos, que fueron en un principio americanos en su mayoría, es absolutamente falsa. Ese « neo-español » de los americanos de las dos últimas décadas del siglo XIX no tiene sus raíces en el español de los americanos de 1870. Por otra parte análogo lenguaje usan hoy muchos escritores peninsulares. Tan neo-español es el idioma de Salvador Rueda o de Valle Inclán como el de Rubén Darío.

La misma razón habría para llamar « neo-francés » al idioma de Verlaine, de Moréas, de Mallarmé porque no se parece al lenguaje de Bossuet, de Corneille, ni más cerca de nosotros, al de Daudet o Maupassant.

No pueden pues dejarse pasar sin protestar, afirmaciones como la siguiente de Blanco Fombona :

« Cuanto al lenguaje, la mayor gloria de un escritor peninsular consiste en escribir como escribieron Cervantes, Quevedo, Calderón y otros hombres de ideas y tiempos idos. En América, por el contrario, se cultiva una lengua flexible, apta para interpretar el alma moderna ; lengua alada, pintoresca, sutil, muy diferente de la lengua ankilosada y estéril de que gustan en España » (p. 47).

Es esta una afirmación juvenil, que seguramente rechazará el mismo autor al cabo de algún tiempo, sobre todo después de haber vivido un poco en España en medio de una juventud contemporánea de la juventud americana y que gracias a Dios no está ya cristalizada en la contemplación de nuestros clásicos.

No constituyen el español ni ciertos autores ya viejos, nutridos con otros ideales, ni ciertos críticos literarios.

En la misma América existen infinidad de grandes espíritus que, en presencia de algunos atrevimientos de la nueva escuela literaria « les tengan ojeriza, los tilden de afrancesados, de snobs y de corruptores de la venerable lengua española ». Eso es sencillamente cuestión de temperamento y de educación, pero no debe achacarse a una especie de divorcio literario. No, tan raros han de resultar ciertos imitadores del decadentismo francés a los españoles chapados a la antigua que a los americanos educados en el culto de Bello, Caro, Olmedo, Arboleda, Echeverría, Milanés y otros « fósiles ».

Lo que pasa es que en América se da mucha más importancia a todas las manifestaciones del arte que en Europa. En Francia las innovaciones quedan confinadas a reducidos cenáculos. Los « raros » de Rubén Darío y los « raros » de hoy no son conocidos del gran público. Sus lucubraciones no pasan nunca el umbral de las grandes revistas literarias y menos aún el de los grandes diarios. El público literario por lo general, no les hace caso hasta que alguna obra poderosa los señala a su atención. En América cualquier poeta incipiente inunda los papeles periódicos con las más discutibles producciones de su numen; por otra parte las innumerables sociedades de « bombos mutuos » difunden por todo el continente el nombre de dichos vatezuelos, con sus retratos imberbes. Cualquier chisgarabís que se suicida porque una novia le dió calabazas adquiere derecho a que le consagren números especiales en los periódicos. Las Antologías están llenas de nombres de mozalbetes que sólo han publicado alguna que otra poesía de album en revistas literarias y que sólo constituyen una vaga esperanza de las letras.

Confiesa ingenuamente Blanco Fombona, cuyo espíritu crítico es de lo más amplio que he observado hasta ahora entre los que se dedican a esta clase de estudios en América que, si el pecado nacional de España es el misoneísmo, el de los americanos en cambio es el esnobismo.

Seducidos por la nueva « escritura » se han creído muchos individuos que para ser escritor moderno era preciso adoptar ese idioma cuajado de neologismos no siempre necesarios. Y si este idioma neológico puede

concebirse necesario para la expresión de ciertos estados de alma en la poesía y en la prosa elevada, resulta completamente inútil para traducir impresiones corrientes, ideas del dominio público. Y ahí está el error, en que hasta en obras de crítica, de historia, de sociología, y aun de medicina se creen obligados a hablar al revés de como se hablaba hace treinta años, únicamente para llamar la atención. Hasta las crónicas de « vida social » salen hoy en ciertos periódicos escritas en una especie de jerga neológica.

Muy bien está que en poesía se usen todas las innovaciones si comunican belleza a la frase o intensidad a la idea; muy bueno es que en la prosa de arte se innove hasta donde sea posible en los límites del buen gusto, pero en toda la demás literatura, en lo que se escribe no ya para los iniciados, sino para el público, dejémonos de ringorrangos ridículos.

Existe entre los americanos un prejuicio que quisiera ver atenuarse, y es el de que en España se ha atacado el modernismo nacido en América por el despecho de ver desvanecerse la ilusoria tutela que creían ejercer sobre América los literatos españoles.

He aquí algunas frases de Blanco Fombona que ilustran esta aseveración ;

« A pesar de su penetración, el querido maestro Juan Valera no se ha dado cuenta de que lo repugnante a sus ojos, y a los ojos de la crítica española en general, no es nuestro espíritu afrancesado o cosmopolizado, como se quiera, sino la manumisión de nuestra alma y la forma de verter nuestro pensamiento, el español nuevo que estamos creando, el neo español, como lo llama el crítico más sagaz que hoy cuenta, entre los jóvenes, el país de Francia. » (p. 259).

Los américo-españoles no encontrando en castellano casi nada fuera de los clásicos, se dieron a estudiar idiomas y literaturas extranjeras. De ahí que, al contacto del pensamiento universal se haya abierto y florecido el pensamiento universal con ese tinte de cosmopolitismo de que tanto se le acusa en la Península. » (p. 258).

No creo que sea del todo cierta esta opinión. Lo que ha podido chocar atrozmente a los oídos españoles es precisamente la exageración del galicismo en algunos de los jóvenes que iniciaron el nuevo lenguaje. Por el

estudio que hago del idioma de algunos de ellos en este libro puede verse en efecto el abuso de palabras y giros afrancesados. Los modernistas, no encontrando en castellano *casi nada que les gustase*, ni aun los clásicos, pues conozco a algunos de los maestros de la nueva forma que confiesan no haber leído a Cervantes, prefirieron nutrirse con la literatura moderna extranjera, de más fácil digestión. Y su imitación de los franceses, hecha sin la sólida base de un estudio del castellano clásico, les hizo incurrir en infinidad de deslices lingüísticos, capaces de sublevar a ciertos espíritus peninsulares de alta cultura literaria.

Quien tiene la culpa de ello es la enseñanza del idioma, absolutamente deficiente en España y más aún en América.

En Francia nadie se mete a escribir sin haber tenido una seria iniciación clásica francesa. Ya han pasado de moda Corneille, Racine, Bossuet, Pascal, Madame de Sevigné, Fenelón y todos los escritores franceses del siglo de oro, con excepción acaso de Molière. Sin embargo esos escritores y sólo ésos, son la base de la segunda enseñanza. Apenas se estudian escritores del siglo XVIII y menos aún del siglo XIX. Estos se reservan para después de las aulas. Y durante cuatro o cinco años, el adolescente francés no conoce más belleza literaria que la del gran siglo, y llega a cobrar verdadera admiración por autores y obras que seguramente no pensaría más tarde en hojear si no los hubiera estudiado *por fuerza* durante sus años de colegio.

En cuanto a la enseñanza del idioma, puede decirse que se verifica en Francia con una intensidad envidiable. Estudio diario de la gramática y sobre todo de la ortografía, base en Francia de la primera enseñanza; ejercicios de redacción sobre asuntos literarios, análisis de obras, paralelos, disertaciones filosóficas, hacen que al abandonar las aulas, el bachiller sabe escribir en francés purísimo y no incurre ya por ignorancia en ningún barbarismo ni solecismo. El estudio constante del diccionario, los ejercicios repetidos sobre las raíces, las familias de palabras, los sinónimos, los homónimos, le acostumbran a no emplear un término sin saber a ciencia exacta lo que significa.

Después de esta enseñanza intensiva del francés queda libre para entregarse a todas las innovaciones que le seduzcan. Podrá más tarde crear neologismos, pero éstos no serán inutilidades, y sobre todo no incurrirá en ese desbordamiento de impropiedades, de barbarismos, que ridiculizan el idioma de algunos encopetados maestros, cuyas indiscutibles cualidades se ven afeadas por defectos en que no debiera caer un chiquillo.

Así se comprende que tan útiles sean en América (y tanta o más falta harían en España) obras como las admirables « *Apuntaciones* » de Cuervo, destinadas en gran parte a enseñar personas cultas que debieran ya tener concluida su instrucción con respecto al idioma.

Algo de esto he querido hacer con los ejercicios de mi *Curso de gramática y corrección de estilo* » y pienso desarrollar esta parte de mi libro en unos nuevos « *Ejercicios de corrección de estilo* », pues esta purificación del idioma ha de hacerse en la escuela misma y no más tarde.

Y ahora veamos en qué consiste el neologismo en *Letras y Letrados*.

Poco encontramos perteneciente al fondo del idioma: *generalote* (54); *republiqueta* (54); *sargentón* (49); juegos *malabares* (86); son palabras españolas y por consiguiente indiscutibles. Lo mismo diré de los americanismos: *pico de plata* (81); *chorotega* (49); *yagrumo* (84); *cotoperís* (84); y de las palabras de carácter científico: *psicosis* (75); *nosólogo* (6) y *neurólogo* (6). *Radium* (30) debe sustituirse por radio, lo mismo que existen ya potasio, sodio etc., etc.

Más interés presentan los siguientes neologismos: *desbarre* (109), tan bueno como desbarro, académico; *estagnación* (41), que hubiera podido seguir siendo estancación o estancamiento, pues no expresa mejor la idea; *libidineces* homosexuales (7), son preferibles a las libídines latinas con que nos brinda la Academia, y que son tan antiespañolas como la pudicicia, que en el Diccionario rabia de que a su contraria, la impudicia, le hayan cortado la cola; *transhumancia* (30) es preferible a trashumación; con *prescindencia* de (281) no vale prescindiendo de; *notícula* (I) y *folículas* (I) son buenos diminutivos; *intercambio* (VI), *grafómano* (III, 63);

homérida (30) y *portalira* (9), son buenos compuestos; *comediador* (VIII) no me es más antipático que novelador, que es ya académico; *letrado*, por literato, que figura en el título de la obra es neologismo excelente, a pesar de cierta ambigüedad; *honduras* del corazón (XIII) es bueno; *tristura* psicológica (XVII) lo es mucho menos, pues intenta desterrar sin razón a tristeza; *credo* (XVI) en el sentido de creencia, es bueno; un *distinguo* (78) estaría mejor españolizado, sin *u;* la cosa es de *valer* (82) me satisface también.

Algunas palabras están usadas en sentido algo diferente del que ostentan en los diccionarios: quemar *orobias* de entusiasmo (89), es bueno; también lo son; los *armadores* del Lohengrin (261) y beber en las *castalias* barbaras (17); excelente también: el alud *nórdico* (37). El *pórtico* de su primer libro (81) me recuerda que Fray Candil llama « zaguán » a una de sus introducciones, cansado de la porticomanía; vale más evitarlo por lo sobado. *Arribados* a la treintena (42) es galicismo que ha de evitarse.

Particular afecto manifiesta Blanco Fombona por los derivados en *ismo: criollismo* (61); *exotismo* (62); *decadentismo* (62); *parnasianismo* (21); *americanismo* (7); *imperialismo* (XIX): *humanismo* (19) son muy buenos; *reporterismo* (268) es tolerable, aunque preferiría usar periodismo siempre que fuese posible. *Preciosismo* (81) es inútil habiendo preciosidad; *eruditismo* (12) habiendo erudición; *artificialismo* (XVII) es tolerable; *didascalismo* (255) no es elegante, como tampoco *conservantismo* (236) que guarda desagradable consonancia con cervantismo; *religiosismo* (42) no hace falta diciéndose ya religiosidad; *rastacuerismo* (246) ha de aceptarse, pues tan en gracia ha caído ese insulto gratuito que nos dirigen los franchutes; *mallarmismo* (20) es feísimo, sobre todo pronunciando la *ll* a la española; *grieguismo* (57) es feo y compite desventajosamente con helenismo (por otra parte el texto trae *griegismo* ¿errata? y en otra parte encuentro *hugiano*, por *huguiano* [37]).

A los terminados en *ismo* corresponden los derivados en *ista*, abundantes aun entre los substantivos: *clubista* (114); *aguafuertista* (6); *elegista* (XVI); *americanista* (IV); *lakista* (XVI). Todos ellos son aceptables.

Terminados en *eo* hallamos: *flameo* (42); *fantaseo* (27); *rumoreo* (9), que son excelentes, como en general los terminados de esta suerte, y *aleo* (12) al que prefiero aleteo.

En *idad* terminan: *mentalidad* (32); *epidermicidad* (98); *modalidad* (78), todos ellos muy buenos.

En *miento*: *despellejamiento* (12) no es malo; *parecimiento* (11) es inútil habiendo y aparecido. *Cambiamento* (70) por cambiamiento, debe desecharse.

En cuanto a los epítetos tenemos: *inconfundible* (XVII); *nacionalicida* (69); *politiquero* (50); *impreciso* (46), que son irreprochables; *montmartrense* (92), que puede pasar como exotismo. *Neo español* (19); *américo-latino* (7); *post-heleno* (12), *américo-español* (258), son buenos compuestos.

Con la terminación *esco* hallamos: *hermosillesco* (28); *quintanesco* (XV); *zorrillesco* (XIII); *funambulesco* (261-XI), *banoillesco* (XIV) que son aceptables, no olvidando que esta terminación tiene algo despectivo; castellano *petronesco* (62) es difícil de entender.

En *ista* concluyen: *criollista* (62); *elegista* (57); *simbolista* (16); *exhibicionista* (246), que son buenos; alma *renanista* (56), que desdice de la generalidad de los derivados de nombres propios, que rematan en *ano*, generalmente; *colonista* (14), poco aceptable; *yoísta* (XVII y 24) que es excelente.

En *ivo* sólo he notado: *reivindicativo* (107); *impulsivo* (87), ambos de excelente cuño.

En *al* concluyen: agilidad *verbal* (14), que es bueno; *homosexual* (7), irreprochable; *policial* (70), que hasta ahora decíase policíaco, siendo pues neologismo inútil; y *virreyal* (107), que sería mucho mejor *virreinal* (tampoco académico).

Terminados en *oso*: *ripioso* (XIII) y *pizarroso* (XIV), que son excelentísimos, y *jeremioso* (24), que no es malo y en todo caso harto mejor que *jeremíaco* que no sé dónde he leído.

En *ico* encontramos considerable número de neologismos: *nórdico* (XIX-37) expresa algo distinto de septentrional, conviene aceptarlo; *historiográfico* (88); *orgiástico* (97); *vampírico* (16); *hamlético* (59); *iliádico* (24); no tienen pero; *húnnico* (37) me gusta; *neurósico*

(253) no aventaja al usual neurótico (como de clorosis sacamos clorótico); *pentélico* (241) es igualmente indispensable. Otros adjetivos de esta terminación tienen en este libro sentido distinto del académico: influencias *climatéricas* y *sociológicas* (VII); himnos *pánicos* (XVIII); la teoría *heliocéntrica* de Copérnico (30); todas estas acepciones son buenas.

En *ario* terminan:

Y aquí tengo que callar, pues las tres palabras que iba a apuntar: *fragmentario* (I); *igualitario* (XI) y *rudimentario* (VI), figuran ya en la última edición del diccionario académico. No quiere esto decir que no sean ya neologismos, pero como me he ceñido a no citar sino las voces neológicas que no están en el Léxico oficial, he puesto a un lado las tres papeletas, como me ha ocurrido ya con infinidad de otras redactadas en vista de la edición del Diccionario de 1899. Sírvanos esto de lección para convencernos de lo inútil que es ir contra ciertas corrientes de renovación del lenguaje.

En *ado* acaban varias voces, participios muchas veces de verbos existentes: *entelarañado* (XIII), me gusta menos que telarañoso; *constelado* (62); *ankilosado* (47), que prefiero escrito con *q*; *malhallado* (275), son buenos; *obsesionado* (253) no me gusta; preferiríale obsedido, formado del neologismo *obseder*, más lógico que *obsesionar*; *amillonado* (275), por enriquecido, es pintoresco; *contorcionado* (60), me gustaría más con *s*, a pesar de que la Academia nos presenta un feísimo contorción, como remisión a contorsión; *distanciado* (XII) no me encanta, prefiérole alejado o rezagado, según los casos. Nuevas acepciones tienen: uno de los pensadores más eminentes y *acondicionados* (75) que, para regularidad de la frase debieran ser: mas eminentes y mejor *acondicionados*, y que por su aspecto comercial no me entusiasma; los trópicos *latinizados* (33), excelente.

En *ano* concluyen nombres geográficos: *centroamericano* (IX); *iberoamericano* (IV); *suramericano* (253); *latino-americano* (3), que no sé cómo no figuran aún en la Academia; *armoricano* (240). En cambio hallamos: *lituanio* (XX), en vez de lituano. Derivados de nombres propios tenemos: *herediano* (18); *lombrosiano* (61);

dantoniano (67); *huguiano* (37) que está escrito *hugiano* en el texto y que de ningún modo resulta eufónico ¿No sería mejor en todo caso *huguinos*, o *victoruguinos*, ya que tanta falta hace sacar un epíteto de todos los nombres propios? ¿No podemos acaso pasar sin ellos? ¿Nos morimos acaso por no poder decir sin caer en ridículo: *mussetiano* o *mussetino* o *mussetesco?* Continente *boliviano* (VII) está bien formado; liras *cristo-horacianas* (XIII) está algo traído por los cabellos.

Terminados en *ante* y *ente* hallamos: *desconcertante* (262); *cascabeleante* (XIII); que son muy buenos; *inquietante* (6), que no aventaja a inquietador (los franceses dicen *inquiétant* pero no tienen *inquiéteur*); *silente* (112) es más feo que silencioso o callado; *obsediante* (XV) me gusta menos que *obsedente:* exprimir las cosas *ambientes* (14) es muy bueno.

Pocos adverbios nuevos: *circunspectamente* (XX); *fragmentariamente* (61); *virgilianamente* (84), son discretos y expresivos.

Entre los verbos encontramos bastantes formaciones neológicas: *despulmonarse* (13) no es malo; *silenciar* (75), por callar, necesario; el arte de *prosar* (88) me parece inútil; *externar* ideas (II); *desmeritar* (97), no son malos; *distanciar* (VI) por separar, apartar; *historiar* (IV), por relatar, referir, son innecesarios. ¿A qué aumentar el acervo de inútiles sinónimos de que está cuajado el idioma? *Obsesionar* (XVIII) es superfluo. Ya cito en otra parte, como mal formado, el participio *obsediado*. Una de las dos formas sobra, en todo caso, y de formar un neologismo, mejor es hacerlo etimológicamente y crear sencillamente *obseder*, cuyo derivado natural es *obsesión*, como de ceder, conceder, interceder se derivan cesión, concesión, intercesión. *Contorsionarse* (III) es aceptable (V. lo dicho de *contorcionado*, poco antes); *prestidigitar* (43) no es malo; *nacionalizar* (83); *solidarizarse* (IV), *aristocratizarse* (XV) son excelentes. *Insurgir* (107); y *atristar* (234), dados como anticuados en el Diccionario muestran perfecta lozanía.

Algunos verbos se ven usados con sentido distinto del académico: *oxigenar* nuestra asfixiada crítica (241); *florecerse* el pensamiento (258), que sería mejor como neutro; *asimilarse* virtudes (273); *bogar* las mismas

aguas (275), que no me encanta como verbo activo; *abrevarse* de sangre (15), excelente; *remontar* a dos o tres generaciones (VII), tan bueno como remontarse; *personalizarse* (83), intachable; *garrapatear* madrigales (XIV); *prestigiar* el verso (XV); *mercar* frutos (VI), son muy buenos; el actual movimiento ha *evolucionado* (IX); *titularnos* elementos de la raza latina (VII); *incubarse* la revolución (XVI); *tropezarse* con (VII), *caracterizarse* (V), no tienen por donde criticarlos.

Como puede verse por la reseña que acabo de hacer, el neologismo en Blanco Fombona es considerable y generalmente de muy buen estilo. Puede pues considerársele como uno de los mejores artífices del lenguaje actual.

Si algo puedo criticar a Blanco Fombona es, como lo he hecho ya con Rodó, Vasseur y otros escritores, su afición a esmaltar su frase con voces exóticas, francesas principalmente y con términos franceses apenas disfrazados de españoles. Conste que tengo la manga sumamente ancha en materia de galicismos y que acepto y aun celebro infinidad de voces que muchos censuran como galicadas únicamente por tener en los diccionarios franceses y no en los españoles determinado sentido. Séame tenido esto en cuenta para permitirme censurar otras palabras en cuyo favor no abona, a mi parecer, ningún derecho.

Voces francesas son: almas d'*élite* (65); la pintura *a outrance* (61); una *enquete* (42); *poseur* (32); *concierge* (282); *causeur* (273); *compte-rendu* (86); *de reste* (XXV), *pêle-mêle* (XXV); *pur sang* (VII). Palabras inglesas: *scholar* (VIII); *clown* (60); *snob* (47); *yankee* (63), que estaba ya españolizado con la forma yanqui. Del italiano hallamos; *terracotas* (250), ácerca de la cual remito el lector a mi crítica de la pág. 87; *condotieri* (54). Del alemán: *lieders* (XV), y del japonés: *geisha* (98).

Claro está que no censuro todas estas voces. Hay casos en que por tratarse de cosas extranjeras es preciso acudir a la palabra exótica. Pero zurcir gabachismos en un texto que no se refiere a Francia es signo de debilidad verbal que debe rechazarse.

Igualmente malas resultan algunas de estas voces vestidas a la española: *a ultranza* (85); *cocota* (99); *bonhomía* (266); *nobleza obliga* (281), *snobismo* (42).

La afición a las voces exóticas, tan común en algunos escritores modernos, no es en realidad sino una forma de ese exhibicionismo que tan claramente define Blanco Fombona en su capítulo sobre el rastacuerismo.

En cuanto a los verdaderos galicismos podemos citar: *decepción* (7), que a pesar de cuanto se abogue por él tiene el defecto de hacer inútil competencia a desengaño; *eclosión* (XVI), por nacimiento, aparición, será todo lo bonito que se quiera, pero..... es francés puro; *desuetud* (XIV) es en cambio muy requetefeo y no añade nada al conocido desuso; alguna *parcela* del alma del Lacio (232) es feo: mejor fuera decir rastro, chispa, recuerdo, o cualquier cosa; *apercibirse* (2) es inútil habiendo advertir. Si los franceses tuvieran dos palabras para expresar la misma cosa, comprendo que quisiéramos imitarlos para no ser más pobres, pero teniendo ellos una y nosotros otra, ¿por qué abandonar la nuestra para tomar la suya? ¿Que resulta « advertir » anfibológico? ¿Pues no lo es también *apercibirse*, por lo menos para los que conocen lo que significa en castellano este verbo? *Constatar* (280), por notar, observar es igualmente malo; los nuevos *arribantes* (281) no valen los recién llegados, y eso de abandonar tan elegante forma como nuestro recién para tomar el nuevo francés, es ganas de perder. ¿Diremos acaso un día de estos un niño nuevo nacido o un neo nato, para traducir el « nouveau-né » francés? Los hombres *arribados* a la treintena (42) no vale los hombres llegados a los treinta. Malos son también: *sentir* olor de cocina (282), por oler a cocina; en política *mismo* (XIX), por hasta en política, aun en política: tomad un maestro... *dobladlo* de un epicúreo (273), por agregadle.

Más excusables son: *exprimir* el porqué de una cosa (48), que, si bien figura en el diccionario como anticuado, es más feo que expresar; la evolución *cumplida* en América (XIV), que pudiera ser verificada; *accidentada* vida (I), bastante bueno; *acentuar* el recuerdo (10); *acentuación* de personalidades (XVI); *sufra* lo que *sufra* con esa embriaguez (17), *senos* de mujer (20). Son galicismos estos tan entrados ya en el idioma que me parece inútil querer desterrarlos.

EL VOCABULARIO EN « LA JOVEN LITERATURA HISPANO-AMERICANA » DE MANUEL UGARTE

Es este libro sumamente útil desde el punto de vista que nos preocupa. Constituye un panorama bastante exacto del idioma de la actual generación americana. Digo del idioma y no de la literatura, pues claro está que el libro de Ugarte es una especie de cajón revuelto donde, al lado de autores de merecida fama, figuran nombres sin importancía y en el que faltan en cambio personalidades de gran valor. Pero no quita esto nada de su mérito a la obra. Al « abrir las puertas de su colección a todos aquellos que gozan en su país de renombre naciente, aunque pueda haber desigualdad ó desproporción en las vecindades » se ha expuesto el Sr. Ugarte, como él mismo lo confiesa en su prólogo, a algunas criticas.

Harto trabajoso era el reunir los materiales conseguidos por el autor, teniendo en cuenta lo difícil que es establecer relaciones intelectuales entre los diversos países americanos. Se tardan a veces años en saber la aparición de una obra nueva, y meses en conseguir un ejemplar de ella ¡Cuándo llegaremos a tener una « Bibliografía hispanoamericana » que nos anuncie, aunque sólo sea cada tres meses, todo lo que se publica en América, el nombre de su editor y el precio a que se vende? Las pocas obras que aparecen en los catálogos españoles vienen casi siempre con la desesperante indicación de S. P. (sin precio . Tan fácil sería, ya que los libros no son mercancía local, como las legumbres o la ropa blanca, ponerles en la misma cubierta el precio en *oro*.

Tal como está presta grandes servicios la obra. Constituye como un catálogo de numerosos escritores americanos jóvenes, con algunos extractos de lo que han publicado. Pero ni significa esto que los escritores incluídos en la obra sean lo mejor de la joven literatura americana, ni que los nombres que no figuren en el libro les sean inferiores.

Quizás el título sea algo exagerado: *Antología de prosistas y poetas*. En una antología sólo debiera haber flores y en ésta ha sido forzoso meter mucha hierba.

En tan dilatada colección de ensayos literarios, claro está que hemos podido espigar no pocas palabras interesantes.

Dejando a un lado las palabras del lenguaje corriente y los americanismos que pudiéramos llamar normales, encontramos, entre las formaciones neológicas: una *antegeneración* vigorosa (197); *nietzchismo* (208); bajo el *azur* del cielo (58), que la Academia da solo como voz del Blasón; *canallocracia* (56); *clarovidencia* (82), al que prefiero clarividencia, que tampoco está en la Academia; *desborde* (9,278,392); *destrono* (197); *detallista* (22); *diletantismo* (303); *dislocamiento* (15); *egipán* (54, 59); *figuración* (32), por importancia; *financista* (210); cuerpo *flácil* (28); *gemebundo* (73); *irrupto* (270); *liberticida* (271); *loberío* (28), por tropel de lobos; *logorrea* campanuda (101); *el más allá* (142); *megalomanía* (150); *modalidad* (182); *nublazón* (34), *objetivo* elevado (32); una *mónera* imperceptible (231), que ha de ser monera, por venir del gr. *monêrês*, con *e* larga; *omnicromia* (143); orquestación verbal (85); *orquestrión* (52), instrumento músico; *personalismo* (70); *polifonía* (149); *proteiforme* (6); *psicópata* (152); *psique* (57), con cita de Rubén Darío[1]; *semiapagado* (75); *semiasiático* (42) *decidor* de sinceridades (72); el son de una *siringa* (59); *superhombre* (207-57); los *tintes* rosados de la tarde (73), que más bien es galicismo; el *tintilineo* de las espuelas (290); al *unísono* (23); *verbo* (258), por pala-

1. Es una de las contadísimas veces que he visto bien escrito este desdichado nombre, que todos se empeñan en escribir Psiquis, hasta la Academia, que en el artº FÁBULA de su Diccionario nos encaja como ejemplo: *La fábula de Psiquis y de Cupido*. En mi *Ortología de nombres propios* aduzco ya en favor de Psique una cita de Arguijo y otra de Lope de Vega.

bra; los policromos *viboreos* de las serpentinas (73); *vividez* de los matices (149); teñidas de *violeta* translúcido (14).

Abundan los adjetivos derivados de substantivos y verbos. Encontramos, terminados en *dor*: *decidor* (72); *odiador* (219); *inflamador* (139); *evocador* (73) y su femenino *evocatriz* (38); *embrujador* (64); *aplastador* (73). Todos ellos están bien creados y son aceptables.

Terminados en *ente*: *hiriente* (137), bien formado; *silente* (35-173), al que se muestran sumamente aficionados algunas personas, pero que me satisface menos que callado, mudo; *malevolente* (30), que no vale tanto como malévolo.

Terminados en *al*: *amoral* (150), excelente; *ancestral* (306), que no puede sustituirse por otra cosa; *señorial*, (79), mucho mejor que señoril (79); *hiperboreal* (5), al que nada puede oponerse, habiendo ya boreal.

Terminados en *esco*: *arlequinesco* (270); *miguelangelesco* (149); *pilatesco* (190), y sobre todo *ravacholesco* (217), me gustan muy poco. Esta terminación es puramente gabacha. Puede aceptarse en ciertos casos cuando la palabra formada no es muy desagradable al oído; *dantesco*, *andantesco*, *carnavalesco*, están ya en el diccionario, y no son sin embargo de lo mejor. Prefiero con mucho en algunos casos nuestra terminación: *ino*.

Con la terminación *ico* tenemos: alfabéto *pánico* (53); arte *eglógico* (39), que bien puede sufrir comparación con *eclógico*, de la Academia, que nadie usa; *antipatriótico* (219), bien formado; *antinómico* (225), muy bueno.

Con la terminación *ado* hallamos: *distanciado* (21), que no vale rezagado; *terrificado* (297), que es feísimo; *gemado* (207), por cubierto de gemas, que ni fu ni fa.

Entre los adjetivos de otras terminaciones, vemos: odio *talionario* (19) que es poco recomendable; un pasado rebelde y *libertario* (272); el viejo torreón *inapiadable* (270), mala transcripción del francés « impitoyable »; un terminacho *irrepetible* (2); *plutoniana* realeza (17); tipo *caucasiano* (310), al que prefiero caucáseo o caucásico, del Diccionario; *riesgoso* (289), peor que arriesgado; *azuloso* (145), que intenta sustituir sin

necesidad a azulado; *tonitronante* (13), que no vale atronador; paso *rocinante* (135), medianillo; *enceguecido* (31), menos aceptable que cegado; *panamasqueño* (215), que acaso signifique panameño: *lumíneas* ondas (284), que se dice mejor luminosas; *somnoliento* (299), al que prefiero soñoliento.

Los verbos neológicos abundan en esta clase de literatura: *vibrarse* (11); *tutelar* la violencia (208), no vale lo que ampararla; *solucionar* (251), es inútil, existiendo resolver; *parpadear* una luz (74) no es malo: *obstaculizar* (186), por estorbar, es inútil; *fimbriar* una falda (35) es bueno; lo mismo que *nimbar* una figura (22); *muequear* (41), es expresivo; *erumpir* (187), por brotar, romper, es poco claro; *aromar* (23), *constelar* (170); *apenumbrar* (7), son excelentes; *distanciar* (12) y *distanciarse* (220) no son mejores que alejar y alejarse; *coaccionar* (270) no vale cohibir; *desprejuiciarse* (138) no es malo; *apuñalear* (151) me gusta tanto como apuñalar, del Diccionario.

Con el prefijo *en*, *em*, tenemos: *empalidecer* (186) y *empurpurar* (297), que no me hacen muy feliz. Por fin, terminados en *izar*, hallamos: *normalizar* (302); *exteriorizar* (119), *humanizar* una silueta (75); *corporizar* (74) y *desvulgarizar* (80), que son bastante buenos.

Con frecuencia encontramos en la *Antología* de Ugarte palabras muy interesantes que no sabemos por qué motivo califica la Academia de anticuadas, cuando en realidad son neológicas. Tales son: *salvaguarda* (210); *resurgir* (261); *jocundo* (17); *expandir* (131); superficie *especular* (251); *exilio* (237), al que prefiero empero el moderno destierro; *expandirse* (75), que me gusta menos que derramarse, esparcirse; *crespar* (18), por rizar.

El galicismo, como es de suponer, abunda en esta obra, y en pocos libros se da uno tanta cuenta de los estragos que está haciendo el francés en nuestra lengua.

En primer lugar una verdadera plaga de palabras francesas que maldita la falta que hacen: café *restaurant* (22); eso es *blague* (21); una manzana *frappé* (129); algo de *pose* (187); es usted un *poseur* (21); jugar al *piquet* (215); suelo de *parquet* (199); *pouf* (199); *portieres* (199); peinado *rococo* (186); el sombrío *toisón* de

sus cabellos (201); me sirven el *suisé*? (262), horrorosa transcripción de *suisse* (ajenjo suizo), que ni siquiera tiene la excusa de usarse en francés; la *eclosión* del huevo (169), que quizás pudiera aceptarse; *brodequín* (268), que ya he criticado al estudiar el idioma de Arturo Reyes.

Por lo demás, para dar gusto a los anglómanos, abundan las voces inglesas: *stores* (12); *modern style* (39); que según lo visto es mucho más elegante que estilo moderno; ojuelos de *miss* (232), engastados para mayor ignominia en los siguientes versos:

> una oleografía de un poeta clásico
> con gestos de piedra y ojuelos de miss,

y *cocktail* (129), muy aceptable.

Otras palabras están apenas españolizadas: *frufrú* (268), no es malo; en cambio, *avalancha* (149), me es sumamente antipática; *bullonado* (14), me gusta menos que abollonado; *cortejo* (110-6) no vale comitiva; *confección* (252) sirve en francés para designar las ropas hechas; *flirtar* (63), es algo tonto; *minueto* (38) me gusta quizás más que minué, del Diccionario; *macizo* de verdura (187) puede pasar; *montura* (239), por armazón; *revancha* (271-95), por desquite, me parece inútil, por más que pretendan algunos que tiene significado más especial que la voz española. Lo cierto es que el castellano *desquite* no puede traducirse en francés más que por *revanche*. *Miraje* (247) no le lleva más ventaja a espejismo que la de no ser español; *terraza* (192); *snobismo* (39), y *esteta* (19), son aceptables.

Galicismos son también: *fanfarria* (2), en el sentido de música; el *todopoder* de su Verbo (231), que en nada aventaja a nuestra antigua omnipotencia; una *tela* (215), por lienzo pintado, pertenece al género de los galicismos por incomprensión del francés. En francés *toile* no significa tela, que se llama *étoffe*, sino lienzo. *Repliegue* (92-62) es expresivo, elegante y no veo qué le pueden echar en cara sus adversarios. Habiendo voces admitidas ya, como *reborde* y *redoble* no veo porqué no ha de entrar *repliegue*. *Seno* (3-223) es ya galicismo casi

universal; lo mismo diré de *rango* (271) y *gesto* (145), por ademán ¡Qué le vamos a hacer! La lucha contra algunas de estas palabras resulta casi imposible. Postura llena de *abandono* (145), *decepción*, por desengaño (42) son tolerables; *histeria* (145) es muy preferible a histerismo.

Entre los calificativos pueden pasar, aunque con alguna dificultad, *accidentado*, por agitado (43); acento *pronunciado*, por fuerte (191); *sensacional* (217), que está bien formado; *espiritual* (96), que no vale sin embargo ingenioso: *fantasista* (149), muy inferior a caprichoso. Son malísimos en cambio: *bienamado* (47); *desplazado* (184); *decepcionado* (197). No hay que olvidar que decepción es ya la acción de decebir.

Entre los verbos gabachos hallamos: *apercibir*, por divisar (111); *acentuar* (29); *accidentar* (165); *encarar* un problema (202); *marcar* (141-151), por señalar; *puntuar* (197), que pudiera sustituirse con subrayar; *primar* (184), por descollar; *rendir* (10), por expresar, traducir; *recomenzar* (73), que no me gusta, porque comenzar es ya de por sí poco usado; *obseder* (148), que no es malo; *encuadrarse*, por encajar (212), por lo menos inútil; *entrecruzarse* (73), excelente; *exhibirse* (8), también; *imponerse* a la inmortalidad (29), que ha de aceptarse; *sufrir*, por padecer (76) no criticable; *cintilar*, por centellear (6) inútil.

Como se ve, entre toda esta invasión de palabras francesas, hay algunas que son excelentes y que pueden muy bien enriquecer el idioma patrio, pero hay en cambio multitud de otras que carecen en absoluto de valor, que son feas, antipáticas e inexpresivas. Me contento aquí con citar estos galicismos, sin indicar siempre su traducción posible. Dejo esto para los diccionarios especiales. Pero puede estar seguro el lector de que todas estas voces pueden sustituirse, casi siempre, con voces españolas de verdad o por lo menos con voces derivadas de otras palabras españolas.

Risa me causan ciertos jóvenes pontífices qué pretenden que el español es incapaz de expresar las complicadas sensaciones del alma moderna. Estamos de acuerdo en que el castellano del siglo diecisiete no puede traducir exactamente las sensaciones más

complejas del siglo veinte. Pero tampoco el francés de aquella época podía servir para expresar las ideas del siglo actual. Con sumo acierto los franceses han modificado su lengua, sacando de ella misma todos los elementos necesarios para su regeneración. No han necesitado acudir para eso a ningún idioma extranjero, no han tenido que convertir el francés en un indecente batiborrillo de todos los idiomas.

¿Por qué no haber hecho lo mismo nosotros? Porque en realidad nuestra evolución literaria no ha sido natural, sino artificial y brusca. Porque lo que hemos hecho en verdad no ha sido evolucionar, sino afrancesarnos. ¡Cómo demonios había de salir una literatura evolucionada tras el espantoso estancamiento de las letras españolas y americanas durante medio siglo?

Y si bien lo miramos ¿quiénes son los que han iniciado y proseguido esta transformación del idioma español? Escritores americanos que han vivido en París, que se han nutrido exclusivamente con la literatura francesa contemporánea. Eso no puede llamarse evolución, sino adaptación.

Para acabar con la *Antología* de Ugarte, citaré cierto número de americanismos viciosos que he ido apuntando al leer el libro.

Exponente (150), por muestra, modelo; *enfrentarse* (177), por carearse, ponerse frente a frente, feo; *ultimar* (295), por rematar; *sepultación* (27), que me parece menos elegante que sepelio, desgraciadamente los franceses no usan nada semejante a sepelio, que si no...; *recién* (216-186), que usan algunos del modo más inverosímil: se acordó de tornar *recién al año siguiente*; la puerta que *recién salvaban* aquellas dos damas,... es malísimo; *punzazo* (74), debe dejar el puesto a punzada; *foete* (296) es horroroso franchutismo; *dejar constancia* de una cosa no es tan bueno como hacerla constar; *botarse* sobre el lecho (295) es feo; hace poco leí en un diario que un individuo *botaba* espuma por la boca; es éste uno de esos americanismos de baja laya que conviene evitar en absoluto, lo mismo que *regar*, *pitar* y algunos otros.

DEL MONTÓN

De una multitud de papeletas que me quedan, tomadas de obras de autores diversos, voy a entresacar cierto número de observaciones referentes al uso y al abuso del neologismo, del galicismo, del barbarismo, y, en general de todas esas cosas feas en *ismo* que critico en este libro. Al tratar del estilo de diferentes escritores modernos he dado ya mi parecer acerca de esta suerte de novedades. Contentaréme ahora con aducir unas cuantas citas.

Por todas partes brota el neologismo valiente y atrevido. Unas veces bueno, otras mediano, con frecuencia malísimo.

Hemos de descartar, naturalmente, el sinnúmero de palabras del caudal del idioma que, no habiendo logrado aún franquear las aduanas academicas, viven sin embargo muy lozanas en las obras de los escritores modernos. Ya he citado varias en este libro, y más hubiera podido citar si hubiese acudido a las obras de escritores españoles notables como Valera, Alarcón, Palacio Valdés, Galdós, etc., de los cuales he prescindido por no observarse en ellos ninguna tendencia a lo que unos llaman renovación y otros desbarajuste del idioma. Sin embargo, aquí y allá se cosechan algunas de estas voces: *pucherazo* (en las elecciones), *darse pisto, largo* (por astuto, taimado darle a uno la *real gana*, llevar *la contra*, *cobrador* de tranvía, *anafe*, por cocinilla, *casquero*, por tripicallero, *canicas, charloteo, carca* y *carcunda*, *traje de luces*, ¡*chist*! ¡*hala*!, *huelguista*, *policía* (por agente de policía), *pasteleo*, *vida pamplinera*, ¡*total*! *cursilería*, *tozudez*...

Naturalmente el número de verdaderos neologismos es mucho más considerable dada la índole de los autores estudiados.

Entre los substantivos: *intercambio, clarovidencia, parisianismo, resurgimiento, liróforo, inmueble*, por edificio, *repórter, humorista, bohemio* (en sentido figurado), *amaneceres, acopiador, individualismo, desquiciamiento, aerograma, pandemonium, bimetalismo, monometalismo, antimilitarismo, autoritarismo, misoneísmo, filoneísmo, psitacismo, exotismo, primitivo* (pintura), *excursionista, cuatrocentista* (pintura), *exquisitez, preconcepto, artificialismo, mestización, bachillerismo, maldicencia, caudillismo, abogadismo, remembranza, indumento*, (estos dos son anticuados felizmente resucitados), bajo el *celestinaje* de la luna, *criollismo, orquestación, parnasianismo, abigarramiento* son voces de buen corte y que por lo general no tienen sinónimo exacto.

Menos me satisfacen: *inarmonía*, por *desarmonía* (que no está en el Diccionario, pero que puede seguir el tipo de : desaplicación, inaplicado); libro de heráldico *decoro*, que es galicismo, pues decoro en castellano significa cosa muy diferente del adorno; *concheperla*, inútil sinónimo de madreperla; la *ardentía* de las criollas, que no es lo mismo que su carácter ardiente; *acordancia* por acuerdo; *democratismo*, por democracia; *vergonzosidad*, por vergüenza; *hilazón*, por tela de la araña; *obstancia*, por estorbo, inconveniente; *esnobismo* que pudiera quizás aceptarse, a pesar de su feo aspecto; *incultura*, por falta de cultura, *histrionisa, estratega*, por estratégico; *azulidad; verismo;* por realismo; *detallismo; sombra china*, por chinesca; *dejar constancia*, por hacer constar; *camaradería*, por compañerismo; *claudicarismo*, por cojera; *prescindencia*...

Entre los adjetivos neológicos son aceptables; *emotivo, ancestral, rugidor, poliforme, precolombino, garibaldino, recriminativo, broncíneo, ripioso, cultural, rabulense, naturista, caricatural, ministrable, simbolista, sintetizador, unificador, embanderado* (por adornado con banderas), comisión *seccional, post-escolar, suprasensible*, compañía *ferrocarrilera*, riqueza *hullera, neohelénico, vegetariano, politiquero, racista, tentacular, ácrata, auroral.*

Son criticables : faz *cobruna*, por cobriza; lira

polifonética, por polifónica; *admirante*, por admirador; *abismático*, por profundo, insondable; *pretencioso*, por jactancioso, ambicioso; *enraizado*, por arraigado; política *máscula*, por viril; *insenciente*; ojo *venatorial*, por de cazador; *sensiblero*: *bulevardero*; *alalo*, por mudo; *numinal*, por del numen; *simpatizador*, por simpático; forma *larvaria*, por larval; *promisor*, por prometedor; *azuloso*, por azulado; *carminoso*, por carmíneo; vida *célibe*, por de soltero: *malevolente*, por malévolo.

Tampoco son muy felices los participios activos y los adjetivos en *ante* y *ente*: *impresionante*; *emocionante* por conmovedor; *somnolente*, por soñoliento; el Chocano vibrante, candente y *plasmante*; *alucinante*, por alucinador; *rumoreante*, por rumoroso.

Entre los derivados de nombres propios encontramos la eterna sarta de: *frœbeliano*, *renanista*, *herediano*, *dumasino*, *praxitélico*, a los que se agrega la serie gabacha de los en *esco*: *gautieresco*, *quintanesco*, *versallesco*, *cancanesco*, *barriolatinesco*. ¿A cuándo hemos de esperar para leer: *majaderesco?*

Entre los verbos nuevos son buenos: *retrotraerse*, *convivir*, *esquematizar*, *expandir*, *nimbar*, *flexibilizar*, *solidarizarse*, *aridecer*.

Y menos defendibles: *historiar*, por adornar; *ironizar*; *intervistar*; *influenciar*, por influir; *convulsionar*, al que preferiría *convulsar*; *decorrer*, por transcurrir; *incumplir*, por dejar de cumplir; *malhumorar*, por disgustar; *enceguecer*, por cegar; *silenciar*, por callar; *aspersionar*, por regar; *madrigalizar*; *expansionar*, por dilatar; *prestigiar*; *reportear*; *aurorear*, por despuntar, asomar, *obstaculizar*, por estorbar; *escandar*, por medir los versos; *independizarse*, por hacerse independiente; *ememorar*, por recordar; *opacarse*, por obscurecerse, hacerse opaco; *explotar*, por hacer explosión.

Son sencillamente disparates: la sirviente *sacudía* los sillones, pues lo que se sacude es el polvo de los mismos; sociedades temerosas, vacilantes y *engruñidas*; *entrevero*, por confusión; el escritor, *urgido* por un presentimiento, pues los presentimientos urgen solitos, no urgen a nadie; el *llamado* del que se ahoga,

por el llamamiento; lujurias *estridentes*; ritmaba un piano *difuso;* abuso *ingénito*, que podrá ser el nacido con una persona, como el de venir al mundo con dos narices o tres orejas; insecto *pueril*, que no ha de ser sino un mosquito recién nacido, por ejemplo; el bulevar *oleoso*, que ha de ser algo como una calle llena de pringue; los sombreros *florecidos* de las mujeres, que sólo podrían concebirse si fuesen de cualquier substancia capaz de florecerse con la humedad; gesticular *tropicalmente* es mucho decir; los *analfabetas* (sic) de los verdaderos principios de la pedagogía moderna, que han de ser: los ignorantes, pues el analfabeto, sin nada más, es sólo el que no conoce las letras; imágenes *violentas de armazón*. El que la eucaristía y la comunión sean una misma cosa no es motivo bastante para estampar: « contra natura en formidable guerra, triunfa la *eucaristía* del trabajo »; *ecoar*, por hacer eco, es atroz, casi casi diríamos que hay que tener costumbre de croar para inventar tal verbo. Para que un poeta cante, aunque sea un bardo, hace falta dar alas a su estro (en griego: tábano, pero las « rimas que han *cautivado* el estro poético de muchos vates hispanoamericanos », no pueden haber tenido más resultado que el de hacerles callar por un rato. ¡Y vaya que es algo!

No menos abundante es la cosecha de galicismos: *chic*, *debutar*, *inabordable*, *déclassés*, *élite*, *pastiche*, *esprit*, *pose*, *parvenu*, *boutades*, *pur sang*, *maniganza*, *sacripante*, *drolático*, *tournée*, *plastrón*, *piruetear*, *morgue*, *garaje*, *portier*, *boutonier*, *chauvinismo*, son voces francesas o apenas disfrazadas de españolas que pudieran sustutituirse, sin peligro de agarrar una meningitis con: gracia, estrenarse, intratable, descastado, flor, copia, ingenio, vanidad, advenedizo, chistes, pura sangre, lío, tunante, gracioso, gira, pechera, bailar, altanería, cochera, cortina, ojal, patriotería.

Galicismos fácilmente sustituibles son: *liana*, por bejuco, *elucubraciones*, por lucubraciones, *bizarrerías*, por extravagancias, *a ultranza*, por con exceso, *acantonarse en*, por limitarse a, una ignorancia *acentuada*, por excesiva, *jugar* un papel, por desempeñarlo; *constataciones*, por observaciones, comprobaciones, las *telas* de un museo, por los lienzos: *acquiescencia*, por

aceptación; *defensa*, por colmillo; piezas de *recambio*, por de repuesto; *audacioso*, por audaz; *justeza*, por exactitud; *fresa*, por taladro; *primar*, por descollar; *verba*, por palabrería; *lavaje* por lavado; *emaciado*, por demacrado; *usina*, por fabrica; *usura*, por desgaste; *rebote* por desecho; *vegetar*, por vivir con trabajo; *trefilar*, por aterrajar; los *profesionales*, por los del oficio; *dragaje*, por dragado; *porcentaje*, por tanto por ciento, etc.

Hay que cuidar igualmente del género de las palabras análogas en ambas lenguas. *Diadema* ha de ser femenina en castellano, lo mismo que *amalgama*, en cambio *miasma* es masculino en nuestra lengua.

Y aquí paramos esta larguísima enumeración de voces nuevas. A centenares pudiéramos aún ir apuntando neologismos y galicismos. Pero no ha sido nuestro intento formar un diccionario de neologismos, sino mostrar, por el ejemplo de algunos de los escritores más conocidos, cuál es la dirección que actualmente toma el idioma, qué puede aceptarse como bueno en esta innovación y qué género de escollos hemos de evitar.

Falta mucho, es cierto, en el diccionario actual de la lengua, pero también contiene éste muchas cosas que no hemos de echar en olvido, y no hemos de meternos a criticar ciegamente la pobreza del vocabulario español antes de haberlo estudiado seriamente no sólo en los diccionarios, sino en los más notables artífices del idioma. Han de evitarse con igual cuidado dos escollos, el de creer que el diccionario de la Academia pueda bastarnos para decidir si una palabra es buena o mala, y el de creer que todo vocablo nuevo sea indispensable, porque no nos acudo a la memoria otra mejor.

El gran número de voces aquí estudiadas permitirá a las personas poco versadas en este género de trabajos, darse cuenta de la clase de palabras que podemos aceptar generalmente sin gran peligro y del de los neologismos que han de sernos a primera vista sospechosos.

Aconsejamos a los jóvenes la lectura de los autores modernos tanto como la de los autores clásicos. Léanse pues en América las obras de los grandes novelistas peninsulares, las de ciertos escritores modernos que manejan muy hábilmente su idioma y que, como podrán

verlo, no por no valerse de la guardarropía francesa carecen de medios para expresar muy lindamente todas sus ideas. Léanse igualmente en España las obras de los maestros de la novela contemporánea americana, sin indignarse sobre manera por ciertos giros que aquellos usan y son desconocidos en España, que si los americanos usan americanismos y galicismos que puedan sorprenderlos, la mayor parte de los escritores peninsulares incurren en análogos defectos sin darse cuenta de ello.

Y sobre todo, diré a los futuros escritores americanos y españoles: ¡ basta de arte ! escriban ustedes si tienen algo interesante que decirnos, refiérannos cuentos si son capaces de ello, o escriban si no obras técnicas, de medicina, de derecho, de química o de lo que sea, pero dejen ustedes de señalar nuevas rutas a un idioma que ni ustedes ni nadie conoce aún suficientemente. Y sobre todo, menos crítica literaria y artística... y menos versos.

EL ÚNICO ESCRITOR CORRECTO DEL SIGLO XX

Seguramente no ha de conocerlo el lector, porque si bien es hombre de fecundísima pluma, que no escribe sino en cuarto mayor y volúmenes que no bajan de unas ochocientas páginas, sus obras son, sin embargo poco leídas.

Es el Padre Juan Mir y Noguera, de la compañía de Jesús, al que no ha de confundirse con su homónimo, el P. Miguel Mir, que perteneció a la Academia española y dejó entre otras obras una notable *Harmonía entre la ciencia y la fe* y también rompió lanzas en favor de la pureza del idioma en sus « *Causas de la perfección de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra literatura* ».

En el tercer tomo del Anuario de la Academia colombiana encuentro un bello discurso de D. Antonio Gómez Restrepo titulado « *Cuervo y el Padre Mir* » en que el delicado prosista americano desbarata las calumnias que contra nuestro primero y, casi casi diríamos único filólogo de verdad, levanta el Padre Mir.

Gracias a Dios no hacen mella en la reputación de Cuervo éste y otros ataques, como tampoco podrá toda la iracundia del P. Mir arrancar nada a la imperecedera gloria de Cervantes.

Pero por tratarse de un caso de delirium tremens filológico, y porque si las obras del P. Juan Mir no son muy leídas del vulgo suelen figurar en la librería de los que nos ocupamos en el desbroce del lenguaje y hacemos nuestro breviario con el Diccionario de la Academia, las obras de Cuervo, de Baralt y demás filólogos, ha de reducirse el valor de los ataques del P. Mir a su justo valor, es decir a muy poca cosa. Con este criterio previo, la lectura de sus libros podrá ser sumamente provechosa, por constituir un acopio de citas

excelente. Bastarános considerar las cosas casi siempre al revés de como las mira el autor; ver, allí donde él pone el grito en el cielo, clamando por el barbarismo, una manifestación de la eterna mudanza del idioma; considerar a los autores que él llama « incorrectos » como los expositores del modo de hablar de su época y contemplar muchos de los giros anticuados que él quisiera volver a la luz del día, como vestigios de una lengua que ya caducó pero que nos ilumina con preciosa luz para comprender la actual evolución del idioma.

Escuchémos ahora del mismo P. Mir cuál es el objeto de su obra, como lo expone en su maciza Introducción de ciento treinta y dos páginas.

« Al contemplar el empeño de los galicistas en refundir la lengua en los moldes de la francesa, de suerte que ya del bazuqueo de entrambas ha resultado un baturrillo de habla incastiza, llamada lenguaje moderno, constante de innúmeros galicismos, de muy pocos hispanismos; cuando tan profunda alteración de nuestro romance advertimos, efectuada a fines del siglo XVIII, asentada en el siglo XIX, encarnada en los tuétanos del siglo XX, que cuanto más va más barbaridades produce, hasta engendrar el asqueroso Modernismo; cuando tan tristes cosas vemos, nos sentimos impulsados a exclamar: si la galiparla quedó señora del campo; si ella por sí triunfó de la independencia española, si ella logró con sus artimañas hacer moneda falsa de la lengua; si ella se apoderó de los ricos trofeos, no conseguidos por armas romanas, ni por guerras púnicas, ni por alevosías morunas, ni por conquistas de todas las naciones: si ella, la galiparla, con su engendro el Modernismo los alcanzó por virtud de sus negros cambalaches, dándonos en cambio de oro finísimo, engañoso oropel; ¿ no es razón que a entrambos los emplacemos, llamándolos a juicio para pedirles cuenta de su proceder? Examinar el lenguaje corriente a la luz del castizo tomado en la fuente original, para deslindar lo extraño, por quedarnos con lo propio: tal es el intento del presente libro. » (cxxv).

El daño en el espíritu del P. Mir es morrocotudo, a juzgar por la estimación que le merece todo lo que conocemos de la literatura española.

Nada digamos del siglo XIX, siendo siglo de la galiparla, natural era que las investigaciones filológicas del autor no dejaran en él títere con cabeza:

« ¿Quienes eran los preceptores de los que hablaban ese guirigay hace medio siglo, sino Cadalso, Meléndez, Jovellanos, Quintana, Reinoso, Arriaza, Moratín, Iriarte, Iglesias, Azara, Carvajal, Burgos, Cienfuegos, los cuales dejaron más locos aún a sus discípulos, Toreno, Lista, Gil de Zárate, Hermosilla, Bretón, Hartzenbusch, Duque de Rivas, Ventura de la Vega, Catalina, Fernández Guerra, Martínez de la Rosa, Mesonero, Núñez de Arce, Alcalá Galiano, Modesto Lafuente, Estébanez Calderón, Amador de los Ríos, Adolfo de Castro, Selgas? Estos son los alumnos de la escuela gabacha, que nos han corrompido la lengua, las cabezas, entrañas, y todo. » (XCVII).

En la primera mitad del siglo XIX cita el P. Mir otros escritores : Gabino Tejado, Tamayo y Baus, Cándido Nocedal, Alarcón, Villoslada...

« Hombres eruditísimos, amantes del bien decir, mantenedores de la cultura castellana, amigos de estar en la cuenta cuando tomaban la pluma, pero cierto es también que por ella vertíaseles al mejor tiempo el aguachirle del galicismo, con que manchaban cuanto bueno escribían, sin que el ser miembros de la Academia les fuese ejecutoria bastante para sobresanar los deméritos de sus composiciones. » (CVI).

Allegáronseles otros más modernos escritores... Valera, Gago, Castelar, Pi y Molist, Cánovas..., Aparisi, Cañete, Trueba, Navarro Ledesma, Pereda..., Zorrilla..., Bécquer, etc., cuyos escritos han sido celebrados con singulares alabanzas, por el sabor clásico que en ellos, dicen, predomina. Está bien : los interesados alabadores se sabrán por qué leyes de crítica se han gobernado... Dos lunares obscurecen sus obras : el borrón del galicismo, la escasez del hispanismo. » (CVII).

Y en nota a este mismo párrafo :

« Si Cánovas, Castelar, Valbuena, Menéndez Pelayo tropiezan por ejemplo una vez en cada cláusula, Aparisi tropieza en cada dos. »

Hay su trancazo para cada escritor moderno :

« No se nos oculta que Valera o Pereda, por ejemplo, han conseguido en estos últimos años gran crédito de castizos escritores, tal vez por aquello de en tierra de ciegos, el

tuerto es rey, pero... no quita se les caiga la corona o se les quiebre el cetro cuando envilecen sus pomposas hopalandas con estas inmundicias... » (CVIII).

« Para encomiar el lenguaje de Pereda o de Valera no podían escogerse plumas tan falsas como las de Galdós o Cánovas, galicistas de molde, escritores incultos. » (CIX, nota).

Confiesa el P. Mir que el daño es universal en España :

« A la manera que, tres siglos ha, reinaba perfecta uniformidad de lenguaje castizo, en todas las provincias españolas; igual uniformidad de lenguaje incasto, corrompido, agabachado, vemos reina hoy entre los pueblos, porque con tanta descortesía trata la lengua el andaluz como el gallego, el burgalés como el catalán, el toledano, como el valenciano, el leonés como el vascongado, el madrileño como el asturiano. » (CXI).

Del P. Blanco García dice :

« Qué méritos tengan los juicios del P. Blanco García, lo podrá cualquiera entender por las frecuentes incorrecciones que de la pluma se le escapan sin él advertirlo. » (CVI).

Y de Castelar :

« Forjador fué Castelar, eso sí, de dislates lingüísticos, morales, filosóficos, políticos, retóricos, religiosos, exegéticos, teológicos, si otros hay en el orbe de las disciplinas humanas. » (CXIII).

Del insigne Cuervo poco caso hace el P. Mir :

« Galicista era Cuervo, siquiera le pongamos en el número de los más moderados » « El único elogio posible sería apellidar a Cuervo incansable jornalero del matorral literario »... « Tengo por providencia de Dios el haberse despedido D. José de este pícaro mundo sin acabar su Diccionario »...

Frase esta última que, como lo observa el Sr. D. Antonio Gómez Restrepo, no requiere comentarios.

Pero qué otro género de flores podía echar el P. Mir a Cuervo cuando al cotejar el Quijote con las obras del

P. Pineda o del P. Cabrera, estampa las siguientes enormidades:

« Con sólo sus *Diálogos* podía el P. Pineda dar papilla a nuestro Don Miguel (XXXVIII)... Cervantes, al lado de Cabrera viene a ser como una especie de urraca al lado del águila real. » (XXXIX).

Sin embargo, me equivoco al decir que el P. Mir no encuentra castizo a ningún escritor contemporáneo. Uno hay, que él mismo nos revela:

« En la alborada del siglo XX, nos amaneció una obra de lenguaje que podría llamarse castizo, la primera dignade elogio después de las del Padre Juan María Solá, por la galanura de la frase, por la pureza de la dicción... Intitúlase *Hermosura y amor del Corazón de Jesús*, por el H. Rafael de los Reyes, de la Compañía de Jesús, 1902... Ha sido cosa de risa el dictamen que de dicho autor dió (la galiparla), pues otro tanto dirá, si a mano viene, de los Valbuenas, Valeras, Peredas, Colomas, Garzones, Alarcones, Cortejones, etc. » (CX).

Pero si todos los escritores que conocemos son malos, ¿dónde ha de estar esa fuente clásica del lenguaje, donde hemos de acudir a beber las puras aguas del lenguaje incorrupto?

No deja el P. Mir de decírnoslo. En su *Introducción* nos endilga una larga retahila de sacerdotes de todas las órdenes habidas y por haber, con otros cuantos escritores del estado secular, que en su mayor parte son ilustres desconocidos. Máximos maestros de la lengua son, según él: Pedro de Vega, Diego de Vega, Cáceres, Pineda, Rebolledo, Cabrera, Santamaría, Gallo, Jerónimo de San José, Alvàrez, Pérez, Juan de los Angeles, Villalba, Salucio, Saona, Valderrama, Lapalma, Salmerón, Terrones, Zamora, Andrade, Láinez, « varones de habla divina » (LXXIII).

Confieso que apenas los conozco. Sin embargo formo propósito de leerlos pues, aunque no se les haya atribuido hasta ahora la importancia suma que les da el P. Mir, su estudio ha de ser indispensable para el conocimiento del « castellano del siglo XVII » (no del castellano a secas, como lo pretende el autor).

Pero, por la muestra del P. Cabrera, a quien pone el P. Mir por encima de Cervantes, y de cuyas producciones hablaré más adelante no me fío mucho de su apreciación.

No cabe la menor duda que el lenguaje de todos aquellos excelentes *Sermonarios* es muy diferente del de las novelas de Blasco Ibáñez o de los versos de Rubén Darío. ¿Quién se ha de quejar de ello? Pero tampoco cabe duda que si aquellas obras representaban la imagen del lenguaje de su época, nadie, ni aun el P. Mir a pesar de su idioma formado de retazos del siglo de oro, lo habla ya. El mismo nos lo dice involuntariamente :

« Singular encarecimiento merece la conformidad del lenguaje usado por aquellos varones, diferentes en patria, educación, costumbres. Sin Academia que guiase, sin Diccionario que definiese, sin autoridad que adunase, sin modelos que los amaestrasen, usaban todos las mismas formas de decir, las mismas frases, unos vocablos, unas construcciones, iguales modismos, constantes giros, uniformidad de ornamentos, semejanza de locuciones, cual si en un molde se hubiesen fraguado, porque castellanos como andaluces, navarros como gallegos, catalanes como aragoneses, vascongados como baleares, mejicanos como filipinos, en una lengua se counían todos, un habla los confundía, un decir los singularizaba, un lenguaje los distinguía de todas las naciones del mundo ». (LXIII).

Y en otro pasaje :

« Hay que decir hoy a los galicistas lo que Tertuliano decía a los gentiles, salva la comparación : hácense, no nacen los castellanos. La galiparla tiene tan echado a perder el pueblo castellano, que ya no habla como hablaba hace dos siglos, especialmente en las capitales de Castilla, donde el periódico, el libro devoto, la novela, han pervertido la frase tradicional en espantoso estrago. Los que bebieron en otro tiempo las cristalinas aguas del castizo lenguaje en el hogar doméstico, beben ahora de los turbios charcos del galicismo en la misma familia. Nadie piense que esto de hablar castellano es como el nacer un hijo de padre burgalés. En otro tiempo, sin trabajo ni diligencia, el niño leonés se hallaba en la boca el lenguaje, como nacido, castizo, tradicional ; mas hoy, hácense los buenos habladores, no nacen

hechos; a poder de estudiosa diligencia se han de formar, porque primero es el trabajo de desaprender lo mal aprendido, después el hacer recurso a la buena lectura para enriquecer de frases castizas la lengua materna. » (CXIV).

Pues no, no merece encarecimiento alguno el que todos los escritores del siglo XVII hablasen la lengua del siglo XVII, como que hablaban sencillamente el idioma que habían aprendido con la leche que mamaron. Lo admirable hubiera sido que hablasen como nosotros. Me recuerda esto la donosa fábula de Iriarte:

Admiróse un portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supieran hablar francés.
¡Cosa diabólica es,
(Dijo torciendo el mostacho)
Que un hidalgo en Portugal
Llega a viejo y lo habla mal,
Y allí lo parla un muchacho!

Y maldita la falta que hacía una Academia para que hablasen como hablaba todo el mundo. Lo mismito nos pasa ahora. Los que no conocen sino de nombre la existencia de Academias y Diccionarios hablan como todo el mundo en torno suyo, y mal que le pese al P. Mir, hablan « español del siglo XX ». Y los acérrimos paladines del habla castiza, los « academemos » como los llama chistosamente mi amigo Mugica, empeñados en hablar castellano del siglo de oro, llegan a viejos y lo hablan mal, aunque se pasen la vida desojándose con la lectura de papeles antiguos.

Si por lo menos aquel tan decantado lenguaje de los « clásicos » representara una tradición ya fijada, merecería cierto respeto. El estancamiento de escritores notables de todo un siglo en una forma especial de lenguaje, podría ser una razón para incitarnos a seguir conservando dicha forma. Pero ni siquiera invoca el P. Mir en favor de su tesis el tradicionalismo. El P. Mir nos dice que el castellano padeció importantes modificaciones desde el siglo XVI hasta el siglo XVII.

« No podremos nunca bastantemente bendecir la dichosa alteración del lenguaje introducida por los clásicos del

siglo XVII. ¿Quién dudará que al estilo de hablar le acaeció en cada siglo lo que a los árboles cada año, que se visten de nuevo follaje, ensánchanse en ramas, arrojan renuevos, con cuyos verdores se acopan pomposamente como despreciando el desaire de la vieja gallardía? Así los vocablos que más brillaban en el siglo XVI, toscos parecieron en el XVII; los nuevos modos de decir dejaron atrás los antiguos, tan del todo, que semejaba natura haber producido hombres de extraño temple. » (LIX).

Y el castellano de aquella época tenía derecho a sacar palabras de donde se le antojara, ¡como que eran clásicos lo que así hacían!

« El brío español, acostumbrado a ostentar su imperio en avasallar provincias, tomaba de cada una, como en tributo de vasallaje, los términos más a propósito para engalanar la lengua, sin embarazarse en si eran propiedad de la italiana, o de la francesa, vascuence o flamenca, turca o india, porque a todas le daba tanto derecho su dominio universal como la necesidad de engrandecerse; mas todo lo ajeno españolizábalo, por decirlo así, esto es, realzábalo con discreción, hacíalo propio con singular artificio, refundíalo en su misma fragua, de suerte que valiéndose de los idiomas todos, hablaba el suyo con singular independencia. » (LX).

Toda libertad en la creación de palabras estaba permitida a los clásicos. Para el P. Mir todo lo que hacían aquellos benditos autores de Sermonarios es digno de encomio, aunque sea idéntico a lo que se atreven a hacer los modernos. Todo lo admira con tal que sea de aquella época:

« Substantivos como *llenez*, *caduquez*, *botez*... *parvulez*, *mudez*... *aridez*, *descoquez*, etc., no hay idioma que los posea... » (LV).

« No formaban escrúpulos de emplear voces nuevas, que ahora vemos son extrañas al Diccionario de la Academia española, tales como *idolatrismo*, *llenez*, *condecoroso*, *enclaustrarse*, *inusual*, *manifestativo*, *inerudito*, *castizar*, *desocasionar*, *enyertecerse*, *paralelar*, *venustez*, *desempozar*, *bamboleación*, *ahilo*, *yertez*, *interesalidad*, *armiñar*, *politicismo*, *domeñable*, *cosquillar*, *lluvacero*, *contraprecio*, *atraible*, *limosnear*, *enlodamiento*, *coligancia*, *bravosía*, *blasonería*, *leonería*, *embozalar*, sin otras innúmeras alistadas

en el *Rebusco,* con que daban claridad o energía al estilo... » (LXV).

Cualquiera diría al oír esta lamentación por la pérdida de semejantes palabras que se trata de una crítica contra los neologismos creados por los gacetilleros modernos. Y sin embargo, estas palabras, que celebra el P. Mir no son más censurables que las cuatro quintas partes de los neologismos que en el presente libro estudiamos. Pero..... las del P. Mir son « clásicas », las que yo apunto son « modernas ».

« Nadie osará tachar de modernas... las voces *desanublar*, *intencionar*, *desbezar*, *entrecasos*, *substantífico*, *rebrotar*, *guarismar*, *consagrativo*, *inmoviblemente*, *morbería*, *innegablemente*, *taraceo*, *ranear*, *suspirón*, *confulgencia*, *terquez*, *mimbrar*, *perdonadero*, *jerguil*, *alcatifar*, *desejarse*, *pimpollear*, *deserizar*, *deshombrecido*, *piarada*, *tropista*, *counir*, *garrular*, *sombrático*, *botez*, *lengudo*, *calididad*, *bestializar*, *sabrosear*, *alteradizo*, *avosar*, *desmaravillar*, *trasmaravillar*, *remaravillar*, etc., etc. » (LXVI).

No las trataremos de modernas, puesto que suponemos que están sacadas del autores de siglo XVII, sólo afirmamos, para la mitad de ellas, por lo menos, v. gr. : *guarismar bamboleación, interesalidad, intencionar, leonería, calididad*, que son sumamente antipáticas; que *confulgencia, garrulismo, coligancia,* nos parecen « emplastos meramente latinos » y que no vale la pena de criticar en la p. LVII *venusto*, por « bisunto con jalbegue postizo » y celebrarnos *venustez* en la p. LXV; ni decir que *mórbido* es vocablo latino, cuyo empleo es « hacer lo que hacen los trastejadores, cuando echan a la calle todo cuanto hallan en el tejado » (LVI) y darnos como intachable la voz *morbería* en la p. LXVI.

De la obra del P. Mir se saca en resumidas cuentas que lo que él reprocha a los autores posteriores al siglo XVII es precisamente el no haber nacido en aquella bendita edad y quizás, quizás, el no haber escrito sermones.

Porque de su mismo estudio se deduce que los autores de dicha época hacían con la lengua lo que les daba la real gana. Inventaban palabras cuando les

hacían falta, las sacaban de cualquiera lengua extraña que les caía a mano, las malvestían a la castellana y santas pascuas. Con eso y con tres siglos de remojo en el polvo de las bibliotecas se constituye el lenguaje castizo.

Vistas las cosas por semejante prisma hasta el galicismo antiguo le resulta aceptable comparado con el galicismo actual :

« La lengua francesa de hoy no es la del siglo XVII. Aquella conservaba más íntima relación con la española, cuya estructura procuraba emular. El francés moderno ha tomado otro rumbo que lo separa mucho más del español castizo. Los galiparlistas de hoy, dados a remedar formas del francés moderno, estan convirtiendo el castellano lenguaje en una monstruosidad mucho más horrible que la de los galicistas del siglo XVIII » (cxx).

Pero ¿qué entiende el P. Mir por galicismo y galiparla, para que tan denodadamente trate de galicistas a todos cuantos se han atrevido a escribir en castellano desde el siglo XVIII hasta nuestros días, fuera de algunas contadas excepciones a quienes nadie conoce ? Vamos para saberlo a copiar algunas de las formas que él considera como galicadas :

Bajo este punto de vista (LXXXIV, nota) ; *por lo tanto* (ibid.) ; *sendas copas de vino* (ibid.) ; *de vez en cuando* (LXXXVI) ; *por completo* (ibid.) ; *tener en cuenta* (CXIX) ; *no puedo con mi carácter* (CXXII) ; *marchóse el criado* (ibid.) ; *echarla de docto* (ibid.) ; *pasar por alto* (ibid.) ; *márchate de aquí* (CXIV) ; *parecer un tipo* (ibid.) ; *abrigar esperanzas* (51) ; *adolecer de vicios* (80).

Cualquiera que sepa francés advertirá que estas formas, y otras que podría con más espacio ir apuntando en el libro, no han sido en su vida francesas. Es más, fuera de *sendos* y *bajo este punto de vista*, que no son sino barbarismos, todas las palabras y frases criticadas son absolutamente castizas. Por desgracia la mayor parte de los que se dedican a la caza de galicismos empiezan por no saber bien francés, y por otra parte se les antojan los dedos huéspedes, y en toda voz que no pertenece a su vocabulario particular ven un extranjero y por lo tanto un enemigo.

El daño no es de hoy. Siempre ha habido ingenios aficionados a lo nuevo y que han querido enriquecer, con más o menos tino, la lengua propia con prendas de ajenos idiomas.

Los gongoristas quisieron sacar de la lengua latina y la griega más de lo que hasta entonces se había conseguido extraer. Y al mismo tiempo los « puristas de su época rechazaban por espurias multitud de voces que hoy campean en el vocabulario castellano.

Considerábanse entonces como verbos indignos : *aducir*, *surgir*, *asociar*, *obtener*, *agredir*, *urgir*, *amputar*, *asumir*, *exigir*, *insurgir*, *existir* (LI, LII); *mórbido*, *síntesis*, *análisis*, *prestigio*, *génesis*, *virus*, *poción*, *libar*, *meta*, *trémulo*, *hospicio*, *obsequio*, *auspicio*, *ávido*, *encomio*, *circo*, *predecir*, *fulgor* (LVI ; *poción*, *nativa*, *afecta*, *mórbida numen*, *purpurear*, *meta*, *trámite*, *afecto*, *pompa*, *trémulo*, *idilio*, *estupor*, *circundado* (LIII).

Ya en la antigua Roma se elevaron Cicerón y Tulio contra la introducción innecesaria de dicciones griegas en el lenguaje latino.

El antagonismo entre los dos elementos, el renovador y el conservador, es pues eterno. Y lo gracioso del caso es que, si el conservador consigue la victoria en algunos puntos de detalle, el renovador es quien al fin y al cabo se alza con la victoria.

En presencia de la evolución continua que padece el lenguaje, el único papel que corresponde a sus guardianes es el de estudiar los progresos de la evolución y encauzar ésta cuanto puedan para que, en vez de hacer estragos, sirva lo mejor posible al desarrollo de la lengua.

Pero sobre todo ha de desecharse completamente, en materia de filología, la tan resobada teoría de que :

« Cualquiera tiempo pasado fué mejor »

Muy hermosa será la lengua de los siglos de oro de todas las literaturas. Pero no podemos quitarle que sea una lengua casi muerta ya. Del francés de Corneille y Racine, del inglés de Shakespeare, del italiano de Dante o del castellano de Cervantes, y para dar gusto al

P. Mir, del de Pineda y Cabrera, al francés, al inglés, al italiano y al español de hoy día, hay distancia enorme. Muchos vocablos y giros que entonces fueron muy elegantes, porque los entendía todo el mundo, son hoy inaceptables porque no los entiende casi nadie fuera de ciertos eruditos. Y la ciencia del idioma no ha de ser nunca un esoterismo. Escribimos para que nos lean la mayor cantidad posible de individuos, y creo que aun los más complicados artistas, los que se vanaglorian de ser apreciados sólo de una selección de lectores, se alegran cada vez que tienen que reimprimir alguna de sus obras. Y como escribimos para ser leídos por la mayoría hemos de ser entendidos por ella.

Ahora bien los dos elementos del idioma son el vocabulario y la construcción. El vocabulario y la gramática no son cosa artificial, obra de los sabios, sino cosa enteramente vulgar. Los lexicógrafos y los gramáticos, para establecer sus diccionarios y sus gramáticas no han hecho sino recoger voces y formas de la boca del pueblo y de la pluma de escritores que, sin ninguna pretensión filológica, escribieron en la lengua en que hablaban.

Las palabras figuran en el Diccionario con tal o cual forma o sentido porque los lexicografos que las apuntaron las oyeron o leyeron con dicha forma y dicho sentido.

Lo qué llamamos conjugación de los verbos no es, en realidad, sino la serie de formas usadas para conjugar dichos verbos por la mayoría del pueblo castellano. Pero estas formas no son en realidad sino barbarismos si las comparamos con las formas latinas de que proceden, y dichas formas latinas no son a su vez sino alteraciones de formas griegas, de formas sánscritas.

Filológicamente tan digno de respeto es *haiga* como *haya*, la única diferencia es que uno tuvo la suerte de ser fijado por el idioma escrito y el otro no.

No cabe la menor duda que, si la invención de la imprenta, el renacimiento, el gran desarrollo de Europa después de la Edad Media, se hubieran retrasado cuatro o cinco siglos, las lenguas europeas hubieran continuado mucho más activamente su evolución, y el español actual sería muy distinto de lo que es. La lengua

escrita, la difusión de la cultura, la necesidad de mantener cierta unidad en el modo de expresarse, han detenido notablemente la evolución. Ni aun en las más remotas aldeas ha dejado dicha influencia de hacerse sentir, contrarrestando la evolución natural de la lengua. Basta para convencerse de ello comparar la transformación sufrida por el castellano entre los siglos XIII y XIV con la que se advierte, más cerca de nosotros entre los siglos XVIII y XIX.

Sin embargo la evolución no deja de ejercer su acción y poco a poco vemos al castellano vulgar enriquecerse, modificarse, siempre en el sentido de la mayor facilidad. El vocabulario se aumenta con sedimentos de todos los idiomas, abandona voces poco usuales, modifica ciertas conjugaciones por analogía con la de verbos más usuales; altera la forma de ciertas palabras de etimología obscura, a semejanza de otras más usuales. La frase se vuelve cada día más suelta más analítica, perdiéndose poco a poco el antiguo e interminable período castellano.

¿ Cuál ha de ser el papel del filólogo en presencia de estas manifestaciones de la evolución?

El problema es sumamente arduo. Dos soluciones se presentan. O mantener incólumes los derechos de la etimología o seguir ciegamente las indicaciones de la evolución. Si se adopta estrictamente la primera de estas soluciones, ahóndase cada día más el abismo entre la lengua sabia y la lengua vulgar. Si se acoge uno a la segunda, hay demasiada probabilidad de que el capricho acabe por regir el idioma.

Creemos pues que convendría atenerse a las reglas etimológicas para todas las palabras que no pertenecen al idioma del vulgo, pero que es necesario adoptar las formas propuestas por la evolución cuando se trate de palabras del lenguaje popular.

Si por ejemplo puede establecerse una regla para la acentuación de voces científicas poco usadas por el pueblo, como *eléctrodo*, *diátesis*, *clorofila*, porque estas palabras no son empleadas sino por personas a quienes pueden llegar las reglas edictadas por las gramáticas, no creo que haya fuerza capaz de convencer al pueblo de que ha de pronunciar de modo diferente : *kilómetro* y *kilogramo; telégrafo* y *telegrama*. Lo mismo que los

lexicógratos han tenido que someterse a las leyes del vulgo para ciertas palabras como *fárrago*, *médula*, *cónclave*, *púdico*, *cíclope*, *balano* paréceme que deberían hacerlo con otras voces.

Y aun cuando nos atuviésemos, como algunos, sólo a la autoridad del Diccionario de la Academia, sería éste capaz de hacernos aceptar todas las barbaridades que se oyen en boca del vulgo. Cuando vemos estampadas en dicho libro formas tan extravagantes como : *abrotante* y *arbotante*, *anieblar* y *aneblar*, *antamilla* y *altamía*; *anotomía* y *anatomía*; *antorchar* y *entorchar*; *cabestrante* y *cabrestante*; *cacahuate*, *cacahué*, *cacahuete* y *cacahuey*; *cachumbo* y *gachumbo*; *cacho* y *gacho*; *calagozo* y *calabozo*; *cali* y *álcali*; *calamaco* *calimaco* y *calomanco*; *cangrena* y *gangrena*; *cantinela* y *cantilena*; *bagasa*, *gabasa* y *gavasa*, al lado de *bagazo* y *gabazo*; *galatite*, *galactite* y *galactita*; *cambuj*, *gambox*, *gambuj*, *gambujo* y *gambux*... llega uno a figurarse que todo puede decirse de todas las maneras posibles.

Si volvemos a la obra del P. Mir, observamos que también él reconoce al uso como norma del lenguaje... pero entendámonos, ha de ser el uso del siglo XVII :

« Así los vocablos que más brillaban en el siglo XVI, toscos parecieron en el XVII; los nuevos modos de decir dejaron atrás los antiguos, tan del todo que semejaba natura haber producido hombres de extraño temple. El uso prevaleció. El uso, árbitro supremo, juez calificador de los lenguajes, sentóse como en tribunal para aprobar, o desaprobar sin más razón que su propia autoridad, lo que a él bueno o malo le parecía. ¿Andaba él por ventura a ciegas en la calificación de voces o frases? No ciertamente. » LIX).

En cuanto al uso moderno no tiene valor alguno puesto que « los clásicos son los verdaderos eruditos, jueces natos del lenguaje » y « ellos han de componer el tribunal del verdadero uso » (XCV). Y cómo los clásicos se acabaron en el siglo XVII, puede sacar la conclusión el lector.

Pues no, el uso, con todas las salvedades establecidas por Garcés, por Balmes, por Róbles Dégano y por el mismo P. Mir, ha de ser la regla del lenguaje.

Con la única diferencia que, si el P. Mir no quiere ver escritores correctos fuera del siglo de oro, nosotros encontramos bastantes buenos escritores en nuestro siglo XIX y en el mismo siglo XX. El uso general de la mayoría de dichos escritores ha de bastar, apoyado en el uso del vulgo, para servirnos de regla en materia de lenguaje.

En cuanto a pretender volver al lenguaje del siglo XVII, buena prueba de la imposibilidad de dicha tarea es el ejemplo del mismo P. Mir. A pesar de haberse dicho erudito empapado en las más puras fuentes (a su parecer) del idioma, su estilo resulta más que otra cosa una taracea de palabras y giros anticuados, entreverados a cada momento por voces que apestan a modernismo, v. gr. : *incastizo* (CXXV); *turificarse* (CIX); *sexcentista* impertinente (CXIV); *desenrudecer* (XLI); *liberalesco* (XLIII); *truhanesco* (XLVI); *mundanesco* (XLVIII); *monesco* (LVI); *forjación* (LV); y las citadas por D. Antonio Gómez Restrepo en el discurso antes citado : *confeccionado* (205) ; *mundial* (227) ; dejarse *impresionar* por el aura de las novedades (247) ; *procurarse* sal (460) ; *extrañarse* (654) ; actos *humanitarios* (550) ; el *neoplasma* había entrado en el segundo período de su *evolución histológica* (550).

De sobra se comprenderá que es imposible querer que todos los escritores que pretendan en adelante escribir en castellano se pasen diez años de la vida aprendiendo a escribir en una lengua que nadie usa ya, tan solo para merecer que digan de ellos que « parecen del siglo XVII ». Más útil y provechoso les sería plantar ahí el español y aprender a escribir en francés o en inglés, lenguas que por lo menos dan de comer a los que en ellas escriben.

Sí, es preciso leer y amar a los clásicos, y no solo a los clásicos del P. Mir, es preciso sobre todo amar a Cervantes, gloria universalmente reconocida de nuestras letras. Y es preciso también amar a nuestros clásicos más modernos, a todos los que se han esforzado por darnos obras bellas que admiran aun en los países extranjeros como, Valera, Alarcón, Pereda, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Galdós, Blasco Ibáñez.....

Es preciso amar a todos esos campeones de la lengua

y de la raza, aunque los critiquemos en ciertos casos, aunque consideremos que representan una belleza desaparecida o un momento de transición, lo mismo que admiramos, en los museos las hieráticas figuras de los egipcios, las ingenuas pinturas de los primitivos, los vigorosos cuadros de Velásquez, de Ticiano o de Rubens, sin que por eso creamos que no hay salvación para la pintura fuera de la escuela de Velázquez. Y más cerca de nosotros sabremos disfrutar igualmente en presencia de las innovaciones de ciertos impresionistas y simbolistas de talento, sin creer tampoco que ellos representen el único porvenir de la pintura, y podremos experimentar un deleite profundo ante las obras de Puvis de Chavannes o de Carrere, sin anatematizar por eso a los artistas que no lo vean todo de color gris o de color de chocolate.

Pero en pintura como en literatura podemos muy bien encogernos de hombros en presencia de todo lo torpe, de todo lo ridículo, de todos los « cubismos » que nos salgan al encuentro. Debemos anatematizar todo lo feo.

Después de escrito este capítulo acerca de la obra del P. Mir, he tenido ocasión de leer una deliciosa serie de artículos publicados por mi amigo Mugica sobre dicha obra en *España y América* agosto 1908, febrero y abril de 1909). Y en muchos puntos estamos de acuerdo ambos.

Copio de dichos artículos los siguientes párrafos :

« Siento no disponer de espacio ni de tiempo para combatir la extensa introducción, que merece ser leída con calma. »

« El autor es un galicista furibundo. No est an fácil como a él le parece fijar el límite donde empieza el francesismo y donde el hispanismo. Para ello hay que estar muy al tanto del francés antiguo. »

« Si el P. Mir leyese libros y periódicos americanos, echaría pestes a cada cinco renglones por los infinitos galicismos groseros que usan. Parece que tienen a gala emplearlos, por afán de innovación, o por tomar el pelo a los españoles, o por leer más libros franceses que castellanos, o acaso, acaso, porque se echan al cuerpo textos franchutes, traducidos con los pies y publicados en París ».

« Repito que el P. Mir tiene una exagerada manía contra los galicismos. Que corran las ideas es lo principal, aunque entre las palabras se deslice de vez en cuando alguna extraña. Si supiera él la riqueza de vocabulario que ya no existe en el habla francesa y la multitud de francesismos que hay en el alemán, lenguaje muy conservador, no se empeñaría con tanta tenacidad en comulgar a los modernos españoles en el idioma clásico ».

« Hoy en día no podemos ser clasicistas acérrimos. Como tampoco se puede ser un anarquista a lo Unamuno, que tiene mucha culpa del enrevesamiento estilístico dominante entre los « modernos ».

Y Mugica, para convencer al P. Mir de que no son tan criticables algunos de los vocablos que ataca, le aduce citas sacadas... hasta del *Heraldo*. ¡Hombre! amigo Mugica, ¿qué quiere usted que haga el P. Mir con una cita del siglo XX y es más, seguramente de un lego! Cuando ni a cierto numero de escritores de los que nosotros llamamos clásicos, y del buen siglo, acepta él. ¡Cuando ni al mismo Cervantes puede considerar como clásico!

Lástima grande que la prodigiosa erudición del P. Mir que le ha permitido realizar un trabajo portentoso, no haya sido servida por un espíritu más amplio. Estando por hacer en absoluto nuestro diccionario, hubiéramos deseado que nos diese el P. Mir una lista de todas las voces buenas o malas que en sus lecturas ha debido hallar, en vez de concretarse a la crítica de unas cuantas.

Hemos llegado en la actualidad a un instante crítico de la historia del idioma. Rota la tradición clásica, hemos abierto la valla a la marea del neologismo-extranjero y del neologismo-pedante de los escritores modernistas.

Una ignorancia completa y casi general de lo que pueden y deben ser la filología, la lexicografía y la enseñanza de la gramática, nos dejan a la merced de dos escuelas igualmente falsas e intransigentes : la de los que ignorando por completo la gramática y la existencia de Academias y diccionarios, pretenden que porque son « autodidactos » todo lo saben por intuición y todo lo que dicen o escriben es bueno, y desdeñan a todos los escritores a quienes no han leído y se alzan

con ira ante toda crítica que no sea elogiosa, y los que, convencidos de la necesidad de una disciplina tienen la ingenuidad de creer que, puesto que las Academias están constituidas en cuerpo oficial, no pueden equivocarse, y que desde el momento en que un libro se titula « Gramática de la Academia » y otro « Diccionario de la Academia » lo que dicen esos libros es la ley que no ha de profanarse.

Entre ambos grupos hay lugar para uno nuevo que va tomando cada día mayor incremento y cuyo creador es nada menos que el ilustre Cuervo quien, conservador en un principio, fué convirtiéndose cada vez más, a medida que profundizaba la historia de nuestro idioma en sincero evolucionista. A esta escuela pertenecen Mugica, conocedor como ninguno de nosotros del idioma, antiguo y del lenguaje moderno, y que no tiene a mi parecer más que un defecto, grandísimo, es verdad, el de no andar por nuestras librerías encuadernado en varios tomos, con índices copiosos de su vastísima erudición; Selva que nos ha dado, primero en varias revistas argentinas y recientemente, en la *España moderna*, una completísima gramática del lenguaje actual en la Argentina, para la que me pidió un prólogo, y que hubiera salido ya a luz a no ser por la guerra, lo mismo que el principio de las obras de Mugica, que estaba ya también listo para la impresión; el sabio Rodolfo Lenz, que es hoy día el único lexicógrafo americano al tanto de la filología moderna, — verdad que es alemán; — Gagini, que ha sabido, en su *Diccionario de barbarismos y provincialismos* de Costa Rica, deslindar lo que pertenece en el vocabulario americano al lenguaje indígena y al lenguaje antiguo y moderno de la península. Y ya que cito a Gagini, lamento que no haya dado aún a luz la nueva edición de su obra para la que Cuervo escribió un encantador prólogo que salió en « *Páginas selectas* », preciosa revista editada en Costa Rica por Próspero Calderón, y que en breve publicaré en esta biblioteca juntamente con cierto número de folletos y artículos escritos por Cuervo y que sólo podemos leer ahora en las colecciones, difíciles de hallar, del *Bulletin hispanique* de la *Revue hispanique* o de la *Romania*.

Al lado de esta escuela hay otra, también evolucionista, pero que no ha prestado la suficiente atención al lenguaje de la península. Tipo son de ella los libros de Ricardo Palma, Membreño, Picón Febres, Garzón, Segovia, Rivodó y algunos otros.

Quien tiene la culpa de ello son naturalmente los españoles, que debieran no haberse dejado adelantar por los americanos en esta materia. ¡ Cuándo tendremos un buen diccionario de la lengua castellana con sus dialectos peninsulares?

Pero veo que esta digresión va siendo ya larga. La culpa la tiene el artículo de Mugica. Dispénsenmelo los lectores.

LA GRAMÁTICA Y LA NUEVA ESCUELA LITERARIA

El género, el número y la ortografía.
La ortografía de los nombres propios.
Mal uso de algunos pronombres
Uso defectuoso de adverbios, preposiciones, etc.
El uso y el abuso de los diminutivos.
El verbo y la nueva sintaxis.
El régimen en español
El galicismo de construcción.
El equilibrio de la frase.
Moderno disparatorio.
La nueva Gramática de la Academia.

EL GÉNERO, EL NÚMERO Y LA ORTOGRAFIA

Si me hace poner el grito en el cielo el hallar palabras empleadas impropiamente, no me causa menos desagrado el encontrar voces usadas con un género o número distintos de los que todos veníamos aplicándoles hasta ahora. Por mucho talento que tenga un escritor, no basta su opinión para modificar cosa tan antigua y estable como el género y el número de las palabras, y fuera de contadísimos casos, dichos cambios no introducen belleza alguna en el estilo, consiguiendo sólo desconcertar al lector.

He aquí algunos disparates entresacados del montón de papeletas de que me valgo para el presente trabajo.

Voces femeninas convertidas en masculinas : « sus raigambres oscur*os* y sobrenaturales » ; « am*bos* vislumbres » ; « ocho hombres más se introdujeron dentro *del* armazón » ; « *el* hélice del barco deja larga espuma blanca » ; « comenzó *el* labor de las cuchillas » ; « *el* génesis de mujer tan especial » ; « desde *el* bello Galicia » ; « *el* oriflama inmens*o* del gran Dios ».

En cambio hallo voces masculinas usadas como femeninas : « entre *las* blanc*as* rompientes » ; « *la* galop describe su violenta curva » ; « como una vena de *la* nácar » « *la* claror del alba » ; « *la* claror difusa » ; « *la* obscur*a* y siniestr*a* doblez » ; « se anonadaba en *una* nirvana deleitos*a* » ; « *la* ergástul*a* de Capeto ». En cuanto a : « rebajar a *la* ergástula de la vulgaridad » es aún más censurable por lo impropio.

Menos frecuentes son los errores relativos al número. Plurales irregulares según las gramáticas, pero excelentes según el uso, son los de ciertas voces exóticas : los frac*s* de Jorge Brummell (Rodó) ; « se ingurgita uno diez cognac*s* (A. Nervo) ; » « uno de los más bellos espécimen*s* de humanidad » (Fombona). « Largas filas de

alhorines » (Martínez Ruiz), es un exquisito plural de *alhorí*, que se defiende bastante con la presencia en la Academia de un doblete : *Alfoliero-alfolinero*. « Quiso ver los Madri*les* » (Rueda), es excelente. Prefiero a la forma académica : « los raja*hs* constelados de brillantes » (Darío); « las antiguas hurí*s* de los harenes » (Carrillo) y para los americanismos acabados en vocal acentuada adoptaré sin vacilar « los barbudos caraya*s*, los tacuarembó*s*, los ñapindá*s* » (M. Bernárdez). Prefiero esta forma a los plurales del tipo : ñapinda*ces*, caraya*ces*, que he visto en otra ocasión.

Hemos de dejarnos de complicaciones en los plurales de nombres compuestos y seguir los modelos de : « cien *arco iris* se tienden como puentes de paz » (M. Bernárdez); « salmodiando *padre nuestros* » (Valle Inclán).

Es cosa imposible querer sujetar las palabras a las reglas que da la Academia para la formación de los plurales. Dichas indicaciones como las de los diminutivos, son demasiado inseguras y en ciertos casos parecen tan contrarias a la índole de nuestro idioma (especialmente tratándose de palabras terminadas por vocales acentuadas o por consonantes atónicas), que es preciso de vez en cuando echarles la zancadilla, cuando al hacerlo nos sentimos apoyados por el uso popular general.

Plurales raros y censurables son : « enseñaba millares de *yos*... todos y cada una decían : yo quiero ». En cambio « las noches espléndidas *del trópico* » debería estar en plural, fuera de que, donde presentan las noches un carácter particular es *entre* los dos trópicos, en la región ecuatorial. « Santa nupcia » (Darío), « una independencia sin penurias » han de rechazarse.

***

No queda mejor parada la ortografía entre los modernos autores. Unas veces se agregan innecesarias letras, como en : « plena vida cuotidiana », por *cotidiana* ; « las sílabas masceradas en vino y en saliva », por *maceradas* ; « el incesto, el violo », galicismo grotesco (francés : *viol*), que hubiera podido decirse : *violación*, *estupro* ; « el peripleo azaroso de su vida », por el *periplo* :

Otras veces se suprimen letras, como : « el chamarí levanta su verde tienda », por *chamariz;* « un ataque de hemotisis », por *hemoptisis;* « huesos roídos de la carie » por *caries;* « seis macerinas y una bandeja », por *mancerinas;* « flácida, triste y con grandes ojos », por *fláccida.*

En ciertos casos se ha modificado mucho más el aspecto de la palabra : « un imposible aeda refinado », por *aedo;* « soplando en estridente pepiritaña », por *pipiritaña;* « encendidos geráneos », por *geranios;* « no era paja que se aventa », por *avienta;* « ansias de ráfagas iodadas », por *yodadas;* « los higúmenos del convento » por *hegúmenos;* « aquellas acechanzas misteriosas », por *asechanzas;* « haber lo que ha escondido usted allí », por *a ver* lo que; « sobre la pulida crisofasia », por *crisoprasa;* « una mancha de cólchico autumnal, por *cólquico;* « Jesucristo muriendo entre cinturiones », por *centuriones.* El « helado nephente de Leconte de Lisle » ha de ser « la helada *nepenta* ». Viniendo del griego *nêpenthês,* claro está que no cabe *ph* en ella, y terminando en *tês,* ha de dar un castellano en *ta,* como atleta, belemnita, asceta, margarita, déspota. Todos los diccionarios excepto mi *Pequeño Larousse* traen *nepente;* Salvat trae *nepente* y *nepentes.* Siendo una planta, terminada en a, y del género neutro en latín, creo que podemos hacerla femenina. Bocablo, por *vocablo,* y pantorría, por *pantorrilla,* que encuentro nada menos que en un libro de filología, son buena muestra de lo que tal obra ha de valer.

Podemos considerar como ultracorrecciones el abuso de haches y de equis en voces que no las necesitan : « el raro extravismo de la concupiscencia », por *estrabismo;* « unas armas de oxidiana », por *obsidiana;* « la muerte deshecha a quien la invoca », por *desecha* (*deshecho* viene del verbo *deshacer*). « Exhuberancia » es prueba de *exuberancia* por parte del escritor que la usa; viniendo de *ubre* no necesita hache; « el atiplado vocerío de los harapiezos » no exige hache, si bien no ha de considerarse esto como falta, saliendo la voz de *harapo* ; de todos modos han de ponérsele dos erres a arrapiezo; « hallan un extremecimiento nuevo » provoca cierto *estremecimiento,* al verle esa *x* tan inútil ;

« extrangular » tampoco quiere *x*. « Vanas aprehensiones teológicas » no llevan *h* en este caso. En cambio « la onda del salvaje » ha de tenerla, lo mismo que « ojear los periódicos », porque significa pasar sus hojas y no pasar los ojos por ellos : « el labriego estático » exige una *x*, en cambio la electricidad estática no la necesita.

Son éstas pequeñeces ortográficas pero no debemos descuidarlas. Su olvido no implica falta de talento ni de instrucción, pero el que se acostumbra a respetar estas cosas (facilísimas de aprender por lo demás, y que en Francia conocen todos los chiquillos de la primera enseñanza), corre menos peligro de caer en alguno de los enormes deslices que tendremos ocasión de señalar en este libro.

Si hemos de poner el artículo masculino delante de palabras femeninas que empiezan por *a* o *ha* acentuada, y no decir v. gr. : « en *la* ánfora está Diana » (R. Darío), no hemos de hacer tal cuando se trate de un adjetivo, como « el vuelo *del* alta especulación ».

Importantísimo es igualmente respetar la cantidad etimológica en las voces que sacamos de las lenguas muertas. La acentuación es tan importante como la escritura material de las voces, ya que una vocal acentuada es cosa completamente distinta de la misma vocal no acentuada. Esta observación, menos importante en la prosa, donde el lector puede enmendar en ciertos casos las deficiencias tipográficas, lo es infinitamente más en poesía, donde tenemos, mal que nos pese, que hacernos violencia y adoptar la acentuación del poeta.

Los siguientes versos de Darío : « Alberto en el propileo del templo soberano » y « yo he visto los lemures flotar en los nocturnos — instantes cuando escuchan los bosques taciturnos », me causan desagrado, porque tengo empeño en pronunciar, como es debido, *propileos* y *lémures*. Lo mismo me pasa con : « mientras se enlaza en un bajo relieve — a una driada ceñida de hiedra », porque yo digo siempre *dríada*. « la mágica lira y el breve pentágrama » andarían mejor si *pentagrama* no fuera esdrújulo; lo mismo pasará con « las ópimas cosechas », pues como grave han considerado esta palabra todos los buenos escritores.

Y estas libertades son aún más censurables cuando,

en libros por otra parte bien escritos e interesantes, encontramos acentuaciones diferentes para una misma voz. En uno de ellos vemos, en una página « santo Icón de la santa Rusia» , que está bien, pero en la página siguiente leemos : « se yerguen como íconos », que está muy mal. Podría dar citas de prodromo, por *pródromo*, de intérvalos, por *intervalos*, de políglото, por *poliglota*, de polícromo, por *policromo*, etc. Con todos mis esfuerzos no he logrado aún que la Academia escriba del mismo modo *Monocromo* (ella da Monócromo) y *Policromo*.

A decir verdad, ni siquiera debiera ocuparme en estas menudencias al tratar de los « nuevos derroteros del idioma » pues estos detalles, son simples manifestaciones de la insipiencia (noten esta forma los que la confunden con *incipiencia*) de muchos escritores. Pero es gran defecto nuestro la pereza, madre de la ignorancia y hemos llegado a un punto en que nada es bastante para librarnos de los infinitos lunares que afean nuestra lengua. Por eso los filólogos modernos de más valía se ven obligados, al mismo tiempo que explican formas dialectales correctas, alteraciones fonéticas muy legítimas, a censurar disparates que en países más cultos no se estudian sino en las clases de primeras letras.

***

Otras erratas : *muje* el ganado, por muge ; *insesante*, por incesante ; áurea *gabilla*, por gavilla ; *pasagero*, por pasajero ; *reveces*, por reveses ; *enagenar*, por enajenar ; la nave sigue *derribando*, por derivando ; *gravado* en mi ánimo, por grabado ; *sujetivo*, por sugestivo ; *silvido*, por silbido ; los que *preveen*, por prevén.

La Academia da sirvienta como femenino, pero no admite dicha terminación para parturiente. Sin embargo leemos a menudo : la *sirviente* y la *parturienta*. Y francamente no tenemos ánimo para censurar severamente a quienes así obran.

Por no chistar la Academia acerca de tal asunto, ocurre que muchos críticos censuran el uso del artículo indeterminado *un* y de los demostrativos masculinos delante de palabras femeninas que principian por

a o *ha* acentuadas. Sin embargo, en mis *Enmiendas al Diccionario* y en mis *Apuntaciones lexicográficas*, he citado ya la mar de artículos del Diccionario en que la Academia ha empleado estas formas. El uso común de los escritores es idéntico. He aquí algunos ejemplos : *un hada* (Rueda), *un arpa* (Id.), *un ave* blanca (Trigo), *un ánfora* de bronce (R. León), *un ave* de rapiña (Baroja), *un ala* de su corazón, *un alma* de Dios (Blasco Ibáñez), *un ágata* blanca y rosa (Répide), *un ansia* ciega (Rueda). En cambio, para satisfacer todos los gustos, encuentro entre mis papeletas : bajo *la ansia* intuitiva del deseo, y *la ansia* loca.

Con los demostrativos, Baroja escribe : « *esa ave* rapaz » y Répide « *aquel alma* extraordinaria ». Yo prefiero esta ultima forma, tanto más cuanto que la Academia admite dicho uso del masculino para los adjetivos *bueno* y *malo*, como *buen alma*, en *mal hora*, a *buen hambre* no hay pan duro.

LA ORTOGRAFÍA DE LOS NOMBRES PROPIOS

Hojeando algunos números de la *Revista de América*, que empezó a publicarse en París un par de años antes de la guerra, tropecé el otro día con una poesía de Alvaro Armando Vasseur, autor del « *Memorial* », cuyo vocabulario y estilo estudio en la presente obra (p. 79). Copio de aquella los siguientes versos por haberme chocado la forma extraña dada a ciertas palabras extranjeras y en particular a los nombres propios :

Así te reveía,
Laïs de los Madgiares,
Magüer tu distinción sutilizada,
Bajo la capellina de viajera
Y el hábito sportivo
Y la sortija hindú del anular.
Así te reveía,
Mientras íbamos en el auto,
Por las rutas de Biarritz, de Tarbes y de Lourdes,
Contigo
Y tres artistas de ultramar.

No me meto con la « poesía » propiamente dicha, — no me gusta, — pero no quiere decir esto que no pueda complacer a otras personas. Confieso que sigo, con bastante gusto, la cadencia de los versos hasta el segundo « así te reveía », aunque lo de « bajo la sortija hindú del anular » es algo flojo, pero el verso siguiente :

Mientras íbamos en el auto,

y el último, el de los « tres artistas de ultramar » me suenan atrozmente. Pero, dejemos este punto : lo que a mí me interesa son las palabras, su ortografía y su disposición en la frase.

Y no puedo dejar pasar sin pegar un brinco : Laïs, con su diéresis que ninguna falta le hace; Madgiares

que en castellano son sencillamente : *magiares*, y que en la forma indicada parecen un estornudo; Lourdes que sólo un gallego es capaz de pronunciar, y que debió de ser sencillamente : *Lurdes*.

En una novela « *Phineés* » recientemente publicada por el colombiano Emilio Cuervo Márquez, observo un desconcierto insufrible en la ortografía de multitud de nombres antiguos. Dichas transcripciones están hechas sin sujeción a las reglas fonéticas y ortográficas del castellano y, lo que es peor, sin arreglo a norma alguna.

En unos casos se ven respetadas las letras etimológicas : Boethos (33), Phabi (33); Kanith (32); Japhne (34); Ruth (35); Capharnaum (13); Massora (17); Cyntia (57); Sylla (63); Zechri (83); Pheroras (25); Amatha (28); Phasael (55), y en otros no : Menfis (36); Tebas (36); Atenas (36); Partenón (36); Ester (31); Nazaret (53). En unos casos veo adoptadas las formas latinas sin alteración : Sabinus (82); Varus (29); Asuerus (31), Scopas (23), y en otros casos hallo la terminación usual castellana : Arquelao (28); Cayo Plaucio Silvano (47).

Hay formas que fonéticamente son errores : Propyleos (36) es en castellano *Propíleos*; Aglae (39), corresponde a nuestra *Aglaya;* Tanagra (57), debe ser esdrújula (V. mi *Ortología de nombres propios*); Dalila (63) también (V. Cuervo, *Apuntaciones,* § 165, 6ª edición); Herodiada (72), debe ser *Herodías* (V. mi *Ortología*, § 12, 13 p. XIV); Císara (24), es *Sísara;* Tracónite (26), en latín *Trachōnitis*, idis, ha de dar : *Traconítide* (V. mi *Ortología*, § 12, 13; en francés [*Larousse*] encontramos *Trachonitide*); Engaddi (70), ha de ser agudo (V. Cuervo, *Apuntaciones*, § 165, donde figura además el nombre que sirve de título a la obra con una ortografía más castellana : Fineés); ostras de Lucrino (64) debieran ser : *del* Lucrino.

Es lástima que esta obra cuyo principal mérito está en la reconstrucción histórica, se vea afeada por tal falta de método en la transcripción de los nombres antiguos.

El mismo desenfado en la ortografía de estos nombres observamos en otros autores de fama. En la « Isagoge » de su « *Ibis* » emplea Vargas Vila las siguientes formas : Campespes (VIII) que debe ser *Campaspe*, con *a* (V. mi *Ortología*, § 9); Amadriada (VIII), que ha de ser

Hamadríade, esdrújula (Acad.). Arthemis Leucophirne (VIII) que es sencillamente *Leucofrina* (no *firne* ni *firna*). Pocas líneas más abajo encuentro « los tetradracmas arcaicos de Abderé de Thrasea » que han de ser de *Abdera de Tracia;* las « ánforas áticas de Caeré », que son sencillamente de *Cere* o de *Ceres* (lat. *Cærĕ*, indecl. o *Cærēs*, *ētis;* Timanto (p. X) podría seguir siendo *Timantes*, con arreglo a la etimología y como lo usaron Argensola, Lope de Vega y Garcilaso (V. mi *Ortología*). El « Philoctetes de Phitágoras de Leontium » (X) es una combinación de tres nombres mal escritos que no entiendo.

Y lo mismo podría decirse de casi todos los nombres antiguos citados en dicho prólogo. Ninguna falta hacían, pero, ya que el autor quiso hacer alarde de esta erudición, pudo muy bien tomarse el trabajo de abrir un diccionario para darles aspecto medio decente.

Verdad es que, si acude a un diccionario español, corre peligro de quedar tan mal enterado como antes.

Tomemos una serie de nombres muy conocidos, los de la familia de Edipo, y examinemos como vienen escritos en algunos de los diccionarios enciclopédicos más populares hoy en Hispanoamérica.

En el Diccionario de Zerolo hallamos en el artículo Eteocles, grave, *Polínices*, esdrújulo. En el artículo Polinices, grave, *Etéocles*, esdrújulo. En el artículo Yocasta, *Etéocles*, esdrújulo y *Polinice*, grave y sin *s* final. En el artículo Creón (malo) *Jocasta*, con *j*, figurando como es debido en el artículo Yocasta. Por último en Colona, leemos Edipo en *Colona*, debiendo ser : *Colono* (lat. *Colōnus*), como viene reclamándolo incansablemente Cuervo, en sus *Apuntaciones*, desde hace años (§1008, 6ª edición).

En el Diccionario de Salvat hallamos igualmente Edipo en *Colona* y, en el artículo Creón : *Polinice* y *Eteocles* graves ambos.

En la Enciclopedia ilustrada de Seguí, en el artículo Antígona tenemos : *Eteocles* y *Polínice* y Edipo en *Colonna,* con dos *nn.* En el artículo Creón vemos *Eteocles*, *Polinice*, grave y *Laio*, sin *y*. Por último en Colona leemos con sorpresa : sobrenombre de Edipo.

En un Diccionario menos conocido, el de Bustamente

y del Vilar, editado en Barcelona en 1903, en dos tomos en 4° mayor, encuentro en el artículo ANTÍGONA, *Creonte*, forma correcta y *Polinice*. grave y, lo que es más grave aún, dado como ¡*hermana* de Antígona!

¿Cómo han de escribirse estos nombres? En mi *Ortología de nombres propios*, donde no invento nada, encontramos:

ETÉOCLES (lat. *Etéoclēs*), del que no tengo cita correcta, pero que ha de construirse como Sófocles (lat. *Sophoclēs*), Temístocles (lat. *Thémistoclēs* de los que doy citas correctas de Gertrudis de Avellaneda y de Bretón de los Herreros.

POLINICES (lat. *Polȳnices*), que con esta forma se lee en el Diccionario de la Academia, art°. DIRCEO.

CREONTE (lat. *Creo, ontis* y *Creon, ontis*), que ha de ajustarse al modelo de Jenofonte, Laomedonte, etc.

Entre la infinidad de papeletas que he reunido para la redacción de este libro, hallo las siguientes, que muestran más aún el desorden que reina hoy día en la ortografía de los nombres propios antiguos y modernos.

En la transcripción de los nombres antiguos hemos de seguir ciertas reglas perfectamente fijadas. La *ch* por ejemplo de los nombres griegos y latinos se ha convertido en *c* o *qu* (v. gr. Acaya, Aquiles). Está mal pues hablar del « fiel Achates », por *Acates*. La *ll* se convierte en *l* sencilla (Aquiles, Camilo), « el alma de mi Stella », de Darío, ha de ser de mi *Estela*. Las « Sombras de Hellas » de L. Díaz, serán de *Hélade*. La *i*, entre dos vocales, se torna *y* (v. gr. : Cayo, Maya), « la hermana de Ligeia » del mismo Darío será de *Ligeya*. Achilleion, también de Darío, ha de ser *Aquileyón*. En cambio la *y* entre consonantes, se convierte en *i* : Dionysos ha de dar *Dioniso*; Mycenas debe ser *Micenas*. *Ph* se convierte en *f* (v. gr. : Sófocles); « las montañas de la Phtiotida » han de ser de la *Ftiótide*, terminada en *e*, como Élide, Lócride, Táuride (V. mi *Ortología de n. pr.*, § 12); Belphegor será sencillamente *Belfegor*. Los nombres latinos en *us* terminan en *o* (v. gr. : Bruto, Cayo). Cincinnatus será *Cincinato*. *S* líquida inicial toma una *e* protética; el rarísimo verso de Darío : « que a golpes mágicos Scopas haría » nos ha empezado a inundar de

Scopas, que debieran ser *Escopas* y sobre todo quedarse en el tintero de los vates que en su vida han visto nada de tal escultor. Stuardo, Smirna, Stambul han de ser *Estuardo Esmirna, Estambul.* La *ss* repetida se simplifica en castellano : « la aquea Larissa » será pues *Larisa. Th* pierde la *h* (v. gr. : Teodoro), Thais, Thebaida, serán *Tais* y *Tebaida.* Los nombre en *ens entis* toman la forma del acusativo latino (V. mi *Ortología* § 15). Valens, dará pues *Valente*para quienes tienen de esta clase de nombres otra noción que la adquirida con la lectura de libros franceses, y que en otros casos no nos ofrecen ingenuamente Bajacet o Bajaceto por *Bayaceto.* El bandido Procrustres o Procustes, que así se decía en latín, se llama *Procuste* en francés. De ahí que casi todos los escritores lo llamen Procusto. Fernán Caballero dice : « se convierte en noble Procusto moral de sí mismo », y el P. Blanco García habla también de « ese lecho de Procusto ». Ha de ser Procustes. *Ahasvero*, el judío errante, ve su nombre frecuentemente destrozado aun por buenos escritores ; Ashavero es su forma más corriente ; en otro autor encuentro Ashevero. Ambos son errores.

Grande sorpresa me causó leer en un trozo de la *Antología* de Ugarte : « el espíritu de Patroclo desciende a la morada de Edés », que pudiera contentarse para que lo entiendan, con ser *Hades.* En cuanto a « aquel ambiente que es como la psiquis del voluptée » que leo en una novela escrita por un quisqueyano, parece prurito de mostrar que no se conoce ni el griego ni el francés. Perdonémosle lo de la *psiquis*, ya que, debido no sé a qué bárbaro, hace ya más de medio siglo que escritores españoles y americanos vienen convirtiendo en Psiquis a la infeliz *Psique.* La misma Academia, en el artº FÁBULA de su Diccionario, usa Psiquis, pero Arguijo y Lope de Vega dijeron Psique y Rubén Darío escribe correctamente :

Renovando el fulgor de mi psique abolida.

Valga pues la autoridad del gran nicaragüense, ya que no la de los clásicos, para devolvernos a Psique.

Y en cuanto a *voluptée* sepa el autor que no quiere más

que una *e*, y déjese de escribir en francés que no sabe, pues da risa leer en su libro *le dió un coup de main*, por le dió la mano, que en francés ha de ser *une poignée de main*, y no nos hable de los *faubourgs de la Hanaba*, ni de los *freres* González, ni del *flirt* de la Mimi de Murger.

Dejémonos ya de imitar estúpidamente el francés y, si queremos hacer alarde de erudición antigua, no enseñemos la punta de la oreja demostrando que lo que sabemos de la antigüedad romana y griega lo hemos leído (no digo siquiera estudiado), en libros franceses.

¿Encuentran algunos raro que tengamos que decir: Euridice, Berenice y Polinices, cuando los franceses escriben del mismo modo: Eurydice, Bérénice y Polinice? Pero ¿vienen acaso esos nombres del francés? ¿No tienen en latín tres formas diferentes (Eūrȳdicē, Berenice, Polȳnices)? Y puesto que es regla constante en español conservar la acentuación latina, ¿por qué no hemos de seguir haciéndolo en estos casos. Basta ya de ese desorden que consiste en hacer unas palabras graves y otras esdrújulas sin razón, porque suenan, por ignorancia. Basta ya de escribir unas palabras con sus letras etimológicas y otras con la ortografía española.

¿Que es muy penoso dedicarse a estas investigaciones cuando no se sabe latín? Pues déjense tranquilas esas antigüedades, que nadie tiene obligación de hablar de mitologías. Y que el que no sepa griego ni latín no se meta a escribir novelas históricas de Atenas ni de Roma. Se puede ser muy buen padre de familia y no entender de música; se puede ser excelente escritor y no saber latín.

En mi *Pequeño Larousse ilustrado* me he esforzado por dar a todos estos nombres la forma que les corresponde etimológica y fonéticamente y que está de arreglo, naturalmente, con la que les dieron los escritores clásicos españoles, los de aquellos tiempos bárbaros en que se sabía latín y griego en la península, en que los estudiantes extranjeros acudían a las Universidades españolas y que sabios españoles eran llamados a Francia para dar lecciones en la Sorbona.

Mi *Ortología de nombres propios*, que compuse sin

otro objeto que el de servirme de guía en la redacción de dicho Diccionario, autoriza las formas que doy con más de dos mil quinientas citas sacadas de varios poetas clásicos : Lope de Vega, Calderón, Garcilaso, Herrera, Rioja, Arguijo, Arjona, Forner, Huerta, Iglesias, Meléndez Valdés, Ercilla, Villaviciosa, Reinoso, Quevedo, Juan de la Cueva, Balbuena, Virués, Hojeda, Zárate, Cervantes, Iriarte; de numerosos poetas modernos, entre ellos Arboleda, Olmedo, Bello, Acuña, Calcaño, Chocano y otros muchos, las traducciones de los clásicos antiguos hechas por Hermosilla, Sánchez de Viana, Bendicho y Quilty, Javier de Burgos, Miguel Antonio Caro; las obras de Cuervo y de Amunátegui, Conto e Isaza, las de la Academia española, etc., etc.

Pero quienes merecen en el infierno un castigo muy especial son los autores de enciclopedias que se figuran que para hacer un diccionario español basta saquear y traducir mal el Diccionario de Larousse y las enciclopedias similares inglesas y alemanas. Y más quizás que los autores, los editores de esos libros, que no llegarán nunca a comprender que, antes de empezar un diccionario en más de diez tomos, hace falta una preparación de varios años, durante los cuales han de pagar a los autores para que reúnan sus datos.

Citaré como ejemplo la historia de Littré y su Diccionario francés, publicado por el fundador de la Librería de Hachette, referida con encantadora ingenuidad por el mismo Littré (*Comment j'ai fait mon Dictionnaire*, París, Delagrave, 1897).

El primer tratado entre el autor y el editor fué firmado en 1841; empezó la impresión de la obra sólo en 1859 y el primer tomo no salió a luz hasta 1863. Y por aquella época había ya adelantado el librero al autor más de cuarenta mil francos que fueron descontados de los derechos que conservaba éste sobre la venta de los ejemplares de su obra, deuda que no tardó en extinguirse gracias al éxito del libro. Y eso que la venta no se formalizó hasta que la obra se vió concluída, es decir en 1872, y que Littré escribía esto a principios de 1880.

Este asunto es completamente distinto de la evolución que estudio en la presente obra. Si en rigor las

alteraciones el aspecto de ciertas palabras pueden considerarse como una forma de evolución : si el decir kilógramo por kilogramo nos apunta la forma final a que tiende la palabra por ser el vulgo dueño en lo que al lenguaje vulgar atañe, no ocurre lo mismo con los nombres propios de la antigüedad que, como lo he dicho son objetos de uso limitado a las personas de cierta instrucción.

Ahora bien, esos nombres no son una novedad en nuestra lengua para que los podamos adoptar con la forma, mala o buena, que les dé su primer introductor si tiene talento para hacérnosla aceptar. Ya los conocemos con cierta forma, que cuadra bien con la índole de nuestro idioma, que tiene en su apoyo otras palabras de análogo origen y corte idéntico, y el escritor, por mucho talento que tenga, ha de usarlos con su forma clásica; no tiene mayor derecho para innovar en este punto que para modificar a su capricho la conjugación de un verbo, y todo cuanto haga contra esta regla será señal más que de independencia, de ignorancia.

Si hallamos disparates en los nombres antiguos, no quedan en zaga los modernos. En general los nombres extranjeros pasan al « similicastellano » por conducto del gabacho o cuando más del inglés; Y así sale ello! Encontramos: « la ciudad santa de Llassa », por *Lasa* « los Ashantis », por los *Achantis*; Hokusaï, Outamaro. Kikoutshi, nombres japoneses, han de transcribirse en castellano, con arreglo a la pronunciación inglesa en esta forma : *Hokusai*, *Utamaro*, *Kikuchi*, y eso que, en honor del japonismo, les dejamos generosamente las *kk*. Alberto Durer ha de ser *Durero*.

El empeño en hablar del *Aminta* del Taso, sin haberlo visto ni por el forro, hace que lo llamen muchos equivocadamente « la Aminta ».

En una obra de uno de nuestros mejores novelistas contemporáneos encuentro transcripciones de nombres franceses como : Lamoreux, por *Lamoureux*, Colonna, por *Colonne*, Meül, por *Méhul*, Boildeau, por *Boieldieu*. Son estos descuidos que afean una obra de arte.

Atroz es también la siguiente sarta de plurales que encuentro en Rubén Darío : « más de un Raymond, Jorges,

Pedros, Geoffroys y Audebertos », ensalada de nombres franceses y españoles, uno en singular y los demás en plural. Y a propósito de plurales haré notar que debemos dar a los apellidos la forma plural, y no dejarlos en singular como en francés. En las *Apuntaciones* de Cuervo está amplísimamente explicado el por qué de esta regla. No hemos de decir por ejemplo, como uno de los autores estudiados en esta obra : « los Alonso de Ojeda, los Valdivia », ni como otro : « los Lope, los Calderón y los Tirso ». Cuando se trata de nombres compuestos, empero, el problema suele ser difícil de resolver. En general sólo el segundo elemento del apellido adopta la terminación plural, v. gr. : *los Pardo Bazanes*, los *Santa Marías*, los *Valle Inclanes*. Si se trata de un nombre compuesto de nombre de pila y apellido, sólo el primero toma la forma plural : los *Alonsos de Ojeda*. En todo caso han de evitarse los plurales bárbaros como el de « Blascos Ibañeces » que leí no hace mucho en un número del *Cantábrico*, de Santander. En los apellidos formados de dos nombres reunidos por la preposición *de*, creo preferible también pluralizar solo el primero, v. gr. : los *Manriques de Lara*.

De todos modos, casos hay en que la forma plural ha de resultar ridícula, v. gr. : los *Juanes de Mena*. En estos casos, hemos de acogernos a los consejos dados por Cuervo. « En todas las lenguas hay esta clase de tropiezos, y para removerlos sí que puede decirse que más vale maña que fuerza ; si la lengua no permite fijar directamente el sentido, es preciso echar por el atajo y no quebrantar la gramática ». Lo mejor es pues, en tales casos, buscar un rodeo y decir las cosas de modo diferente, antes que de una manera ridícula o falsa.

Es feo gabachismo el abuso del artículo delante de los nombres propios de países. Los antiguos patios de *la* España, las fuentes de los viejos jardines de *la* Italia, no necesitan tal aditamento como tampoco : la emancipación de *la* Bélgica (R. Darío).

¿Hemos de decir *de Eldorado*, *del Dorado* o *de El Dorado* ? Yo opinaría por esta última forma que tiene la ventaja de no descomponer la forma que acostumbramos dar a dicho nombre. « Alonso de Ojeda, en

busca de Eldorado », que leo en un libro reciente me parece algo rara.

Es también pegote insoportable, poco común, felizmente, la preposición *de* que los franceses cuelgan sin descanso de los nombres « nobles ». Hame pues chocado, en un libro español bien escrito, hallar : » su eterno gesto de displicencia, que perpetuó *Del* Mazo ».

MAL USO DE ALGUNOS PRONOMBRES

Reina aún bastante vaguedad en el uso de los pronombres complementos de tercera persona en castellano. La Academia española, en vez de darnos de una vez una regla fija para que sepamos a qué atenernos, se contenta en algunos casos con observar que buenos autores meten la pata y que es ejemplo que no debe imitarse. Esta censura indirecta no basta, la Academia española tiene suficiente autoridad para darnos una regla de conducta que todos aceptaremos gustosos, pues todo es preferible a la indecisión actual.

Tomemos por ejemplo el dativo del pronombre de tercera persona femenino, que en singular es generalmente *le*, a pesar de que buenos autores se empeñen en decir *la*, v. gr. : *la habló*, *la dió*, *la escribió* una carta.

Están mal las frases : « *la* enseñó a sentir la imagen en poesía » ; « rendir*la* los homenajes del amor », « *la* mando que se largue » ; « yo entonces *la* dije sonriendo » ; « dar*la* un beso en los ojos » ; « pidiéndo*la* que se acordase de ti » ; « limpiándo*la* la casa ». Lo más divertido es que a veces, en una misma pagina, y aun en una misma frase, encontramos esta forma y la forma correcta. Esto es de todo punto inaceptable y muestra bien a las claras que por ignorancia pecan quienes escriben por ejemplo : « voy a hablar*la*, voy a describir*le* » ; « ¿qué *le* habíais enseñado ? Vosotros, tú y tu mujer *la* dabais ejemplo » ; « hasta pensé que *la* nacían alas » y, poco después « con acento que yo no *le* conocía » : « el grande amor que *la* profesaba » y « hubiéra*le* ufanado a ella » : « se me ha ocurrido llamar*la* ahora y decir*la*... que había visto o podido oir*le* a Gabriela » ; « la mamá *la* dirige la palabra y ella *le* contesta en francés ».

Malo es igualmente el empleo de *le* por *la* en acusativo o complemento directo, v. gr. : « atacándo*le* por el flanco a la embarcación) » ; « como si su vida fuera menos fuerte ...y no *le* pudieran seguir ».

Debe desecharse igualmente el uso de *le* por *lo*, en complemento directo masculino singular : « luego de colgar*le* en el clavo (el candil) », tanto más cuanto que cinco páginasmás lejos leemos en el mismo libro « quiso ella misma colocar*lo* en mi mano » ; « un hijo tengo, pero a no tener*le* » ; « una parra tupida que *le* sombreaba ».

Y malísimo también el usar *lo* por *le* en complemento indirecto, v. gr. : « desaparecía de entre la concurrencia, pero nadie *lo* daba importancia ».

Con suma frecuencia hallamos *les*, que ha de reservarse para el complemento indirecto masculino plural, en lugar de *los*, como en « se dedican a secar los fusiles y las armas por si *les* ha atacado la humedad » ; « para que el sol no *los* queme el cutis » ; « lo que *les* mantiene en conexión » ; « Soledad *les* consoló con gran espanto del señor Juan » ; « tirar*les* así a la calle » ; « los esplendores de la civilización moderna *les* conmovían » ; « no como los monarcas asirios por la Grecia que *les* repelía » ; « el milagro *les* acompaña para confundir arrianos » ; « compraban tiestos de flores creyéndo*les* preferibles a los de los cigarrales » ; « llevaba los versos... Ella *les* copiaba con letra infantil » ; « *les* admiraba, *les* amaba, como se ama a las estrellas » ; « y el pueblo *les* sigue, y el pueblo *les* cree » ; « la marea *les* lleva a un sitio lejano » ; los pegujaleros maldicen la tierra que *les* mantiene y *les* regala » ; « una pasión dulcísima que *les* llevó muy pronto a los altares » ; « los conceptos, cuando rompen los lazos que *les* atan a las raíces ».

Menos frecuente, aunque igualmente censurable es el uso de *las* por *les* en dativo femenino singular : « *las* lapida, *las* pone coronas de reflejos » ; « porque hubiéran*las* dado horror los relámpagos ».

Y aun he hallado un ejemplo de *le*, por *les*, en dativo femenino plural en un autor muy correcto por lo común : « *le* daba ciento y raya a las mozuelas de Fuenmayor ».

El uso del pronombre pospuesto origina a veces

frases de aspecto raro y nada agradable : « el sol blanquea las quebradas de las montañas y hác*elas* resaltar en aristas luminosas » ; « en cuanto poníase*le* cerca otra mejor » ; « más bella infinitamente que habría*lo* sido nunca la madre » ; « yo hubiéra*le* rogado que pusiese su mano sobre mi pecho » ; « la sentaba sobre su dorso, mientras él poníase en cuatro pies » ; « como las frutas ráyan*se* cuando están en la plenitud de la sazón » ; « ven y contempla las lujosas galas de que Sevilla víste*se* ».

Encontramos también ciertos errores en el empleo de los demostrativos *ese*, *este* y *aquel*. El que los franceses no conozcan nuestro pronombre *aquel* no es motivo suficiente para que vayamos arrumbándolo. Hemos de usarlo, por lo contrario, siempre que hayamos de designar una cosa lejana, y reservar *éste* para las personas y cosas que están cerca de la persona que habla y *ése* para las personas y cosas que se hallan cerca de la persona a quien se habla. Así pues debió emplearse *aquel o aquella* en las frases : « Era de Fez y sentía un entusiasmo grande por *esta* ciudad » ; « Gabriel, después de *esta* tarde, evitó las reuniones » ; « se alejó, viendo que abrían el postigo de *esta* portada » ; « ha columbrado, confusamente, entre sus recuerdos de niño, una sala ancha... *esta* sala es húmeda » ; « en *este* tiempo tuvo amores con una mujer viciosa y elegante » ; « una campana, tañendo a *esta* sazón, esparcía graves ecos de limpia armonía » ; « recordó primero *este* día que ya se iba extinguiendo » ; « las melodías del piano, que transformaban a *esta* virgen sensual como la esencia de las rosas » ; « desde *este* día fué Darío advirtiéndola bajo una significación nueva » ; « Soledad miraba todo *eso* con cierta compasión hacia el enfermo » ; « en otro gran comercio... se crío entre *esos* divinos minerales » ; « miraba los millones de escalas vibrar arriba, y veía *esas* mismas escalas de átomos líquidos ». En general, siempre que se trata de una cosa pasada hemos de usar *aquel* o *aquella* en lugar de *este*, *esta*, *ese* o *esa*.

Costumbre antigua del castellano es emplear sin el artículo ciertos adjetivos como *otro*, *cierto*, *semejante*, *tal*. Cuando los franceses dicen por ejemplo

l'un et l'autre, contentámonos nosotros con decir uno y otro. Las siguientes frases, si son perfectas desde el punto de vista de la sintaxis francesa, no lo son desde el de la española: « y luego se miraron *el uno al otro*; « apretados *el uno contra el otro* »; « nuestras almas se abren *la una a la otra* »; « hablan en voz baja *las unas con las otras* »; « nos aproximamos *los unos a los* otros »; « corrió de un lado *al otro* ». Peor acaso es emplear *los otros* por los demás, como siempre se ha dicho en nuestra lengua: « es que desea ser diferente de *los otros* ».

No debemos tampoco olvidar que tenemos en castellano un pronombre reflejo de tercera persona, *sí*, *se*, que ha de servir para algo más que para llenar algunas páginas de los diccionarios y gramáticas. Las siguientes frases hubieran estado mejor con dicho pronombre: « sistemas planetarios de ideas *entre ellas* »; « cambiaron *entre ellas* una mirada tímida ».

Pero no hay que incurrir en el abuso contrario y escribir, como leo en el catálogo de una librería española de París: « una colección de obras de Bretón de los Herreros, autorizada por su autor y selecta por *sí mismo* ». Sí mismo no puede referirse sino al sujeto de la frase, que aquí es colección.

Entre las demás papeletas que tengo referentes a los malos usos del pronombre, apuntaré por fin: « consideraba la herida de mi corazón como *aquellas* que no tienen cura », que ha de ser: como una de aquellas; « *cada quien* hace concesiones », que ha de ser: cada cual; « a unos habían dado,... a otros..., *a quienes*, cabelleras espesas », donde está mal usado quienes[1] « oyó el concertado son de las guitarras tan cerca ya que *alguien* dijera que estaba dentro del huerto », por cualquiera hubiera dicho; « ninguno *de todos* puede tener tampoco el peculiar aspecto de esta plaza de la Cebada », donde sobra: de todos, « de la plaza de San Millán a la calle de San Bernabé, todo ello dominaba, por juro de guapeza, aquella flor de la corte », que ha de ser: todo *lo* dominaba; « manchas de luz se deslizaban lentamente por las pilastras, como *tantas más* que

1 Puede sí usarse, aunque no frecuentemente, quienes, en plural repetido, en frases como: quienes decían eso, quienes decían lo de más allá.

descendiesen de las bóvedas », por como otras tantas. En el Diccionario de la Academia hallamos, en el artº PAPELETA : « cucurucho de papel en el que se incluye alguna cosa y especialmente *el en que* se pone dinero de propina », que sería mejor : aquel en que se pone ; « *algún* que otro árbol » será : alguno que otro, pues algún y ningún no se usan sino delante de un substantivo o adjetivo.

Por otra parte, *alguien* y *alguno* no son equivalentes, como rezan el Diccionario y la Gramática de la Academia. *Alguien* es más indeterminado que *alguno*. Se dice : ¿ Ha venido *alguien* ? (una persona cualquiera ¿ Ha venido *alguno* de mis amigos ? (una persona que forma parte de un grupo determinado). En ciertos casos significa *alguno* lo mismo que *ninguno* : no vi en la calle persona *alguna*. En francés, *aucun*, de igual origen (lat. *aliquis unus*), tiene sólo el sentido de *ninguno*.

Es censurable el uso pleonástico de los pronombres en muchos casos, como puede verse en las siguientes frases, donde la supresión del pronombre subrayado no haría sino aligerar la frase : « a los cuales el *les* pasa la mano por el buche » ; « el corralón, al que hubo de tomar*le* ojeriza » ; « cuya más notable representación *lo* sería tal vez el David Grieve » ; « un matón a quien *le* mataron en la calle de Alcalá » ; « Kate *le* envió a Manuel con una carta » ; « Manuel a quien el papel que le designaron no *le* agradaba » ; « además le falta un ojo que *lo* oculta con el sombrero torcido » ; « no dejaba que otra mujer alguna *lo* luciese » ; « estas palabras a las cuales los periódicos *les* han dado una gran importancia », « señalar*les* la ruta del ideal a esos creadores », « menos para el conocimiento de las piedras preciosas, que *lo* poseía de un modo maravilloso » ; « el hombre más honrado y al cual *le* habían confiado cantidades altísimas ».

Por último, a pesar de toda la admiración que profeso a Martínez Ruiz no he dejar de observar que no juzgo útil en español el uso excesivo de los pronombres sujetos que intenta innovar él en algunos escritos. En *Antonio Azorín*, p. 131, hallo por ejemplo : « *Yo* tenía en Madrid un escritorio, dice él, pero este escritorio

(aquí sería mejor : aquel), era muy obscuro. Cuando venían a que *yo* escribiera una carta, *yo* tenía que encender una luz ». Bueno está eso para los franceses o los ingleses que, con su conjugación fonéticamente amorfa, parecida a la del esperanto, no pueden pasar sin esa muletilla, pero no perdamos nosotros el oro nuestro por tomar el cobre ajeno.

Mucho tiento hay que tener al usar el pronombre *cuyo*, que ha de juntarse siempre con una cosa poseída. Malas son las frases : « para los que hiciesen tal cosa, en *cuyo* caso me encontraba yo » ; « una querida... *cuyas* relaciones había roto.

Tampoco ha de olvidarse el pronombre *quien*, mucho más flexible que : el que, la que, etc., como puede verse en la frase : « tenían otros presos *a los que* acudir », que debió escribirse : a quienes acudir.

USO DEFECTUOSO DE ALGUNOS ADVERBIOS, PREPOSICIONES, ETC.

Hallamos con frecuencia adjetivos usados como adverbios, v. gr. : « una extremidad gelatinosa, lo *necesario* adherente para arrastrar », por lo bastante; « uno de esos hombres que accionan *fáciles*, que caminan *rápidos* », por : fácilmente, « con un bastón que lleva *diagonal*, cogido cerca del puño », por diagonalmente.

Aunque *igual* no figura en los Diccionarios sino como adjetivo, puede usarse como adverbio en las frases : « sí, sí, todas *igual* » (Trigo) : « nadando... ¿como una foca? ...*igual* » (Baroja); « y los hombres hacen *igual* » (id.). También puede decirse : « *igual* de alto que su hermano ». Pero no me satisface mucho « *igual* el cuerpo mío languidece y se enmustia », ni « *igual* que si la tierra se lo hubiese tragado »; « las palabras morían lentamente, *igual* que la tarde »; « e *igual* que aquellas telas (mejor fuera : lienzos) del prerrafaelismo surges cual primitiva visión del cristianismo » ; « *igual* que en las novelas picarescas ». En estos ejemplos sería preferible poner : lo mismo que, así como.

« Se piensa en *un* mañana tan doloroso como hoy » es mala muestra del uso de un adverbio de tiempo substantivado. ¿Por qué no decir : un porvenir ?

Ya hemos criticado en otro lugar (V. p. 161) el uso equivocado de *ese* y *este* por *aquel*. Ha de desecharse igualmente el empleo de *ahí* por *allí*, bastante frecuente en autores americanos y aun peninsulares : « cuando uno llega hasta *ahí* » (hablando de una calle de Malta); « pasado el primer momento de estupor en los que *ahí* estábamos ». Más chocante es el usar *aquí* por *allí* : « hasta detenerse en un portal en donde entraron. De

aquí pasaron por un corredor a un patio espacioso »; « Manuel fué a la Academia; *aquí* un ordenanza le dijo.

A los que se empeñan en criticar la forma : *de pie*, por no estar en el Diccionario de la Academia, diré que la usa de este modo todo el mundo, mientras que *de pies* apenas se usa fuera de la locución : nacer *de pies* (que precisamente en el Diccionario de la Academia tiene derecho a ir sin *s*). Los ejemplos siguientes pueden ser autoridad : « estremecido me puse *de pie* » (Valle Inclán. *Primavera* p. 71); « asistía silencioso y *de pie* a este club » (Blasco Ibáñez, *Catedral*, p. 43).

Son censurables las formas : « con *un* algo de Wáshington y mucho de Nemrod » (Darío), donde sobra el un; « un caserón disforme, *a medias* destruido » por : medio destruido; *a medias* significa hecho entre dos o más personas; « un servidor eximio de cuyo nombre, *tan luego* parece cosa del diablo que no haya podido acordarme », en que puede suprimirse con gran facilidad el : tan luego; « *noche a noche*, *día a día* », en vez de noche por noche, día por día, son americanismos que han de evitarse. He aquí algunos ejemplos : « *noche a noche* volvió la visita en adelante »; « sólo es digno de la libertad y de la vida quien es capaz de conquistarla *día a día* para sí »; « fué aumentando *día a día* ». « Con una simple condescendencia irónica, *tal que* si temiese que no pudiera entenderla », ha de ser : cual si temiese; « a la que había que obedecer *mal que* no se la cumpliera », será : más que, o aunque no se la cumpliera; « *en que ha* terminado la novena, vuelve a su casa », ha de ser en cuanto ha, o tan pronto como ha; « vender *sobre* barato » dicen en Chile por vender de barato; malo es también « hacer una cosa *de inmediato* », por inmediatamente. « Se fué *donde* las dos señoras », parece frase tomada de un autor americano; es sencillamente de un santanderino y se usa hasta en Andalucía; pero no por eso ha de adoptarse; dígase pues : a casa de. « La agresión no ha tenido importancia, *desde que* la actitud de los enemigos », ha de ser : puesto que, o dado que. « Y es lógico que ocurra así, *desde que* no fuimos convocados por un ideal », se encuentra en idéntico caso. *Recién llegó* a saludarle », « el Sr. X. llegó a las 2 p. m. y *recién* a las 5 expresó

su conformidad »; estas formas americanas han de arrumbarse definitivamente. *Recién* en castellano ha de ir siempre seguido de un participio : recién casado, recién nacido. En los demás casos tradúzcase por recientemente, o quítese, que es lo mejor, en las frases citadas.

No se olvide que el adverbio *nunca* no necesita otra negación cuando principia la frase, v. gr. : *nunca* he visto tal cosa. En cuanto a la frase : « yo *no* recuerdo haber visto *algunas nunca* abiertas » es ininteligible. ¿ Será : no recuerdo haber visto nunca ninguna abierta ?

En « ser más prosador *que no* poeta » huelga la preposición *no*; dígase : más prosador que poeta, que ya es bastante. « Adormecían *tal así* como las alas de un vampiro » es malo gramaticalmente, pues ha de ser : así como, y además implica una imagen falsa: las alas de los vampiros no son narcóticas.

No nada es un pleonástico disparate; *no nada* será lo mismo que : algo. En libros americanos leemos : « una cualidad *no nada* moderna », « un escritor *no nada* fecundo ».

Cuando dos palabras van separadas por la negación *ni*, la primera ha de llevar antepuesta igual negación. No ha de decirse: « formal *ni* intelectualmente Darío es poeta decadente ». En cambio no hay que emplear dicha negación cuando se trata de decir lo contrario : « la enfermedad gravísima del padre, que por poco *no* se va a la otra vida », parece incluir cierto pesar de que no haya muerto. La siguiente frase, a fuerza de negaciones, resulta incomprensible: « *no* solo *no* se cree, pero *ni tampoco* ... », mejor fuera : no solo no se cree, sino que tampoco ». Malo es también : « nada turba la paz de estos mesones, *sino* es el tráfico de los pueblos vecinos », por a no ser.

Pero es preciso agregar una negación cuando no está *nada* en principio de frase, como en : « Dios mismo *es nada* en presencia del Dolor », que ha de ser : no es nada en presencia del dolor. ¡ *Cómo no* ! y ¡ *ayer no más* ! son americanismos que no están reñidos con la índole del idioma, son populares y graciosos y merecen conservarse.

He aquí más formas criticables : « Que solo el nuevo

experimentador y *más nadie* ha previsto », por : nadie más ; « significaban verdaderos puntos *en punto a* sus aspiraciones », por en cuanto a ; « el simbolismo tiene en su contra, *en veces* », por a veces. « Hasta la mañana del martes encontraron el cadáver » significa que lo estuvieron encontrando repetidas veces hasta el martes ; el autor quiso decir : hasta la mañana del martes *no* encontraron. « Con o sin esfuerzo », por con esfuerzo o sin él, es forma vulgarísima en toda España y muy censurable ; « *tan le cayó ajustado* el sobrenombre », será : y le cayó tan ajustado ; « *para* 1893 se publicaban en Méjico la Revista Azul, en Caracas, Cosmópolis », quiere decir que se publicaban antes precisamente para aquella fecha. Dígase pues : por los años de... « Yo prefiero estar aquí *que no* en Europa », ha de ser sencillamente : que en Europa.

EL USO Y EL ABUSO DE LOS DIMINUTIVOS

Constituyen los diminutivos uno de los más enrevesados asuntos de la gramática castellana. Por eso han dado pie a muchos escritores americanos para condenar sin motivo suficiente ciertas formas popularísimas y para aconsejarnos otras totalmente inaceptables.

Cansado estoy de ver recomendados diminutivos tan estrafalarios como : *tececito*, *ronecito*, *cuicecito*, *cafecito*, etc.

La falta de ello, claro está, la tienen las gramáticas españolas y particularmente la de la Academia española, quien, lejos de aclarar este punto tan obscuro parece haberlo considerado muy por encima.

Lo mismo en la península que en América, el uso acertado de los diminutivos, propio exclusivamente del lenguaje familiar, obedece a cierto sentido del idioma, innato en quienes lo hablan desde la infancia, pero que difícilmente llegan a alcanzar los extranjeros que aprenden el español.

Es más, creo que los diminutivos son las primeras formas que aprendemos de ciertas palabras. Ellos forman la base del lenguaje infantil, los aprende el niño con la leche que mama. ¡ Cómo suponer pues que grupos enteros de estas palabras puedan ser barbarismos !

Si èl argentino, el chileno, el colombiano, el costarricense se muestran unánimes en decir « las manitos », debemos suponer, antes que acudir al socorrido « barbarismo », que tal fué la forma que a América llevaron los primitivos inmigrantes. Los primeros « criollos » aprendieron la voz de sus madres cuando apenas contaban algunos meses de edad, y de madres a hijitos fué transmitiéndose la forma hasta nuestros días. Atiendan al asunto los dialectistas españoles y de seguro se

hallará en el habla familiar de alguna de las provincias que poblaron la América el tan censurado « barbarismo ». ¿ Que parece raro un diminutivo en *to* con artículo femenino ? ¿ No oímos a cada momento diminutivos de nombres propios como : la Charito, la Chelito ?

Existe un abismo, — menos considerable sin embargo de lo que creen algunos, — entre el castellano y el español de América. Pero ¿ qué tiene de extraño si quienes poblaron la América española no fueron casi nunca los castellanos, sino los habitantes de las provincias marítimas. El español de América no se deriva del castellano, sino del andaluz, del extremeño, del gallego, del asturiano, del vizcaíno, del valenciano, del catalán. Abranse las *Apuntaciones* de Cuervo, los Diccionarios de Gagini, de Picón Febres, de Arona, a cada momento encontraremos notas indicando que tal o cual palabra se usa también en Andalucía, en Canarias, en Asturias, pero rara vez hallaremos voces que se usen todavía en Toledo, en Salamanca, en Avila, en Segovia o en la provincia de Madrid.

Como por una parte la centralización en España ha difundido por todas partes, — aunque de modo muy imperfecto, — el habla de Castilla, y como los diccionarios y gramáticas se han hecho para dicha lengua ; como por otra parte la América, alejada en absoluto de la incompleta centralización lingüística esbozada en la península, ha conservado más puros que aquélla los elementos arcaicos de su idioma, resulta hoy una aparente distancia entre el idioma de Madrid y el de América. Pero no es esta diferencia mucho mayor que la que media entre el lenguaje de Madrid y el de ciertos puntos de Andalucía.

Debemos pues considerar las diferencias entre ambos idiomas en lo que toca a la construcción de diminutivos, como manifestaciones distintas de un mismo fenómeno lingüístico, pero no como alteraciones de una forma única primitiva que no ha existido.

Por otra parte sería empresa más difícil que la limpieza de las caballerías de Augías, el querer desterrar toda una serie de diminutivos para proponer otra a todos los habitantes de Hispano América.

Ya he dicho antes que el acierto en la elección de diminutivos es cosa de oído y no de reglas gramaticales. El palurdo más inculto de cualquier comarca, que conjuga los verbos con los pies y destroza la mitad de las palabras, sabe sin embargo emplear con todo acierto el diminutivo que conviene para dar a cada voz el matiz que desea. Pero en cambio, el extranjero más estudioso se ve loco para no disparatar en el uso de los diversos incrementos diminutivos.

Y en cuanto a las reglas, mejor es no decir nada de ellas. Como todas las cosas humanas y más aún, académicas, están llenas de errores, de excepciones de incompatibilidades. Veamos lo que nos enseña la Academia y lo que decide el uso de España sólo.

A. Ececito, ececillo, ececico, ecezuelo. — Reciben este incremento los monosílabos acabados en vocal; como de *pie*, *pi-ececito*, *pi-ecezuelo*.

Y pare usted de contar, pues fuera de *pie* no veo más monosílabos que sean capaces de echarse al cuerpo tan largo incremento.

Una taza de *tececito* resultará horrorosa, aunque le agreguen su poquitín de *ronecillo*, como más adelante veremos. Una fe chiquita no puede ser una *fececica*. Y *cuicillo*, diminutivo americano de *cui* me parece harto mejor que *cuicecillo* que algunos recomiendan en su lugar y que ni siquiera está de acuerdo con la « regla », pues habría de ser, por lo menos, *cuececito* o cosa por el estilo.

B. Ecito, ecillo, ecico, ezuelo, ichuelo, achuelo. — Exigen este incremento :

1° Los monosílabos acabados en consonante, incluso la y, v. gr.. : *red-ecilla*, *troj-ecica*, *sol-ecito*, *pan-ecillo*, *son-ecico*, *flor-ecita*, *dios-ecillo*, *rey-ezuelo*, *pez-ecico*, *voz-ecita*. Exceptúanse *ruin-cillo* y los nombres propios de personas como *Blas-illo*, *Gil-illo*, *Juan-ito*, *Luis-ico*.

¿ Y *seisillo* y *tresillo*, que están en el Diccionario ? ¿ Y tal *cualillo* ? ¿ Y *chalina*, de chal ? ¿ Y *mesillo*, también del Diccionario ? ¿ Y *ron* ?

2° Los bisílabos cuya primera sílaba es diptongo de

ei, *ie*, *ue* ; como *rein-ecita*, *ciegu-ezuelo*, *hierb-ecilla*, o *yerb-ecilla*, *huev-ecico*, *forc-ezuela*, diminutivo de *fuerza* y *port-ichuelo*, de *puerto*.

¿ Y *vuelillo*, del Diccionario ? ¿ y *peinilla*, que aunque no está aún en el Diccionario, se usa en muchas partes ? ¿ Y *compuestito* ?

¡ Y qué mal saben ciertos diminutivos como : *clientecito*, *grieguezuelo*, *grietecita*, *liencezuelo*, *buenecito* !

3º Los vocablos cuya segunda sílaba es diptongo de *ia*, *io*, *ua* ; v. gr. : *bestiecita*, *geni-ecillo*, *legü-ezuela*, *lengü-ecita*. Exceptúanse : *rub-ita*, *agü-ita*, *pascu-ita*. Y también : *ascuita*, *agrillo*, *limpito*, *nagüillas*, *diarito*. Y otras, de otros grupos se pegan a este, como *obrezuela*, *achaquecillo* (Ganivet, *Pío Cid*, I, 297).

4º Muchas voces de dos sílabas que terminan en *io*, como *bri-ecico*, *fri-ecillo*, *ri achuelo*.

¿ Muchas ? ¿ Y cuántas más ? Sacados los tres ejemplos citados de los que sólo *riachuelo* es usual y es en realidad diminutivo de *riacho*, despectivo, solo caben en esta categoría de palabras : *lío*, *tío*, *mío*, y *crío*. Y ninguna de estas voces admite los incrementos en cuestión.

5º Todos los vocablos de dos sílabas terminados por *e* : v. gr. : *bail-ecito*, *cofr-ecillo*, *nav-ecilla*, *parch-ecito*, *pobr-ecito*, *trist-ezuelo*, *trot-ecito*. No obstante, en el *Romance de Perico y Dorotea*, escrito a fines del siglo XVI, dice el muchacho a la chicuela :

Tengo yo un cochito
Con sus cuatro ruedas.

La circunstancia de ser este ejemplo de la Gramática de la Academia contemporáneo de la primera migración española a América corrobora mi anterior opinión, a saber que lo que ahora consideran algunos como barbarismos, no son sino meros arcaísmos o provincialismos.

Por lo demás, se dice también *saucillo* (Acad.), *nenito*, *Pepito*. En Galdós, *Miau*, p. 389 hallamos : *padrito*. *Frailillos* (Acad) contraviene a dos de las reglas citadas.

Y cuando la palabra termina por *e* acentuada, la regla es inaplicable : *cafecito*, *corsecito*, *minuecito*, *obuecito*, ceden el paso, por lo menos en el lenguaje oral a :

cafelito (cf. *cafetín*, Acad.), *corselito*. *bistelico*. El diminutivo de José no es otro que *Joselico*.

Mucho puede decirse acerca de las voces acentuadas en la última sílaba y acabadas en vocal. La Academia las olvida, pues no creo que las haya querido encajar entre las que toman el incremento : *ito, ico*, *illo*. Estas voces toman comunmente el incremento *cito o cillo*, v. gr. : *canapecillo*, *pagarecito* (compárese con el plural vulgar *pagareses*), *maravedisillo* y *ajisillo*, que me resisto sin embargo a escribir con *c*, amparándome para tomar tal libertad con la presencia en el Diccionario de la Academia de dos derivados análogos : *ajizal* y *cujisal*. Diminutivos infantiles son : *papacito*, *papaito* y *papita*, masculino que puede competir con el femenino *manito* de los americanos; *mamacita*, *mamaíta* y *mamita*. *Sofacito*, encuentro en el chileno L. Orrego Luco (*Antol.* Ugarte, p. 199); *mamayita* y *papayito* son de Honduras (Membreño).

6° *Prado*, *mano* y *llano* hacen *pradecito* y *pradillo*, *llanecillo* y *llanito*, *manecilla* y *manita*. El Diccionario de la Academia trae también : *campecillo*.

C. Cito, cillo, cico, zuelo. Toman este otro incremento :

1° Las voces agudas de dos o mas sílabas terminadas en *n* o *r*, como *galan-cillo*, *ladron-zuelo*, *corazon-cito*, *mujer-cita*, *amor-cillo*, *resplandor-cico*, *Fermin-cico*, *Ramoncillo*, *Pilar-cita*. Exceptúanse *almacen-illo*, *alfiler-illo*, *vasar-illo* y tal cual otro, y algunos de nombres propios, como *Agustin-ico*, *Joaquin-illo*, *Gasparito*. Usanse indistintamente *altar-cillo* y *altar-illo*, *pilar-cillo* y *pilar-illo*, *jardin-cillo* y *jardin-illo*, *jazmincillo* y *jazmin-illo*, *sarten-cilla* y *sarten-illa*.

A los que agregamos *azucarillo*. En *Antonio Azorín*, de Martínez Ruiz, p. 205, leemos *zaguanillo*. Y en Andalucía se oye el encantador diminutivo : *azuquitar*. A las niñas que se llaman Dolores se les dice *Dolorcitas*. Diminutivo de Cristóbal es allí el curioso *Cristobicas*. En España se oye comunmente : *alemanillo*, *catalanillo*, *langostinillo*, etc.

2° Las dicciones llanas acabadas en *n*. v. gr. : *Carmen-cita*, *dictamen-cillo*, *imagen-cica*.

Extiéndese a veces esta regla a los bisílabos agudo terminados por *l* : *formalcita* (P. Bazán. *Insolación*. p. 160).

Veamos ahora en qué se aparta el lenguaje americano de estas reglas. Para ello me valgo sobre todo de uno de los capítulos de la excelente *Guía del Buen decir* que publicaba, cuando estalló la guerra, mi buen amigo D. Juan B. Selva, en la *España moderna*.

Acerca del incremento A que como hemos visto solo se aplica a la palabra *pie*, cuyo diminutivo es *piecito* en la Argentina, en Colombia (Cuervo, *Apuntaciones*), en Costa Rica (Gagini), en Chile (Amunátegui Reyes. *Pasatiempos*), en Guatemala (Batres Jáuregui), Selva atribuye a una mala versión del *Símbolo de la Fe*, de Granada, la presencia en la Gramática y el Diccionario de Salvá del diminutivo *Piecillo*. Pero en el Diccionario de la Academia, edición cuarta, figuran *Piecito*, *Piecillo* y *Piecico*, sin nota alguna de anticuados. Ignoro en qué fecha desapareció la palabra, pero el hecho de considerarse en 1803 como española y el de que la use todo el mundo en América, es bastante para que dejen en paz al infeliz diminutivo. Y estoy de acuerdo en este punto con el Sr. Ramón C. Carriegos quien cita en apoyo de la palabra unos versos del delicado poeta Rafael Obligado.

Porque no hemos de ocultarnos que el resultado de nuestros esfuerzos no puede ser muy grande en la lucha contra formas tan arraigadas en el pueblo y que ni siquiera pueden calificarse de viciosas. Considerémoslas pues como arcaísmos o americanismos y sigamos empleándolas tranquilamente en el lenguaje familiar. Reservemos la palabra castellana moderna para cuando escribamos para el público.

Lo mismo ocurre a todos los peninsulares. Ellos también usan en la conversación formas que ni siquiera piensan en escribir a no ser en cartas familiares.

Cita el Sr. Selva en su artículo la familia de los derivados de *chiquitín* : *chiquito*, *chiquillo*, *chicuelo*, *chicuelito* (argentino), *chiquitín*, *chiquilín*, *chiquilincito* (argentinos estos dos últimos), *chiquitito*, *chiquitico*, *chiquitillo*, *chicorrotico*, *chicorrotito*, *chicorrotillo*, *rechiquito*, *rechiquillo*, *rechiquitito*, *rechiquitico*, *rechiquitillo*, *chiquirritico*, *chiquirritillo*, *chiquirritín*... y aun

las formas incorrectas : *chirriquitín*, *chirriquitico*, *chirriquitillo* y *chirriquitito*.

A esta larga lista pueden añadirse otras formas que se usan por lo menos en Andalucía : *chicutín*, *chicurrillo*, *chicurrín*, *chicurritín*, *chicutillo*, y quizás otras. Esto no quiere decir que estas formas puedan y deban escribirse.

Si pasamos al grupo B, encontramos que en Argentina los monosílabos terminados por *l*, *n*, *r*, *s*, e *y* adoptan las terminaciones del grupo C. Se dice pues *florcita*, *pancito*, *reycito*, *solcito*, *trencito* (Selva). En Costa Rica se dice también : *florcita*, *pancito* (Gagini). Pero no parece usarse en otras partes este género de diminutivos. Cuervo no dice nada de él en sus *Apuntaciones*. En Venezuela tampoco lo apunta Picón Febres. En Méjico cita Ramos y Duarte « *panecitos* de la Virgen ». Entre las plantas de la *Flora de Colombia*, de Cortés figura el « *panecillo* ». Conocido es en el Ecuador el cerro del *Panecillo*, cerca de Quito. Sorpréndenos pues la presencia en Costa Rica de tales formas. En Guatemala tampoco apunta nada Batres Jáuregui. Tampoco Membreño, en sus *Hondureñismos*, a pesar de que en el artº *Diminutivos* cita a *piecito* y especifica que el diminutivo de Juan es *Juanito* (en Argentina *Juancito*).

¿Usanse en esos países las dos formas concurrentemente, unas por el vulgo y otras por la gente culta? Es cosa que habrá que averiguar. En Cuba hay el ayuntamiento de *Bueycito* en Bayamo. Ignoro si pertenece a la lengua usual el diminutivo.

De todos modos creo que debería en la Argentina hacerse un esfuerzo para unificar todos los diminutivos de monosílabos terminados en consonante, ya que se emplea con los terminados en otras letras que *l*, *r*, *n* o *y* la forma castellana : *redecita*, *lucecita* y que de los en *s* solo *dios* hace *diosito*, diciéndose : *mesesito*, *tosesita*.

Que la forma sea antigua lo prueban los diminutivos de nombres propios : *Blasillo*, *Gilillo*, *Juanito*, *Luisito*, citados por la Academia, *Panillo*, pueblo de Huesca, *güeisillo* (dim. andaluz de *buey*), n. vulgar de una planta de Cádiz.

Si pasamos ahora a los disílabos con diptongo, encontramos de un modo general en América : *piedrita*, *tiernito*, *viejito*, *reinita*, *nuevito*, *fueguito*, *puestito*, *pueblito*,

cielito, sierrita, puertita (Argentina, Selva); *cuerito, cieguito, hierbita, tiernito, lengüita, pueblito* (Colombia, Cuervo, *Apuntaciones*); *piedrita, viejito* (Costa Rica, Gagini). En Chile: *viejito, quietito, limpito* (Echeverría). En Cuba encontramos los nombres geográficos de *Cuevitas* y *Nuevitas*, y de allí nos vienen entre otros cigarros, sabrosas *reinitas*.

Para resumir la regla de los bisílabos diptongados observaremos que: las vocales fuertes son *a*, *e*, *o* y las débiles *i* y *u*.

Cuando el diptongo está en la primera sílaba ha de contener para tomar la *c* la vocal *e*.

Cuando está en la segunda ha de tener las vocales *a* u *o*.

Conviene que los hispanoamericanos sepan a qué atenerse respecto de este punto. Es preferible que no guarden los diminutivos del tipo: *pancito*, *florcita*, *reycito*, que no son de uso general. En cuanto a los disílabos con diptongo sepan que, cuando emplean la forma en *ito* se alejan de la forma usual castellana y adopten ésta siempre que escriban alguna obra seria. En cuanto a cambiar el uso vulgar, el lenguaje familiar, en materia tan íntimamente ligada con él, me parece empresa casi del todo imposible. Pensar al decir una palabra, cuyo diminutivo ordinario acude automáticamente a la memoria, en si cuenta con el diptongo *ai* o *ei*, *ia* o *ie*, por ejemplo, me parece muy difícil. Los diminutivos castellanos no podrán pertenecer sino al lenguaje escrito. Por otra parte, si confieso que *solcito*, *pancito* y *Juancito* me suenan desagradablemente, he de decir también que no me parece mejor *diablillo*, que es castellano, que *piedrilla*, que es americano.

En lo que respecta a los demás casos del grupo B y a los del grupo C, su uso en América no es diferente del castellano.

Respecto de los nombres propios hemos visto ya por diferentes excepciones a las reglas académicas que no suelen ajustarse a la norma común. Jaime dará *Jaimito*, Carlos, *Carlitos* o *Carlito*, Dolores da *Dolorcitas*, mientras que Pilar hace *Pilarita*. Chile hace en América *Chilecito*. Burdeos puede dar, hablando de vinos, *burdeíllos*; Antonio hace *Antoñito*, Cesario, *Cesarito* o *Cesarín*, Ulises dará *Ulisillo*.

EL VERBO Y LA NUEVA SINTAXIS

Bastantes cambios ha sufrido la sintaxis del verbo en la literatura actual, y no siempre son éstos muy acertados. No hablaremos aquí, naturalmente, del galicismo en el verbo, que ya hemos tratado más extensamente en otros capítulos, ni de los errores en el régimen con que se han de construir los verbos, a los que también dedicamos otra parte de este libro. Pero aparte de estos puntos hemos podido observar cierta tendencia al uso sustantivado de los infinitivos, a la elipsis del verbo, en ciertos casos en que mejor hubiera sido su conservación, a la falta de la concordancia temporal habitual entre dos o más verbos de una frase y sobre todo al empleo vicioso de algunos tiempos, como el pretérito compuesto y los tiempos del subjuntivo.

He aquí el resultado de nuestras investigaciones.

En primer lugar se encuentra con frecuencia el infinitivo tomado como verdadero sustantivo, en frases como : « el rielar de la luna parecía la estela de una góndola » (Répide), « corría un rojo llamear por el moreno rostro de Antonio » (Id.), « dibujaban en los, rincones un fantástico danzar de luces » (R. León) « bastante cielo para el volar ambicioso de sus almas españolas » (Id.), « silbaba en un gritar frenético de su carrera de expreso » (Trigo), « cayó de la altura el rugir de la sirena » (Id.), « sintiendo en la cara el salpicar de la lluvia » (Valle Inclán), « se parecía al encenderse de un largo cigarrillo » (Rueda). Estas formas, muy conformes con la índole del castellano son dignas de encomio y no podemos menos de celebrar su empleo.

No diré lo mismo de la elipsis del verbo, que en ciertos casos, sólo consigue quitar claridad a la frase :

« el día presentábase húmedo y triste, a lo lejos el campo envuelto en niebla » (Baroja), « La tila. Calentita, muy bien hecha. Asis se incorporó..... Al acercar la cucharilla a los labios, náuseas reales y efectivas » (Pardo Bazán); « Mucho antes de las cinco. El cielo viste tintes obscuros » (Aldao), « de cuando en cuando, a la orilla de algún pobre regato... unos pocos álamos » (Unamuno), « no les sobra mayor margen para la renta, de donde el caso de que el amo desahucie a familias enteras » (Unamuno).

A veces, por falta de verbo, la frase carece de equilibrio: « La entrada es ancha y empedrada, jaharradas de yeso las paredes », « y no solo el tren en la estación, sino, en cuanto paró el convoy, entró también un hombre gordo en el departamento », « esbelto gallardo, amable, con ojos penetrantes y negros,... y se cubría con su blusa de dril como un califa con su albornoz », « encontrarse a su señor consorte con un hocico de a vara, sobre si la señora tiraba el dinero... y esto y lo otro ».

Cuando en una frase tenemos un verbo en presente, no ha de contraponérsele otro verbo en pretérito sencillo, si la acción de dicho segundo verbo nó está completemente pasada, como en: « la guerra despierta los más bajos instintos de la animalidad y causó ya la muerte de naciones », « te rondan los galanes, todos te cortejan, pero nadie pudo mancillar tu carne de púrpura y nieve », « esta misma pobreza es lo que me obligó », frases en que el único tiempo aceptable hubiera sido el pretérito compuesto : ha causado, ha podido, me ha obligado, tiempo que indica que la acción empezó antes del momento en que se habla y dura todavía.

Al tratarse de una acción que aún no ha comenzado, no cabe después de un presente o un préterito compuesto, más que otro presente, o un futuro. Está pues mal dicho : « le ha dado pues un cigarro que el viejo ha encendido y fuma », que sólo estaría bien si el cigarro hubiese sido encendido antes de darlo.

Malo es también : « y se ha hecho un gran silencio. Y en el aire parece que había sollozos y lágrimas, y han sonado lentas las campanadas », que ha de ser :

y en el aire parece que hay... y suenan lentas las campanadas, pues las dos acciones indicadas son contemporáneas del gran silencio o posteriores a él.

Para emplear el pretérito imperfecto hace falta tener que expresar una cosa pasada contemporánea de otra también pasada. La frase: « ha probado a correr por el cristal y no podía », está mal, ha de decirse : probaba y no podía, o : ha probado y no ha podido o no puede.

Censurable es : « salía la procesión, que anduvo alrededor de la iglesia », que debe ser : salió y anduvo o : salía la procesión, que había de andar alrededor. De todos modos ha de tenerse en cuenta que anduvo es posterior a salía. Puede decirse : salía la procesión que ostentaba hermosas banderas, porque ostentar puede ser contemporáneo de salía.

Por igual motivo han de cambiarse las frases : « habían distribuido ordenanzas según las cuales los vecinos se armarán », que ha de ser : se habían de armar, y « caminaban lentamente como princesas encantadas que acarician un mismo ensueño » por: como princesas que acariciaran. « Llegué a soñar que otra hermana se nos aparecía y que no me odió », ha de ser : y que no me odiaba.

Mala concordancia hay igualmente en : « cogió sus manos y las estrechaba blandamente contra su pecho », en que ambos verbos han de estar en pretérito perfecto o imperfecto.

« Se había escapado a casa de la Ruiseñora que no pudo ir a la fiesta de la víspera », ha de ser, sin remisión posible: que no había podido ir. « Se le antojaba un trabajo... que se compone de millones de gotas », será : que se componía; « en la calle de Santo Tomé estaba la última chispería que hubo quedado del clásico barrio del Barquillo », ha de cambiarse en : que había quedado.

Al imperfecto de subjuntivo en *ría* no puede unirse un pretérito imperfecto de indicativo, como en la frase : « diríase un trémolo de liras eolias, cuando acariciaban los sedosos trajes », por: « hubiérase dicho ».

Hubiérase en cambio debido usar dicho pretérito imperfecto en la frase : « Mientras aquel quitó la barra,

Darío anotó en su libro », que ha de ser: mientras aquel quitaba.

A un pretérito no ha de contraponerse un presente como en la frase : « esta misma pobreza es lo que obligó », por : fué la que obligó, y en esta otra : « preguntó con voz alegre qué es lo que le pasaba a su mujer », en vez de : qué era lo que le pasaba.

Hemos visto que el pretérito compuesto se refiere a cosas que duran aún en el momento en que hablamos. Podemos decir : este año ha sido bueno, ha venido hoy, pero hemos de decir : el año pasado fué, vino esta mañana, si estamos ya en la tarde. No puede nunca referirse a tiempo completamente pasado ni estar contrapuesto a otro verbo en tiempo pasado. Las siguientes frases son pues censurables :

« Le ha visto cuando recibió la Extrema Unción », « tengo gran predilección por aquellas otras santas que primero han sido grandes pecadoras », « recuerdo que de niño he leído muchas veces en un libro de devociones », « desde que han partido ustedes, me he figurado que el proyecto suyo era peligroso ».

Este pretérito compuesto, que Martínez Ruiz emplea adrede con gran frecuencia : « entonces el joven lentamente, se ha llevado la mano al pecho, ha cogido otro monóculo, se lo ha puesto y ha mirado a Orsi con cierta conmiseración altiva » ; « hace ocho días repetí mis vaticinios en la poesía *Lágrimas*, que he compuesto », no me parece muy feliz hallazgo. Tiene además un saborcillo antipático a francés y por fin, está al alcance de todos los traductores ramplones. El que los franceses hayan arrumbado su pretérito perfecto no es razón para que hagamos lo mismo nosotros.

Siendo este tiempo una especie de pasado-presente claro está que no ha de contraponérsele un pretérito perfecto, como en : « hemos cantado lo más personalmente que pudimos », por : hemos podido, ni con un pretérito imperfecto, como en : « te he visto una noche aparecer. Tu caminabas... », frase que debió decirse : te vi una noche... Caminabas ; « ha encontrado más de una ocasión... pero una ilusión poética seducía su espíritu », que ha de convertirse en : seduce. Puede, eso sí, aceptarse esta forma en el lenguaje vulgar, como

en : « lo que me ha podido pegar mi madre cuando me cogía hablando con él » (Répide), pero en este caso el pretérito compuesto lo mismo que el futuro compuesto que podría usarse en su lugar : lo que me habrá pegado mi madre, cambian totalmente su significado gramatical. La frase : « no me cupo duda de que una mujer cuidaba de la fuente, porque su taza no ha dado albergue a plantas plebeyas, » ha de ser : no daba albergue, y, si se quiere conservar el no ha dado, ha de decirse : no me cabe duda. Por ultimo, señalaremos a propósito de este tiempo que no es costumbre en español, intercalar adverbios entre el auxiliar y el participio, como en el ejemplo siguiente, de Rubén Darío : « estos escritores, que he rápidamente nombrado. Nosotros decimos : a quienes rápidamente he nombrado.

Formas vulgares que sólo pueden emplearse cuando se ha de transcribir la conversación popular son las siguientes acumulaciones de verbos : « Y hoy va y me dice » (Répide) ; « Y yo voy y la digo, dice » (Id.) ; « A ver si va a poder ser que mudemos la conversa » (Id.) ; « será que tenga que estar hecha una esclava » (Id.). Forma popular es también el siguiente imperativo : « tenerme el almuerzo listo » (P. Bazán) ; « no tropezar con las paredes, ¡ cuidado ! » (Valle Inclán) ; « Llevarlos a que pasen la quincena » (Baroja) ; « Buenos nos los dé Dios... y dormir bien » (Blasco Ibañez) ; « Andar y que se os arreglen las cosas, chavales » (Répide).

La concordancia de las formas verbales es una de las cosas más importantes en el estilo. Obedece a reglas constantes, de las cuales es nuestro oido el mejor juez y no nos es dado alterar éstas sin exponernos a gravísima desarmonía. Más frecuentes de lo que se pudiera creer son los errores en esta materia, como puede verse por los ejemplos siguientes :

« Tuvo la suerte de que el padre estuviese fuera y el platerito trabajaba solo en aquel momento », frase en que los verbos estar y trabajar han de ponerse en pretérito de subjuntivo : estuviese y trabajase.

« Determinaron que al dia siguiente hubiesen de concertar », ha de ser : habían de concertar. Para dejar hubiesen, sería necesario en el primer miembro de la frase un imperfecto en *ría* : determinarían.

« Aquella plazuela es un escenario para una pastorela cuya fábula fuese de Metastasio », ha de ser : cuya fábula sea.

« Vi una vez la escultura de una náyade dormida y pensé que no necesitase más que besos de amor en la frente », ha de ser : no necesitaba.

« Cuando menos, si mata, parecería que se llevase la vida en un beso », en vez de : parecería que se llevaba o parece que se lleva.

« Un momento creí que llamase a sus criados para que me arrojasen », ha de ser : creí que llamaba o que iba a llamar o que llamaría.

« Ha rogado a su amigo que tocase », por ha rogado que toque, o había rogado que tocase.

« Nos ha hecho producir una turbamulta de escritorzuelos cuyas energías han podido aprovecharse para labrar la tierra », ha de ser : pudieran aprovecharse o hubieran podido aprovecharse. La frase, tal como está, significa que los escritores se han prestado a labrar la tierra y que ya los han utilizado en ello.

« Parece que en cada alma, bronca o leda hay una voz infame que gritase », ha de ser : que grita.

« Si reflexionamos en que... llegaríamos a construir », será : si reflexionáramos.

« Celebremos que el Dr... haya vivido en Europa y que consintiera », ha de ser : y que haya consentido.

« Tenía el encanto de esas rancias galanterías que parecen se hayan desvanecido con los últimos sones de un minué », ha de ser : que parecen haberse desvanecido.

En las oraciones condicionales, dice Bello (*Gramática*, 6a ed. p. 181-182), toma en la hipótesis el presente las formas *cantara*, *cantase* y en la apódosis las formas *cantara* o *cantaría* y alguna vez *cantaba*. Los siguientes ejemplos, de dicha Gramática : « La muerte le diera = con mis manos si pudiera », « pues si fuérais noble vos = no hablárades, vive Dios », « si llevado no hubiera en ese día = la encantada coraza el caballero = vida y combate allí acabado había », pueden convertirse en : « la muerte la daría con mis manos si pudiese », « pues si fuéseis noble vos, no hablaríais, vive Dios », « si llevado no hubiese... vida y combate allí acabado hubiera o habría »

Esto se refiere a la época clásica. Actualmente, por lo menos en el lenguaje vulgar, es poco frecuente el uso del imperfecto de subjuntivo en *ra*, habiéndose generalizado en cambio la forma en *ría*, v. gr. : si fuese posible lo haría, si no fuese un secreto te lo diría, si no fuese tarde iría a verte. Así es que casi nos sorprende hoy leer una frase como : « si me fuera dado... grabara aquí una dedicatoria » (Vasseur). Pero lo más curioso es que, con los verbos *haber* y *querer*, por lo menos, la forma más corriente es hoy el imperfecto de subjuntivo en *ra* : hubiera, quisiera, y resultan en cambio raras las formas : « bien querría yo, si posible fuese » (R. León) y « como si ella hubiera sido el amor... que no habría cabido en otra parte » (Trigo), frases en que lo que más naturalmente acude a la pluma es : bien quisiera, y no hubiera cabido.

De todos modos la forma en *ría* no puede aplicarse a una cosa pasada en una oración condicional. La frase : « Tenía un plomo en la frente... Si hubiese tocado el vino se creería borracho », es incorrecta. En este caso debió decirse : se hubiera creído. Para usar la forma en *ría* habría que escribir : « Tiene un plomo en la frente. »

En la frase : « No, no, iba a dormir... Teníale completamente cogido una de esas desolaciones frías... Querría poder moverse, gritar, romper », si no queremos considerar ese *querría* como errata por *quería*, hemos de advertir que la forma correcta hubiera sido : hubiera querido.

Malas concordancias verbales son las siguientes : « lo más espantoso es si descubrías en tu consorte vicios », que ha de ser : es si descubres, o : sería si descubrieras o descubrieses ; « basta un grano de esta sal, por menudo que fuere, para redimir de sus pecados », en vez de : por menudo que sea, o bastaría... por menudo que fuere ; « Cuando fuera vencido... arrancaba de España concesiones », que ha de ser aquí : arrancaría ; « Cuando queramos ser ingenuos, ya no lo somos », que ha de convertirse en : cuando queremos... ya no lo somos, o en : cuando queramos... ya no lo seremos ; « las diferencias que imprime en los pueblos el que estos hubieran sido en sus mocedades » ha de ser : hayan sido, o las diferencias que imprimía... o el que

hubieran sido; « tal un templo donde no se hacen distingos, o el palacio de un gran señor que reciba a cada huésped », pide : donde no se hagan y reciba, o no se hacen y recibe.

Por ultimo debe evitarse mezclar en una misma frase enlazándolas con una conjunción, las dos formas del subjuntivo en *ra* y *se* : « mis ideas se yeldasen y asentaran », « quien topase con tan extraño personaje y acertara a ver ».

« Entre los adornos de mal gusto que afean las obras de oradores, poetas y periodistas noveles, acaso ninguno es tan empalagoso como el abuso que se hace de las formas en *ara*, *era*, (buscara, dijera), empleándolas en el sentido de pretéritos y copretéritos de indicativo (*busqué*, *dije*, *buscaba*, *decía*) » dice Cuervo en sus *Apuntaciones*, 6ª ed. p. 194).

Como latinismo úsase también el imperfecto de subjuntivo en *ra*, pero con el sentido de *había tenido*, *había buscado*, y Cuervo aduce, con tal motivo, una cita de Valdés (*Diálogo de la lengua*), en que censura esta forma, que olía a rancia ya en su tiempo. No tiene mayor gracia ahora, a pesar de que la usen numerosos escritores, ignoramos con qué motivo, pues con ella solo consiguen quitar claridad a la frase.

He aquí algunos ejemplos : « Mira pensativo a Verdú, como antaño mirara a Yuste » ; « tres graves ecolalias que él en todo el libro descubriera » ; « llegó ante la estatua que cantara con su plectro » ; « oriundo de las provincias vascas, en las cuales naciera en 1528 » ; « la misma encarnación del ideal que él buscara en vano » ; « un monarca refinado como aquella Italia donde reinara » ; « los cuatro judíos depusieran su fiereza bajo la lluvia » ; « con el alma herida por el desdén que María Rosario me mostrara » ; « el joven para el cual un amigo de París me diera una recomendación » ; « parece que penetráramos en una rada de la suave Normandía » ; « esto había constituido una obsesión que trastornara el genio de Bolívar ».

EL RÉGIMEN EN ESPAÑOL

Si en rigor puede dejarse al escritor amplia libertad para la creación de voces nuevas, para la ampliación del significado de voces ya existentes, siempre que estas creaciones vayan dirigidas por un gusto exquisito y respondan a verdaderas necesidades de la expresión de las ideas, no sucede lo propio cuando se trata del arreglo de las palabras entre sí.

Nuestro idioma podrá ser todo lo pobre que queramos en punto a substantivos, a pesar de que, por más que digan los ignorantones novadores, es quizás el más rico de Europa. Díganlo si no los que se dedican a la ingrata tarea de enseñarlo a los extranjeros, y que a cada instante se ven obligados a darles, por cada palabra francesa dos o tres sinónimos españoles. Pero, no puede decirse lo mismo respecto de la manera de enlazar las palabras para expresar las diferentes ideas, manera que está ya determinada con gran precisión desde que el español existe.

Debemos pues, cuando escribimos en español, adaptarnos a las formas ya establecidas por la sintaxis, si queremos ser entendidos por todo el mundo. Las preposiciones son una muletilla molesta, de la que no tenemos más remedio que valernos, ya que hemos abandonado, por demasiado complicada la declinación de las lenguas muertas. Pero no ha de olvidarse que no es indiferente el uso de tal o cual preposición y que responde siempre a una idea determinada que quiere agregarse a la que de por sí expresan el nombre o el verbo. Obsérvese si no lo que sucede con los verbos *Haber* y *Estar*. *Estar por* es muy diferente de *estar para*, v. gr. : *estoy por salir*, y *estoy para salir*; *había que hacer* es diverso de *había de suceder*. Lo mismo ocurre con otros verbos : *trabajar por una*

persona, *trabajar para una persona*, *trabajar en una cosa*, indican sentidos muy diferentes.

Desde muy antiguo venimos empleando ciertas preposiciones para expresar ciertas ideas. Mientras dichas preposiciones sean expresivas y de uso común, ¿por qué hemos de querer cambiarlas estúpidamente, para adoptar otras que no tienen más ventaja que la de ser usadas por los franceses?

Tal sucede con la preposición *de*. Hemos dicho siempre : *coche de caballos*, *molino de viento* cuando los franceses dicen : *voiture à chevaux*, *moulin à vent* ¿ Por qué hemos de imitarlos neciamente cuando queremos expresar la misma idea en cosas inventadas más recientemente, y decir : *máquinas a vapor*, *tintorería a vapor*? Apenas puede tolerarse que se diga : *movido a vapor* (Baroja, Rueda), pues sería preferible movido por el vapor; ¿ diríamos acaso : movidos a electricidad, molinos movidos a viento, a agua?

Decimos : labrar una pieza de hierro *en frío*, o *en caliente*, dejar *en seco* un charco, casos en que los franceses dicen : *à froid*, *à chaud*, *à sec*. ¿ Por qué las tintorerías se han de empeñar en hacer la limpieza *a seco?*

Hemos dicho siempre una tela *de cuadros*, un tapiz *de flores*, un pañuelo *de hierbas*. De algún tiempo a esta parte se generaliza el uso de *a*, en este sentido : « el antucá *a cuadritos* » (P. Bazán), « un mandil *a rayas* », el cuerpo *a rayas* pardas y blancas, tapicería *a grandes* cuadros, mosaicos *a losanges* » (Azorín).

Calzado *sobre medida* hacen ya no pocos zapateros que seguramente rabian de no poder trocar su prosaico nombre por el más vistoso de *cordoneros*, que los haría pasar por *cordonniers* franceses. Otros dicen, mejor *a medida*. Prefiero yo *a la medida*.

A nadie se le ocurre comprar unas botas *en cuero*, ni decir que la mesa es *en madera;* aun no ha invadido el gabacho las cosas usuales. Pero cuando pasamos al dominio del arte cambian las cosas. Entonces el francés viste más y se lee : « la estatuita *en terra-cotta* », que para instrucción de los que se pirran por lo extranjero porque no lo entienden, es la traducción exacta en italiano de nuestro barro cocido y del francés *terre cuite*. Pueden, si les da la gana, mandar a la cocinera que

compre pucheros de *terra cotta* o pucheros *figulinos*, todo ello, por guapo que sea, no pasa de la cocina. « Una lámpara en albo carrara », (Darío), debió ser sencillamente *de* albo carrara.

Encontramos bastante variedad en el uso de preposiciones con adverbios. *En medio de*, dícese corrientemente en castellano, y ha de rechazarse : « *en medio a* los sangrientos episodios » y « *en medio a* la diezmada flor de su imperio ». Ha de decirse *dentro de*, y no « dentro mis venas y dentro mi canción », ni « dentro la copa eucarística ». Hablando de *luego* especifica el diccionario de la Academia que no ha de usarse, como *después*, con la preposición *de*. Sin embargo muy buenos escritores emplean *luego de*, v. gr. : « luego de lo de su hija quedó como imbécil » (Blasco Ibáñez), « luego de haber lacrado... » (Valle Inclán), « luego de cerrar el balcón » (Baroja), « luego de conversar un rato » (Ricardo León). También lo usa Felipe Trigo. *Cerca* exige la preposición *de* : « cerca al fogón » está mal. « Al ultimo se decidió y entró », ha de ser : por último.

Dícese : *enfrente de* y *frente a*, pero no se usa la forma siguiente : « delante de la noche y enfrente a mis recuerdos ». *Abajo* significa en la parte inferior, pero generalmente con idea de movimiento. En los demás casos dícese *debajo*. Está mal « la alcantarilla existente abajo del terraplén de la estación ». Dícese *primero que* y *antes de*, no « primero de condenarnos ». Malo es también « casi *de por igual* con el ingenio de... », en que sobra el *de*.

El régimen de los verbos anda igualmente dejado de la mano de Dios. Hallamos verbos activos usados como neutros : « rasgueaba monótamente en las cuerdas de la guitarra » (Baroja), que puede aceptarse. No es digno de alabanza : « las tinieblas tornan impenetrables » ; tampoco debe imitarse : « esta conversación, en la cual todos concretaban admirablemente », ni : « cruzan los verdes y rojos faros, a lo lejos », ni : « a lo lejos destaca el pueblo con sus techumbres », ni « sobre la bóveda secan hacecillos de plantas olorosas ». En cambio : « un ruidoso traqueteo que repercute en los ámbitos », puede aceptarse. Es malo : « calzaba su pie unas botas de charol ».

Los hay neutros usados como activos : « sus bocas reían chorros de tintas y bailes de notas », que añade a lo extravagante de la imagen lo novedoso de la sintaxis ; « una espaciosa cámara, colgada de ristras de pimientos » (Azorín , es excelente ; « sollozó el más hondo grito de su alma » es malo gramaticalmente y supone falsamente identidad entre el sollozo y el grito. « Las sirenas de las fuentes borboteaban su risa quimérica », no me gusta (la Academia trae solo *borbotar*, pero *borbotear* no es malo . « Vió que clareaban sus pupilas una indecisa emoción », tampoco es correcto, debe decirse : clareaba en sus pupilas. Malo es también : « la jota serpeaba su ritmo melancólico ». Deséchese también : « hay hombres que, al tropezarlos en nuestro camino », que en castellano es : al tropezar con ellos.

Torcer, en el sentido de doblar una esquina, es neutro ; se dice : torcer hacia derecha, por una calle, pero no puede decirse : « torcieron una esquina », pues para ello haría falta una fuerza descomunal. Tampoco hemos de temblar las cosas, sino temblar por ellas ; es pues malo : « temblaba la llegada del médico ». Florecer es producir flores, neutro ; no ha de decirse : « junto a la fuente de mármol que florecía nardos », sino : donde florecían. En cambio es excelente modificar la forma académica en : « tamiza la luz y la difluye con claridad suave » (Azorín . Malo es : « chapoteando los pies en la alcantarilla », por : con los pies.

Otros verbos están malamente usados como reflejos, siendo generalmente galicismo este uso. « Se ingurgita uno diez cognacs », « exclamarse », « a medida que los años pasaban los crímenes se redoblaban », « los cinco hermanos se aparecían con las faldas llenas de rosas » han de ser sencillamente verbos neutros o activos : ingurgitar, aparecer, exclamar.

Al mismo género pertenecen : « Manuel había intimado con Jesús » (Baroja), que es bueno, mejor que el reflexivo prohijado por la Academia. « Extrañado de ver el gabinete tan elegante » (Baroja, *Mala hierba*, 81), es excelente, aunque no esté en la Academia y a pesar de las citas del P. Mir que, entre los escritores incorrectos que usan este verbo cita a Navarrete, Castelar y Pereda. En cambio : « desayunaron los dos » me

parece menos plausible, diciéndose corrientemente : desayunarse. Lo mismo digo de « solo el pensar... le hacía estremecer », que ha de ser estremecerse. El traer la Academia a *repugnar* sólo como verbo activo no obsta para que sea excelente la forma « al cabo de algún tiempo de oírle... repugnaba » (Baroja). Excelente es tambien el uso neutro de tantear : « Manuel se levantó y fué tanteando » (Baroja).

Malas son igualmente las formas : « el antojo cruel que se le huía », por : que huía de él; « había engrandecido entre su padre y su madre », por había crecido « en un ángulo destaca un piano », por se destaca; « para nada se le acuerdan los místicos », por se acuerda de; « se vive sin amor, como se alimenta sin vino y sin agua », por se alimenta uno; « si en tus ojos inocentes, con sed de amores abreva » sólo sería aceptable si pudiéramos usar el galicismo *abrevarse*, pero ¿qué falta hace, pudiéndose decir : bebe? En cuanto a « la vieja, esperando mi respuesta no me apartaba los ojos astutos », incluye una graciosa anfibología, que se evitaría fácilmente diciendo : no apartaba de mí los ojos.

Malos reflexivos son : « yo también me he cavilao lo mío », « se sucedió una noche vulgar y fría », « un grupo de álamos se espejean en sus aguas inmóviles », « la piedra de toque para saberse si un temperamento humano es artista » « el trocarse de las orugas en mariposas », « desmontarse del caballo », « Soledad, que sin peinarse, pasaba a alguna casa no lejana ». Rarísimo efecto produce el verbo *ser* en forma reflexiva : « además nos somos, así ellas se son » (Unamuno). En cambio, el verbo *tornarse* resulta malo en forma neutra : « las tinieblas tornan impenetrables. »

« Luchando la lucha impotente de sus teorías » es malo, gramatical y eufónicamente ; « vivir su vida de realidad fantástica » está tomado del francés y tiene además el defecto de emplear un posesivo inútil en castellano. Nosotros hemos dicho hasta ahora : pasar la vida y no pasar su vida. ¡Pero es tan bonito eso de *vivir su vida* !

Han caído ya muchos en la gracia de *decir de*, *cantar de* cuanto se les antoja. Rubén Darío nos ha dejado : « me dijiste de la esfinge de bronce », « cantó del gran

Jove », « mientras Suzette toca de Chopín » verso que resulta sumamente antipático sobre todo pronunciado a la española. Embaucados por la forma nueva otros autores dicen : « ella sabe de Grecia por las Arcadias de aquel siglo », « los sacerdotes decían del pecado y de la muerte », « los que conocéis de las nuevas tendencias ». Y yo *digo de* esto que es malísimo, y que no veo por qué se detienen en tan lindo camino y no se ponen también a *tocar del violón.*

Acerca de *ocuparse de* y *preocuparse de* pudieran reunirse citas de casi todos los escritores modernos : « sin preocuparse de nada », « no se preocupaba de pedirla cuenta », « no te ocupas de nada de la casa », « solo se preocupa de la exportación », « solo de la más reciente voy a ocuparme », « preocuparse de cosas de la moral », « preocuparme de mi profesor », « personajes de los cuales los novelistas no se preocupan », « los papeles impresos se ocupaban de él ». Respecto de *ocuparse* ya ha dejado Cuervo bien explicada la cosa. Dígase, siempre que se pueda, ocuparse en, y, cuando la frase no resulte buena con ese *en*, búsquese otro giro. En cuanto a *preocuparse*, en castellano pide el régimen *por*.

Entrar a es malísimo. En castellano es *entrar en*. Hay numerosos ejemplos de este defecto en los autores que estudio : « entrar a un colegio », « entró a aquella casa », « en ese instante entró a la escena ». Lo mismo diremos de « penetraba a la sala ».

« A creer a la patrona era una trapisondista », será : de creer a la patrona

Decimos *deber de* cuando emitimos una hipótesis, y *deber*, cuando se trata de una afirmación. En las dos frases siguientes, de un mismo autor español se observa precisamente lo contrario : « se empeñó en que debían de tomar otras copas », « debe haber una tienda de campaña, hay que llevarla ».

Puede decirse : *llamar* a una puerta y no « llamaron en la casa », pero está mal : « llamó la baronesa al timbre y preguntó a la criada », pues si llamó al timbre, sólo éste hubo de acudir al llamamiento.

Inútil creo repetir aquí los casos en que han de emplearse los verbos *ser* y *estar*. En cualquier gramática se hallarán estas reglas. Son malas de todos modos

las frases : « son prohibidas las interrupciones », « las paredes serán pintadas al óleo », « no todo es permitido », « su alma es hecha para maravillar al pueblo ». El adjetivo *lleno* se construye generalmente con *estar*, la frase : « era llena de gentileza » (Valle Inclán), se defiende sin embargo con el tradicional « llena eres de gracia » de la salutación angélica. Malas son las dos frases siguientes, de Darío : « mi dormitorio estaba vecino al de ellas », que debiera decirse : era vecino del suyo, y « yo estaba feliz », siendo feliz e infeliz, dichoso y desdichado, adjetivos que, aunque no indiquen estado o calidad persistente han de construirse con *ser*.

Uno de los defectos de régimen más desagradables para un oído bien educado es el que consiste en expresar los colores a la francesa. Estrafalarias son las frases : « un traje ceniza grecado », « embozos grana », « claveles sangre de toro », « una sonrisa en sus finos labios lacre », « el fondo lila de las paredes », « los zócalos rosas », « un nimbo ocre ». Malísimo es : « en sus cielos de luz, que el azul prusia manchó de fresca tinta », « sobre el digital pálido de aquellos labios », « por oriente avanza, suave, el matiz rosa », « el verde, el gualda, el rosa », « reproducir con el rosa de una aurora cualquier Venus ».

Acércanse algo a la forma correcta, aunque sin llegar a ella : « una gasa de pálido celeste », « un manto de violeta rojizo », « el cielo es de un violeta pálido », « el cielo está radiante, de un azul pálido », « una capa de color perla ».

En castellano han de expresarse estos colores con las formas : de grana, de azul, de esmeralda, de ocre, y, cuando el color de que se trata no es la cualidad más obvia de un objeto, o puede dar lugar a duda, por medio de la perífrasis : de color de, o color de. A las citas aducidas por Cuervo en sus *Apuntaciones*, para amparar esta teoría, agregaré las siguientes que, por ser de autores modernos serán más convincentes para algunos. « constelaciones color de crema » (Blanco Fombona), « figurilla color de yesca » (Pardo Bazán), « ancha guarda color de rubí » (Orrego Lugo), « la niña de los ojos color de aceituna » (Darío), « la piel color de avellana » (Díaz Rodríguez).

Conste por lo demás que el defecto es común en España, y que en el mismo diccionario de la Academia encontramos : verde manzana en *Crisoprasa*, amarillo canario, en *Vidrio*, verde botella, artículo *Verde*, y algunos otros.

Y a los majaderos que pretendan que *de color de*, resulta demasiado largo y que más rápido es decir unos guantes crema, que unos guantes de color de crema, aconsejamos que hagan lo mismo con todas las locuciones análogas. Así se aproximarán al estilo de los redactores de catálogos de ropas hechas, que anuncian muy orondos « sombreros forma campana », o « trajes sastre », « faldas seda adornadas encajes aguja ».

En ciertos casos encontramos preposiciones inútiles con ciertos verbos : « aprovechando *del* reposo y *de* la soledad », que ha de ser aprovechando el reposo o aprovechándose de ; « ha menester de cuerpos *de* sobrehombres », no necesita tal preposición ; « apenas contaba la joven *con* dieciocho años de edad » no quiere tampoco preposición ; *contar con* una cosa significa fiarse de ella, poder disponer de ella, tenerla a mano. « Bueno, vamos *a* arriba » es malillo. Se percató tan *a* hondo » ha de ser tan hondamente. « Sino que continuara *en* ser una virtud » es en español : continuara siendo. En « esperando *a* que abrieran», sobra la *a*. Enterarse requiere el régimen *de*, ha de rechazarse : « si se enteran *a* lo que venimos », que es vulgarismo.

Falta en cambio el régimen en : « el águila no logra encarársele al sol », que ha ser encararse con el sol, y « en más de cien combates que he tomado parte », por « en los que he tomado parte. « Feliz del disimulo con que había sabido cruzársele » será : cruzarse con él. « Consideraban a los arzobispos de Toledo los seres más poderosos del mundo », ha de ser : consideraban... como los seres.

Malas son las frases siguientes : « Y es que no les persistía otra conciencia que la de la fuerza muscular », por : no persistía en ellos... y « tan solo se le destacó el cuadro de una merienda, » por se destacó ante él.

La supresión de la preposición *con* origina ciertas frases bastante desagradables al oído : « sentada junto a él, una de sus manos entre las manos de... », « salían muchachas campesinas, las manos llenas de flores »,

« yo que como ellos rebosaba entusiasmo, al cinto la espada », « peregrino del Arte, voy al soñado Oriente, el acero en la mano », « la mirada extraviada, un estertor en la respiración », « marcha al encuentro del futuro, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén », « entra al arroyo la muchachuela = Planta descalza, pierna desnuda », « una chiquilla delgada, la cara morena, los ojos negros », « noble el semblante, la expresión majestuosa, pasaban firmes y altivos », « sorprendiéronse Darío y Gabriela, fijos los ojos uno en otro », « siguió ella, la voz melódica y pura », « Venezuela, el Libertador de guía, se lanzó a la guerra de la Independencia », « era alto, tremendo, la barba torrencial », « una hermosa copa de oro, la base henchida de perlas », « mientras que surge, en la mano el acanto, de Corinto una ninfa », « otras me veo liado en mi capa, el sombrero gacho ». Han de desecharse en absoluto estas formas.

Con las negaciones ocurren frecuentemente formas impropias : « ya Darío no es más joven », por ya no es joven, huele a galicismo ; « no podía más volar » se halla en igual caso ; « se muestra más católico que no poeta », tiene de sobra el *no* ; en cambio le falta a : « acaso regresó nunca ».

Entre los más notables errores de régimen citaremos : « no lo aludió la egoísta en los pasados coloquios », por : no aludió a ello ; « tenía de ir en casa de » por : tenía que ir a casa de ; « por ver los hombres en perfil duro », por : de perfil duro ; « como una ninfa sorprendida de un fauno », en vez de : por un fauno ; « acompañándose de uno de aquellos instrumentos », por : con uno de ; « impregnado de olor de tabaco », « impregnada de apacible consuelo », por : impregnado en ; tan diferente a todas las imágenes », por : diferente de ; « allá a la lejanía en el ángulo de una esquina », por : en la lejanía (aparte de que el ángulo de una esquina es algo incomprensible) ; « le hermanaron a los grandes genios, por : con los grandes genios ; « me metieron a la cárcel », por : en la cárcel ; « un entierro de pobres en descanso » por : descansando ; « los pasos de nivel a construirse », por : que han de construirse ; « las acciones a emitirse », por : que han de emitirse, o por emitir ; « el impuesto, con más los gastos que se ocasionen », por : y además ; « de

brazo con su novia », por al brazo de, o de bracero con; « sobre que se inspiró en », por: aparte de que; « le han dado piedras preciosas a montar », por : que montar; « los que hacen versos con o sin talento, por : con talento o sin él; « a momentos en verdadera inundación » en vez de : por momentos; « un alma amueblada de cajas de caudales », por : amueblada con; « estaba al entierro de un niño », por en el entierro; « el atrio de la ermita se orientaba a él », por : se tornaba o se orientaba hacia; « se alumbraba simplemente de guirnaldas venecianas », por : con guirnaldas; « le pareció en una demacración de apasionada agonía », por : observó en él demacración; « tornada a él », por : hacia él; « tres puertas que daban sobre una terraza », por : que daban a una terraza; « si se acercó de una parte... de otra » en vez de : por una parte y por otra; « porque de un todo se invierten », por : por completo se invierten; « en fuerza de oro », por : a fuerza de oro; « pared sobre la cual está adosada la mesa », por : a la cual está; « la entrada luciente en sus mosaicos pintorescos », por : con sus mosaicos; « en torno a las lámparas », por : en torno de; « ha privado de... al beneficio de los campos », por : en beneficio de; « frente a frente de su adversario », por : con su adversario; « hermosuras... adquiridas a paciencia », por a fuerza de paciencia; « haberme estado gargarizando de cuantas palabras », por : con cuantas palabras; « predisponían a su favor », por : en favor suyo; « te contemplo caminar entre los transeuntes », por : cuando caminas, te miro caminar; « vamos en viaje al siglo XVIII francés », por : de viaje; « salí en vacaciones », por : de vacaciones; « puede sospecharse de extranjera la gracia », por : sospecharse que sea extranjera; « sin dar que sospechar el idilio », por sin dejarlo sospechar; « se sospecha en un desconocido a quien lo vigilan », por : se sospecha a un desconocido a quien vigilan; « a objeto de que pierdan su instinto de acometividad », por con objeto de; « a pretexto de no tenerla condenada », por : so pretexto. « Lo llamaban de urgencia », por : con urgencia; « en la forma de un brazo de lira es su cándido cuello », por : de forma de; « se sentaron en una mesa » que no es lo mismo que se sentaron a una mesa; « un crucifijo hecho al relieve », por hecho de relieve; « aquel deseo de sus átomos a anhelar

encarnación » malo de remate. Puede decirse « deseo de anhelar », pero es pleonasmo ; « imágenes recortadas de relámpagos es tan poco comprensible que ni siquiera admite enmienda ; « era la noche », por : era de noche ; « a la trepidación de la tienda... adquiría más expresión » ha de ser por : con la trepidación.

Es cosa de volverse loco la falta de seguridad que tenemos en materia de régimen. Todo el genio de Cuervo no ha sido suficiente para dilucidar un problema que sólo él alcanzó quizás a dominar por completo. Lástima grande que emprendiese algo tarde dicha obra y no le quedasen animo y salud cuando notó las deficiencias de su trabajo, para cambiar de rumbo y terminarlo de otra manera.

Es prodigiosa la independencia de nuestro idioma en cuanto al régimen, y la variedad de matices que puede adquirir una palabra con las diferentes preposiciones. Pero no puede tampoco olvidarse que esa riqueza es más ficticia que real, pues para adquirir el conocimiento de estos matices, como los supondría el diccionario de construcción y régimen de Cuervo, una vez acabado, haría falta la vida de un hombre. El lenguaje popular ha ido empobreciendo dicho caudal y reduciendo cada día el uso de las preposiciones. Por eso muchas formas que ahora nos parecen extrañas, pueden encontrarse en los escritos de nuestros mejores autores antiguos sin que por eso hayamos de imitarlas. Otras formas, usadas aun provincialmente, conservadas en tal o cual país de América, aunque hayan sido usuales en otro tiempo han de abandonarse también. Ciertos giros galicados, que van arraigando cada día entre nosotros, acabaran por hacer olvidar el régimen moderno.

Lo esencial pues, en presencia de una forma de régimen, no es averiguar si se usó o no se usó, sino en saber si es corriente hoy día. Si no lo es, cuanto se aduzca en su favor será inútil ; a la forma usual hemos de acogernos.

Abundan en el Diccionario de la Academia regímenes verbales sumamente raros ; sin embargo no cabe duda que, cuando los introdujeron, no debieron provocar extrañeza, pero hoy están ya anticuados y han de modificarse. He aquí algunos : « inflamable al choque »

(art. *Pólvora fulminante*); « agotado de una cosa » (art. *Exhausto*); « con un hierro a la punta » (art. *Frámea*), « a este fin », por: con este fin (art. *Pez*); « articulado a un mango », por: con un mango (art. *Tenáculo*); « causado de », por: causado por (art. *Nefrítico*), « construido de », por: construido con (art. *Dije*); considerar filósofo », por: como filósofo (art. *Filosofastro*); « cerrado de », por: cerrado con (art. *Tambor*); « en concurrencia de otros, por: con otros (art. *Guindar*); « distinto que », por: distinto de (art. *Ortiga*); « de distancia a distancia », por: de distancia en distancia (art. *Trecho*); « frecuentado de gatos », por: frecuentado por gatos (art. *Desván*); « en contacto del aire », por: en contacto con el aire (art. *Aceite*); « engolosinarse a una cosa », por: con una cosa (art. *Arregostar*); « cuantas veces el uno contiene al otro », por: cuantas veces uno contiene a otro (art. *Razón*); « estudiar en entender una cosa », por: para entenderla (art. *Talmudista*); « labrar al torno », por: a torno (art. *Tornear*); « servir a otros usos », por: para otros usos (art. *Rallo*); « sostenido de columnas », por: sostenido por columnas (art. *Galería*); « sobrepuesto sobre », por: sobrepuesto a (art. *Tambor*). En mis *Enmiendas al Diccionario* critiqué ciertas rarezas de régimen en los artículos *Abrir*, *Hueco*, *Pierna*, *Guanaco*, *Piojo*, *Guaco*, *Helicón*, *Pelícano*, *Gamarra*, *Cruz*, *Agonioso*, *Agracejo*, *Agorero*, *Obispo in partibus*, *Desbabar*. Todas ellas han sido felizmente modificadas en la nueva edición del Diccionario.

Falta grande nos hace un Diccionario de construcción y régimen *moderno*.

EL GALICISMO DE CONSTRUCCIÓN

Si es feísimo defecto el empleo de voces afrancesadas en lugar de palabras españolas que pudieran desempeñar, lo mismo o mejor, igual papel, es más censurable aún el querer vestir la frase española a la francesa, introduciendo giros gabachos en lugar de los genuinamente nacionales. Y es éste un defecto que, por desgracia, va enseñoreándose cada día con mayor fuerza del español moderno. Nada causa tanta repugnancia para un oído castellano como dicha jerigonza.

Entre las infracciones más frecuentes en esta clase, merece puesto preferente el abuso del posesivo francés. Los franceses todo lo hacen suyo: se ponen su sombrero en su cabeza, se meten sus manos en sus bolsillos. Nosotros somos menos tacaños y no creemos necesario reivindicar la propiedad de cosas que nadie piensa en disputarnos. He aquí algunos ejemplos de dicho vicio: « no recordaba en su tipo a su madre », por: en el tipo; « cogidas de sus colas avanzan las visiones », por: de las colas; « iba allá, a buscarse su vida, » por: la vida; « ¡válgame Dios, he perdido mis llaves! « por: las llaves; « abandoné los ceñudos lares apenas cumplidos mis veinte años », por: los veinte años; « volvieronsobre sus pasos », por: volvieron atrás, o pies atrás; « por eso sonríe con su aire bondadoso y clava su mirada en el fondo de su sombrero », por: sonríe con aire bondadoso y clava la mirada en el fondo del sombrero; « Gabriel pudo abarcar con su vista toda la procesión », por: con la vista; « salió ella haciendo crujir sus enaguas » por: las enaguas.

También es censurable el abuso del artículo indeterminado, tan usual en francés: « eran una profunda lección de una fuerza avasalladora », por: de fuerza avasalladora; « lo que sí sintió, con un ansia ciega », por:

con ansia ciega; « sueños que eran de una realidad sorprendente », por: tenían realidad sorprendente; « su rostro lleno de una languidez atractiva », por: de languidez; « vestía un traje de pana, un sombrero de campo, unas botas de cuero y un pañuelo de seda roja », frase en que sobran todos los unos; « era la muchacha de una bondad amable y serena », por: de bondad; « era un viejo menudito, con una barba blanca que termina en una punta », frase en que sobran los dos unos; « tuvo un cierto gesto de sorpresa », por: tuvo cierto ademán; « extendiéndose en un cierto modo », por: en cierto modo; « albas y majestuosas como unas reinas de Castilla », por: como reinas. En cambio algunos autores suprimen dicho *un* cuando haría mucha falta, v. gr.: « rumor chillón de cornetas le despertó », por: un rumor chillón.

Frases enteramente copiadas del francés son las siguientes: « caracteres de un trágico inverosímil »; « el argumento es de una sencillez grande », « encima de estas tres puertas de un gótico exuberante »; « el cuarto, de un desorden y una suciedad grandes », « su sotana de un negro verdoso », « era de una pequeñez insignificante », « su nuca grasienta, de una piel rosada ». Todas estas frases han de decirse en español de otra manera.

El abuso del gerundio es en muchos casos galicismo censurable. Copiamos a continuación los párrafos de las *Apuntaciones* de Cuervo que fijan muy claramente este punto:

« 1º Es galicado e insoportable el empleo del gerundio cuando refiriéndose a un sujeto que desempeña la acción del verbo, o sea el sujeto de la frase, como dicen los gramáticos), sirve para darle a conocer o para limitar y fijar su significado. Ejemplo: « La ley *concediendo* pensiones, ordena... debió decirse: ley que concede, o en que se conceden pensiones o sobre concesión de pensiones ». (§ 322).

Son censurables las siguientes frases sacadas de los autores estudiados en este libro: « no soy más que un filósofo, entendiendo la filosofía como la entendían los antiguos »; « la lluvia, redoblando en los paraguas.. »,

« los grandes frescos representando los trabajos y grandezas de San Eulogio » ; « un cuadrito de cañamazo, representando un perro de lanas ». En todas ellas la construcción con *que* intercalado hubiera sido mejor.

« 2º Cuando refiriéndose el gerundio a un substativo que recibe directamente la acción de un verbo o sea, en términos del arte, a un complemento directo o acusativo), no denota el gerundio una actitud que se toma o una operación que se está ejerciendo ocasionalmente en la época denotada por el verbo principal. Algunos ejemplos esclarecerán este punto : « Necesito un hombre, honrado, *sabiendo* manejar un almacén » : el gerundio no denota una operación coexistente, sino una cualidad : hay que decir : « Necesito un hombre honrado que sepa manejar un almacén ». (§ 324).

A este género pertenecen las frases siguientes, malas : « Leía un libro tratando del mismo asunto » ; « se encuentran formas alargadas y temblequeando » ; « yo he visto las yuntas perezosas labrando la besana y hendir la reja en el húmedo terruño », frase que, a la incorrección indicada, se añade la de una falta patente de equilibrio entre un gerundio y un infinitivo. En todas estas frases, hubo de emplearse igualmente el que.

« 3º El gerundio denota siempre un hecho o bien coexistente con respecto al denotado por el verbo a que acompaña, como cuando decimos : « *Enseñando* se aprende » : o bien inmediatamente anterior, como en el siguiente pasaje de Quintana : « Quitándose del cuello una riquísima cadena que llevaba, se la puso a Gonzalo con sus propias manos ». Sería incorrecta una frase al tenor de ésta : « Dictóse la sentencia el viernes, *verificándose* la ejecución al día siguiente, porque la ejecución es un acto posterior al de la sentencia ». (§ 326).

La frase : « un portero, vistiendo un uniforme sin elegancia, nos franquea el paso », es mala, pues significa que el portero franquea el paso mientras viste el uniforme. Dígase pues aquí : vestido con un uniforme.

Es igualmente censurable :

4º « Cuando se refiere el gerundio a un sustantivo que vaya precedido de alguna de las palabras *a*, *con*, *de*, *en*, *entre*, *por*, *sobre* y demás, que en gramática se llaman preposiciones :

así no podría decirse : « tengo noticias de libros *explicando* esto, » en lugar de que explican esto ». (§ 325).

Malas son las frases : « el estruendo del expreso partiendo de la estación » ; « los animales enormes de la época prehistórica durmiendo largos años en el vientre materno » ; « esta tela de Penélope, haciéndose y deshaciéndose eternamente, fascinaba a la joven » ; « se avisan como un rosario de hormigas transmitiéndose el mismo secreto » ; « este destello cálido de las pupilas, brotando desde las hundidas cuencas ». En cuanto a la frase : « solamente viendo su imaginación los miles de rizados diversos que hacían los distintos vientos en el mar, la ocupaba días enteros », no tiene nada de castellano ; debió decirse : « solo en ver con... se ocupaba días enteros ».

Acúdase en la mayor parte de estos casos, sino al *que*, al infinitivo precedido de *al*. La frase : « al entrar en la torre contenía la lengua », es preferible a : « entrando en la torre contenía la lengua ».

Malísimo es el uso de *que* en contrucciones como : « Y es Fouques de Villaret que supo conquistar la isla », por : Fué Foulques de Villaret quien supo ; « era allí que él solía hallarla », por : donde él solía ; « era en su seno que su cabeza de niño se había hundido », por : en su seno era donde... ; « y es por ello que no han faltado nunca espíritus atrevidos », por : por ello no han faltado ; « y no es sin amargura que él nos dice », en vez de : no sin amargura nos dice él ; « es por eso que Rubén Darío encontró », por : por eso encontró Rubén Darío ; « y es con grandísimo placer que yo he visto », por : y con grandísimo placer he visto ; « y es en tal orden que Díaz no puede sustraerse a la influencia del maestro », por : en tal orden no puede sustraerse ; « ¡ ah, que la suerte es cruel para mí ! », por : ah, qué cruel es la suerte conmigo.

No cabe duda que las construcciones correctas que doy son infinitamente más elegantes que las que critico, las cuales parecen agobiadas por la carga de ese enojoso *que*, que con gusto grande sacrificarían los franceses si les fuese posible. Compréndese que imitemos a los extranjeros cuando tienen algo mejor o más

bonito que lo nuestro, pero ir a copiar hasta los lunares de su idioma es una bobería.

Han dado algunos en la flor de meter extemporáneos *des* en sus frases, acaso por que encuentran *de la gracia* en el uso francés. He aquí dos frases en las cuales hubiera podido quitarse sin peligro el dichoso estribillo: « hay algo de religioso y algo de trágico en aquel sitio »; « había de la beatitud en ese éxtasis de la palabra ». Sobra asimismo el *de* en: « con lo que de más puro, bello y exquisito cuaja la Naturaleza », que ha de ser: con lo más puro... que cuaja; « lo que había de más admirable en el espíritu de aquella institución », por: lo más admirable que había; « lo que se encuentra de más excepcional en la vida », por: lo más excepcional que se encuentra en la vida.

A veces el empleo mal entendido de *todo* da a la frase un airecillo gabacho bastante antipático: « oscilabas en los aires, todo frágil y tenue como una pompa de jabón », frase en que el *todo* nada viene a añadir al sentido; « yo lo ví todo torturado », que en español pudo decirse atormentadísimo. Los adjetivos y adverbios que en francés toman el acompañamiento de ese *tout* se traducen generalmente en castellano por diminutivos o por superlativos, v. gr.: *tout bas*, bajito, *tout petit*, chiquitito, *tout surpris*, sorprendidísimo. « El realismo todo color de los picarescos » podía contentarse con ser: lleno de color; « el cuerpo todo músculos, que hacía pensar en los antiguos héroes », pudiera ser: el cuerpo musculoso. En « oh tierra, toda a la vez matriz, toda a la vez corazón », sobra el *toda*, que a lo sumo hubiera podido ser: todo.

En mi *Tesoro* crítico el abuso de *hacer* en que caen algunos escritores. Los siguientes ejemplos vienen en apoyo de lo que allí digo: « haciendo la guardia » ha de ser: estando de guardia; « no me hago ilusiones », está por: no me forjo ilusiones; « haciendo plaza a vanas aprensiones », será: dejándoles el puesto o algo así; « se hizo uno de esos silencios hostiles », es malísimo, pudiendo decirse aquí: reinó, o siguió uno de esos silencios.

Frases que parecen traducidas del francés por alguno de

esos traductores baratos que se estilan en España, son las siguientes: « eres el solo en el mundo a luchar por tu verdad », por : eres el único en el mundo que luchas »; « aquella figura que podría decirse cadenciosa », por: que pudiera; « la psicología de España es muy otra », por: muy distinta; « era un hombre joven, pero con los cabellos blancos », que estaría mejor : con el cabello blanco ; « mercedes que sólo al precio del dolor se consiguen », por: a costa del dolor ; « comandante en jefe de la columna », por: comandante supremo; « de más en más nauseado de toda lucubración », por: cada vez más ; « su desarrollo económico, y mismo razones de seguridad », que mejor anduviera sin el mismo, « el mundo tiene como el mejor músico a Wagner », en vez de : por mejor músico; « en el sabio, a la revelación de la verdad hay un sagrado escalofrío », por: el sabio, al revelársele la verdad, experimenta; « la gracia Watteau » es forma demasiado lacónica para nosotros, que hemos de decir si nos empeñamos en hablar de esas gracias extrañas: la gracia de Watteau; « no es para... como hago mías las palabras del recuerdo », sería mejor : no hago mías las palabras... para; « cosa la única importante de la ciencia humana », será : única cosa importante; « más relaciones que puede guardar con la casuística la ciencia, hay tal vez entre », ha de ser « de las que puede guardar ».

« Al gran Mogol », « A la ciudad de Londres » y otros análogos, son los nombres con que se engalanan no pocas tiendas de América y España. Y no es poco antipática esa preposición *a*, que nada significa y que no tiene más razón de ser que la de usarse en Francia. El Gran Mogol que me ha sugerido esta observación, es un café de Santa Fe, en la República Argentina, donde, según el anuncio, se despacha un « café especial para familias en tarro ». Lo más gracioso es que encima de dicho anuncio, leo otro, de una compañía de seguros, que ofrece pólizas para « niños a capital diferido », y anuncia un sorteo para las pólizas de los « niños que están expuestos en la vidriera del citado café ». Es el eterno anuncio de las « medias negras para clérigos de lana ».

EL EQUILIBRIO DE LA FRASE

Una de las cosas más dignas de censura en las producciones de algunos autores contemporáneos es el imperdonable descuido que ponen en lo que escriben. ¿Cómo han de querernos convencer de la utilidad de algunas de sus reformas e innovaciones, si los vemos desbarrar desastrosamente en cosas en que ni los chiquillos de la escuela se equivocan? A cada momento leemos frases tuertas, donde un verbo en singular pretende servir a la vez a varios sujetos, o en que intentan hacerse equilibrio un verbo en presente y otro en pasado o un verbo activo y uno reflexivo.

Cómo hemos de tomar en serio a quienes sin tener idea seria de lo que ha de ser el sujeto de un verbo, escriben impertérritamente : « es en tí el amor tan fuerte, mansas las penas... sanos y sencillos los placeres »; « un pueblo hostil, donde clavadas en picas la cabeza de tres jóvenes »; « qué importa bastón, ideas o luz »; « salió un perrazo, después dos hombres »; « llenaba el cuarto la iconografía religiosa, la iconografía política y la iconografía taurina »; « los estudios que se ha dado al público »; « decir cómo debe hacerse las cosas »; « uno de los que más admiración causó », « los autores, incapaces de estilo, que es como si dijéramos los eunucos del arte », ejemplos todos en que el verbo debiera estar en plural.

La imitación del francés nos ha valido desde hace algún tiempo frases por el estilo de : « si luego se recorre las dehesas »; « cada vez se cultiva aquí más las lenguas vivas »; « no quedaba de ella más que las cuatro paredes »; « se les prestará los útiles necesarios para labrar la tierra »; « se ha ido poniendo grandes

tinajas llenas de la líquida substancia », en que el verbo ha de ir en plural. El defecto es tanto más censurable cuando al lado de la forma equivocada vemos en el mismo libro la forma correcta : « *se debía* haber empleado la persuasión, la dulzura, la caridad, y *se tomaron* medidas humillantes y vejatorias ».

Cuando se reunen dos miembros de frase con una conjunción es preciso si se quiere que obedezcan ambos a una misma preposición, cuidar de que los verbos de ambos miembros de frase acepten dicho régimen. La frase siguiente es censurable por no ajustarse a esta regla : « de ello, más que culpar a la buena intención de ambos, podría achacarse a la diversa fecundidad de sus esposas », porque si se dice : culpar de, no se dice achacar de. Debe igualmente evitarse la reunión de dos miembros de frase de carácter distinto, como un verbo y un substantivo, dos substantivos de régimen distinto, un pasado y un futuro, etc. He aquí algunos ejemplos : « al terminar su canción y de bailar un tango », en vez de al acabar de cantar y de bailar ; « se sintió acrecida al contacto y la dirección de Lucio Pica », malo, porque si puede decirse : al contacto, no se dice a la dirección, sino con la dirección ; « para que no lo turbe la añagaza de las tentaciones y gozar del reino de los cielos », que ha de ser : y que goce ; « alardea de clemencia por un lado y del otro blande puñales », que será : por el otro ; « sólo algunos conocen hoy y se divierten leyendo los cuentos de », en lugar de sólo algunos conocen los cuentos y se divierten leyéndolos ; « de todas ellas sólo amaba el temblor, el que son alegres y no conocen la pena », por el que tiemblan, el que son... « en cuyos cuadros suena un tierno caramillo y se huele a guirnalda de rosas », por : se oye un caramillo y se huele ; « deploraba Darío que no fuese de mármol, de nadie », que ha de ser : y que no fuese de nadie ; no es inferior ni menos original que el inglés Carlyle », por : no es inferior al poeta Carlyle ni menos original que él ; « se pueden pulir vidrios o arreglar una maleta », por se puede estar puliendo vidrios o arreglar » ; « horrible cosa sería la inmortalidad si los que la gozan se levantaran y... les fuera dado leer extrañas lenguas », por : y si les fuera dado, o : y fueran capaces ;

« podía haber desaparecido hace cuarenta y nueve años la Estrella polar, y sin embargo verla aún en el espacio », por : y sin embargo verse aún; « un alma de Dios, al que tienen por loco y vive como un ángel », por : y que vive; « los maitines son rezados y todos los oficios se entonan », por : « se rezan y... ; « tenía un perfil achatado y perruno, los ojos eran de malicia y peinaba lustrosos tufos », por : tenía un perfil, ojos llenos de malicia, y peinaba; « astros que se acercan en sus movimientos orbitales y, fundiéndose sus atmósferas forman una sola que los envuelve », por : y confundiendo sus atmósferas...

He aquí, recogidas al azar, algunas otras frases tuertas o cojas : « es calmoso en sus movimientos... y con una flema que le hace parecer un rey destronado », por : y tiene una flema que; « una cómoda grande había en otro de los testeros y repletos sus cajones de lienzo », por : y estaban repletos sus cajones; « una pastorela cuya fábula fuese de Metastasio y la melodía de Gluck », por : y cuya melodía fuese; « creíase un Sultán que ya tenía los collares y las diademas para las sultanas, pero que éstas todavía no habían llegado », por : pero que aún no había visto llegar a éstas; « aquella estatua gigantesca cuyas barbas le daban la apariencia de un patriarca bíblico », por : a la que las barbas daban; « amontonó barro suficiente para los pies, que a su modo trató de darles forma real », por : a los que, a su modo, trató de dar; « de aquel que ha sido un hombre y el dogal del voto estrangula el gesto... », por : y a quien estrangula; « Antonio el platero, a quien ella se había entregado, como un refugio espiritual », por : como en un refugio espiritual; « aquellos ratones que, durante su vida hermosillesca, se la pasan hincando en el detalle » por : aquellos ratones que se pasan la vida hermosillesca, hincando los dientes en el detalle; « David hubiese esperado a Rubí a que se hiciese grande », por : a que Rubí se hiciese grande; « rotos con la tradición peninsular, no hemos seguido garrapateando madrigales de álbum », por : habiendo roto con la tradición. « Y a tanto, ni tan fácilmente, no se aviene el orgulloso », por : y ni a tanto, ni tan fácilmente, se aviene; « ascendiendo al infinito tanto con su súplica o

su gratitud », por : como con su gratitud ; « lo considera un bien, mas de ningún modo como un fin », por : como un bien.

A veces la frase resulta completamente anfibológica, como : « un caballero de corta patilla y negros tufos sobre las sienes » ; « Esteban se desvaneció viendo su rostro de niño rematado por una cabeza... » « Ron vive en una confortable casa ; tiene catorce centímetros de larga y seis de ancha » (Ron es una araña).

MODERNO DISPARATORIO

Al ir reuniendo elementos para el presente libro he tropezado más de una vez con verdaderas monstruosidades que ponen de manifiesto la ignorancia increíble de muchos escritores modernos. Parece mentira la manía que tienen algunos individuos de emplear palabras que no entienden. Guíanse por analogías de sonidos, por etimologías fantásticas, para alterar el sentido de las voces y, como se va estilando ahora entre ciertos jóvenes la conocida teoría educativa de fray Gerundio, que abandonó los estudios para meterse a predicador, se lanzan muchos escritorcitos a la palestra sin más equipaje literario que la lectura de unos pocos libros mal escritos, pero modernos, un conocimiento más que mediano del francés y... una dosis fenomenal de poca vergüenza.

Está muy bien eso de querer regenerar el idioma y de hacer que se arrumben definitivamente los antiguos maestros del habla española, pero, si admitimos que hace falta estudio para conocer la lengua clásica (y precisamente la dificultad de ese estudio es lo que arredra a muchos), más estudio ha de necesitarse para transformar dicha lengua.

Lo triste del caso es que muchos de estos reformadores no estudian absolutamente nada. Se les llena la boca, eso sí, — con la pobreza de nuestro idioma, con la dificultad que hay para expresar en él esas cosas tan bonitas que se leen en los libros franceses. Pero debieran empezar por darse cuenta de que los que escriben en francés estudian su idioma y que si estudiaran el castellano les parecería menos pobre su propia lengua. Pues el español, por pobre que les parezca, es más rico que el puñado de cascabeles verbales que llevan en la cabeza y que agitan de cuando en cuando

para darnos la ilusión de que hablan un idioma muy bonito.

Porque esa es otra; a la ignorancia crasa unen el exhibicionismo « rastacueril » la manía de las palabras raras, aunque sean falsas. Lo esencial es que brillen, que den golpe.

Y los muy ignorantones son los primeros que se dejan engañar por ese oropel con que se adornan. En cuanto leen en un compinche una palabreja rara o estúpidamente empleada, le saltan encima y la conservan como oro en paño para engastarla en su primera lucubración. Y así ocurre que ciertos disparates descubiertos por tal o cual maestro, corren ya por ahí tan flamantes en las obras de otros escritorzuelos recentales.

En ciertos casos el abuso de la impropiedad de términos llega a verdadero delirio. No hace mucho leí un librito de versos, publicado en París por un argentino y en el que pesqué las siguientes florecitas :

¡Cuánta juvenil alegría! ¡Cuánto embeleso!
En mi juvenil espíritu habían encendidos (sic).
Cuánto calor en el momento del primer beso
De mis flébiles pequeños labios encendidos.

Flébil es aquello que es digno de llorarse. Equivale a : lastimoso, lamentable, y es vocablo poético de bastante uso. No significa ni mucho menos : débil, delicado.

Cubriéndome de la ilusión el terso velo

Terso significa en español : brillante, bruñido, resplandeciente. Son tersos los espejos, la superficie de los lagos, y hasta las cucharas. Pero es del todo imposible que sea terso un velo y mucho menos el famoso velo de la ilusión.

Defendiendo de los hombres las castimonias
Murmurante y violento lanzas la argaya.

¿Habrá querido decir nuestro vate la *azagaya*? Porque

la *argaya* es sencillamente la arista de la espiga del trigo.

En cuanto a *castimonia*, anticuado por : castidad, ignoro qué pito viene a tocar aquí.

La mano miserable y negra que asesina
Que al hombre da pavulo e infunde miedo.

¿Eh? ¿*Pavor*, habrá querido decir? *Pábulo*, con *b* de burro, es todo lo que alimenta o sustenta, v. gr. : el pan es pabulo de la vida, el aceite pábulo de la lámpara (no se confunda con *pábilo* o *pabilo*, que es la torcida).

Y como de esa potencia duro ostugo
Destruya al necio que se sintió malvado.

¿Qué diablos habrá querido decir el buen hombre que cometió estos dos similiversos? *Ostugo* es un trozo, un pedazo de cualquier cosa. También suele significar rincón. Es voz poquísimo usada y muy pocos saben lo que significa. Acaso la confundió el autor con la idea de « hostigar ».

Yo vi un verdugo bribón, inmundo roedor
Para sus atropellos el país sin reboña (sic),
Y en su condición de satán aterrador
Clavar en el pueblo venenosa zampoña.

¡Qué oído! ¡Y si supiera nuestro poeta que la *zampoña* es un instrumento músico pastoril, a modo de flauta, y que, a pesar de su parecido con *ponzoña* no tiene nada de venenoso! ¿Y reboña?

Suene la estrofa y armoniosa vibre
Con tañido de duro bronce en el espacio,
Y enérgica, sentenciosa, valiente y libre,
Sea para el cruel tirano un pirofilacio.
. . . . . .
Caer al seno de nuestra querida madre
De sus amantes hijos el gazofilacio.

¿Lindas rimas, verdad? Pero ¿las entiende el lector?

Pues *pirofilacio* era, para los antiguos, la caverna central llena de fuego que suponían existir en la tierra. Y el *gazofilacio* era el lugar donde se custodiaban las riquezas del templo de Jerusalén. ¿ Entienden ahora los versos ? ¿ No ? Pues yo tampoco.

> En la pristina inocente constriñez (sic)
> Oyense de eólicas arpas la resonancia
> Agítanse los nubiles sueños de la niñez.

Pues bien, *núbil* se dice de la persona, especialmente la mujer, que ha llegado a la edad en que puede casarse. Ya se ve si está aquí bien usado, aplicado nada menos que al sueño.

Verdad es que se trata aquí de un caso de demencia con manifestaciones poéticas y que rara vez encontramos tanto disparate junto. Pero tan gordos como estos menudean en obras de autores célebres, de autores que tienen fama de maestros y que han publicado ya más de una docena de libros para desconcierto de las letras y para deleite de algunos cazadores de gazapos, como yo.

Hay palabras que parecen víctimas de una verdadera fatalidad, pues a cada paso las encontramos estrafalariamente empleadas. Y, lo repito, no en periodiquillos sin valor, sino hasta en libros que han merecido cierta reputación por otros conceptos.

Tal ocurre con *fauces*, que no significan, ni mucho menos los colmillos de una fiera, sino sencillamente la parte posterior de la boca, lo que los franceses llaman *arrière-bouche*. En mi *Tesoro de la lengua castellana* apunto dos disparates relativos a esta voz. En un librito muy divertido, de un joven antillano encuentro : « morderle con sus diabólicas fauces de piedra ».

Con las *pupilas* ocurren disparates a granel. *Pupila* es la niña del ojo, la pupila es un agujerito, sencillamente. Mal se aviene pues esta definición con las siguientes frases : « fijas las pupilas vidriosas y opacas », « reconcentrando en las pupilas saltadas su ser entero », « la mirada fría e implacable de sus grises pupilas », « traía las pupilas veladas por el llanto », « se empañaron sus pupilas », « sus pupilas medio cerradas que tenían

el extraño color de las hojas de la higuera », « se asoma a sus húmedas pupilas de estrella », « sorprender en las pupilas de los osos blancos el resplandor de las auroras boreales ». Esta serie de pupilas, tomadas de ocho autores diferentes, son rematadamente malas.

Los *lares* eran en la antigüedad los dioses de la casa u hogar. Por extensión significan hoy la casa propia. Son pues disparates : « abandonar el lar paterno », « mi nativo lar », « el sol penetró en la calle, como el conocidisimo Pedro por sus lares » « lúgubremente camina viajero de extraños lares ». Estos dos últimos lares son aún peores que los tres primeros.

Torvo es igualmente adjetivo al que la nueva escuela da el sentido de sombrío, lúgubre, tétrico. Y lo malo es que significa sencillamente : fiero, espantoso, airado, terrible. Como encajar esta definición con las siguientes bellezas : « torvo fraile del templo solitario... yo quisiera llorar como tú lloras », « nada ha calmado su torva fiebre », « muestra la luna su dura calavera torva y seca », « el espacio silente, torvo », « no debía volver a verle la torva cobardía », « con torvo miedo de ladrona », « torvo reflejo mineral »...

Excogitar es hallar una cosa por medio de la meditación. Su parecido con *escoger* hace que escritores de bastante fuste lo hayan considerado como una manera más distinguida de escoger, y digan : « divisábase desde el sitio excogitado », « escogitar (sic) como forma predilecta para verter su pensamiento, el soneto ».

A las aplicaciones disparatadas de *opaco* que cito en mi *Tesoro*, y que son nada menos que de Rubén Darío, agréguense éstas : « ojos de un verde opaco de plata » y « un fondo de córnea opacidad ». Son de un escritor español muy conocido. *Opaco* no significa « mate » y, si puede aplicarse el epíteto de córneo a una cosa, ha de ser a la translucidez y no a la opacidad. Son majaderías igualmente : « la luz opaca de la veladora », « las luces eléctricas difunden una claridad opaca », « la claridad opaca del amanecer ».

Los *troqueles* han de ser cosa sumamente curiosa en la mente de los que han escrito : « el troquel donde se ha fundido el alma poética de Rubén Darío », « las libélulas depositaban en el troquel el porvenir bizarro

y milagroso de sus túnicas multicolores », « las caderas, troquel valiente, amparador, anchuroso ». Los troqueles son cuños para acuñar, no son moldes para vaciar ni fundir.

A lo que en el *Tesoro* digo de los *prismas* puedo agregar las tres frases siguientes que tienen facha de acertijo : « el prisma indigente de los cielos enlutados », « el prisma resplandeciente de los cirios », « la Santa Forma, que temblaba en sus manos como un prisma ».

En francés un *jongleur* es un titiritero. En español, un *juglar* es una especie de trovador. No hay pues motivo para « enriquecer » la lengua diciendo : « los juglares nipones, agitando sus abanicos », « prestidigita con la lengua como un juglar con sus puñales ».

Álgido significa para los que conocen la lengua que hablan : frío. Por ser cosa muy grave el período álgido de ciertas fiebres, han dado algunos en figurarse que álgido significa *grave*, v. gr. : « el momento álgido de la disputa », « el principal carácter, ya en su algidez, del momento histórico ». Más estupenda transformación es la que sufre el adjetivo en la mente difusa de cierto notabilísimo escritor : « hora de sol, bochornosa y álgida ».

Talar es lo relativo a los talones. Ropa talar es la que llega a los talones. Pero no puede sin embargo decirse « vestido de moro con sus pliegues talares » ni : « de sus llagados hombros descendía la talar inconsútil de su manto ».

He aquí dos citas referentes a *chichisbeo* que critico en mi Tesoro : « aquella literatura se reducía a chichisbeos de frailes », « el chichisbeo del abate poeta ».

Púber significa que ha llegado a la pubertad, es decir a la edad del nacimiento del vello. No significa joven como pudiera colegirse de la siguiente frase : « el colegio de Sordomudos y de ciegos, la más púber de las enseñanzas de anormales en España ».

A la crítica de *lampo* que figura en el *Tesoro*, agréguense estos preciosos ejemplos : « en cada uno de ellos hay una primavera latente que, desentumecida en un lampo, rompe en música » y : « un lampo desgajado del sol natal », traducción ésta del francés : « un lambeau détaché du sol natal ».

Rara cosa será la virginidad para quien escribe : « su

frente tenía una redondez virginal de patena », y « hay cunas virginales ausentes de cariño ». Ignoro lo que podrá ser la virginidad de una cuna, y no pienso que, perdida la virginidad, las frentes redondas se tornen cuadradas.

Rara cosa sucede con *nimio*. Este adjetivo significa : excesivo, demasiado y también prolijo. Van muchos tomándolo ahora por : simple, pueril : « telegramas entusiastas para nimias felicitaciones », « celebraba sus más nimias agudezas ». Advierto que la cosa es muy general y que buenos escritores lo hacen.

Facetas son las caras de las piedras preciosas. No son las aristas, como puede deducirse de : « facetas cortantes como el vidrio ». Tampoco las tienen forzosamente los talismanes para que se diga : « hay que pulir y facetar el talismán creador ».

Es el *plinto* el cuadrado sobre el que se asienta la base de la columna, pero no el zócalo de una estatua como en : « una Diana que se alza desnuda sobre su plinto », « una ninfa a quien puso un epigrama Beaumarchais sobre el mármol de su plinto.

Los *lirios* españoles no son blancos. Ténganlo mucho en cuenta los que escriben : « como un valle de albos lirios diminutos », « surge la blanca y mística figura con el lirio simbólico en la mano ». « brotan ampos de espuma, parece que se deshojan lirios sobre el verso ». En la frase : « el lirio heráldico y beato » puede observarse que el lirio no es ni lo uno ni lo otro. Son heráldicas las flores de lis, los lises, y beatas las azucenas. Pero ¡ vaya usted a resucitar las azucenas cuando los franceses dicen *les lis*, que son tan bonitos !

Eclosión es un galicismo bastante corriente ya. Pero no quiere decir esto que pueda significar cuanto se antoje ; « la noticia causó el mismo efecto que la eclosión de un huevo putrefacto » me ha dejado con la boca abierta. Porque para que un huevo pueda tener « eclosión », ya que se emplee la palabreja, no ha de estar el huevo podrido.

Gleba es el terrón que se levanta con el arado. Para algunos privilegiados parece significar algo como turba : « Clarín supo poner a raya la gleba de los escritorzuelos sin talento ». « la gleba más o menos anónima

de la derrota », « salir de la gleba obscura de los azotados », « y la gleba rugió... alzó la frente y levantó la diestra ». ¡Eso sí que es escribir! Triste muerte ha de ser también el caer « como bajo el hacha de un glebatario » el autor de la frase sabrá qué especie de tipo será eso.

Obsérvase a veces en modernos escritores, una especie de daltonismo, porque todos los colores los ven al revés. Cierto novelista nos ofrece, entre otras bellezas: « la palidez cerúlea de los rostros », siendo así que *cerúleo* significa azul; « colinas blondas de zafir », cuando *blondo* es rubio y el zafir es azul; « ojos garzos, de ámbar », cuando *garzo* es azulado y el ámbar amarillo; « puras tinieblas de jaspe », habiendo jaspes rojos, verdes y hasta amarillos; « una palidez cerámica », que lejos de ser de cera, no puede ser sino de botijo, de cazuela o de cualquier cosa « figulina » (y apunten este verdadero sentido de *figulina* los que tanto nos majan con sus figulinas de biscuit; « un resplandor rojo de pervencha », cuando las *pervenchas* son azules, por lo menos las francesas, que en español esa planta se llama « hierba doncella ». Esto es lo que se llaña impresionismo. Confieso que tampoco entiendo lo que será « el caliginoso resplandor de sus mirajes ». No soy yo bastante moderno para esos « cubismos » literarios. Corre parejas con este grupo el « verde cana brotó en mi cabellera » que censuro en mi *Tesoro*.

En esta última obra critico un empleo malo del verbo *emerger*. Y ahora tropiezo con otros dos ejemplos del *Azul*, de Darío, igualmente malos: « emergían los iris de sus cristalizaciones » (p. 90) y « la boca que emergía el cántico » (p. 154).

A las « locuacidades de gacela » que cito en mi *Tesoro*, puedo agregar ahora otro ejemplito delicioso: « corren con cervales locuacidades ».

El afán de emplear palabras de origen griego, lengua que ni de oídas conocen, pues por regla general los reformadores de nuestra lengua no conocen ni latín, ni griego, y ni aun francés, ni inglés, aunque lean sin entenderlos a Verlaine y Walt Whitman, hace que disparaten a más y mejor cuando pescan en un libro francés alguna palabreja helénica. Ya critico en mi *Tesoro* las

voces *euritmia* y *eutesia* (artº DISCONTORNOS), *ágape*, *coturno*, *erostratismo*. Cierto caballero se queda tan orondo porque « transpuso el propileo del salón », cuando el *propíleo* (esdrujulo) es el atrio o peristilo de los templos, y « se le insensibilizan las facultades, víctimas de incurables ataraxias » (*ataraxia* : tranquilidad, sosiego). ¿Acaso habrá querido decir *ataxia?*

La « entesia fascinante de tus lindas mujeres » me deja soñador. ¿Acaso *eutesia?* Y en tal caso sería la propiedad de derretirse fácilmente.

« Libros que parecen joyeles por el eufemismo armonioso de su lenguaje » es una simpleza. El *eufemismo* es el modo delicado de decir ciertas cosas feas o desagradables.

« A través de los cristales discromáticos de pequeños *vitraux* », así con su rabito francés, pronunciado probablemente a la española : *bitrós* o algo por el estilo, es tonto. No existe discromático y *dicromático* significa sencillamente : de dos colores.

Cierto escritor asaz notable escribe muy tranquilo : « y solo queda la posteridad justiciera que... reserva para algunos el vergonzoso píloro de Adriano ». ¡Olé! Para que se entere si este libro cae entre sus manos, diréle que el *píloro* es la abertura de salida del estómago y que no tiene que ver con el *pilori* de los franceses, que llamamos nosotros, picota.

« Dentro de su cabeza bullía un fuego siempre urente », frase de otro buen escritor, es malo. *Urente* quiere decir abrasador, ardiente, pero se dice sólo de las cosas que queman sin combustión : el ají tiene sabor urente, la ortiga es urente.

En una obra de un académico español hallo : « los campos nemorosos tiemblan de alegría », siendo así que *nemoroso* significa : relativo a los bosques ; Lope de Vega escribió con razón : « donde con leche de cabras montesas, nemorosas ciervas y silvestres osas fué criado ».

Ecuánime significa (aunque no esté en el Diccionario), de ánimo constante. No tiene que ver nada con *unánime*. Mal está pues la frase : « los conceptos tan ecuánimes que ha merecido su actuación ejemplar y poco común ».

El *plectro* era la púa con que los antiguos tocaban

los instrumentos músicos de cuerda. Claro está que cierto señor que « llegó ante la estatua que cantara con su plectro » debe figurarse que el plectro es algo así como una corneta de llaves.

Autóctono quiere decir : originario del país donde vive. Viene a ser sinónimo de aborigen y de indígena. Pero no veo explicación a la presencia de esta voz en la frase : « un cuadrito más holandés que autóctono del Sr. Swinburn », que allá se va con « un color tan local y tan espontáneo », que antaño critiqué.

Pentagrama es la serie de cinco líneas en que se escribe la música. Por larga que sea la música puede escribirse en un solo pentagrama. Está pues mal « sin alcanzar a su último pentagrama aquella música triunfal y enferma ».

El *monte Aventino* era una de las siete colinas de Roma antigua. A ella se retiró la plebe romana durante su rebelión contra los patricios. Decir que « la plaza de la Columna de Julio... es el aventino galo » me parece por lo menos exagerado.

Los *cráteres* eran enormes vasijas donde se ponía el vino en los banquetes antiguos, de ellos sacaban los esclavos el vino que escanciaban en las copas de los convidados. Pero no servían para beber ni eran femeninas, como en esta frase « beber fuentes de vino en profundas cráteras ».

Palimpsesto es el manuscrito antiguo que conserva huellas de un escrito anterior borrado artificialmente. Para muchos tontos va siendo sinónimo de pergamino. Como el Grrran Rubén Darío ha escrito en sus Prosas profanas una composición que tituló *Palimpsesto*, ha dado pie a todos sus admiradores para usar la palabreja, y, naturalmente la usan con los pies. Hablando de un autor moderno dice un neo-escritor : « Me envió sus obras con dedicatorias cortesanas; leí los palimpsestos del sabio... ».

Ambidextro es el que se vale indiferentemente de ambas manos para hacer una cosa, porque tiene ambas manos diestras. Pero « el hacha herrumbrosa y ambidextra » es una simpleza.

Biceps es el nombre de dos músculos, uno del brazo y otro del muslo. Sólo el primero es aparente. La

frase « los remos todos ornados de biceps armoniosos » es mala, pues los biceps de los muslos, que solo los anatómicos conocen, nada tienen de armoniosos.

Inconsutilidad es la calidad de lo que no tiene costura. Acaso signifique otra cosa en « la magia inquietante y extraña de las más refinadas inconsutilidades ».

Espórtula es, en derecho asturiano, los derechos pecuniarios que se dan a ciertos jueces y ministros de justicia. En un libro leo : « democracia de espórtula y de braveza ». No lo entiendo. ¿Estará confundido con *ergástulo?*

Gentilicio se dice de los nombres que indican la nacionalidad de las personas. Así por ejemplo, *madrileño* es un gentilicio. Pero no puede decirse « una distinción inpecable (sic) y gentilicia ».

Logarítmico es lo relativo a los logaritmos. No significa geométrico, como en « el ritmo sublime de las celdas y la disposición logarítmica de ellas ».

Para *macerar* es preciso un liquido, se maceran hierbas medicinales en ciertos líquidos, se macera el cáñamo en las pozas, hasta puede macerarse el cuerpo en la penitencia, pero no puede emplearse por estrujarse, como en : « se maceraban en horrible lucha, enroscados los brazos a los cuellos ».

La *periferia* es el contorno de una cosa. No entiendo pues : « ahoga en la periferia de sus almas sin misericordia ».

Inopia significa pobreza, escasez, indigencia. Puede hablarse de la inopia lingüística de quien escribe : « habló un girón de voluntad inopia ».

La *eclíptica* es el círculo máximo de la esfera celeste que señala el curso aparente del sol. No es órbita, como parece creerlo el autor de estos versos : « Y su verbo, rompiendo viejas calmas = atraviesa la noche de las almas, = como un astro escapado de la eclíptica ».

Alígero quiere decir « que tiene alas ». Es pleonasmo decir : « perdona si en las alas alígeras del viento. . », y disparate hablar de : « en carrera alígera ganar la umbría de la verde selva ».

Sedante significa lo que apacigua, calma, sosiega. Es lo mismo que sosegante. No tiene nada que ver con sediento, que tiene sed. El mismo carácter tiene el

agua sedativa, que venden los boticarios y que algún infeliz pudiera considerar como agua para dar sed. Por eso el individuo que escribe : « sus erectos pectorales... temblaron convulsos en la curva sedante de mis labios, no se figura que lo sedante de sus labios ha de producir efecto muy contrario de lo que él espera. Más le valiera, antes de escribir porquerías, que aprendiese a hablar.

Ledo significa alegre, contento, plácido. De ahí ha pasado a significar para algunos : tranquilo, quieto, como en : « aquella paz silenciosa y leda », « el hálito que emerge (dale con emerger) en ondas ledas de la corola de una rosa ».

Ámbito es el contorno o perímetro de un espacio cualquiera. No suele haber más que uno en un sitio determinado. No puede pues aceptarse : « los sonidos se propagan, cunden por todos los ámbitos ».

Por lo mismo que, siendo *confín* el límite que separa dos territorios, está mal : « van perdiéndose a lo lejos, de la noche en el confín ».

Estigmatizar es afrentar, infamar, señalar de modo infamante. Ejemplo vicioso al canto : « han quedado estigmatizados con el sello del genio en el mundo del arte ».

Hallamos a veces en los modernos escritores imágenes tan atrevidas y tan falsas que nos hacen soltar la carcajada. Algunas son meras simplezas : « oíanse los pasos de un hombre desnudo », en vez de *descalzo* ; « un sombrero hongo anciano », por *viejo* ; « dar suaves cachetazos » ; « goma sin sentido, yesca tísica, nada » ; « profundidades sin fondo » ; « un pedazo irónico y frío de pan duro » ; « téjela con carrizos blando lecho » ; « su sombra es el anverso de su luz ».

Muchas veces la ridiculez está en el mal uso de una palabra ; « nadie urdía la clave de su largo alfabeto », no siendo las *claves* nada propio de tejidos ; « el céfiro produce escalofríos sobre el agua », siendo el *escalofrío* la indisposición del que siente a un tiempo frío y calor extraño, pero de ningún modo estremecimiento ; « las caras de los sueños hipnicos » vale como ponerle dos albardas a un borrico, ya que *hipnico* equivale a propio del sueño.

Volitivo se aplica a lo que es propio de la voluntad :

facultad volitiva, impotencia volitiva, etc., pero nunca a « una de esas mentalidades de granito volitivo ».

Intangible es lo que no se puede tocar, mal puede decirse « desenvolviendo sus intangibles visos. »

« Una orla cromática en cruz de San Fernando » es muy bonito, pero hueco, pues las orlas no suelen tener forma de cruz.

« Un *nimbo* satánico » será cosa muy gloriosa para el amigo Lucifer que nunca hubiera yo creído usara semejante insignia.

« La albura intáctil de su frente virgínea » es malo, *intáctil*, que no está en el diccionario, podrá ser lo que no puede tocar, pero no lo intacto.

Entre las cualidades de los colores conozco varias, pero nunca oí hablar de « colores detonantes y chillones ».

Una « frente, curva y redonda como una patena » ha de ser algo como una frente en forma de plato.

Ileso es lo que no ha recibido lesión o daño, pero ¿qué será una « noche de tenues suspiros, platónicamente ilesos »? Allá se van, por lo demás con una « cabeza *inédita* de pecados » ¡ojalá estuviera también inédita la obra, tan grosera como famosa en que lo he leído, y en la que hallo poco después « en cuyo seno podía porracearse como en una íntegra vasija de cristal *ileso* ». Del mismo autor saco « una dilatación sensible como una atmósfera », y « dotada de una enorme aneurisma espiritual ». Verdad es que dicho escritor, « grandes candelas de fantasía contaba para ello ».

Y no lo soltemos, pues tiene su obra con que entretenernos largo rato. Oigan si no esta belleza: « siempre llameante el rubí como una candela que jamás había podido saciarse » ¡vaya unas candelas tragonas! « cosas altas, cosas grandes, que reaviven como pinceladas de yodo inmortal »; « una palidez fría de arsénico » ¿qué clase de frío será? Yo he visto arsénico y francamente ni he notado que su color sea más frío que el del plomo, del estaño, del antimonio, ni tiene nada de pálido, ni mucho menos, ¡como que es más bien negruzco! « fraguar con tentáculos de caracol y películas de cristal »; « la sumían en un narcotico de oro », « como si su cerebro fuese una ancha copa de morfina » ¿de cuando acá se bebe la morfina? « sin estar legítima-

mente paridos por la emoción divina », ¡como si hubiera partos legítimos y partos ilegítimos!

Para cierto crítico que ha estudiado la obra de que salen esas perlas esto es oro de ley, afiligranado y repujado a lo Arfe » ; para otro, « es pintura que habla y música que piensa ». Para mí no pasa ello de música celestial.

Sigamos con nuestra caza de gazapos en otros autores. Aun nos queda tela cortada para rato. *Manumiso* es el esclavo libre; libre, no necesita ya obedecer; mal se explica pues la frase : « un dócil manumiso de la ciencia ».

Acoplar es en toda tierra de garbanzos unir o aparear dos personas o animales y por extensión dos cosas, y no encajar, como se desprende de : « distendía sus miembros... para acoplarse dentro de la moderna armadura de la ciencia ».

Aladino el héroe de un cuento de las *Mil y una noches* ha llegado a sugerir el siguiente adjetivo, que quiso significar alado : « ¡oh vilano! forma frágil y aladina que volabas! »

Avizor, quiere decir que acecha, úsase en la locución « ojo avizor » y lo encuentro con disgusto en la frase : « estrechos ventanales y almenas avizoras ».

Churumbela será, entre los gitanos, la hermana del churumbel (no Acad.) y en el diccionario, una especie de chirimía y un « bombillo que se usa en América para tomar el mate ». (Advierto de paso a la Academia que se dice bombilla en este sentido). Acaso entre los mejicanos será otra cosa, si creo los versos siguientes : « los niños atezados que bailan churumbelas = harán al beso coro con risas de cristal ».

A quien haya visto los *líquenes* pegados a las rocas y en el tronco de los árboles, ha de extrañar : « de la averiada popa cuelga un cable cubierto de líquenes que ondulan ».

Fermentos son los microorganismos que se desarrollan en ciertas substancias y producen su descomposición ; la telilla que se forma en los vinos que se agrian está formada por un fermento ; pero no puede decirse que : « fermentos alcohólicos saturaban el recinto ».

La *aspillera* es la abertura por donde asoma en una

muralla la boca de un cañón, pero no la cureña del mismo, como en la frase : « viejos cañones que descansan sobre desgarbadas aspilleras ».

Escozor es una sensación de quemadura, como la que produce una rozadura, la picadura de las ortigas, etc.; es impropio : « el escozor del frío relente de la noche ».

Trailla es la cuerda con que se atan los perros de caza, no lo que significa la frase : « la nefasta trahilla (con *h* y todo) de los liberticidas no dispara sobre ellos sus fusiles ».

Aroma es el perfume de las flores y también la flor del aromo, pero no significa flor en general, cual se desprende del siguiente pasaje : « los sauces llorones, con sus aromas en flor, perfumaban el ambiente ».

Por último no sé qué entenderá por *cármenos* y *macetas* el autor de : « los cármenes de los parques... balancean sus macetas floridas ». *Carmen* es, en Granada, una quinta de recreo y la *maceta* es un tiesto donde se ponen flores.

Y qué diremos de : « un barquichuelo de papel de periódico que fabricó un parvulillo desnudo e incircunciso ». ¡Mire usted que es curiosidad la de ir a fijarse en si el chiquillo había sufrido o no la circuncisión, sobre todo que se trata de una escena que pasa en Méjico donde no cunden israelitas ni moros.

En español el *roznar* es cosa de borricos, puede que en otras partes se aplique a otros bichos, pues he hallado las « noches azules surcadas por roznidos de tigres », fuera de que *surcar* está aquí mal usado pues para surcar hay que dejar un surco; un barco surca el agua, dejando una estela, un sonido no surca el aire.

Triduo es un ejercicio de devoción que dura tres días; *trimurti* es la trinidad de la India, pero son imágenes censurables : « una trimurti de siglos » y « un triduo de amigas ».

El *pigmento* es la substancia colorante de diferentes partes del cuerpo humano, pero no es un fermento, ni nada semejante, es únicamente cosa de color. La frase « la raza calabresa de sus antecesores ponía un pigmento levantino en su sangre », es mala, aparte de que levantino está aquí mal usado por *levantisco*.

Firman *decretales* los papas, nada más que ellos. Es

un error decir: « las decretales de cualquier concilio ». *Decamerón* es el título de una obra de Bocacio, no lo que pudiera deducirse de este verso de Darío, « serás la reina de los decamerones ».

Desflorar es quitar la flor a una cosa; es rematadamente malo su uso en la frase: « una amarga sonrisa desfloró sus labios ».

Batir palmas es un modo convencional de manifestar aprobación haciendo ruido; cuando la admiración es reducida, puede uno contentarse con batirlas una sola vez, pero si se extrema la parsimonia hasta « batir una palma », claro está que el aplaudido ni siquiera la oirá. Lo mismo diré de los *diálogos* que, cuando son obra de una sola persona no pasan de *monólogos*. No piensa tal el que escribe: « se calló en su diálogo fúnebre ».

Aspa es en castellano una cruz formada de dos palos nada más; ignoro cómo podrá formar cierto poeta un « aspa triple ».

Eruginoso o *ruginoso* es lo que está lleno de orín o moho; en cuanto a lo que significará en la frase: « como el ciego más eruginoso en estas cuestiones puede verlo », confieso que no lo sé.

Un *jirón* es para el común de los mortales, un pedazo desgarrado de un vestido o tela; al hablar de *inopia* poco antes, cité ya un raro « jirón de voluntad inopia »; otro autor escribe: « abandonaríamos todos las ciudades en girones de espanto ».

Fragante es lo que huele bien. Será fragante una rosa pero no puede decirse: « perder el hálito de fragante frescura », ya que la frescura no es cosa que huele mucho que digamos.

Perturbar es alterar el orden. Algo más significará para quien propone: « exteriorizar y perturbar dignamente la gratitud boliviana a Chile por la levantada actitud... », frase donde hay tantos disparates como palabras.

El que *pingo* signifique adorno de mal gusto no es motivo suficiente para que venga alguno « empigorotando su prosa de adjetivos inútiles », pues *empingorotarse* es, para casi todos nosotros, encaramarse a un sitio elevado.

Divagar es verbo neutro que significa vagar, separarse

del asunto de que se trata, pero es error tomarlo por esparcir, difundir, como dice un escritor que « divaga sus incoherencias ».

El que los italianos llamen *prima donna* a una cantante de primer orden no es razón suficiente para que les hagamos llamar « primo donno » a cualquier tenor notable.

El *promedio* es el punto que divide una cosa en dos mitades; una cosa no tiene por lo general más que un promedio, sin embargo he leído : « data de promedios del siglo XVIII ».

Suelen *batirse las cataratas* para dar vista a los que las padecen, pero : « esclarecer las tinieblas y batir las ponzoñas » me parece una exageración.

Prominente es lo que resalta mucho, v. gr. : una nariz prominente; muchos lo confunden desastrosamente con preeminente : « otros guerreros tuvieron una figuración más prominente », « la evolución es su arma prominente ».

Convulsivo es lo que padece convulsiones, temblores o movimientos desordenados; no es lo mismo que agitado, ni es digno de encomio : « cortaban los botes... las olas convulsivas ».

Propiciar es ablandar, aplacar la ira ; compárese con : « una serie de argumentos que prueben la bondad de la reforma que propicio » y se verá la mala aplicación de la palabra.

El *galvanismo* es una forma de electricidad. En : « el galvanismo de todo un pasado rebelde y libertario » está mal aplicado; dígase si se quiere tal figura : galvanización.

Eflorescencia es la transformación espontánea de ciertas sales cristalizadas, en un polvo blanco; no ha de usarse en el sentido de *floración*, *florecimiento*, v. gr. : « la nieve rota fingía una extraña eflorescencia de rosas de cristal », aparte de que eso de la nieve rota es mucho romper, y sin contar con que, si no se avisa lo contrario, las rosas no son de color de nieve, aunque sean rosas de cristal.

Tara es lo que al pesar una substancia se pone en uno de los platillos de la balanza para compensar el peso del envoltorio o recipiente. En acepción galicada

significa *defecto*, y es de evitar. En la acepción siguiente es peor aún, porque no tiene por donde entenderlo : « lo que fué un don, un privilegio excepcional, se haya trocado en oficio, en tara, en sport, en necesidad ».

Unilateral es lo que solo presenta una cara, no ha de extenderse su sentido hasta decir : « lanzaba sus pensares unilaterales ».

Nadie está obligado a saber la diferencia que existe entre *exotérico* y *esotérico*, pero por la misma razón es muy censurable el emplear estas palabras sin saber lo que significan. En « la oración, forma de poesía esotérica y popular » está tomado el rábano por las hojas. Aquí debió decir el autor *exotérica*.

Allende significa : de la parte de allá; aplícase al espacio : allende los montes, y no significa : después, como en « allende el gran viaje que haré al inviolado Edén ».

Universal es lo relativo al universo; en la frase « un desfile de firmas, algunas de ellas universales » está mal usado, por « universalmente conocidas ».

Resquemor es el calor o quemazón que producen en la boca ciertos alimentos picantes; « un resquemor humorístico » no es sumamente claro.

La *fisiología* es la ciencia que estudia las funciones de los seres orgánicos; no se explica : « el primer temblor de la fisiología amorosa »; malo es también : « una hora fisiológica en que la selva toda parecía cohabitar bajo el sol ».

Crencha es la raya que divide el pelo en dos partes iguales, no puede pues usarse por cabellera y decir « una crencha castaña, libre y al desgaire ».

Yerto significa derecho, tieso, no helado, frío : « la yerta frente » no quiere decir pues gran cosa.

Enjuto es lo que está seco ; el viento que « corre por las serenas linfas... y crespa la superficie de los canales enjutos » no sabe lo que se pesca.

Para que una altura sea *vertiginosa* es preciso que el observador esté en lo alto ; desde abajo no ha de producir vértigos ni el mismo Chimborazo; así pues la frase « árboles corpulentos abrían en vertiginosas alturas los mil hercúleos brazos de sus ramajes frondosos » no puede representar con exactitud sino las

sensaciones de algún mono encaramado en los árboles.

Comba es la inflexión que adquieren algunos objetos sólidos; la frase : « en la comba más distante de la noche se ve arder lucerito trepidante » no me parece explicable.

El *zodíaco* es la zona del cielo por en medio de la cual pasa la Eclíptica; carece en absoluto de color propio, aunque alguno haya escrito : « una inmensa blancura zodiacal ».

De soslayo significa oblicuamente; sustitúyasele por su explicación en las frases : « trazar cuadros al pasar, sin pretensión, de soslayo » y « tenía de soslayo las finuras de una marquesa de Van Dick » y se obtendrá un efecto sorprendente.

Empalagosos son los *senos* con que los galicistas se empeñan en sustituir nuestros antiguos pechos, pero más atroces resultan en la ensalada siguiente : « en sus manos, como en el pelo y en el dorso del seno siempre radia el pérfido cabrilleo de las joyas ». ¿ Qué demonios será ese dorso del pecho ?

Sigue la lista. No sé lo que significará : « los decoradores granadinos, en los cuales aun persisten aferradas a sus retinas las hogueras de matices distintos ». Aparte de lo extrañas que son estas hogueras, hubiera podido aligerarse la frase diciendo : en cuyas retinas aun persisten. Del mismo autor, en otra parte : « la imagen quedábase hormigueando para siempre en los ojos interiores como la imagen inalterable del sol ». Habrá querido decir que « seguía hormigueando en su retina la imagen persistente del sol », pero tal como está dicho, con sus ojos interiores y su imagen inalterable, la frase es mala.

Ya hemos criticado algunas « *candelas* » de dicho autor. He aquí otra : « en ver a una flor mecerse igual que una candela en el aire ».

Ingrávido podría ser, con bastante buena voluntad, lo que no está cargado; pudiera decirse de la mujer que no está preñada, pero no significa « sin gravedad », como en « una pareja de mariposas atolondrada, ingrávida ».

Generador es lo que engendra; su femenino es *generatriz*. Pero la frase « cada cáliz es un sublime

copón generatriz », reune a la impropiedad de la imagen un disparate gramatical.

Muy bonito es el usar superlativos, pero hay que hacerlo con tino. « *Infimo* » significa muy bajo, y no diminuto ; « la fresca huella de ínfima botita » es una simpleza. *Supremo* es lo más elevado, v. gr. : dignidad suprema. Pero no puede tomarse por superior, como en « una unidad suprema a él » ni decirse « una excelsitud suprema » que es un espantable pleonasmo. Lo mismo puede achacarse a « la catástrofe final », que suelen usar personas muy cultas, olvidando que el carácter principal de la *catástrofe* es el ser final. Pero no es nada esto al lado de las « puerilidades de niño » que en cierto libro he leido y que son, eso sí, puerilidad de adulto.

Pararse por levantarse, ponerse de pie, es americano. La Academia le ha dado entrada en el Diccionario, en su última edición, confirmando que es anticuado en España. De todos modos es americanismo que ha de dejarse para el lenguaje familiar. En ciertos casos resulta grotesco, v. gr. : « las autoridades han parado las orejas ante la enorme mortalidad infantil. »

Vulgarismo americano es igualmente la forma « *lo de* », por casa de, menos aceptable que el « donde » corriente también en América, pero usado en ciertas partes de España. « De mañanita salimos a lo de Fulano », leo con disgusto en un libro.

He aquí por último algunas impropiedades que son puramente americanas, y que hallo frecuentemente en obras de cierto valor.

Ensimismado es en español « abstraído, preocupado ». En un fecundísimo novelista moderno hallo « indios semiletrados y mulatos ensimismados », tomado aquí por *engreído*.

El *empréstito* se hace, se pide, pero no se paga. Del mismo autor tengo : « no pudiendo pagar un empréstito enorme... »

Entrecerrado dicen los americanos cuando los españoles dicen entreabierto ; es cuestión de gusto.

Extendido no es en español lo mismo que *tendido*. En *extender* existe la idea de dilatación, de ocupación de un espacio. *Tender* tiene principalmente la idea de extender longitudinalmente, o la de desdoblar lo

plegado. Se dice : tenderse en la cama, tender la ropa, tender la mirada, y : extender su dominación; la frase : « sobre su cuerpo, extendido a lo largo, veíase un crucifijo », pide más bien el verbo *tender*. También es americanismo muy corriente : *enfermarse*, por enfermar.

Es preciso evitar, al querer dar más fuerza a la expresión, decir una tontería. En la frase : « si nos mira tu zíngaro bohemio » sobra una de las dos ultimas palabras, que significan exactamente lo mismo.

« Tornaron a reiterarme sus ofrecimientos » se halla en igual caso. « Aquel ardor de proselitismo es igualmente pleonasmo, lo mismo que « los ejércitos libertadores, inermes, desarmados ». Una carta podrá ser lacónica si es corta, pero si es muy corta podrá ser muy lacónica, y aun laconiquísima, pero no *laconísima*. Una cosa es la rienda de los caballos y otra el arriendo, o alquiler, imposible es dar *arriendazos*, en vez de riendazos. *Infimo* significa muy bajo, es superlativo y no admite grados de comparación, como « el aceite extraído es tan ínfimo ». Sólo puede tolerarse con algun superlativo como mínimo, pasado ya a la categoría de positivo. *Inmarcesible* es lo que no puede marchitarse; no podrá pues decirse « una musica de fuego inmarcesible ». *Florescencia* podrá tomarse por la aparición de flores, no ha de usarse por florecimiento o moho, como en « dejaban las lluvias una florescencia de hongos ». El *junquillo* es una moldura redonda, muy delgada, que se pone en las columnas, no entiendo como podrá formarse « una muralla de junquillos góticos ». *Gacho* significa doblado, inclinado hacia la tierra, caído. Puede decirse de las orejas de ciertos animales, de la cabeza del buey, pero no ha de tomarse siempre por inclinado : « con su preciosa cabecita de mirlo, gacha sobre el albo teclado ». *Suplicar* es verbo neutro, no ha de construirse como pedir, que es verbo activo, y decir : « es la voz de esta iglesia que suplica a los hombres un poco de piedad ». Lo mismo diremos de *rogar*, en « rogar perdón para un ultraje », que además ha de ser : por un ultraje.

Pero basta ya de este disparatorio. Si quisiéramos sería fácil alargar esta lista, sólo con errores recogidos en libros de carácter literario, muchos de ellos de

autores de grande y aun merecida fama. Lástima es confesar que demasiados escritores de talento se figuran que la lengua es un feudo propio en el que pueden hacer mangas y capirotes a su antojo, y que basta la intuición para adivinar lo que nunca se aprendió. Está perfectamente admitido que, aunque se tenga el genio de Velásquez o de Miguel Angel, para ser pintor o escultor hace falta trabajar mucho, que por buen oído que tenga uno ha de pasar largos años estudiando música. En tratándose de literatura, arte por lo menos tan difícil como aquéllos, creen todos que es inútil el estudio. Escritores hay de poderoso talento, creadores admirables como no los hay mejores en las literaturas extranjeras, que no han abierto en la vida un diccionario y que no han vuelto a hojear la gramática desde que mal la aprendieron en la escuela.

Resultan por lo tanto sus obras una enseñanza dañosísima para la juventud que, engañada por los innegables meritos de ellas, no para mientes en la multitud de disparates en que abundan y las toma como modelos.

No ha de descuidarse por cierto el estudio y aun la imitación de los maestros del habla moderna. Pero dicho estudio y dicha imitación habrán de hacerse siempre con un criterio amplísimo. El estudiante no ha de contentarse con aprender en ellos palabras nuevas, ha de discutirlas, estudiarlas a la luz del Diccionario, de la etimología y de la gramática.

Cierto es que los diccionarios son hasta hoy día insuficientes para el estudio del moderno lenguaje, que las gramáticas basadas en la doctrina académica no son muy exactas. Pero ahí están para llenar los vacíos las obras de Bello, de Cuervo, cuyas *Apuntaciones al lenguaje bogotano* serán por muchos años aún el libro de cabecera de todos cuantos quieran conocer nuestro idioma. En mi « *Pequeño Larousse ilustrado* » he procurado aumentar considerablemente el vocabulario existente. En cada edición de dicho diccionario iré ampliando este caudal. En mi *Tesoro de la lengua española* he dejado apuntados ya gran número de barbarismos análogos a los que en este capítulo censuro. Mi *Curso práctico de Gramática y corrección de estilo* trae igualmente numerosos ejercicios que tienden al

mismo fin, y más adelante he de publicar, en esta misma colección, un diccionario de barbarismos y galicismos sacados de los escritores modernos, de los diarios, de la conversación vulgar. Todo ello son materiales que reuno para la grande obra futura de un diccionario del lenguaje moderno.

Pero sobre todo quisiera que nadie escribiera en adelante una palabra sin conocer exactamente su significado. Basta ya de oropel literario, de palabras que suenan, de exotismo mal entendido, de rastacuerismo literario, de esa manía de ostentación que quiere « despatarrar a los burgueses » y que no consigue engañar sino a lectores inadvertidos. Hacen falta, eso sí, libertad y atrevimiento, es preciso renovar los viejos moldes de la lengua castellana. Hace falta dar al idioma más flexibilidad, más colorido del que tenía. Pero no se olvide que, si el castellano se adapta más difícilmente que otras lenguas a la novedad, no es de ningún modo rehacio a ella. Crear palabras nuevas es a la vez un arte y una ciencia regida por leyes inflexibles, y cuanto más trabajo cuesta el esfuerzo creador, más bello y más perenne es el resultado.

Creo haber demostrado suficientemente en esta y en otras obras que no soy enemigo de la novedad, de la juventud. No cuento pues entre los defensores de un pasado que no ha de volver, de una antigüedad, reverenda por cierto, pero muerta y muy muerta. Pero he de batallar siempre por los fueros de la tradición castiza, el respeto de las leyes fonéticas del castellano y de la belleza del idioma. Vengan en buena hora palabras nuevas, desarróllese el sentido de las voces existentes, pero hágase siempre esto sabiamente, respétese la gramática, no la que se lee en los textos pedagógicos, sino la que se haría con las obras de los que mejor han escrito en nuestra lengua. Con Víctor Hugo exclamaré siempre : « Guerra a la retórica y paz a la sintaxis ».

LA NUEVA GRAMÁTICA DE LA REAL ACADEMIA

Hace algún tiempo tuve necesidad de repasar mi *Tesoro de la lengua española* para una segunda tirada y para ello me serví de las dos nuevas ediciones del Diccionario y de la Gramática de la Real Academia, acerca de las cuales figuraban en mi libro no pocas críticas, especialmente relativas al género, al número y a la ortografía.

No ha sido trabajo menudo dicha confrontación, pero lo mas triste es que, en lugar de suprimir la censura de ciertos disparates, me he tenido que contentar, pura y simplemente con cambiar su crítica por la de otros análogos.

Está aún la Gramática de la Academia muy por debajo de lo que debiera ser. Sólo se han hecho en 1909 algunas enmiendas de detalles menudos. Ni aun siquiera se ha pensado en desbrozar la dichosa *Lista de voces de dudosa ortografía*, en la que siguen apareciendo voces que no figuran en el diccionario y otras que son faltas de ortografía si las comparamos con las del mismo léxico.

Si en la primera edición de mi obra criticaba que en dicha lista figuraran : *ahacado*, *buído*, *leveche*, *vacisco*, *zabarceda*, y estuviesen ausentes del Diccionario, en la segunda edición he tenido que suprimir : *ahacado* y *buído* que están en la decimocuarta edición del Diccionario, pero sigo criticando las demás voces que introduce el Diccionario con las formas : *lebeche*, *bacisco* y *zabarcera*. ¿ A cuáles nos hemos de atener ?

Si las palabras : *cabuya*, *chabeta*, *fagina*, *galvanismo*, *jobada*, *karaíta*, *kermes*, *obito*, *zábila* y *zábida* no son ya faltas con arreglo al Diccionario, lo son ahora : *almajesto*, *almoravide*, *argémone*, *azábara*...

De un artículo de mi amigo Selva (*Archivos de Pedagogía y ciencias afines*, La Plata, dic. de 1912) copio las siguientes líneas referentes a dicho asunto :

« Consecuente la Academia con la tendencia que propende a sustituir la *k* por *c* o *q* a medida que las voces que llevan aquella letra se van castellanizando debidamente, convierte a *karaita* en *caraita*, a *kepis* en *quepis* » (que debiera ser *quepi*, pues maldita la falta que le hace la *s* final, siendo en francés *képi*). Agregaré que en la última edición del Diccionario puede el lector escoger entre *Kirghis* y *Quirguiz*, que figuran con sendas definiciones, como si no se conociesen ¡Y cómo se han de conocer, con tan distinta facha!

« Comprendiendo que la *z* está llamada a ser permutada por la *c* toda vez que preceda a *e* o *i*, sólo deja con *z* a *Zenobia*, *zigzag* y *ziszás*, y a fe que bien pudo estampar derechamente *Cenobia*, *cigzag* y *ciszás*, ya que hacia tal escritura evolucionamos sin duda alguna ».

Y a esto cabe agregar que, en la nueva edicion del Diccionario se ha dado de baja a *ziszás*, que ya solo es *zigzag*; que en dicho diccionario ha entrado ya *ceta*, con remisión a *zeta*, que *zizigia* y *cizigia* siguen haciéndole burla en la Lista de la gramática a la *sicigia* del Diccionario, y que *zend*, de la misma lista sigue llorando por que le den su definición en el léxico.

« Como en la última edición del Diccionario, se trueca en *v* la *b* de *malvabisco*; esta mutación sólo puede servir para anarquizar la ortografía; lo propio es que *malvabisco*, lo mismo que *torbisco* (del lat. *turbiscus*) e *hibisco* (del lat. *hibiscus*) adopten igual terminacion; esta última voz no está en el Diccionario ni en la Gramática... » *Malvavisco* viene en efecto del latín *malvaviscus*, pero es latín de Apuleyo y etimológicamente viene de *hibiscus* y del griego *hibiskos*.

« Se acentúa *cardalgia* y no *caridialgía*, como erróneamente anotó el Léxico en su última edición (la 14ª trae la forma grave), pero en cambio de esta salvedad deja a *exodo* sin acento y sólo se consigna a *pábilo* sin contar que los argentinos y la mayoría de los americanos sólo pronunciamos *pabilo* ».

De *exodo* puede suponerse que no es sino una errata de imprenta. En cuanto a *pábilo*, trayendo el Diccionario las dos formas, con remisión de la esdrújula a la grave, convendría poner sólo ésta en la lista.

Y agregaré que, lo mismo que en las anteriores

ediciones, hay en la lista voces que faltan en el Diccionario como : *boá*, *cavalillo*, *cochinabas*, *chomba*, *dervís*, *gabesina*, *hasiz*, *hedrar*, *holgín*, *oxímaco*, *reviste*, *servita*, *sexagonal*, *sexitano*, *tábega*, *tribón*, *vergarzoso*, *vitembergués*, *embujar*, *hicocervo*.

Entre las palabras que son pura y simplemente erratas, con arreglo al Diccionario, quedan : *alfageme* (alfajeme), *cicigia* (sicigia), *cochitehervite* (en dos pal.), *gétulo* (getulo), *óbelo* (obelo), *rebeza* (reveza), *regitar* (rejitar), *vandola* (bandola), *vespertillo* (vespertilio), *valeo* (baleo), *taravilla* (tarabilla), *Santa Catalina de Rizzis* (Rizzi), *San Juan Francisco de Regis* (sin de), *agerato* (agérato). ¡ Casi nada !

« En el capítulo de los diptongos y triptongos no se ha cambiado letra, lo que quiere decir que persisten las mismas vaguedades que hacen imposible fundar una regla precisa sobre este punto. Síguense dando cuatro triptongos, cuando está demostrado que pueden contarse ocho, desde que es posible agregar los siguientes : *uau* (¡ guau !), *iau* (miau), *ioi* (hioides, dioica), *ieu* (haliéutica). »

Véase también acerca de los diptongos el estudio que de ellos hago en mi *Curso práctico de gramática y corrección de estilo*, pp. 31, 32.

¡ Cómo estoy de acuerdo con el Sr. Selva para recomendar a la Academia que, en una nueva edición de su gramática tome para ejemplos de sus figuras de dicción formas actuales, en lugar de vejestorios, y dé como ejemplos de epéntesis : *fidelero* en vez de *corónica*, *perfumenes* en vez de *Ingalaterra*, y como modelos de prótesis : *elucubración*, *enjabonar*, *anaranjado*, etc. !

En cuanto a la acentuación mucho podría decirse. En la nueva edición del Diccionario vienen ya acentuados los verbos en *eír* y *oír*, pero no les ha tocado aún la misma suerte a los en *air* y *uir*. ¡ Ya vendrá quizás !

Largamente he estudiado este asunto en mi *Curso de gramática*, pp. 10, 11, 16, 17, 21, 22, 23, 26, 27. Allá remito a aquellos de los lectores a quienes interesen estos puntos. Del mismo parecer soy que Selva respecto del desdichado *aun*, cuya acentuación según la Gramática depende de su colocación respecto del verbo.

Al mismo tiempo que el artículo del Sr. Selva, tengo entre manos otro sobre *La Gramática y el Diccionario de la Real Academia*, escrito por el Sr. Rafael V. Silvari y presentado al Primer Congreso nacional de las Artes del libro, celebrado en Barcelona en 1911, y publicado en la *Revista de la Universidad de Tegucigalpa* (agosto de 1912). No tengo por desgracia sino el principio.

Quéjase el Sr. Salgari, con harta razón, de la falta de criterio que tenemos en punto a ortografía, aceptando en unos casos formas etimológicas, en otros alteraciones vulgares, haciendo unos líos estupendos de *bb* y *vv*, de *hh*, de *cc*, *ss* y *zz*, de *ll* y de *yy*. De esto resulta que « la ciencia del corrector o del que se precie de conocer la ortografía española no estriba únicamente en el dominio de las reglas generales, sino en el mayor o menor número de voces técnicas o de uso corriente que conozca, esto es en su cultura, ya que la ortografía, por dificultades inherentes al lenguaje, es una base de orientación y no una suma de reglas exactas y precisas que aclaren todo y todo lo resuelvan ».

Sentado por el autor, con bastante razón, que el escritor y el hombre de ciencia desconocen generalmente la ortografía, agrega :

« Sólo el cajista observador, tomando como base de su ciencia la caja, — esa cátedra admirable para el operario estudioso, en la que a diario contempla para su enseñanza el noble pugilato entre autor y corrector, impugnándose constantemente y constantemente completándose para alcanzar la mayor perfeccion en materia de lenguaje, — y el corrector, ese modestísimo obrero que ha de salvar en todo momento las distracciones o la ignorancia del autor... sólo aquél y éste, repito, son los únicos obligados a conocer perfectamente para seguirlas y aplicarlas siempre, las reglas que rigen la ortografía del idioma castellano ».

¿ Y a qué reglas ha de atenerse el corrector ? ¡ Pues a la Gramática y al Diccionario de la Academia ! Y así resultan muchas veces serios conflictos entre autores y correctores. Más de una vez hemos tenido, mi padre y yo, que rebelarnos contra las enmiendas que ciertos caballeros de esos pretendían hacernos, estribándose en tal o cual texto académico o no.

Aduce el Sr. Salgari una multitud de divergencias observadas entre la doctrina de la Academia y sus aplicaciones en las dos obras que estudia. Yo mismo, después de Valbuena, de Mugica y de otros muchos, he señalado en todos mis libros multitud de deficiencias de ambos libros, que son sin embargo, a pesar de todo, la única base en que podamos apoyarnos, mientras no tengamos cosa mejor.

Pero la Academia no suele hacer gran caso de estas correcciones. Si admitió, probablemente a causa del título, la mayor parte de las modificaciones que le proponía en mis *Enmiendas al Diccionario de la Academia*, no sucedió lo mismo con las que figuraban en mis *Apuntaciones lexicográficas*, en mis *Americanismos*, mi *Tesoro de la lengua castellana* y mi *Ortología de nombres propios*. Cuervo ha criticado años y años ciertos errores que aun subsisten, lo mismo ha pasado a Ortúzar, a Tobar, a Palma.

EL AFRANCESAMIENTO DE LA FRASE

Cuando abrimos algunos libros modernos nos sorprende a menudo una construcción casi completamente francesa y que, voluntaria unas veces, involuntaria otras, no deja de parecernos contraria a la índole del lenguaje español.

Abramos por ejemplo *Antonio Azorín*, de Martínez Ruiz. Este librito, que encanta por la riqueza de vocabulario, por el colorido del estilo, está, en ciertos casos escrito en una forma voluntariamente francesa, como puede juzgarse por los siguientes párrafos de la página 34.

« Azorín cree que a Ron le ha parecido bien la nueva casa. El ha entrado tranquilo, indiferente, impasible, luego ha dado una vuelta con el discreto desdén de un hombre de mundo. Azorín lo observaba; esta frivolidad le ha molestado. Y sin embargo, esta frivolidad no era ficticia. He aquí la prueba : Ron, sin pensarlo, ha dado un topetazo con una mosca que se hallaba muy tranquila en medio de la caja. La mosca se ha sobresaltado un tanto. Entonces Ron, ya vuelto a la realidad ha advertido su presencia ».

En la página 63 :

« Al final de este camino sesgo, se encuentra la sotana. Es una alameda compuesta de cuatro liños de olmos y acacias. La tierra es intensamente roja; el cielo aparece diáfano entre el boscaje de las copas. Azorín y el clérigo pasean despacio. Casi no lloran. Todo está en silencio.

Lo mismo encontramos en *La Catedral*, de Blasco Ibáñez, p. 32 :

« Las Claverías parecían desiertas. Los niños que las animaban al comenzar el día estaban en la escuela; las mujeres,

dentro de sus casas, preparaban la comida. En todo el claustro no había otra persona que él. La luz del sol bañaba todo un lado : la sombra de las columnas cortaba oblicuamente los grandes cuadros de oro que cubrían las baldosas. Un silencio augusto, la calma santa de la catedral, penetraba en el agitador como dulce narcotico. Los siete siglos adheridos a aquellas piedras parecían envolverle como otros tantos velos que le aislaban del resto del mundo. En una habitación de las Claverías sonaba un martillo con un repiqueteo incesante. »

Nueve frases seguidas sin una sola inversión.

Iguales construcciones hallamos en *Los Cohetes de la Verbena*, de Pedro de Répide, p. 51.

« Era una casa de un solo piso y ancho portalón... El patio tenía una parra tupida que le sombreaba y viejo pozo en uno de sus ángulos. Ese pozo legendario de los antiguos patios de la España... Un profesor de baile vivía en ella y casi todas las noches reunía allí a los discípulos... La música era de cuerda. . El salón se llenaba por las noches.

Abundan igualmente dichas frases en Valle Inclán. En la *Sonata de Primavera* encontramos, en la pág. 51 :

« Mi estancia tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol. En el jardín las fuentes repetían el comentario voluptuoso que parecen hacer a todos los pensamientos de amor sus voces eternas y juveniles... Yo sentí que el hálito de la primavera me subía al rostro. Aquel viejo jardín de mirtos y de laureles mostrábase bajo el sol poniente lleno de gracia gentilicia. En el fondo, caminando por los tortuosos senderos de un laberinto, las cinco hermanas se aparecían con las faldas llenas de rosas, como en una fábula antigua. »

De una página de *Alba Roja*, de Vargas Vila, entresaco las siguientes frases :

« Dos campesinos pasaron entonces... Tenía el aspecto de un mendigo, con sus vestidos harapientos... Tom el viejo perro vino a él gruñendo... Las flores se morían resignadas sobre aquel jardín en desolación. La casa, hundida en la tiniebla, parecía un sepulcro... Dos sombras se alzaron ante él y

avanzaron como dos iris negros, coronados por un rayo de luna... Un cirio, prendido ante una imagen, daba livideces de tumba al aposento. »

En *La Busca* de Pío Baroja abundan igualmente las frases pequeñas, cortadas, que principian con el sujeto y tienen a veces corte enteramente francés. He aquí algunos ejemplos :

« La noche era sofocante; en aquel agujero el calor era horrible. La Petra se metió en la cama, se persignó, apagó la candileja, que humeó largo rato, se tendió y apoyo la cabeza en la almohada. Un gusano de la carcoma, en alguno de aquellos trastos viejos, hacía crujir la madera de un modo isócrono » (p. 10).

« Don Telmo tenía las trazas de un hombre profundamente entristecido, de un ser desgraciado : en su cara lívida se leía un abatimiento profundo. La barba y el pelo blancos los llevaba muy recortados ; sus cejas caían como pinceles sobre los ojos grises » (p. 47).

« En la taberna, un gran número de mendigos, sentados en las mesas, engullían pedazos de bacalao y piltrafas de carne; un olor picante de gallinejas y de aceite salía de la cocina » (p. 105).

« Los luces de gas brillaban a largos trechos en el aire polvoriento; filas de carros pasaban con lentitud » (p. 108).

« En el corral las gallinas picoteaban la tierra; un cerdo hozaba y corría asustado de un lado a otro, gruñendo y agitándose con estremecimiento nervioso. Reverte bostezaba y guiñaba los ojos con gravedad, y uno de los burros se revolcaba alegremente entre pucheros rotos » p. 282).

« En el fogón, sobre la ceniza blanca, un puchero de barro hervía con un glu glu suave » (p. 282).

La mayor parte de las frases que acabo de apuntar podrían traducirse al francés sin cambiar la posición de ninguna palabra.

¿Es esto acaso digno de imitarse sistematicamente ? No lo creo. El orden lógico de la frase francesa : sujeto, verbo y atributo, que no presenta ningún inconveniente en aquel idioma, donde el acento tónico desempeña muy secundario papel, hace perder al castellano no poco de su incomparable armonía. ¿Por qué quitarle a nuestra lengua esa flexibilidad musical que nos envidian otras naciones y que con nada podríamos sustituir?

Acaso dirán algunos que la construcción directa da mayor claridad a la frase. No creo que sea esto cierto. Comparada nuestra lengua con la francesa, resulta en punto a claridad, muy aventajada la nuestra aun en sus mas enrevesadas construcciones. La lengua francesa, con su pronunciación atónica, sus letras de sonido variable con el puesto que ocupan, sus sílabas finales con tanta frecuencia mudas, su conjugación casi amorfa desde el punto de vista fonético, más importante que el gráfico, resultaría una algarabía incomprensible sin el orden lógico de la frase.

Así como en la frase latina permite la declinación diversa de las palabras presentarlas en el momento oportuno y vertidas de tal modo que sea imposible equivocarse en su significado propio y relativo, así nuestra conjugación nos permite colocar el verbo en el lugar que más oportuno nos parezca y de suerte que, al presentarse, pueda por sí solo, sin necesidad de la muletilla del pronombre, expresar al oyente todo cuanto se quiera manifestar con él.

Entiéndase por otra parte que no por esto soy enemigo del uso de la construcción directa en ciertos casos en que quiera obtenerse determinado efecto con ella. Como tampoco niego que en ciertos casos el empleo de los pronombres sujetos pueda producir un efecto interesante. Ni critico tampoco las frases cortas, ni las elipsis del verbo, todo esto son efectos artísticos que podrán siempre usarse por quien sepa y quiera hacerlo. Lo que censuro es el agabachamiento de la frase española que acostumbrada a vivir suelta y airosa, mal se aviene a soportar el rígido corsé de la frase francesa.

EL PORVENIR DE LA LEXICOGRAFÍA

Cómo se ha ido formando el diccionario.
La décimocuarta edición del Diccionario de la Real Academia española.
El lenguaje botánico.
La historia natural y los diccionarios.
El lenguaje anatómico.
El lenguaje de la moda.
Reimpresiones.
Americanismos.
El Diccionario de Garzón.
El Diccionario de Segovia.

CÓMO SE HA IDO FORMANDO EL DICCIONARIO

Por incompletos que nos parezcan los diccionarios, cuando no conseguimos encontrar en ellos alguna palabra que buscamos, no podemos sin embargo negar que han ido agregando cada cual alguna piedrecilla al catálogo del idioma. No debemos darnos por satisfechos con lo ya hecho, que es poco, ni tampoco despreciar a priori cuanto se ha intentado antes de nosotros.

Nos ha parecido que podía presentar algun interés, desde este punto de vista la historia de una página del diccionario a través de los siglos.

Hace más de cuatro cientos años que empezó el repertorio de la lengua. Veamos lo que ya hemos archivado.

Hemos adoptado como base la página 121 de la Academia (13ª ed.) (Balaje-Balín), que contiene 76 palabras, y hemos examinado la mayor parte de los diccionarios conocidos para apuntar lo que cada uno de ellos había traído a dicha página.

El Vocabulario de Antonio de Nebrija, (1506) el primero de los diccionarios castellanos, descartando el *Vocabulista arábigo* de Pedro de Alcalá (1505) traía :

Balar las ouejas. balo. as. aui.
Baldado cosa de balde. gratuitus. a. um.
Baldío cosa comun. publicus. a. um.
Baldío no dehesa. ager compascuus.
Baldon. obprobrium. conuicium. ij.
Baldonar. exprobo. as. obprobo. as.
Baldres pelleja curtida. melota. e.
Balido de oueja. balatus. us.

Una edición de dicho *Vocabulario* (Amberes, 1574) solo añade la palabra :

Balanza.

A estas nueve palabras agrega treinta y siete años después (1611) el diccionario de Covarrubias las siguientes voces :

Balancín, contrapeso de titiriteros.
Balax, piedra preciosa.
Balahuste (el texto trae **Barahuste** , quasi *vara fustis*, vara gruessa rolliza de que se hazen las varandillas de los corredores. Antiguamente se vsaban ciertas máquinas en que ponian estos barahustes con vnos hierros a manera de saetas, pero muy disformes, y los arrojauan con grandissima furia a los enemigos y esto llamauan desbarahustar, que es tanto como disparar y de alli nació el modo de hablar quando vno se descompone en razones fuera de razon, dezir que desbarahusto.
Balcón, ventana rasgada preeminente y de majestad.
Balda vale cosa de poco precio y provecho.
Balde (de), en balde.
Balda (vivir a la) vivir descuidadamente.
Baldadon (sic). Miembro baldadon, el seco, inútil, de ningun servicio.
Baldonada.
Balixa, baulixa, por ser a modo de baul.

¡Pueden recomendarse las pocas etimologías del bueno de Covarrubias!

En 1621 sale a luz en Francia el *Tesoro de las dos lenguas española y francesa*, de César Oudin. Dicho autor, que compulsó los dos diccionarios de Nebrija y Covarrubias, el de Sánchez de la Ballesta (1587) y el *Vocabulario toscano español* de Cristóbal de las Casas (1591), trae las siguientes voces nuevas :

Balançar.
Balançario.
Balandrán.
Balando, ger. de Balar.
Balaustias, flores de granado secas.
Balazo.
Balbo, tartamudo.
Balbuciente.

Baldaquino.
Baldrón, baladrón.
Baldronear, baladronear,

voces, las dos últimas, que no he vuelto a ver en ningún diccionario.

Y, en la sección de voces de germanía :

Balhurria.
Balante, por Carnero.
Balanza, por Horca, que pasó al Diccionario de autoridades y no he vuelto a ver desde entonces.
Baldío m. Tierra erial.
Baldosa.
Baldraque, cosa de poco o ningún valor.
Balería.

El Diccionario español francés de Sobrino (1705) añade :

Balancero, lo mismo que Balanzario.
Balancín, pieza del reloj.

En 1726 aparece el Diccionario de Autoridades, que constituye un adelanto formidable sobre los léxicos anteriores. Encontramos en él por vez primera :

Balance.
Balancear.
Balancía, pr. And. Sandía y pr. Ar. Especie de uva blanca.
Balancín, con las varias acepciones actuales.
Balandra.
Balanza, con las varias acepciones modernas, incluso la de horca (Germ.), hoy desaparecida.
Balanzo.
Balaustrada.
Balaustre.
Balaustria f. Flor del granado (Hoy suprimida).
Balcón.
Balconage.
Balconería.
Baldar.
Balde, cubo para sacar agua de los pozos. Se usa en Andalucía y otras partes.

Cincuenta años después tenía terminado su monumental obra el famoso jesuíta Terreros y Pando. Lástima grande fué que no pudiera aquel ilustre filólogo asistir a la publicación de su libro. Y lástima también que apareciese en 1786, en una época tan poco propia para tal género de estudios. De su riqueza puede juzgarse por lo que agregó a la página que estamos estudiando :

Balancé, cierto paso de danza.
Balanceado.
Balancín, pieza de los telares.
Balano, concha, bellota marina.
Balanus, voz de Anatomía.
Balanza, cierta red de pescar.
Balaou, cierto pez.
Balasór, una tela de las Indias.
Balastri, tēla realzada de oro.
Balatas, árbol grande de América.
Balaustre, pieza de la linterna de las tahonas.
Balcón, palco de teatro.
Balconcillo, en las jaulas parte donde se pone el bebedero.
Baldaquí.
Baldeo (Germ.) Espada.
Baldés, cuero delgado.
Baldo, fallo en el juego.
Baldonado.
Baldosado.
Baldosador.
Baldosar.
Balener, ant. lo mismo que navío manco.
Balí, en los lavaderos, saca en que va la lana para dezmar, etc., al lado tiene otro medio balí que se llama lista y para sujetar esta hay dos chirimbotes, que son como pelotas de la misma materia que la saca: el remate del balí por el lado opuesto a su pie se llama oreja.

El mismo año de 1786 sale en Londres una edición refundida del *Diccionario inglés español* de Baretti. De ella podemos sacar :

Baldachino.
Baldonador.
Balerina, por valeriana.
Balica, especie de embarcación.

En 1803 trae el Diccionario de la Academia, como palabras nuevas :

Balancica.
Balanzado.
Balanzón, vasija que usan los plateros.
Balata, canción, que ya traía Terreros en Ballata.
Balaustra, la flor del granado.
Balaustrado.
Balaustral.
Balaustrería.
Balconazo.
Balbucencia.
Balconcillo, d. de balcón, nada más.
Balde, sólo con la acepción de marinería.
Baldero, ocioso.
Baldiamente.
Baldonadamente.
Baldonamiento.
Baldoneado.
Baldonear, ant. Baldonar.
Baldono, ant. Barato.
Baldosa, instrumento músico.
Baleárico.
Baleario.
Baleta, bala o fardo pequeño.
Balijón, balija grande.

En el suplemento aparece por vez primera **Bálan** , acentuado en la primera sílaba, pero dicha acentuación, aunque etimológica, no prevaleció, hasta la 14ª edición en que vuelve a reaparecer. Ya traía Terreros esta palabra en su diccionario con la acentuación grave.

La 5ª edición del Diccionario de la Academia trae una voz nueva :

Balduque, cinta angosta para atar legajos.

En la 8ª edición del Diccionario de la Academia (1837) encontramos :

Balancita, d. de Balanza.
Balano, voz de Anatomía, grave.
Balaustra, cambiado el sentido por el de : variedad del granado.
Balijero, el que conduce la balija del correo.

En el Suplemento aparece :

Baldear, regar con baldes las cubiertas de los barcos.

Basado en dicha octava edición publicó en 1846 don Vicente Salvá su excelente Diccionario en el que hallamos :

Balanceador, dícese del barco que balancea.
Balanceo, del barco.
Balandrán. Además de la acepción corriente : Especie de bata o ropón que usaban los no eclesiásticos.
Balanquín, m. ant. Vestidura preciosa de seda y oro.
Balaústra, Sin. de Balaustra.
Balaustrar, poner balaustres.
Balbacoa, Cuba. Sobrado o cámara en las casas de labradores.
Balbas f. pl. ant. Derecho pagado antiguamente.
Baldaquino. Además : Cascarón, especie de bóveda.
Baldero ant. Además : Inútil, hecho en balde.
Baldrero, ant. Voluntario, hecho sin motivo.
Balero m. Especie de tenaza para agarrar balas caldeadas.
Balesta ant. Ballesta.
Balestón ant. Ballestero.

Trae además : **Balancé**, **Balanza** de pescar, **Balaustia**, **Baldosador** y **Baldosar** que estaban en Terreros pero no pasaron aun a la Academia y **Balancía**, **Balaustrillo** y **Baldraque** que estaban en el Diccionario de Autoridades y no en el vulgar.

El Diccionario de Domínguez, en 1848, agrega :

Balato, zoófito.
Balatro, enfermedad.

Balaustrero.
Balaustrial.
Balbuceador.
Balbuceamiento.
Balbuciante.
Balestrilla.
Balícero, árbol.
Balígulo, especie de hongo.

En 1859 publicó en Madrid D. Luis Marty y Caballero, con el título algo pomposo de « Vocabulario de *todas* las voces que faltan a los diccionarios de la lengua castellana », un copioso léxico del que podemos extraer bastantes voces:

Balajú, barco americano. Buque vizcaíno.
Balao, árbol de Filipinas.
Balaqueador, Amer. Baladrón.
Balaquear, Amer. Baladronear.
Balaquero, Amer. Baladrón.
Balast.
Balastage.
Baldeable.
Baldeador.
Baldiar, ant. Baldío. Derecho de aposentar en baldíos extraños.
Baldufa, bagatela.
Balduquesa, medida o norma del ancho del balduque.
Baleba, Germ. Tocino.
Baliar, Germ. Batir.
Baliche, Germ. Cerdo.
Balicho, Germ. Tocino.
Balijia, Germ. Batería.

Por otra parte cita Caballero como ausentes de todos los diccionarios voces como **Balancía**, que estaba en el Diccionario de Autoridades o como **Balastri**, **Balbo**, **Balconcillo**, **Baldaquí**, que estaban en Terreros.

En las tres siguientes ediciones del Diccionario académico registramos pocos ingresos. En la undécima (1869), aparecen ya:

Balancilla.
Balastrar, poner balasto.

Balastre, que cedió más tarde el puesto a Balasto.
Balbucir.
Baldadura.
Baldamiento.
Baldeo, acción de baldear.

En el abundantísimo diccionario francés español de Saint-Hilaire-Blanc, publicado en París en 1870, encontramos un riquísimo venero de voces nuevas. El autor, que confiesa ingenuamente en su prólogo haber saqueado todos los Diccionarios grandes o pequeños publicados antes que el suyo, ha sacado rica cosecha de su trabajo. Enriquece su obra nuestra lista con las siguientes voces :

Balajo, hojas que envuelven la espiga del maíz.
Balajú o Balahú, pez de los mares caribes.
Balanceabilidad.
Balanceable.
Balanceativo.
Balanceatorio.
Balanceja.
Balancejo, balanceo leve.
Balancista.
Balandreja.
Balandril.
Balandrilla.
Balandrín.
Balandrita.
Balandrón.
Balandrucha.
Balaneote, natural de Balaneo (?)
Balanga, fruto del balanguero.
Balanguero, árbol de Madagascar.
Balanzucho.
Balata, zoófito de los mares filipinos.
Balaustero, granado silvestre.
Balaustriento.
Balaustrino.
Balaustrio.
Balaustro.
Balbucear.
Balbuceo.
Balbuciar.

Balbusar, **Balbuzar**, **Balbusardo** o **Balbuzardo**, ave de rapiña.
Balconcito.
Baldadamente.
Baldadísimo.
Baldadito.
Baldaquín.
Baldecillo.
Balderaya, pez (fr. *baudroie*, pejesapo).
Baldigente, en que hay baldíos.
Baldoncito.
Baldosilla.
Baldosita.
Baldufario.
Balear, de las islas Baleares.
Balero, cierto pez, cuchara para la brea, fabricante de balas, sitio donde se guardan las balas, molde para fabricar balas.
Balestilla.
Balestrinque.
Baleuca, oro en bruto.
Balí, idioma indio.
Baligasa, ave filipina.
Balígula, especie de hongo.
Balijilla.
Balijita.
Balilla.
Balín.

Verdad es que muchas de estas palabras son derivados sin gran valor, pero otras hay bastante importantes.

El diccionario de Roque Barcia (1881) nada agrega.

El de Cuesta (1878) trae :

Balausta.
Balayón, árbol de Filipinas.
Balerío.
Balibago, árbol.
Balilí.
Balimbín.
Bali, voz de Germanía.

La duodécima edición de la Academia da cabida a :

Balate, parata, lindazo, etc.
Balaste, que acabó por cambiarse en Balasto.
Balay, americanismo, por cesta de mimbres o de carrizo.

En la Enciclopedia hispanoamericana de Montaner y Simón, publicada en 1888 y una de las compilaciones que más fama han tenido en España, encontramos además :

Balancela, barco italiano.
Balastar.
Balastera.
Balasto, con remisión a Balaste, forma académica de entonces que ha desaparecido de la 13ª edición del Diccionario, cediendo el paso a Balasto.
Balconcillo, acepciones de teatro y parte del armón de artillería.
Balda, pr. Ar. Aldaba.
Baldanza (de) ant. Ociosamente.
Baldíes o Baledíes, árabes beduínos que entraron en España antes que los árabes de Siria.
Baldón, pr. Ar. Aldabón.
Baldorro, pr. Ar. Aldabón.
Baldragas, fam. Bragazas, bonachón, con cita de Pereda.
Balete, árbol del género Ficus, en Filipinas.

Unos cinco o seis años más tarde salió en París el Diccionario de Zerolo, Toro y Gómez e Isaza, muy reputado en América especialmente. Contiene, además de las voces enumeradas :

Balandronada, Per. Baladronada.
Balastro.
Balata, árbol de América ¿El balatas de Terreros?)
Balayo, pr. Can. Cesta de paja con borde poco alto.
Balcarrota, Col. Patillas.
Baldear... Además; achicar el agua de una zanja con baldes.
Baldomero, árbol de la isla de Cuba.

Baldoque, baldaquín.
Baldosín.
Baldosón.
Balduque, además : Col. Belduque, cuchillo.
Balduquín, baldaquín.
Baleo, pr. León. Especie de escoba para barrer las eras.

En la 13ª edición del diccionario de la Academia, aparecen por último :

Balaje.
Balate. Zoófito.
Baleo, ruedo o felpudo.

Tras esta edición de la Academia se abre en España la era de los Grandes Diccionarios. Veamos qué han agregado al caudal ya crecidito que hemos apuntado.

Descartemos el de Pagés que a fuerza de parcidad en la selección de vocablos apenas agrega nada al de la Academia. En toda la página sólo encuentro **Balanceo**, no académico y ya lo trae Salvá desde 1846.

Hacia 1906 sale el primer tomo del Diccionario Salvat, verdadero cajón de sastre donde según la portada se ha acumulado todo el saber humano. En la sección que estudiamos encontramos como novedades :

Balamú, pr. Ast. Opresión repentina del corazón, con síntomas de asfixia.
Balboa, moneda de Panamá.
Baldamente, adv. sin provecho, en balde.
Baldar, además : vulg. Derrengar.
Balea, esquife o chalupa.
Balear, además : Méj. Fusilar.
Balearino, baleárico.
Balebal, germ. Tocino.
Balenca, errata por Baleuca, que ya estaba en S. H. Bl.
Baleo, además : Méj. Tiroteo.

Hacia 1908 sale el tomo de la Enciclopedia Espasa que contiene la B. En dicho tomo encontramos :

Balanza... además : acepciones de red de pesca (que ya dió Terreros) y de marina : suspensión de Cardán.
Balanzón... Además : Méj. Pala para la basura, recogedor.
Balay, lo trae también como pr. de Canarias.
Balbalipén, Germ. Fortuna.
Balbaló, Germ. Rico.
Balcarrotas... Además, Méj. Mechones de pelo que llevan los indios a los lados del rostro.
Balcojuné, Germ. Fanfarrón.
Balconcillo... Además : Per. Sendero al borde de un precipicio.
Balconero, ra, aficionado a asomarse al balcón.
Baldoque, paño o tela que se fabrica en Bagdad.
Baldoquín, Amer. Baldaquín.
Balebul, Germ. Jamón.

El Diccionario monumental de Seguí, a pesar de su enorme volumen no nos añade gran cosa :

Balichón Germ. Jamón.

Entre los Diccionarios manuales encontramos en el Campano, refundido por el peruano González de La Rosa :

Balancín... además : Per. Calesa vieja para viajar.
Balay, está indicado sólo como peruanismo.

El de mi padre, que es andaluz, aumenta la serie con :

Balear... Además : pr. And. Limpiar la parva.

Nada trae el diccionario de Calleja.

En el de Salvador Viada hallamos dos gentilicios :

Balazoteño, de Balazote (Albacete) y
Balbaseño, de los Balbases (Burgos).

Mi *Pequeño Larousse ilustrado* agrega las siguientes voces :

Balance... Además : Col. Negocio.
Balanceante, que balancea.
Balanzón... Además : Méj. Recogedor para granos.
Balaustre... Además : Amér. Palustre, llana de albañil.
Balay... Además : Méj. y Cub. Batea de palma o madera. Col. Cedazo de bejuco.
Balazo... Además : Chil. Ser balazo una persona, ser muy diestra.
Baldosa... Además : Méj. Losa.
Balero... La acepción de Boliche, juguete, extendida a Colombia, Méjico y Argentina.

El Suplemento del Salvat 1913 trae :

Balanceador, Arg. Tasador.
Balancelo, embarcación.
Balenita, ballena artificial.

La 14ª edición de la Academia agrega **Balanceo** (de (Salvá), **Bálano** (de Acad.ª) con una nueva acepción de Zoología, **Balaústre, Balay** (acep. cubana, del Larousse), **Baiboa** (de Salvat), **Baldear** (de Zerolo), **Baldragas** (de Montaner y Simón), **Balerío** (de Cuesta). Sólo **Balaústre** es nuevo.

Y a esta serie pudiéramos agregar aún las siguientes palabras :

Balancada, pr. Gal. Cerco de abrojos. (Cuv. Piñ).
Balance m. Red de pescar llamada también balanza, medio mundo, etc.
Balanceo, la acepción c. en el artº *Tijera*. (Acad. 12ª ed.) : cualquiera de los correones cruzados en que se sustentan los balanceos para el buen movimiento de la caja. (Amunátegui Reyes, *Al través del diccionario*). Calcaño, en su *Castellano en Venezuela*, § 401, supone que es errata por balancines.

Balanquín (Mugica, *Maraña*).
Balar, pr. Gal. Oscilar. (Cuv. Piñ.).
Balarrasa f. Méj. pop. Ron. (Duarte).
¡**Balazo**! interj. Méj. ¡Caramba! (U. en Yucatán), (Duarte).
Balbutir v. n. Méj. Balbucir. (Duarte).
Balcarrota f. Méj. También : Barbarismo por *Bancarrota* (Duarte).
Balconear v. n. Arg. Atisbar por el balcón. (Seg.).
Balda, pr. Sant. Anaquel. (Huidobro).
Balde m. Arg. Pozo con balde. pr. Can. Cubo.
Baldero m. Arg. El que descubre y horada los baldes.
Baldón pr. Gal. Tarugo para tapar las pipas (Cuv. Piñ.).
Baldonista adj. Salv. Injuriador. (Salazar).
Baldoquín. Venez. Baldaquín (Picón Febres, *Libro raro*). Hond. (Membreño).
Baldosado m. Arg. Embaldosado. (Sánchez).
Baldra, panza. (Mugica. *Maraña*).
Baldragucas, pr. Sant. Braguillas. (Huidobro).
Baldrocas, pr. Gal. Desaliñado, rústico. (Cuv. Piñ).
Balducar, pr. Sant. (Mugica, *Dialectos*).
Balear, v. a. Salv. Petardear, estafar. (Salazar).

He aquí por lo demás, por orden alfabético, la lista de las palabras que acabamos de catalogar, con la indicación de las obras donde por vez primera se apuntaron. Señalamos con el signo* las que figuran en la decimocuarta edición de la Academia.

***Balaje**, Ac. 13.
Balajo, SHBl.
Balajú, Cab., SHBl.
Balamú, Salvat.
Balancada, Adic.
***Balance**, Aut., Lar., Adic.
Balancé, Ter.
Balanceabilidad, SHBl.
Balanceable, SHBl.
Balanceado, Ter.

Balanceador, Salvá, Supl. Salvat.
Balanceante, Lar.
***Balancear**, Autor.
Balanceativo, SHB.
Balanceatorio, SHB.
Balanceja, SHB.
Balancejo, SHB.
Balancela, M. Sim.
Balancelo, Supl. Salvat.
***Balanceo**, Salvá, Adic. Acad. 14.
***Balancero**, Sobr.
Balancia, Autor.
Balancica, Acad. 4.
Balancilla, Acad. 11.
***Balancín**, Cov., Sobr. Autor., Ter., Camp.
Balancista, SHB.
Balancita, Acad. 8.
***Balandra**, Autor.
***Balandrán**, Oud., Salvá.
Balandranada, Zerolo.
Balandrario, SHB.
Balandreja, SHB.
Balandril, SHB.
Balandrilla, SHB.
Balandrín, SHB.
Balandrita, SHB.
***Balandro**, Acad. 13.
Balandrón, SHB.
Balandronada, Zer.
Balandrucha, SHB.
Balaneote, SHB.
Balanga, SHB.
Balanguero, SHB.
***Bálano**, Acad. 4, Acad. 14.
***Balano**, Ter. Acad. 8.
Balanquín, Salvá, Adic.
***Balante**, Oud.
Balanus, Ter.
***Balanza**, Neb., Oud., Ter., Espasa
Balanzado, Acad. 4 y 14.
***Balanzón**, Acad. 4, Espasa, Lar.
***Balanzar**, Oud.

*Balanzario, Oud.
*Balanzo, Autor.
Balanzón, Acad. 4,, Espasa.
Balanzucho, SHB.
Balao, Cab.
Balaou, Ter.
Balaqueador, Cab.
Balaquear, Cab.
Balaquero, Cab.
*Balar, Neb., Adic.
Balarrasa, Adic.
Balasor, Ter.
Balast, Cab.
Balastaje, Cab.
*Balastar, M. Sim.
Balaste, Acad. 12.
Balastera, M. Sim.
*Balasto, M. Sim.
Balastrar, Acad. 11.
Balastre, Acad. 11.
Balastri, Ter.
Balastro, Zerolo.
*Balata, Acad. 4., SHB., Zer
Balatas, Ter.
*Balate, Acad. 12, Acad. 13.
Balato, Dom.
Balatro, Dom.
*Balausta, Cuesta.
Balaustero, SHB.
Balaustia, Oud.
*Balaustra, Acad. 4 y 8.
Balaústra, Salvá.
Balaustrada, Autor.
*Balaustrado, Acad. 4.
Balaustrar, Salvá.
*Balaustral, Acad. 4.
*Balaustre, Autor., Ter., Lar.
*Balaústre, Acad. 14.
Balaustreado, Ter.
*Balaustreria, Acad. 4.
Balaustrero, Dom.
Balaustria, Autor

***Balaustriado**, Autor.
Balaustrial, Dom.
Balaustriento, SHB.
Balaustrillo, Autor.
Balaustrino, SHB.
Balaustrio, SHB.
Balaustro, SHB.
Balax, Cov.
***Balay**, Acad. 12, Espasa, Campano, Lar.
Balayo, Zerolo.
Balayón, Cuesta.
***Balazo**, Oud., Lar., Adic.
Balazoteño, Viada.
Balbacoa, Salvá.
Balbalipén, Espasa.
Balbaló, Espasa.
Balbas, Salvá.
Balbaseño, Viada.
Balbo, Oud.
***Balboa**, Salvat.
Balbuceador, Dom.
Balbuceamiento, Dom.
***Balbucear**, SHB.
***Balbucencia**, Acad. 4.
Balbuceo, SHB.
Balbuciante, Dom.
Balbuciar, SHB.
***Balbuciente**, Oud.
***Balbucir**, Acad. 11.
Balbusar, SHB.
Balbusardo, SHB.
Balbutir, Adic.
Balbuzar, SHB.
Balbuzardo, SHB.
Balcarrota, Zerolo, Adic.
Balcarrotas, Espasa.
Balcojuné, Espasa.
***Balcón**, Cov., Autor., Ter.
***Balconaje**, Autor. 4.
Balconazo, Acad.
Balconcillo, Ter., Acad. 4, M. Sim., Espasa.
Balconcito, SHB.

Balconear, Adic.
***Balconería**, Autor.
Balconero, Espasa.
***Balda**, Cov., M. Sim., Adic.
Baldachino, Baretti.
Baldadamente, SHB.
Baldadísimo, SHB.
Baldadito, SHB.
***Baldado**, Neb.
Baldadón, Cov.
***Baldadura**, Acad. 11.
Baldamente, Salvat.
***Baldamiento**, Acad. 11.
Baldanza, M. y Sim.
Baldaquí, Ter.
***Baldaquín**, SHB.
***Baldaquino**, Oud., Salvá.
***Baldar**, Autor., Salvat.
***Balde**, Cov., Autor., Acad. 4, Mont. Sim., Adic.
Baldeable, Cab.
Baldeador, Cab.
***Baldear**, Acad. 8, Zerolo.
Baldecillo, SHB.
***Baldeo**, Ter., Acad. 11.
***Baldero**, Acad. 4, Salvá, Adic.
Balderraya, SHB.
***Baldés**, Ter.
***Baldíamente**, Acad. 4.
Baldiar, Cab.
Baldíes, M. Sim.
Baldigente, SHB.
***Baldío**, Neb., Oud.
***Baldo**, Ter.
Baldomero, Zerolo.
***Baldón**, Neb., M. Sim., Adic.
***Baldonada**, Cov.
***Baldonadamente**, Acad. 4.
Baldonado, Ter.
Baldonador, Baretti.
***Baldonamiento**, Acad. 4.
***Baldonar**, Neb.

Baldoncito, SHB.
Baldoneado, Acad. 4.
***Baldonear**, Acad. 4.
Baldonista, Adic.
***Baldono**, Acad. 4.
Baldoque, Zerolo, Espasa.
Baldoquín, Espasa, Adic.
Baldorro, M. Sim.
***Baldosa**, Oud., Acad. 4, Lar.
Baldosado, Ter., Adic.
Baldosador, Ter.
Baldosar, Ter.
Baldosilla, SHB.
***Baldosín**, Zerolo.
Baldosita, SHB.
***Baldosón**, Zerolo.
Baldra, Adic.
***Baldragas**, M. y Sim.
Baldragucas, Adic.
Baldraque, Oud.
Baldrero, Salvá.
***Baldrés**, Neb.
Baldrocas, Adic.
Baldrón, Oud.
Baldronear, Oud.
Balducar, Adic.
Baldufa, Cab.
Baldufario, SHB.
***Balduque**, Acad. 5, Zerolo.
Balduquesa, Cab.
Balduquín, Zerolo.
Bale, Cuesta.
Balea, Salvat.
***Balear**, (adj). SHB.
Balear, Salvat, Toro Gómez, Adic.
***Baleárico**, Acad. 4.
Balearino, Salvat.
***Baleario**, Acad. 4.
Baleba, Cab.
Balebal, Salvat.
Balebul, Espasa.
Baledíes, M. Sim.

Balener, Ter.
Balenita, Supl. Salvat.
Baleo, Zerolo, Acad. 13, Salvat.
***Balería**, Oud.
Balerina, Baretti.
***Balerío**, Cuesta.
***Balero**, Salvá, SHB., Lar.
Balesta, Salvá.
Balestilla, SHB.
Balestón, Salvá.
Balestrilla, Dom.
Balestrinque, SHB.
***Baleta**, Acad. 4.
Balete. M. y Sim.
Baleuca, SHB.
***Balhurria**, Oud.
Balí, Ter.
Baliar, Cab.
Balibago, Cuesta.
Balica, Baretti.
Balicero, Dom.
Baliche, Cab.
Balicho, Cab.
Balichón, Seguí.
***Balido**, Neb.
Baligasa, SHB.
Balígula, SHB.
Balígulo, Dom.
Balija, Cov.
Balijero, Acad. 8.
Balijia, Cab.
Balijilla, SHB.
Balijita, SHB.
Balijón, Acad. 4.
Balilí, Cuesta.
Balilla, SHB.
Balimbín, Cuesta.
***Balín**, SHB.

Observamos en la lista anterior que, de las 81 palabras que integran la página del diccionario en que nos

ocupamos, 45 han aparecido por vez primera en las ediciones diversas del diccionario de la Academia.

En los léxicos publicados antes que el de Autoridades vemos que de Nebrija tomó ocho palabras la Academia y de Covarrubias seis.

En el Diccionario de Terreros aparecen siete voces que después pasaron a la Academia.

Desde entonces las palabras introducidas por la Academia después de otros autores se reducen a :

Dos palabras de Salvá (Balanceo, Balero), cuatro de Saint Hilaire Blanc (Balbucear, Baldaquín, Balear y Balín); tres de Montaner y Simón (Baldragas, Balastar y Balasto), tres de Zerolo (Baldosín, Baldosón y Baleo), una de Salvat (Balboa) y una de Cuesta (Balerío).

Algunas palabras han ido cayendo del diccionario. Tales son *Balancía, Balancica*, *Balancita*, *Baldraque*, *Balconazo*, *Balconcillo, Baldado*, *Baldoneado*, *Balaustrillo*. Otras han mudado la ortografía, como *Balaste* y *Balastre*, hoy *Balasto*, *Balija* y sus compuestos, que han pasado a la *v*, quizás para dejar el lugar a *Valiza* y los suyos que no se encontraban a gusto en la V. *Bálano,* esdrújulo en Acad. 4 perdió el acento durante un siglo, recobrándolo sólo en Acad. 14.

De las voces traídas por el diccionario en esta página, algunas como *Balaustral*, *Balaustriado*, *Baldado*, *Baldonadamente*, podrían suprimirse igualmente, y en cambio, algunas de las otras palabras que hemos recogido podrían entrar en él por vez primera.

En resumen se han archivado ya en los diferentes diccionarios unas doscientas cincuenta palabras más o menos españolas. Y eso que no contamos la infinidad de voces sabias y símilisabias que inundan los léxicos. En 1870 traía ya el diccionario francés español de Saint Hilaire Blanc veintiséis derivados de Balano. El de Seguí trae treinta y tres. Algunas de estas palabras son verdaderamente fantásticas : Trae St. H. Blanc.

Balanopendi, m. El que expende bellotas.
Balanófrago, m. Destructor de bellotas
Balaustrífago, ga adj. Que come flores de granado silvestre.

Por este procedimiento pueden fabricarse indefinidamente palabras.

Examinemos sin embargo el valor relativo de las adquisiciones hechas por cada uno de estos léxicos.

Hasta el diccionario de Autoridades las palabras introducidas son generalmente de alguna importancia.

Terreros agrega bastantes voces buenas, pero también mete cierto número de voces exóticas : *Balasor*, *Balastri*, *Balatas, Balaou :* algunos derivados : *Balanceado*, *Balaustriado*, *Baldonado*, *Baldosador,* y abre la puerta a las voces de Germanía: *Balante* y *Baldeo.*

Las adiciones de Baretti carecen de valor : *Baldachino*, *Baldonador*, *Balerina*, *Balica.*

La Academia en 1803 introduce principalmente derivados : *Balancero*, *Balancica*, *Balanzado*, *Balaustrado*, *Balconaje*, *Baldíamente*, *Baldonadamente*, *Baldonamiento*, *Baldoneador*, *Baldonear*, *Baleárico*, *Baleario*, *Balaustral*, *Balaustrería*, *Balconazo.* Es el procedimiento de Terreros ampliado. Sin embargo, algunas adiciones son buenas : *Balanzón, Balaustra*, *Balbucencia*, *Baldosa.*

La quinta edición de la Academia, más parca en sus adiciones solo da una palabra, muy buena : *Balduque.*

La octava cambia el sentido de una voz, *Balustra* y agrega *Balijero.*

En las adiciones de Salvá podemos espigar : *Balanceo* del barco, *Baldaquino* de bóveda, *Balero*, y un cubanismo : *Balbacoa.*

Entre las adiciones indicadas por Marty y Caballero merecen mención : *Balaqueador*, *Balaquear*, *Balaquero*, americanismos y *Balast.* Las demás son derivados, voces anticuadas y voces de Germanía.

En las siguientes ediciones académicas hay poco : *Balbucir*, *Baldadura, Balastrar* y *Balastre* (que sustituye al *Balast* de Marty y más tarde ha de cambiarse en *Balaste* [Acad. 12]), *Balasto* y *Balate.*

Entre las sesenta voces que agrega Saint Hilaire Blanc a esta página (además de otras cuarenta y tres de aspecto científico), poquísimas valen la pena de citarse : *Balata*, aceptado hoy por la Academia con la forma *Balate* (y definido ya, por otra parte, en *Cohombro de mar*), *Balbucear*, *Balear*, de las islas

Baleares. Las demás voces son derivados de mediana importancia.

En la duodécima edición de la Academia entran *Balate* y el americanismo *Balay*.

La enciclopedia de Montaner y Simón trae bastantes voces nuevas : *Balastar*, *Balasto*, *Balastera*, *Baldragas*, *Balconcillo, Balete*. Hay pocas voces exóticas (*Balancela*, *Baldíes*), algunos anticuados y varios provincialismos de Aragón.

El Diccionario de Zerolo, Toro y Gómez e Isaza, trae pocas cosas nuevas, fuera de *Baldosín* y *Baldosón* derivados. Pero incluye *Balayo*, provincial de Canarias (Zerolo era canario), algunos americanismos : *Balandronada*, *Balcarrota*, *Baldomero*, *Balduque*, y da como provincial de León *Baleo*, que había de pasar a la edición decimotercera de la Academia sin indicación de provincialismo.

La décimotercera edición académica sólo trae *Balaje*, poco usado, *Baleo*, de que acabamos de hablar y la forma final del *Ballast* inglés, reclamada en 1859 por Marty.

El de Pages no trae nada.

El de Salvat da tres americanismos : *Balboa*, de Panamá, *Balear* y *Baleo*, mejicanos y un provincialismo de Asturias, *Balamú*, equivocado, pues debe ser Bálamu (Rato de Arguelles, *Diccionario bable*).

La enciclopedia Espasa introduce : cuatro americanismos: *Balanzón*, *Balcarrotas, Balconcillo*, *Baldoquín*; un filipinismo : *Balayón* y cuatro germanismos.

El diccionario de Seguí, aunque dedica quince páginas a la del diccionario académico en que nos ocupamos, no agrega sino una voz de Germanía : *Balichón*, jamón.

El diccionario de Campano, revisado por el peruano Martínez de la Rosa, trae dos peruanismos ; *Balancín* y *Balay*, de los que sólo el segundo figura en el vocabulario de Juan de Arona.

Del diccionario de Calleja nada sacamos.

El de Viada nos ofrece dos gentilicios : *Balazoteño* y *Balbaseño*.

El de Toro y Gómez, andaluz, nos da : *Balear*, provincial de Andalucía.

Mi *Pequeño Larousse ilustrado* trae siete americanismos : *Balance*, *Balanzón, Balaustre*, *Balay*, *Balazo*, *Baldosa* y *Balero*.

Y a las voces ya citadas puedo agregar, de mis papeletas personales otros diez americanismos : *Balarrasa*, *Balazo*, *Balbutir*, *Balcarrota*, *Balde*, *Baldero*, *Baldonista*, *Baldoquín*, *Balear*, *Baldosado*, dos acepciones nuevas : *Balance* y *Balanceo* y diez provincialismos : *Balancada*, *Balanquín*, *Balar*, *Balda*, *Baldón*, *Baldra*, *Baldragucas*, *Baldrocas*, *Balducar*.

Y está lejos de haberse terminado la lista.

Por lo demás no todos los diccionarios enriquecen de igual manera el caudal de la lengua. Los hay cuyas adiciones pasan inadvertidas durante largos años, acaso porque ni sospechan su existencia los lexicógrafos posteriores.

En el diccionario de Vicente Salvá volvimos a encontrar, como ya lo dijimos, algunas palabras que ya tenía apuntadas Terreros en el suyo.

Balaqueador, *Balaquear* y *Balaquero*, apuntadas por Marty en 1859 no reaparecen sino en el diccionario de Zerolo, Toro e Isaza en 1892.

Baldragas, que figura en el diccionario de Montaner y Simón (1888) no reaparece hasta 1912 en el Larousse y en 1914 en la Academia.

Como se ve, en casi todos los diccionarios hay algo nuevo. Cada autor ha compulsado cierto número de libros, ha recogido palabras nuevas, ya de su provincia, ya de algun oficio que pudo conocer. De todos ellos podría sacarse algo para enriquecer el catálogo del idioma.

LA DÉCIMOCUARTA EDICIÓN DEL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

En el actual estado de la lexicografía hispanoamericana, puede decirse que la única norma que tenemos en materia de vocabulario es el Diccionario de la Real Academia española.

Adolece por cierto de numerosas faltas y de infinitas omisiones, pero con todo, él es el único léxico al que podemos acudir con alguna seguridad en los casos dudosos. Y si lo comparamos con las obras de análogo carácter publicadas en otras naciones de Europa, hemos de confesar que se lleva la palma el infeliz libro que tanto hemos criticado algunas veces. ¿Quién se guía en Francia por el Diccionario de la Academia francesa? ¿Quién, en Italia, por el de la Crusca?

Desgraciadamente, en presencia de la indigencia lexicográfica nacional, la Academia española se ve obligada a una labor para la cual no estaba destinada, y su diccionario ha tenido paulatinamente que irse convirtiendo en diccionario popular, en diccionario de anticuados, en diccionario de provincialismos, en diccionario técnico de todas las artes y oficios imaginables y en diccionario de americanismos.

Y porque, en su deseo de tratarlo todo en un solo tomo, adolece dicha obra de errores y deficiencias, lo declaramos incompleto y lleno de disparates.

Somos algo injustos.

Nos quejamos de que falten en el Diccionario académico millares de voces del idioma vulgar, pero ¿no es más triste que no figure casi ninguna de dichas palabras en otros diccionarios monstruosos que desde hace un cuarto de siglo vienen publicándose en España,

y que, a pesar de tener docenas de tomos en folio, no añaden casi nada al acopio de voces de la lengua usual que trae el léxico académico?

En más de una ocasión he dicho que en cualquier novela contemporánea española, lo mismo de los más académicos escritores, como Valera, Pereda, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Alarcón, que de los más modernos, como Trigo, Blasco Ibáñez, Baroja, Rueda, Répide, Martínez Ruiz, Galdós, Valle Inclán, Picón, Frontaura, etc., pueden sacarse de cien a doscientas palabras no incluídas en el diccionario.

Pero en vano buscaríamos dichas voces en cualquiera de las grandes enciclopedias españolas. Todas, a cual mejor, se contentan con copiar enterito el vocabulario vulgar académico, sin añadirle casi nada.

Critican algunos americanos que falten en el diccionario de la Academia millares de americanismos. Pero ¿no es más penoso aún el observar que hasta hace poquísimos años no existían apenas léxicos de americanismos y que, entre los recientemente publicados, no haya todavía ninguno que pueda considerarse como una obra definitiva?

He podido calcular, con elementos harto inciertos, que un Diccionario de americanismos habría de contar unos cincuenta mil artículos, es decir otro tanto de los que contiene el de la Academia española. Esta última corporación, movida por su buen deseo, ha querido dar cabida a algunos de dichos vocablos, pero no creo posible que pueda continuar en su empeño si quiere llegar a hacer algo completo.

Por lo demás no es tarea de una sociedad de académicos *españoles* formar un diccionario *académico* de americanismos, es decir declarar que tales y cuales americanismos están bien construidos, son de uso bastante general para poderse considerar como «castizos». Es esta tarea demasiado expuesta a peligros como lo demuestran los graves errores en que ha incurrido en algunos casos la Academia española al meterse, como vulgarmente se dice, en camisas de once varas.

Esta compilación puede permitirse a un lexicógrafo particular, que cargue personalmente con la responsabilidad de su trabajo.

Y la Academia española, si continúa en su tarea de introducir americanismos en su obra, debiera apoyarlos *siempre* con la autoridad de una de las Academias americanas correspondientes de la suya, la cual no ha de contentarse con enviar a la corporación matriz cierto número de papeletas, escritas con más o menos claridad, sino comprobar ella misma, en las pruebas, si no se ha deslizado algún error.

Así se evitarán erratas deplorables, como ha ocurrido con ciertas voces, v. gr.: *Agave*, masculina hasta la 14ª edición; *Ananá* y *Ananas*, antes sin acento; *Cabuya*, antes Cabulla; *Cacharpari*, antes Cachazpari; *Cariucho* antes Carincho; *Guadúa*, antes Guadua; *Pinole*, antes Pínole, etc.

Respecto de los provincialismos españoles, pudiéramos decir lo mismo. Con mejor voluntad que acierto ha dado la Academia asilo a infinidad de provincialismos, pero no ha hecho sino acoger una parte ínfima de los que hubiera podido acopiar. ¿Puede y debe seguirse por este camino? No lo creo. Bien lo ha comprendido la Academia en la última edición, al suprimir en ciertos casos la indicación de provincial de..., en voces pertenecientes a dialectos no castellanos, v. gr. en *Adufa*, *Cabrío*, antes provinciales de Valencia, *Agro*, *Aprovecer*, *Bébedo*, *Braña*, antes provinciales de Galicia, en *Cisca*, antes de Murcia. Pero dejando dichas palabras con la indicación, antes de su definición, de que se usan en las citadas provincias, no ha resuelto la cuestión. Si estas palabras se usan en tales provincias, no por quitarles la abreviatura previa han de ser castellanas, como tampoco lo sería la palabra *Cheval* porque su definición fuera: En Francia, nombre que se da al caballo.

Y si está aún por hacer el diccionario general de americanismos, con más razón lo está el de los provincialismos españoles. Existen diccionarios bastante completos del gallego, del catalán, del asturiano, pero falta en absoluto el que más útil sería para completar el diccionario castellano, es decir el de andalucismos.

Si del terreno del lenguaje usual pasamos al de las ciencias, encontramos a la Academia luchando con las mismas dificultades. En presencia de la pobreza de los diccionarios particulares, se ve casi obligada a servir de

guía en la materia, pero ni la educación previa de la mayor parte de sus miembros, ni sobre todo el carácter de su obra, le dan autoridad para ello. Mete pues las palabras científicas a bulto, a medida que se presentan, construyéndolas lo mejor posible, y teniendo que luchar a veces con las formas viciosas arraigadas ya.

Y con todo, cuán agradecidos hemos de estarle a ese pobre Diccionario de la Academia que nos brinda sus escasas luces en medio del caos en que se ahoga actualmente la lexicografía española. Aun ha de durar por largos años en su actual forma, teniendo que servir para todo, ya que es él el único diccionario español original, el único capaz de servirnos de punto de apoyo para adelantar.

Por esto se comprende la autoridad grande de que goza siempre, aun entre los que como yo lo hemos criticado en más de una ocasión, y la impaciencia con que esperamos sus nuevas impresiones.

Estaba yo en 1914 en la batalla del Marne cuando tuve noticia de la salida de la nueva edición, y podrá el lector figurarse con qué ansia esperaría el momento de echarle mano.

Una herida feliz, al cabo de catorce meses de campaña, me ha permitido volver a mis queridos trabajos y estudiar con bastante detención el nuevo Diccionario.

He tenido la paciencia de confrontar línea por línea dicha edición con la decimotercera, que me sirvió de caballo de batalla durante algunos años. Ha sido este un trabajo ímprobo que no tengo terminado aún. Pero lo hecho basta para darse una cuenta bastante exacta de la labor realizada por la Academia española en estos últimos quince años.

Está la nueva edición compuesta con caracteres algo diferentes de los de la anterior, pero que tienen próximamente la misma justificación tipográfica. La negrilla de los títulos no es tan clara y los acentos resaltan algo menos, siendo esto particularmente incómodo en las *ies* acentuadas, que no se distinguen a veces de las demás.

El número de páginas es algo superior (1073 en vez de 1050), pero dicho aumento no es idéntico para toda la obra.

Así por ejemplo, en la primera mitad de la obra antigua, que termina con la palabra *Hiedra*, última de la página 525, la nueva edición ha ganado 17 páginas, aumentando tan solo en 6 páginas la segunda mitad.

El aumento medio, de tres páginas por ciento hasta la página 500 es nulo de las páginas 500 a 600, casi nulo de las páginas 700 a 800; crece luego un poco y vuelve a ser nulo desde la página 970 (Todas estas paginaciones se refieren a la 13ª edición).

Desde luego observamos en la Tabla de Abreviaturas usadas en el Diccionario, ciertas modificaciones.

Han desaparecido todos los *pr. Albac*, *pr. Alic.*, *pr. Alm.*, etc., poniéndose sólo las abreviaturas *Albac.*, *Alic.*, *Alm.*

Se han suprimido, por lo menos en la tabla, los provincialismos de *Baleares*, *Cádiz*, *Castilla*, *Cuba*, *Galicia*, *León*, *Mallorca*, *Rioja*, *Valencia*. El *pr. Antill.* ha desaparecido igualmente.

También se han quitado ciertas abreviaturas poco útiles, como *Cost. Ric.*, *Chil.*, *Danz.*, *Per.*, *rect.*, *quich.*, que no tenían nada de abreviado.

Abreviaturas nuevas son : *incoat.*, *neerl*, *t. f.* y. *Caligr.*

Respecto a las etimologías sigo convencido de que todo lo que se haga por ahora, faltando un buen diccionario histórico, no puede considerarse sino como mero entretenimiento.

Muchos cambios se observan en las etimologías de la presente edición del diccionario de la Academia, se han corregido muchos errores evidentes de la anterior y han desaparecido no pocas etimologías caprichosas, como las de *Abandono*, *Abano*, *Abanto*, *Abarrote*, *Abarse*, *Abéstola*, *Abigarrar*.

Se han agregado algunas inofensivas, como las de *Ablandabrevas*, *Abrepuño*, *Acecinar*, *Aclarecer*, *Acobardar*, *Acometer*, *Adelgazar*, *Adeudar*.

Ciertas etimologías nuevas pudieron quedarse en el tintero :

Aciago, ga (del lat. *auspicium* y el suf. *ago*).
Afer (De *a* y *fer*).

Pero en general esta parte del diccionario realiza un progreso sensible sobre la edición precedente.

Si pasamos a la parte puramente lexicográfica encontramos un gan número de adiciones. Estudiaremos aquí con alguna detención los cambios sobrevenidos en la letra B.

Adiciones

Babilla, 2. Parte de la rodilla de los animales.
Baboso, 3. R. a Budión.
Bacilar, 1. Perteneciente a los bacilos.
Bacilo m. Organismo microscópico.
Bacinete, 3. R. a Pelvis.
Bacisco m. Término de minería.
Bacteria f. Organismo microscópico.
Bachiller en artes.
Bachillerato, 2. Estudios para el grado de bachiller.
Bagarino m. Remero asalariado. (Figuraba ya en Buenaboya).
Bagre m. Pez americano.
Bahorrina, 3. Suciedad.
Bailar, 3. R. a Retozar. 4. Voz de equitación. *Otra que bien baila*, expresión.
Bajada al foso, t. de fortificación.
Bajareque m. *Cuba*. Casucha o bohío.
Bajo de agujas, término de equitación.
Bajonazo m. Voz de tauromaquia.
Bala fría, perdida, rasa, roja.., términos de artillería.
Balagariense adj. Natural de Balaguer.
Balance 4. Término de comercio.
Balanceo m. Acción de balancear.
Bálano 2. Marisco cirrópodo.
Balay 2. *Cuba*. Batea.
Balboa m. Moneda de Panamá.
Baldear 2. Achicar agua con baldes.
Baldragas m. Hombre sin energía.
Balerío m. Balería.
Balizamiento R. a Abalizamiento.
Balizar R. a Abalizar.
Ballesta 3. Trampa de caza. 4. Muelle de los coches.

Ballestilla 4. Arte de pesca.
Banano 2. R. a CAMBUR.
Banda 13. Pieza de la prensa de imprimir. 14. R. a FAJA (en el suplemento).
Bandera blanca y **Bandera negra** (En el Supl.). Voces militares.
Banderilla m. Tirilla de papel que se pega a un escrito.
Baniano m. Comerciante de la India.
Banquero 2. El que gira letras por interés.
Banqueta 4. Acera de una alcantarilla.
Bañado m. *Amer.* Terreno anegadizo.
Bañón R. a PALO DE BAÑÓN.
Baque 2. R. a BATACAZO.
Baqueano adj. R. a BAQUIANO.
Baqueteo m. Acción de baquetear.
Barajas (*Jugar con dos*) y *Peinar la baraja*, frases.
Baraca. f. En el Supl. Voz de Marruecos.
Barajar 5. Término de Equitación. 6. Término de marina.
Baraustar 1. R. a ASESTAR. 2. Desviar un golpe.
Barba 4. Carúncula de las aves. *Fondear a barba de gato*, loc. de Marina. *Tentarse las barbas* y *Tirarse de las barbas*, frases.
Barbacúa. R. a BARBACOA.
Barbaridad R. a ATROCIDAD, gran cantidad.
Barbarizar 1. Adulterar una lengua con barbarismos.
Barbián, na, adj. fam. Desenvuelto.
Barbo (*Hacer el*) en un concierto.
Barchilón m. *Amer.* Enfermero.
Barda 4. *Ar.* Seto de espinos.
Bargueño adj. De Bargas.
Barniz blando Término de Grabado.
Barómetro 2. El de mercurio.
Barquía f. Conjunto de barcas de pesca.
Barquilla del globo.
Barraca 3. *Amer.* Depósito de cueros, lanas, cereales u otros efectos.
Barreduela f. *Sev.* (en el Supl.) Plazoleta.
Barrero 4. Terreno salitroso.
Barrica bordelesa.
Barroco adj. Irregular, en las artes
Barrueco 2. Nódulo mineral.

Báscula 2. La del puente levadizo.
Base 2. Término de matemáticas.
Basteza f. Calidad de basto.
Bastidores (Entre).
Basto 5. *Amer.* Almohadas que forman lomillo.
Batalla de flores.
Batiente 6. Término de artillería.
Batimán m. Término de danza.
Batir 10. Acuñar.
Batómetro m. Aparato para medir la profundidad del mar.
Baturro adj. Rústico aragonés.
Baúl mundo.
Baulero m. El que hace baúles.
Bautismo (Romper el).
Bauza, f. Trozo de leña.
Baya 3. R. a MATACANDILES.
Bayamés adj. De Bayamo.
Bayoneta (Calar la).
Bayú m. *Cuba.* Casa, sitio o reunión indecorosa.
Bayúa f. *Cuba.* R. a AYÚA.
Beatificante adj. Que beatifica.
Becario m. Colegial.
Becerrada f. Novillada.
Belhez m. R. a BELEZ.
Beligerancia f. Calidad de beligerante.
Bellasombra f. R. a OMBÚ.
Bellotera 4. Cosecha de bellota. 5. R. a MONTANERA.
Benjamita m. Descendiente de Benjamín.
Benzoico adj. Del benjuí.
Bergadán adj. De Berga.
Berlanga f. Juego de naipes.
Berlinga f. Término de metalurgia.
Berlingar v. a. Término de metalurgia.
Berrendo 2. Dicho del toro : con manchas de color distinto del de la capa.
Besante 2. Término de blasón.
Betunería f. Fábrica de betún.
Betunero m. El que fabrica betún.
Bevra f. R. a BREVA.
Bicicleta f. Aparato de locomoción.
Bichozno m. Quinto nieto.

Bidé, m. Mueble de tocador.
Bical m. Salmón macho.
Bidma f. R. a BIZMA.
Bienllegada f. R. a BIENVENIDA.
Bifloro adj. De dos flores.
Bignonia f. Planta.
Bignoniáceo adj. Término de Botánica.
Bigorrella f. Piedra para calar las collas (arte de Pesca, acepc. nueva).
Bija f. Pasta con que se pintan los indios.
Biliar adj. De la bilis.
Bimbre R. a MIMBRE.
Binza 1. R. a FÁRFARA.
Birlí m. Término de imprenta.
Biselar v. a. Hacer biseles.
Bisexual R. a HERMAFRODITA.
Bisoñé m. Peluquín.
Bisulfuro m. T. de Química.
Bizcorneado adj. T. de Imprenta.
Bizna f. Película de la nuez.
Blanco (*No distinguir lo*) *de lo negro*, frase.
Blasonería f. R. a BALADRONADA.
Blastodermo m. Voz de Anatomía.
Bloqueador adj. Que bloquea.
Bloquear v. a. Término de imprenta
Boalar m. R. a. DULA.
Boca de riego. *Poner la boca al viento*, no tener qué comer.
Bocadillo m. Panecillo con jamón.
Bocal adj. R. a TABLA BOCAL.
Bocaza f. Boca grande. Hablador.
Bocelón m. Bocel grande.
Bocera 2. R. a BOQUERA.
Bocina 1. R. a CUERNO. 3. Remisión a CARACOLA. 6 Pabellón del fonógrafo (en el Supl.).
Bochorno 4 Desazón o sofocación.
Bodegoncillo
Bodoque 2. R. a BURUJO.
Bóer adj. Pueblo de Africa.
Bohardilla R. a BUHARDILLA.
Boira R. a NIEBLA.
Boj 2. Madera.

Bojeo m. Perímetro de una isla.
Bol. R. a REDADA. R. a JÁBEGA.
Bolado R. a AZUCARILLO.
Bolán R. a DE BOLÍN DE BOLÁN.
Bolandista Miembro de una sociedad de jesuítas.
Bolardo m. T. de MARINA.
Boldina f. Alcaloide del boldo.
Boldo m. Arbusto de Chile.
Boleadoras f. pl. Arma americana.
Boliche 6. Adorno. 7. Tabaco. 10. *Amer*. Tenducho.
Boliviano m. Moneda americana.
Bolsa 8. Contratación de fondos públicos.
Bolso 2. Bolsa en las velas del barco.
Bollón 3. R. a BOLLO DE RELIEVE.
Bombilla 2. Lamparilla eléctrica. 3. Aparato para beber el mate.
Bombo 7. Publicidad ruidosa.
Bombona f. Vasija.
Bombonaje m. Planta americana (en el Supl.).
Bongo 2. Lancha cubana.
Boniatillo m. *Cuba*. Cafiroleta sin coco.
Bonificación Acción de bonificar.
Bono 2. Tarjeta para cambiarla contra ciertos géneros.
Bordada (*Rendir una*) T. de Marina.
Bordón 6. T. de Cirugía. 7. T. de Imprenta. 8. Cuerdas del tambor (en el Supl.).
Bóreo R. a NOTO BÓREO.
Borgoña R. a CRUZ Y PEZ DE BORGOÑA.
Borne 2. Botón de un aparato eléctrico.
Borneadura f. R. a BORNEO.
Bornear 4. T. de Arquitectura.
Bornizo R. a CORCHO BORNIZO.
Borrajo 2. Hojarasca de los pinos.
Borreguil adj. Del borrego.
Borriqueño adj. Del borrico.
Boruga. f. *Cuba*. Requesón.
Borundés adj. Del valle de la Borunda.
Botas (*Sentar las*), frase.
Botador 5. T. de Imprenta.
Botadura f. Acción de botar el barco.
Botar 2. Echar al agua un buque. 3. Embotar.
Botellero m. El que hace o vende botellas.

Botería f. Taller o tienda del botero.
Boticaria f. La que cuida de una botica.
Botijuela 3. R. a ALBOROQUE.
Botoso adj. R. a BOTO.
Bóveda en cañón. B. fingida. B. por arista.
Bovedilla f. T. de Marina.
Bramadero m. *Cuba*. Poste para amarrar los animales.
Brancal m. Parte de la cureña.
Braquicéfalo adj. De cráneo casi redondo.
Brazaje R. a BRACEAJE.
Brazal 5. Distintivo que se lleva al brazo.
Brazo sabroso (*Quedar*), quedar satisfecho.
Bretón m. Idioma.
Bretoniano adj. De Bretón de los Herreros.
Brida 4. T. de Cirugía (en el Supl.).
Brigoso adj. R. a BRIOSO.
Brios (*Voto a*) exclamación.
Brisca 2. As o tres de ciertos palos en el juego.
Brisura f. T. de Blasón.
Brocatel de seda, tela.
Brocino m. R. a CHICHÓN.
Bronconeumonía, f. T. de Medicina.
Broncorrea f. T. de Medicina.
Brozador m. R. a BRUZADOR.
Bubónico adj. Relativo al bubón.
Bucear v. a. Sacar algo el buzo del fondo del mar (Supl.).
Buchona R. a PALOMA BUCHONA.
Buenas (Por) m. adv.
Buído adj. Aguzado, delgado.
Bujía 23. Unidad para medir la luz.
Bulbo dentario. B. piloso. B. raquídeo.
Bulto redondo Busto de escultura.
Bullón 2. R. a BOLLO.
Buniato m. Tubérculo comestible.
Buñolería Tienda de buñuelos.
Buque submarino.
Burche f. R. a TORRE.
Burocracia, f. Influencia excesiva de las oficinas.
Burócrata, m. Empleado público.
Burocrático, adj. Oficinesco.
Burreno R. a BURDÉGANO.
Buscavida R. a BUSCAVIDAS.

Buscona adj. 3. R. a Ramera.
Butiroso Mantecoso.
Buz 2 R. a Labio.

Algunas de estas palabras no dejan de sorprender por figurar sin ninguna indicación de anticuadas ni provinciales. *Buz* por Labio, *Burche*, por Torre, *Bol*, por Redada, *Boira*, por Niebla; *Bauza*, por Leño, *Baque*, por Batacazo, son palabras nada corrientes y que no conocen el 99 por 100 de los españoles.

Algunas otras adiciones son meros galicismos innecesarios y poco usuales. No hacía falta *Bacinete*, por Pelvis, menos defendible aún que el *Mentón*, agregado también en la actual edición de la Academia. *Batimán*, del francés *battement*, es de lo más toscamente formado que darse puede. *Bizcorneado*, voz de imprenta no es sino el francés *biscornu* traducido con los pies. Si vamos a adoptar la jerga de los tipógrafos no hemos acabado de meter majaderías en el Diccionario de la Academia. Como que los tipógrafos, tienen la malísima costumbre de hacer mangas y capirotes con el idioma. Casi no hay en su oficio palabra que no hayan tomado del francés, disfrazándola más o menos ridículamente de castellana. Díganlo si no *Maculatura* (fr. *maculature*); *Bala* (fr. *balle*); *Bruza* (fr. *brosse*); *Bruzador* (agregado en esta edición); *Capilla* (fr. *chapelle*); *Glasear* (fr. *glacer*); *Signatura* (fr. *signature*); *Bloqueador* y *Bloquear* (fr. *bloqueur* y *bloquer*), introducidos en la actual edición, y que muchos sustituyen sencillamente por « volver letra »; *Bordón* (fr. *bourdon*), también agregado en esta edición y que podía decirse sencillamente « laguna »; *Cran* (fr. *cran*); etc.

Y conste que no critico todos los galicismos que en esta edición se han metido, pues considero que desde el momento que aboga en su favor ya el uso popular, ya la necesidad de designar una cosa no genuinamente española, puede aceptarse el galicismo si está bien formado. Galicismos son al fin y al cabo la mayor parte de las palabras científicas que penetran en nuestra lengua por conducto del francés.

Aceptemos pues sin dificultad palabras como *Barroco*, *Batir moneda*, *Berlanga*, *Besante*, *Bicicleta*, *Bolandista*,

Bonbona, *Bonificación*, *Borne*, *Bornear*, *Brancal Brisura*, *Burocracia*, *Burócrata*, *Burocrático*, y contemplando melancólicamente el enorme sedimento que día tras día va dejando el francés en nuestro idioma procuremos, ya que es imposible cortar la inundación, ir encauzándola para que produzca los menos estragos que sea posible.

Supresiones

Si la décimocuarta edición del diccionario de la Academia da cabida en la B a doscientas setenta palabras o acepciones nuevas, también ha dado de baja a cierto número de voces que antes estaban tan ufanas de pertenecer al catálogo del idioma. Son estas infelices :

Bala (*Calzar*), tener calibre determinado un arma.
Balacre. Soldado de un cuerpo de tropas de Alejandro Magno.
Balance 3. Libro de comercio.
Bálsamo 3. La linfa de la sangre.
Banco de la paciencia. Término de marina antigua.
Banquero 1. Acepción de Cambista.
Banqueta 2. R. a Acera.
Baraustar 2. Acepción de acometer (*Germanía*).
Barba de Aarón. R. a Arón.
Barbarizar 1. Hacer bárbara una cosa.
Barbudo 3. R. a Cabrón (*Germanía*).
Barrero 4. R. a Cerro (*pr. Extr.*).
Beblado anticuado por Ebrio.
Beguino, 2. Individuo de una congregación laica.
Bellotado ant. R. a Rizo.
Berzo R. a Cuba (*pr. Gal.*).
Beut. R. a Roncador.
Bica Especie de torta (*pr. Gal.*).
Blanco de plata Sinón. de Cerusa.
Blanco (*Pasar en*). Omitir una cosa.
Blanquecer 2. R. a Emblanquecer.
Bolina 2. Una vela del barco.
Braña 4. Broza en un pasto de verano (*pr. Gal.*).

Brisca 2. Triunfo en el juego del mismo nombre (artículo modificado).
Broma 2º art. 2. Guisado de avena quebrantada.
Brote 1. Yema de las cepas.
Brunitado ant. Teñido de negro.
Bufarda R. a BUHARDA (*pr. Gal*).
Buró m. Escritorio.

En resumen unas treinta palabras o acepciones cuya pérdida no podemos generalmente lamentar. Son anticuados, voces de germanía inusitadas, malas ampliaciones del sentido de ciertas palabras. Sin embargo podría observarse que :

Calzar bala figura ya en el artº **Calzar**, 6.
Banqueta, por Acera, se usa por lo menos aún en Méjico (Duarte).
Bellotado hubiera podido quedar, por lo menos como adjetivo, merced a la cita de Larra que trae el diccionario de Pagés : « Traía Hernán Pérez... un falso peto de aceituní velludo bellotado ».
Blanco de plata hubiera podido dejarse, indicando que se da este nombre en pintura a la cerusa de mejor calidad.
Buró ha hecho bien en desaparecer del Diccionario de la Academia, pero no por eso habrá de quitarse de todos los diccionarios. Aquél debe recoger sólo las palabras realmente españolas. Estos han de presentar al público la definición de todas las palabras que pueden encontrarse escritas en libros y revistas. De *Buró* trae el Pagés una cita de Tamayo y Baus. Esta y otras análogas hacen que dicha palabra merezca su definición en los léxicos populares, con el mismo derecho que *toilette*, *canotier*, *portiere*, etc.

ALTERACIONES

Más importantes que estas desapariciones son los cambios sobrevenidos en el género, el número y sobre todo la acentuación de algunas voces del diccionario.

Respecto del número han sufrido modificación :

Bachiller, que antes era sólo masculino y ahora es común de dos. Muy santo y bueno que se reconozca ya que las mujeres puedan alcanzar el grado de Bachiller, pero hay que recordar que también pueden llegar a la licenciatura y esto lo ha olvidado el Diccionario.

Balneario, que antes era sólo adjetivo, ha hecho muy bien en convertirse en substantivo masculino.

Belez ha hecho perfectamente en cambiar el género femenino por el masculino. Pagés le deja, imperturbablemente, el género femenino académico, pero le endilga un ejemplo masculino, cosa bastante frecuente en dicho diccionario.

Boa, por culebra, que antes era femenino en sus dos acepciones, es masculino ahora en la de prenda de abrigo. Pagés, trae, naturalmente, dos ejemplos masculinos para esta acepción, dejando f. en la definición.

En cuanto a la acentuación **Balano**, sólo grave antes, trae ahora también la acentuación esdrújula, con remisión de la grave a la esdrújula. Dicha acentuación esdrújula, que apareció por vez primera en la 4ª edición del Diccionario, no había conseguido sin embargo prevalecer. Hoy vuelve con mayores pretensiones, no sé si seguirá adelante.

Balaustre trae también ahora la forma **Balaústre**, con remisión de ésta a la forma trisílaba.

Bigarro en la actual edición nos remite a **Bígaro**, mientras que en la anterior edición sucedja lo contrario. Seguramente es mala una de las dos acentuaciones. La palabra es gallega. Cuveyro Piñol, en su diccionario trae **Vigaro**, sin acento.

Bimano era antes grave, hoy se ha convertido en esdrújulo, siguiendo su ejemplo **Cuadrumano**, que hoy se ha vuelto también esdrújulo. La innovación es feliz, pero algo atrevida, después de los siglos que venimos equivocando la acentuación de esta palabra.

Entre las modificaciones ortográficas de letras encontramos en esta edición **Boalage**, con *g*, que antes tenía *j*. Creemos que se trata de un error tipográfico, pues esta forma es totalmente antiespañola.

Baya, en el sentido de *Dar vaya*, entró por error en esta edición, pero le dieron felizmente el golletazo en la lista de erratas. Requiescat in pace.

Bargueño acaba ahora por llamarse el infeliz **Vargueño**. Muy bien ha hecho en dejarse de elegancias y seguir con su *b* de burro. Da risa algunas veces la manía que tienen los españoles de considerar como más elegante la *v* que la *b*. Siempre que vacilan algunas personas acerca de una palabra poco corriente, le pegan una *v* para que salga más guapa.

De todos modos me parece que convendría andar con más tiento en estos cambios de facha que se dan a algunas palabras. Creo que deberían respetarse ciertas formas aunque sean levemente antietimológicas, cuando están ya confirmadas por el uso.

No nos parece pues por lo tanto muy feliz la aparición de **Bálano**, ni la de **Bímano** y **Cuadrúmano**, ni la de **Almádana**, que antes era grave, **Almoravid**, que antes era *Almorávide*, **Anemona** y **Anemone**, antes esdrújulas; **Árdea**, antes grave, **Autrigon**, antes *Autrigón*; etc.

Sería igualmente malo empeñarse hoy día en que dijéramos **Avogado** y **Avuelo**, porque estas palabras traían una *v* en latín.

El Diccionario no debe ser una lista de palabras tal como debieran decirse y usarse, sino tal como las dicen y usan la mayoría de las personas cultas. Muy bien está que la Academia modifique una ortografía cuando por un error la apuntó distintamente de como la usaba la generalidad. Hizo mal en meter en su diccionario *Vargueño*, ya que todo el mundo decía Bargueño. Hizo mal también en escribir antaño *Cabulla*, siempre por la maldita manía de considerar unas letras como más elegantes que otras. Ha hecho perfectamente en acentuar de otro modo *Ananás* y en cambiarle el género masculino a *Agave* pues en todas estas palabras iba contra el uso bien establecido, pero de ahí a cambiar a troche y moche la ortografía para ponerla de acuerdo con etimologías a veces inciertas, hay gran espacio. Hoy día se lee y escribe demasiado para que sea prudente hacer semejantes cambios.

Otro de los caracteres particulares de la décimocuarta

edición ha sido la supresión de muchos anticuados o, mejor dicho, la supresión de la nota de anticuados puesta a muchos vocablos.

Parecía en efecto el Diccionario de la Academia un escaparate de vejestorios. Sólo en las dos primeras páginas se contaban veinte palabras y acepciones precedidas de la abreviatura ant.

Deseosa la Academia probablemente de dar salida a todos estos residuos y de « rejuvenecer » su Diccionario les ha quitado sin piedad la señal que los recomendaba a nuestra veneración.

Al principio del diccionario el resultado fué atroz. Hubiérase dicho que echaban abajo anticuados como quien apalea nueces en un nogal. En las dos primeras páginas remozáronse nada menos que diez de dichas estantiguas : **Abadengo** (abadía), **Abajamiento, Abajar, Abalar, Abaldonadamente, Abaldonar, Aballar** (llevar) **Abarramiento, Abarrar, Abastanza.**

Pero dándose quizás cuenta de que no conseguía de este modo refrescar tales palabras, aflojó bastante la mano en lo sucesivo.

En la B encontramos sólo, en efecto, entre estas antiguallas renovadas :

Balance 2. Vacilación, inseguridad.
Baldonear. R. a Baldonar.
Bandujo. Tripa de cerdo rellena.
Bezo 3. R. a Labio.
Birrete 3. R. a Bonete.
Bisunto. Sucio, sobado y grasiento.
Brezo R. a Cuna.
Brizar R. a Cunear.
Brizo R. a Cuna.
Brocado 2. Guadamecí dorado o plateado.
Brozno R. a Bronco.
Butiro Manteca de vacas.
Búzano Pieza de artillería.

Ahora bien, fuera de **Bandujo**, en que la supresión del ant. se hizo sólo en el Suplemento de la 14ª edición, todas las demás palabras resultan tan viejas como

antes. Si dichas palabras no son anticuadas sólo puede tratarse de provincialismos, porque en mi vida las he oído ni leído y supongo que mis lectores podrán decir lo mismo. Francamente no es esto ni « limpiar », ni « fijar » ni dar esplendor ».

Figuran en la décimocuarta edición cierto número de americanismos nuevos. Son los siguientes, en la letra B.

Bagre. Pez de los ríos de América.
Bajareque *Cuba*. Bohío o casucho.
Balay *Cuba*. Bandeja de madera.
Balboa. Moneda de Panamá.
Banano. R. a *Cambur* (sin indicación de americanismo).
Bañado 2. *Amer*. Terreno inundado.
Barbacoa 1. *Amer*. Zarzo sobre puntales que sirve de camastro.
2. *Amer*. Andamio para guardar los maizales.
3. *Amer*. Casita en alto sobre árboles o estacas.
4. *Amer*. Zarzo para conservar granos, frutos.
5. *C. Rica*. Emparrado para plantas enredaderas.
6. *Mej*. Armazón de palos para asar carne sobre un agujero.
7. *Mej*. Carne asada de este modo.
Barbacúa. R. a Barbacoa (sin indicación de americanismo).
Barchilón *Amer*. Enfermero de hospital.
Barraca *Amer*. Depósito de cueros, lanas, etc.
Barrero *Amer*. Terreno salitroso.
Basto *Amer*. Almohadas que forman el lomillo.
Bayamés *Cuba*. De Bayamo.
Bayú *Cuba*. Casa o reunión indecente.
Bayúa *Cuba*. R. a Bayú.
Bija *Amer*. Pasta de bermellón con que se pintaban los indios.
Boldo. Arbusto de Chile.
Boleadoras. Arma de la América del Sur.
Bolear *Amer*. Echar las boleadoras.

Boliche 7. Tabaco malo de Puerto Rico.
10. *Amer.* Tenducho o figón.
Boliviano Moneda de Bolivia.
Bombilla 3. *Perú.* Instrumento para sorber el mate.
Bombonaje Planta textil americana.
Bongo *Cuba.* Lancha grande para atravesar los ríos.
Boniatillo *Cuba.* Un dulce.
Boruga *Cuba.* Especie de requesón.
Bramadero *Cuba.* Poste para amarrar animales.

En cuanto a **Bochinche** y **Bochinchero** han perdido la nota de americanismos que traían en la anterior edición.

En todo son treinta y cuatro palabras o acepciones que, unidas con las que figuraban ya en la anterior edición, no pasan de sesenta a setenta.

Poca cosa es comparada con los quinientos ochenta y cinco americanismos que para la letra B trae mi *Pequeño Larousse ilustrado*, y que están sin embargo muy lejos de haber agotado la materia.

En mi Diccionario, que no tengo reparo en celebrar con este motivo, ya que mi labor, respecto de este punto, no fué sino una mera compilación, doy cabida en la primera edición a :

85 Mejicanismos.
13 Guatemaltequismos.
14 Hondureñismos.
8 Salvadoreñismos.
50 Cubanismos y Antillanismos.
53 Colombianismos.
31 Venezolanismos.
34 Peruanismos.
23 Ecuatorianismos.
61 Chilenismos.
11 Bolivianismos.
41 Argentinismos y voces del Río de la Plata.
132 Americanismos generales.

En la segunda edición he agregado :
29 Argentinismos.

Y en la próxima pudiera ya añadir, si quisiera, un centenar por lo menos de voces nuevas.

Lo más criticable, sin embargo, en la Academia es el atribuir a ciertas palabras el calificativo de « americanismo » cuando en realidad sólo se emplean en tal o cual comarca del continente americano. Tal sucede con :

Barbacoa 1, que sólo conozco como colombianismo; **Barraca**, que es chileno y argentino; **Boleadoras** y **Bolear**, que son rioplatenses; **Boliche** 10, que sólo conozco como chilenismo, etc.

AMERICANISMOS

El estudio que hicimos de una página del diccionario de la Academia a través de los siglos puede servirnos de base para un cómputo de lo que pudiera ser un diccionario de americanismos algo completo.

Empecemos por reunir los americanismos apuntados por primera vez por los diferentes diccionarios españoles :

Diccionario de Salvá : 1 cubanismo.
— Marty : 3 americanismos.
— Acad. 12 : 1 americanismo.
— Zerolo : 1 peruanismo, 2 colombianismos, 1 cubanismo.
— Salvat : 1 panameñismo, 2 mejicanismos, 1 argentinismo (en el Suplemento).
— Espasa : 1 americanismo, 1 peruanismo, 2 mejicanismos.
— Campano : 2 peruanismos.
— Larousse : 3 colombianismos, 4 mejicanismos, 1 americanismo, 1 cubanismo, 1 chilenismo. Total : 10 acepciones americanas para siete palabras (1).

Papeletas mías : 4 mejicanismos, 3 argentinismos, 1 salvadoreñismo, 1 venezolanismo. Total 9.

Puedo pues contar actualmente con 38 americanismos, de los cuales sólo 18 estaban apuntados en los Dic-

(1) Haremos observar que a pesar de su tamaño el *Pequeño Larousse ilustrado*, es mucho más rico en americanismos que todos los demás léxicos que hemos visto. En la página que estudiamos trae 24 acepciones americanas, cuando el de Zerolo, que era el más completo hasta entonces, sólo traía 10, y el de Salvat, a pesar de constar de nueve tomos, trae sólo 12.

cionarios españoles antes de la publicación del Larousse y de los que sólo uno, *Balay*, figuraba en la Academia hasta la 13ª edición (en la 14ª sólo aparecen otros dos *Balay*, 2ª acep. y *Balboa*). Como estamos muy lejos aún de haber agotado la materia y que la página estudiada constituye próximamente la milésima parte del diccionario, puede afirmarse que un diccionario de americanismos completo ha de constar de unas cincuenta mil voces o acepciones distintas.

EL LENGUAJE BOTÁNICO

El haber notado en la 13ª edición del Diccionario la palabra *Rizofórea* con acentuación esdrújula (siendo así que en dicha edición figuraba como grave en su puesto alfabético, lo cual ha sido modificado después), así como el haber observado anteriormente algunas vacilaciones en la acentuación de dicha clase de palabras, me hizo, hace algunos años, investigar las reglas que pudieran seguirse para el establecimiento de estas voces.

No está aún perfectamente determinada por los mismos botánicos la estructura que han de adoptar las voces designativas de familias y tipos vegetales y de ahí se origina cierta confusión perjudicialísima para el desarrollo de la ciencia española.

Dos son por ahora las clasificaciones más generalmente adoptadas por los botánicos, la de Candolle, en la que los nombres de las familias adoptan varias terminaciones (en *ácea*, *ínea*, *idea*, *ea*, etc.) y la de Lindsey, en la que todas la familias adoptan la terminación *ácea*, reservándose la terminación *ea* para los nombres de las tribus.

Si la clasificación de Lindsey es la más racional filológicamente, la de Candolle, mucho más generalizada, ha dejado ya fijados cierto número de nombres que nos parecen difíciles de desterrar. Tales son: *Gramíneas*, *Palmas*, *Móreas*, *Ampelídeas*, *Cácteas*, que no será fácil sustituir por *Gramináceas*, *Palmáceas*, *Moráceas*, *Ampelidáceas*, *Cactáceas*.

La *Botánica* de Colmeiro adopta sin modificación la nomenclatura de Candolle. La *Historia Natural* de Bolívar y Calderón, la de Lindsey, aunque en ciertos

casos se aparta de ella, como en los artículos : *Cupulíferas, Crucíferas, Umbelíferas, Labiadas, Compuestas.*

El *Tratado de Botánica* del colombiano Carlos Cuervo Márquez adopta también en general las terminaciones en *ácea*, pero también figuran en su clasificación : *Crucíferas, Capparídeas, Cochlospermeas, Olacíneas, Gutíferas, Balsamíneas, Oxalídeas, Simarubeas, Leguminosas, Passifloras, Umbelíferas, Synanthereas, Myrsíneas, Apocíneas, Borragíneas, Labiadas, Plantagíneas, Nictagíneas, Lauríneas, Aristoloquias, Artocárpeas, Salicíneas, Cupulíferas, Coníferas, Cicadeas, Orquídeas, Irídeas, Amarilídeas, Tillandsias, Palmeras. Aroídeas. Gramíneas, Helechos, Musgos, Hepáticas, Algas, Hongos, Líquenes.*

El Diccionario de la Academia ha adoptado la clasificación de Candolle, pero, debido quizás a adiciones posteriores al material reunido en un principio, se han deslizado algunas formas diferentes.

He estudiado detenidamente los nombres de las diferentes familias vegetales apuntadas en el Diccionario y he hallado los siguientes modelos.

1º Algunas familias toman su nombre de una de sus especies, sin alteración alguna : *Helechos, Hepáticas, Líquenes, Hongos, Musgós, Palmas.*

2º Dos familias deben el nombre a una apelación vulgar antigua de sus flores *Labiadas* y *Leguminosas.*

3º Una familia lleva nombre que no se ajusta a regla : *Filadelfas*, que deben ser según Colmeiro y Candolle : *Filadelfeas.*

Con diferentes sufijos encontramos :

4º Con el sufijo : *feras : Coníferas, Crucíferas, Cupulíferas, Gutíferas, Umbelíferas.*

5º Con el sufijo : *áceas*, un grandísimo número de familias botánicas : *Rosáceas, Mirtáceas, Malváceas*... inútil es que las apuntemos aquí todas.

Sin embargo hemos de observar las siguientes diferencias con la clasificación de Candolle, seguida por Colmeiro : *Lináceas* que debe ser Líneas, las cuales figuran en el Diccionario con remisión a Lináceas; *Timeleáceas*, por Timeleas, *Valerianáceas*, por Valerianeas y *Violáceas*, en vez de Violarieas.

Las *Coriláceas* son sinónimas de las Cupulíferas (V. las

Botánicas de Colmeiro y de Bolivar). De *Avellano* decíase antes que pertenecía a las Cupulíferas. En la 14ª edición pasa a ser una Corilácea, ha de cambiarse.

6º Con el sufijo : *íneas* : *Aceríneas*, *Aquilaríneas*, *Bixíneas*, *Borragíneas*, *Canabíneas*, *Celastríneas*, *Cistíneas*, *Gramíneas*, *Hipericíneas*, *Ilicíneas*, *Nictagíneas*, *Plumbagíneas*, *Salicíneas*, *Tamariscíneas*.

7º Con el sufijo : *ídeas* : *Amarilídeas*, *Ampelídeas*, *Berberídeas*, *Caparídeas*, *Celtídeas*, *Irídeas*, *Orquídeas*, *Oxalídeas*.

8º Réstanos ahora hablar de las familias terminadas en : *eas*, que son las que motivaron esta indagación y las que mayor dificultad nos presentan.

Son esdrújulas en el Diccionario de la Academia : *Artocárpeas*, *Cácteas*, *Córneas*, *Dioscóreas*, *Drimirríceas*, *Eritroxíleas*, *Hipocastáneas*, *Juglándeas*, *Junceas*, *Jazmíneas*, *Líneas*, *Móreas*, *Pasiflóreas*, *Rámneas*, *Sesámeas*, *Rizofóreas*.

Y son graves : *Alangieas*, *Poligaleas*, *Aroideas*, *Butomeas*, *Cumelieas*, *Cariofileas*, *Cigofileas*, *Fícoideas*, *Gencianeas*, *Grosularieas*, *Litrarieas*, *Onagrarieas*, *Paroniquieas*, *Tropeoleas*, *Vaccinieas*.

Aquí vacilamos. De ningun auxilio pueden sernos las obras de Botánica que hemos citado. La *Botánica* de Colmeiro apenas acentúa algunas voces. En las pp. 212 y 213 figuran, una enfrente de otra : *Columeliáceas* y *Ericaceas*. En las pp. 220 y 221, *Sapotáceas* y *Ebenaceas*. De todos modos, observo que, de las voces no acabadas en *ceas*, ninguna lleva acento. Y en ésta, como en las demás obras citadas, la ortografía científica es muy primitiva como más adelante lo veremos.

Lo más racional sería hacer graves todas estas palabras, como ocurre con los nombres propios en *eo*. Si se atiende a la etimología, convendría hacerlo por lo menos con *Artocapeas* (de *karpós*), *Eritroxileas* (de *xulós*).

Por último puede desearse que la Academia, en una próxima edición del Diccionario, estudie detenidamente la flora americana y dé asilo a multitud de plantas y familias ausentes aún de su obra. Tales son las *Dilleniáceas*, o mejor *Dileniáceas*, las *Coclospermeas*, las *Ternstrœmiáceas*, las *Simarubeas*, las *Banisterias*, etc.

En la nueva edición han entrado algunas como las *Bignoniáceas* y *Dipterocárpeas* cuya ausencia señalé en mis *Enmiendas al Diccionario.*

Otro punto que merece gran atención es el de la ortografía de los nombres de familias y plantas derivados de nombres propios. En este punto soy del parecer de Candolle que aconseja no se alteren los nombres propios cuando se aplican a la determinación de algún género o familia. Mal me satisfacen por lo tanto *Franqueniáceas*, que debiera ser *Frankeniáceas; Malpigiáceas*, que ha de ser *Malpighiáceas*, para conservar el sonido de *gh* = *gu*. El Diccionario de la Academia nos presenta, por descuido, dos formas para *Kirghís, Quirguiz*, aquella anterior a ésta, que sólo aparece en la 14ª edición. Confieso que me gusta infinitamente más *Kirghís*.

Si desde el punto de vista de la nomenclatura botánica vacilan los libros que tratan de esta ciencia, principalmente en la elección de las terminaciones, incurren, en lo que respecta a la terminología ordinaria, en errores de mucha más importancia.

Existen reglas para la transcripción castellana de los nombres sacados del griego y del latín. Algunas de éstas he reunido en mis *Apuntaciones lexicográficas*. He de ampliar dentro de algún tiempo dicho trabajo formando una *Guía del tecnicismo científico castellano* que pueda servir de norma a los especialistas de diversas ciencias.

Entretanto presentaré aquí algunas observaciones respecto del vocabulario botánico, hechas a la vista de las obras que más arriba he indicado.

En primer lugar está ya generalmente admitido que las palabras griegas y latinas toman al pasar a nuestra lengua la forma de las demás palabras castellanas. La *y* vocal se convierte en *i*, las *h* intercaladas después de ciertas consonantes desaparecen, *ph* y *ps* se convierten respectivamente en *f* y *s*; la *s* líquida inicial se completa con una *e*, la *ch* dura se convierte en *c* o *qu*, la *ll* se transforma en *l*, etc., las voces en *us* o *um* terminan en *o*, etc.

Desde este punto de vista han de desecharse formas como las siguientes : *rhizoma, stomates, corymbo,*

synanthéreas, *umbella*, *papus*, *caryopside*, *strobilo*, *cynarrodon*, *mycelium* (Cortés, *Tratado de Botánica*); *cambium*, *nepenthes* (Bolívar y Calderón, *Historia natural*); *fovilla* (Colmeiro, *Botánica*); *cólchico*, *orobanche*, (Odón de Buen).

Igualmente graves son las incorrecciones en la acentuación. Encontramos por ejemplo : *entomófilas* (Odón de Buen); *clorófila* (Cortés), que han de ser graves por las dos *ll* de *phyllon*; *anisófilo*, que trae el Diccionario de la Academia, es malo, *epífilo* (Cortés, Zerolo, *Diccionario*), también malo; *ástil* (Cortés, Ribera Gómez) ha de ser agudo; *sésil* (Cortés) es error según la Academia pero no con arreglo a la etimología (*sessilis*); *epifito*, que traen casi todos los diccionarios; *talofitas* (Bolívar, Odón de Buen), *Tallofitas* (Colmeiro) han de ser esdrújulas como lo son en la Academia *zoófito* y *micrófito*; *parenquima* (Colmeiro, Bolívar) ha de ser esdrújulo. La Academia daba antes esta voz como grave y *Prosénquima* como esdrújula, pero debido a mis observaciones ha hecho esdrújulas ambas voces, desde la 14ª edición; *micropila* (R. Gómez), *micropilo* (Bolívar, Odón de Buen), han de ser *micrópilo* (Cortés, Diccionario Academia); *cinarrodon* (Colmeiro) y *cinarrodón* (Bolívar), son antietimológicos. Terminada la palabra en *rhódon*, con omicron, no puede dar sino *cinórrodo* (V. mis *Apuntaciones* p. 64). *Meristemo* (Odón de Buen, Bolívar) es malo. Terminada la voz en *tèma*, ha de dar *meristema*, así figura en Salvat (Diccionario). *Blastema*, femenino (Colmeiro) ha de ser masculino (así en Cortés). Por otra parte la Academia da equivocadamente : *blástema*, y como ella todos los diccionarios. *Exostoses* (Colmeiro) ha de ser *exostosis*. gr. *exostòsis*), *exóstosis* (Zerolo, Salvat) es disparate. *Endoderma* (Odón de Buen) es malo, en vez de *endodermis* (Bolívar), pero no me gusta el género *m.* que da Bolívar a *endodermis* e *hipodermis*, la analogía con *epidermis*, exige el *f.*, lo cual no quita para que sea también disparate el género *f*, dado por la Academia a *Dermis*. *Oosfera* (Odón de Buen, Bolívar) está bien, la Academia que acentuaba *Pirósfera* se ha avenido a hacer grave dicha voz, quedando, de los derivados de *esfera*, sólo *Atmósfera* con su acentuación antietimológica. *Parafises*

(Bolívar), es malo, ha de ser *paráfisis*, como *apófisis* (Acad.). *Peridermo* (Odón de Buen), ha de ser *peridermis*, f. *Invólucro* (Ribera Gómez) debe ser grave (Acad.). *Perianto* (Ribera Gómez) es según la Academia *periantio*, pero en su favor abogan: *acanto*, *esquenanto*, *amaranto*. *Peponida* (Colmeiro), ha de ser *pepónide* (Bolívar). *Los ascidios* (Colmeiro) han de ser *las ascidias* (Bolívar). *Cúscuta* (Odón de Buen) es grave y no esdrújula.

Podría alargarse considerablemente esta lista, pero no siéndome posible en esta obra estudiar por completo toda la terminología botánica, creo que con lo dicho basta para darse cuenta del estado lamentable en que se encuentra nuestra nomenclatura científica. Tenemos sabios que son capaces de competir ventajosamente con los de los demás países de Europa, pero careciendo de reglas filológicas, que nadie se ha preocupado por establecer, para la creación de las palabras nuevas, incurren a cada paso en incorrecciones. Sin base cierta en que apoyarse, cada cual se forma un vocabulario propio, cada autor llama las cosas de una manera, los compiladores sacan de unos y de otros, y los diccionarios, basados en dichas obras y en léxicos extranjeros traducidos, llegan a constituir una vergüenza para el idioma. Triste es confesar que nuestra lengua es demasiado sabia para nosotros. Nuestra riqueza de sonidos, nuestro acento tónico, que tanto vigor presta al castellano, son obstáculos terribles para el conocimiento perfecto del idioma. No podemos casi escribir cuatro palabras sin que nos asalte la duda de si será esdrújula o no una palabra. Lo poco y mal que conocemos las lenguas muertas no nos vale para gran cosa. ¿Acudir al Diccionario?—¡Pero si fuera del Diccionario de la Academia, que tiene bastantes errores y al que faltan muchísimas palabras, los demás no valen maldita la cosa desde el punto de vista del lenguaje científico! No saben los franceses y los ingleses la suerte que tienen con su lengua, a pesar de su ortografía endiablada. El castellano, con su ortografía sencillita, en la que todas las letras parece que se pronuncian es la lengua más difícil de escribir bien que conozco. Claro que se escribe como se pronuncia, pero la gracia estaría en

pronunciar como Dios manda, y lo que es eso es completamente falso.

Volviendo a nuestra Botánica aconsajaré, en esta, como en todas las ciencias, la mayor prudencia en la formación de las palabras. En muchos casos las formas dadas por mi *Pequeño Larousse*, en el que señalo todas las veces que tengo que apartarme del Diccionario de la Academia, podrán servir de norma a los que tengan la amabilidad de seguir mi opinión. En los casos en que no figure una voz en el *Larousse*, las reglas que doy en mis *Apuntaciones lexicográficas*, podrán servir para salir de la mayor parte de las dificultades.

LA HISTORÍA NATURAL Y LOS DICCIONARIOS

La décimotercera edición del diccionario de la Academia realizó un progreso inmenso en lo relativo a la historia natural. Hasta entonces el Diccionario de la Academia se había contentado con definir más o menos bien las voces de historia natural, pero sin indicar a qué familias pertenecían. En la duodécima edición se observaba ya un tímido ensayo : algunas plantas llevaban indicación de familia, como el *Abedul*, el *Abelmosco*, la *Acacia*, el *Acerolo*, el *Aciano*, el *Acónito*. Pero la mayor parte iban sin indicación, como el *Abey*, el *Abrojo*, el *Abrótano*, el *Acebo*, el *Acanto*, la *Acedera*, la *Acederilla*, el *Abacá*.

En cuanto a los animales, no llevaban nunca indicación de familia ni género, como puede comprobarse en *Abrojín*, *Abubilla*, *Acaro*, *Abadejo*, *Abanto*, *Abeja*, *Abejarrón*, *Abejón*.

Acá y allá aparecían algunos nombres de familias : *Aceríneas*, *Malváceas*, *Rosáceas*.

La décimotercera edición en cambio define todos los nombres de botánica indicando su familia y los nombres de zoología por el del orden a que pertenecen. Sin embargo, en los moluscos, hay alguna variedad en las definiciones. En unos se indica la clase, como el *Caracol*, (gasterópodo), la *Lapa* (gasterópodo), en otros se olvida dicha indicación, como en el *Chitón* (1), también gasterópodo, donde sólo se dice que es : molusco con la concha de ocho piezas. Falta la clase de los Lamelibranquios, que suelen llamarse en el diccionario moluscos acéfalos (*Almeja*, *Navaja*, *Mejillón*, *Ostra*). Sin embargo la *Venera* es concha de dos valvas y la *Madreperla* es concha bivalva, nada más.

La *Balata*, está definida como una especie de babosa,

(1) Siendo en griego *chitôn*, claro está que debe dar en castellano *quitón*.

(molusco), sin embargo dicha *Balata*, definida ya en *Cohombro de mar*, como Radiado, es la *Holoturia* (que no figura en su puesto) y es un Equinodermo (tampoco figura esta voz en el diccionario). La adopción de las palabras *Radiado*, *Equinodermo*, *Acalefo*, etc., exige mucha atención, pues estas voces y otras varias designan ya tipos (no grupos), ya sencillamente clases, según las clasificaciones. La de Cuvier, seguida de lejos por la Academia está ya anticuada.

La división de los peces en Acantopterigios y Malacopterigios es ya vieja, y el significado de estas voces varía con los autores.

Además, como se trata de un diccionario vulgar y que estas denominaciones nada recuerdan a la memoria, son inútiles. Cuando leemos ave zancuda, ave palmípeda, mamífero plantígrado, nos formamos una idea aproximada del animal definido. Mientras que : pez malacopterigio subranquial y la carabina de Ambrosio vienen a ser lo mismo. Las divisiones modernas, más variadas, permiten mejor definición.

En las Aves y los Mamíferos define la Academia los animales por la clase y el orden. En los Reptiles también. Pero los Anfibios sólo los define por la clase. Los Moluscos unos por la clase y otros por el tipo ; los Insectos por el orden, los Crustáceos por la clase; los Pólipos y los Gusanos, por el tipo.

Faltan tipos zoológicos, como los Protozoarios, y este olvido hace que los naturalistas y lexicógrafos se den de calabazadas para fabricarles nombre. Yo digo *Protozoario* (Pequeño Larousse), y lo mismo dicen Zerolo, Salvat, Seguí (artº Amiba), y los naturalistas Mercante y Rouquette. Pero otros naturalistas no menos importantes dicen *Protozoos*, v. gr. Bolívar, Ribera Gómez, Odón de Buen, nombres acatadísimos en nuestra literatura científica.

¿A quién hacer caso? ¿Quien ha de zanjar la cuestión?

La adopción de la forma en *oo* por estos naturalistas no me parece descansar en bases firmes.

Escribe Bolívar : *Protozoos*, *Mesozoos*, *Metazoos*, pero en cambio, entre las clases y subclases nos da mezclados : *Heliozoarios*, *Esporozoarios*, *Hidrozoos*, *Briozoos* y en Odón de Buen encontramos la misma mezcla.

EL VOCABULARIO ANATÓMICO

Nada parece tan elemental a primera vista en la tecnología médica como los nombres de los huesos del esqueleto humano. ¡ Cuán lejos estamos sin embargo de hallar en ello alguna unidad !

Comprende el cuerpo humano, según algunos anatómicos, doscientos diez huesos, que se dividen del modo siguiente :

Cráneo (18 huesos) : 1 *coronal*, 1 *etmoides*, 1 *esfenoides*, 1 *occipital*, 2 *parietales*, 2 *temporales*, 4 huesecillos para cada oído (martillo, yunque, lenticular, estribo) (1), 2 wormianos.

Rostro (14 huesos) : 2 *angüis*, 2 nasales, 2 maxilares superiores, 2 cornetes (2), 2 *pómulos*, 2 *palatinos*, 1 *vómer*, 1 maxilar inferior.

Región hioidea (1 hueso) ; *hioides*.

Columna vertebral (26 huesos) : 24 *vértebras*, 1 *sacro*, 1 *cóccix*.

Tórax (25 huesos) : 24 *costillas*, 1 *esternón*.

Pelvis (2 huesos) : 2 *innominados*.

Brazos (5 huesos cada uno) : 1 *clavícula*, 1 *omoplato*, 1 *húmero*, 1 *cúbito*, 1 *radio*.

Manos (27 huesos cada una) : carpo formado por 1 *escafoides*, 1 semilunar, 1 *piramidal*, 1 pisiforme, 1 *trapecio*, 1 *trapezoide*, 1 hueso grande y 1 *unciforme*, 5 metacarpianos, 4 *falanges*, 5 falanginas y 5 falangetas.

Piernas (4 huesos cada una) : 1 *fémur*, 1 *rótula*, 1 *tibia*, 1 *peroné*.

Pies (26 huesos cada uno) : 1 *astrágalo*, 1 *calcáneo*,

(1) En mis *Enmiendas al Diccionario* pedia la inclusión de estos cuatro huesos en el Léxico. Ya figuran en la 14ª edición.

(2) Incluídos en la 14ª ed. del Diccionario.

1 *escafoides*, 1 *cuboides*, 3 *cuneiformes*, 5 metatarsianos, 4 *falanges*, 5 falanginas y 5 falangetas.

Los nombres en versalita figuran en el diccionario de la Academia, los demás no se hallan en el Léxico oficial, cosa de lamentar sobre todo para los maxilares. En cambio trae el diccionario un *Hueso intermaxilar* que es inútil, pues dicho hueso no es sino la parte delantera del hueso maxilar que, en el hombre, está soldada con este último. Tampoco se explica que figuren sólo 4 hueso del carpo.

Mucho puede criticarse en la estructura de todos estos nombres, de corte algo bárbaro.

Claro está que en este caso mi crítica no se dirige a la Academia, que no ha hecho sino archivar errores consagrados por el uso. Convendría, para lo futuro, que diese mayor cabida a los tecnicismos, para no tener que admitir más adelante ciertas majaderías.

En primer lugar salta a los ojos que ha de modificarse el hueso *trapezoide* del carpo, que debe ser *trapezoides*, como la generalidad de las voces analogas: esfenoides, coracoides, xifoides, etmoides, deltoides, etc.

En lugar de *coronal* podría definir la Academia el hueso correspondiente en el artículo *Frontal*. Por lo demás en *Hueso etmoides* leemos « pequeño hueso cúbico encajado en la escotadura del hueso *frontal*... »

Esternón (gr. *sternon*) es barbarismo, pues las voces terminadas en griego por *on* concluyen en *o* en castellano, v. gr.: *alabastro*, *bálsamo*, *élitro*, *ganglio*. Sólo toman la terminación *ón* en nuestra lengua las que en griego tienen omega., v. gr. : *bubón*, *sisón*.

Omoplato, masculino, tiene equivocados el género, la terminación y la acentuación. ¡ Una friolera !

En efecto, las palabras terminadas en griego por *ê*, toman normalmente en castellano la terminación *a*, v. gr. : *amígdala* (amugdalê), *aorta* (aortê), *araña* (arachnê), *diatriba* (diatribê), *dracma* (drachmê), *cesta* (kistê), *concha* (kogchê), *ninfa* (numphê), *oda* (odê), *foca* (phokê), *pompa* (pompê), *sandáraca* (sandarakê), *escena* (skênê), *estela* (stêlê), *cuerda* (khordê), *zona* (zonê). Son

todas femeninas por regla general. Sin embargo tenemos *enálage* (enallagê), m., *ágape* (agapê), m., *acalefo* (akalêphê), m. (1) y *didracma*, m., mientras que *dracma* es f.

En cuanto a la acentuación claro está que ningún motivo hay para no dejarle la forma esdrújula.

Peroné, derivado del gr. *peronê* es otro disparate. La palabra francesa *péroné* fué primitivamente un adjetivo cuyo substantivo correspondiente era *pérone*. Esta forma figura en textos del s. XVI citados por el diccionario francés de Hatzfeld. Por la misma época Ambrosio Paré, cita dopor Littré, decía: *l'os péroné*. En castellano el diccionario de Terreros trae : « *Perone* (sin acento), en la Anatomía, la canilla menor de la pierna, el hueso anterior de ella. Fr. *Perone*, *peroneè*. Danle el Lat. *Peronaeus*. » La forma castellana debía pues ser *Peroneo*. En francés la palabra *péroné* perdió pronto su carácter adjetivo, lo mismo que otras voces de anatomía : *dentelé*, *pectiné*. Sólo que, si en estas últimas se percibe siempre el substantivo primitivo, en *peroné* dicha percepción es mucho más difícil. Así se comprende como los que introdujeron la palabra al castellano la copiaran al pie de la letra como hacen aun hoy algunos traductores semibárbaros.

Coxis, mal derivado de *coxa*, traía la Academia hasta la 13ª edición, hoy, con más acierto, trae *cóccix*.

Sin embargo tan mala me parece una forma como otra. El griego *kokkus*, *ugos* no puede dar en castellano más que *cóccige*, del mismo modo que tenemos *lince* (lugx, gkos), *esfinge* (sphigx, uggos), *estrige* (strigx, iggos), *laringe* (larugx, uggos), *ónice* (onux, uchos). La única excepción que he observado ha sido *perdiz* (perdix, ikos), que en francés también se aparta de la regla que quiere el nominativo griego y el género masculino para los nombres terminados por *x* en aquella lengua. En cuanto al género no hay regla fija en castellano. *esfinge*, *estrige*, *laringe*, *faringe*, son femeninos, *bómbice* y *lince* son masculinos por designar animales,

(1) *Acalefo* es un disparate copiado de algunos autores franceses que se empeñan en hacer masculina la palabra. El Diccionario francés de Hatzfeld la da como f., y lo mismo hace la grandiosa *Zoología* de Y. Delage.

lárice, por designar un árbol. Ya he criticado, en otra ocasión que sea *ónice* masculina en el diccionario y *ónique* femenina mientras que *sardónice* es femenina y *sardónique* masculina (1). Por ser un hueso pudiera pues ser masculina la palabra que nos ocupa.

Cóxix escriben Ribera Gómez, Salvat, artº Esque eto Rouquette, Seguí, artº Caballo (fig). El Diccionario de Salvat trae por una parte *Cóccix*, como la Academia, pero también *Coxis*, *coxigeo*, *coxigio*, *coxipubiano*. Encontramos *Coxigea* en Bolívar, 280. En la traducción española de Sappey se encuentra ya *cóccix*.

Además de los huesos figuran en el diccionario de la Academia cierto número de palabras relacionadas con el esqueleto. Son las siguientes :

Ileon, *isquion* y *pubis*, partes del hueso innominado.
Pelvis, conjunto de los huesos *sacro*, *cóccix* e *innominados*. En la 14ª edición se agrega el sinónimo *Bacinete*, inútil.
Atlas y *axis*, nombre de dos vértebras.
Apófisis o extremos de ciertos huesos.
Acromion (antes *Acromio*), parte del omoplato.
Metacarpo y *metatarso*, partes de la mano y el pie.
Periostio, membrana adherida a los huesos.
Diartrosis y *sinartrosis*, clases de articulaciones.

Isquion e *íleon* han sido introducidos por la décimotercera edición del diccionario. No están de acuerdo con la formación castellana.

Isquion (gr. iskhion) no pudo ser más que isquio (2) como lo explico algo atrás para *esternón*. Sin embargo debemos reconocer que desde Terreros figura *isquion* en el Diccionario, donde poco a poco ha acabado por hacer olvidar a su sinónimo *Cía*.

Ileon es menos defendible.

En primer lugar conviene separar las dos acepciones que de la palabra da el diccionario : « tercer intestino delgado » y « parte del hueso innominado ».

1) Esto fue escrito antes de la aparición de la 14ª edición del Diccionario en que esta contradicción ha desaparecido.

2) *Isquio* figura al lado de *Isquion* en el Dric. de St. Hilaire (1855). El diccionario esp. ingl. de Baretti (1786) da solamente *Ischion*.

En la primera de sus acepciones viene del lat. *ileum*, o mejor dicho del francés *iléon-ileum*. La forma *iléon* de aspecto griego, es caprichosa y en cuanto a *ileum* pertenece al latín de los médicos de la Edad Media. De todos modos hubiera sido preferible adoptar la forma lat. tanto más cuanto que si *ileon* hubiera existido en griego no hubiera podido darnos otra cosa, que *íleo*.

En la segunda acepcion no viene del lat. *ileum* sino del francés *Ilion o ilium*. La forma *ilion* es igualmente una forma griega inventada, y en cuanto a *ilium* es el singular inusitado del pl. lat. *ilia*, caderas. Los anatómicos franceses han usado con más frecuencia que *ilion* el término *os des iles* y nosotros tenemos su equivalente en el castellano *cuadril*. Pero tenemos la manía de vestirnos con trapos ajenos que maldito si nos pegan.

A propósito de *ilia* observo con sorpresa que *Islilla* que significaba antes « parte del cuerpo desde el cuadril hasta debajo del brazo » se ha convertido en clavícula, desde la duodécima edición del diccionario.

En Zerolo, artº *Clavícula*, hallo una cita de Palmireno, que dice « las espaldillas o paletillas son dos, y otras tantas las clavículas o asillas ». La 14ª ed. del Diccionario agrega en *Islilla* la remisión a Sobaco y lo deriva de un *astilla* que aparece en el suplemento de dicha edición ¡ Es pintar como querer!

Sin embargo, si examinamos la nomenclatura corriente de los libros de historia natural, observaremos divergencias numerosas entre ella y la nomenclatura ya deficiente que la Academia no ha tenido más remedio que sancionar.

Acromio escribía antes la Academia y *Acromion* trae desde la última edición del Drio. Encontramos *Acromión* en Ribera Gómez, 33, y *Acrómion* en la edición española del Sappey. El diccionario de Salvat trae las dos formas, *Acromio* y *Acromion*, con remisión, y el de Calleja trae dos definiciones diferentes para las dos ortografías. El diccionario de Seguí define *Acromio*, pero escribe *Acromión* en el artº *Clavícula*, y el diccionario de Bustamante y Vilar trae *Acromion*. Era mejor *Acromio*.

Las voces de anatomía en que entra la forma *eidos* toman en castellano la terminación *oides*. Ya critico poco

antes la forma *Trapezoide* del diccionario. En el diccionario de Salvat artº *Cabeza*, encontramos *Apófisis mastoidea*, *pterigoidea*, *lambdoidea*, que deben ser *mastoides* (Acad.) *pterigoides* (así en Ribera Gómez y Rouquette), *lambdoides*. Cavidad *glenoidea* (Rouquette, 225) debe ser *glenoides*.

Las falanginas y falangetas están bastante mal libradas por falta de una fe de bautismo conveniente. Para *falanginas* sólo he encontrado una variante detestable: *falangines* en la Zoología de Olea. En cuanto a las *falangetas* cuentan con el apoyo de Ribera Gómez; Zerolo, Sappey. El diccionario de Salvat trae *falangitas* y Olea (Zoología) nos propone *falangetes*.

Las *arcades* francesas suelen ser *arcadas* para algunos autores. Salvat trae *arcada alveolar*, *arcada superciliar dentaria*, en *Esqueleto*, si bien en el artº *Alveolar* dice: *arco alveolar*. La forma general es *arco*: *arco cigomático* (Ribera Gómez, Sappey, Bolívar, Laurent).

Los huesos del tarso son *metatársicos* (Bolívar), y *metatarsianos* (Salvat, artº *Esqueleto*, Sappey). Prefiero la forma *metatárseo*, pues la generalidad de las palabras de anatomía que en francés tienen la terminación *ien* toman en español la forma *eo*, v. gr.: *raquídeo*, *laríngeo*, *faríngeo*. No veo la necesidad de no sujetar a esta regla *Falangiano* (Acad). *Falangieo* sería tan normal como *Alangieo* que está en el diccionario. Confieso sin embargo que esta forma es inaceptable en ciertos casos, y que no hay más remedio que aceptar la terminación gálica para *pubiano*, *pelviano*, *craniano*.

Se ha dejado igualmente la Academia en el crisol entre algunas otras, dos palabrejas anatómicas dificilillas de traducir: *Trocánter*, nombre de ciertas tuberosidades a las que se adaptan los músculos del muslo, y *Olecráneo*, apófisis del codo.

Traen *trocánter* Zerolo y Salvat. Sin acento figura en Seguí artº *Caballo* y en Laurent. Olea, en su *Zoología* inventa la forma *Trocante*. Su *gran trocante* es sencillamente el *trocánter mayor*.

El *olecráneo* figura en Zerolo y en el excelente aunque olvidado diccionario de Saint Hilaire Blanc. Da éste, como remisión, la forma *olecrano*. Bolívar,

escribe *olécranon* lo mismo que Sappey. *Olecránon* hay en Seguí (art. *Caballo*), en Salvat y en Laurent.

Algunas otras palabras se prestan a vacilación:

Por no llamar *cornetes*, antes que la Academia los admitiese, unos huesecillos de la nariz, algunos anatómicos los titulan *conchas* (Bolívar). Laurent, Sappey, Rouquette, dan *cornetes*. Francamente, cuando tenemos bellezas como el peroné o el omoplato bien podemos aceptar los cornetillos de la nariz.

La desastrosa ambiguidad de nuestra barba ha permitido que se introduzca en anatomía el galicismo *mentón* al que la Academia acaba de abrir generosamente su Diccionario. El agujero *mentoniano* figura en Salvat (art. *Cabeza* y en Laurent). Sappey lo llama agujero *barbado*. Hubiera podido llamársele agujero *maxilar*.

El estudio que he hecho de los diversos huesos del cuerpo pudiera hacerse con cualquiera otra categoría de palabras relativas a la anatomía, y a la medicina.

Poco a poco han ido perdiéndose las palabras castizas. Ya nadie tiene garrotillo, sino *crup*, y el trancazo de nuestros abuelos lleva hoy en el diccionario la estigma de figurado y familiar y la remisión al grotesco *gripe*. Los médicos no conocen ya la tos ferina, sustituida en todas partes por la *coqueluche*, que pronto se colará en el diccionario. ¿Quién habla ya en castellano de empeines? ¡Qué palabra más fea! Lo que hoy se tienen son *dartros* como los franchutes (Zerolo trae *dartris*).

Si por lo menos hubiéramos sustituido palabras vulgares españolas por palabras científicas, el cambio, aunque imbécil, tendría alguna excusa. Pero lo vergonzoso es que hayamos sustituido voces vulgares castellanas por voces vulgares francesas. Los franceses han tomado del irlandés la voz *croup* por carecer en su lengua de un sinónimo, mientras que nosotros teníamos garrotillo. Nuestro trancazo era tan expresivo como el francés grippe (de *gripper*, atrancar). En Francia intentaron hace unos veinte años aclimatar la voz italiana *influenza*, para designar una variedad de trancazo, pero la palabra no agarró profundamente.

Existen gran número de enfermedades para las que por desidia hemos dejado perderse los nombres que indudablemente tuvieron antaño. Tales son las que

corresponden a las palabras francesas *muguet*, *oreillons*, *écrouelles*.

Muguete trae el diccionario médico de Garnier y Delamare, *muguet* leemos en Zerolo y Salvat, *muguet* también en el *Tratado de medicina interna* de Eischort, edición española. Sin embargo la enfermedad ha debido tener su nombre en España. En Chile (Echeverría) se llama *algorra*, *musguete*, *alhorre*, *blanquillo*. En Méjico (Ramos y Duarte), *algodoncillo* y *sapillo*, en Cuba (Piñeiro), *sapillo*. En Portugal (Formulario Chernoviz y Seguier, se le da el nombre de *sapinho*. El Diccionario de la Academia, trae en *Sapillo* una remisión a *Ránula*, que define : tumor blando, lleno de un líquido glutinoso, que suele formarse debajo de la lengua.

Esta remisión es sin embargo obra de la décimotercera edición del diccionario, y se debe sin duda a la manía de conformar las definiciones con las etimologías más o menos ciertas, siendo así que lo intangible habían de ser las definiciones, escritas en otro tiempo por personas de talento, pero sin pretensiones lingüísticas.

La edición del diccionario de 1803 traía :

Sapillo, tumor que sale debajo de la lengua o a los lados de la boca, que generalmente se origina de humor grueso que baja de la cabeza. Llámanle también *ránula*, y en los irracionales, *barbas*. Lat. *Ranula*, *aphtae*. Seguramente que los que escribieron este artículo no pensaron ni remotamente en dar la equivalencia latina de *aphtae* al tumor sublingual llamado en castellano *ránula* y en francés *grenouillette*. En cambio el *muguete* puede confundirse con las *aftas*.

Otro lío intolerable tenemos con la equivalencia de *écrouelles* y *oreillons*.

En *Papera* trae el diccionario : tumor que se forma en la papada o en otros puntos del cuello desde la garganta hasta las orejas. El diccionario de Garnier Delamare no la trae, acaso por ser demasiado castellana. El *Lexicum* de Laurent la da sólo como sinónimo de *Goître*, bocio.

En *Bocio* remite el diccionario de la Academia a *Papera*, y en *Coto* remite a *Bocio*.

En *Lamparón* trae : escrófula en el cuello.

En Chile (Echeverría) *paperas* son : parótidas,

tumores que se forman debajo del oído y detrás de la mandíbula inferior.

En Honduras (Membreño), *Paperas* son una especie de angina, que se manifiesta por una inflamación en las glándulas de la garganta.

Miguel Amunátegui Reyes, al comentar esta misma enfermedad, cita la definición de *paperas* que da el *Manual de medicina* de Hufeland : hinchazón a veces desmesurada de la glándula tiroides y del tejido celular inmediato. Y agrega « esto basta para comprender que en Chile se ha dado a la palabra *papera* un sentido que no es el que le corresponde ».

En Cuba se usa también la palabra *paperas* por parotiditis, que la Academia define en *Parótida*, última acepción : tumor inflamatorio en las glándulas del mismo nombre.

En la edición de la Academia de 1803 tenemos : *Papera*, la apostema o tumor que se hace en la papada, entre la garganta y la oreja, y en *Papada* dice : la carne que crece en abundancia debajo de la barba, o la que está entre ella y el pescuezo.

Bocio no se introdujo en la Academia hasta la edición de 1869 y *coto* que figuraba en el diccionario de Salvá como americanismo ha entrado en el de la Academia de 1884 sin dicha indicación.

Si recurrimos a Terreros, hallamos en *Papera* : « apostema o tumor que se hace en la papada o al lado de la garganta, Fr. *Gaitre* (sic), *apostume*. V. *Seca*. »

Y en *seca* hallamos : « bulto que se hace en el pescuezo y en otras varias partes del cuerpo, Fr. *écrouelle*, *gouetre*, *gouetron*, *goitre*, *loupe*, *tumeur*. Lat. *Adenas*, *hernia gutturis*, *struma*. It. *Scrofule*, *gozzo*, *stranguglioni*; lo cual se toma también por los lamparones en Lat. *Scrophulae*. Ocasionado o expuesto a secas o paperas. Fr. *Goitreux*. »

Terreros, decididamente muy completo, trae *Bocio*, en la medicina, tumor debajo de la barba, y.

Coto, tumor o especie de lupia de América, que sale en la garganta a toda suerte de personas... también le dan el nombre de *Buche*.

En los diccionarios bilingües de Terreros hallamos : *Ecrouelles*. Lamparones.

Goître. Lobanillo, seca, papera, papo.

Oreillons. Parotidas en las orejas de los caballos, asa, orejón, palomilla.

En portugués (Chernoviz) el *goître* es *papeira* o *bocio*, y la parotiditis, *cachumba*.

En el diccionario de la Academia, en el artículo *escrofularia*, leemos en la etimología : de *escrófula*, por haberse usado esta planta como medicamento contra las paperas.

Como puede verse no es fácil salir de este lío secular. Ha habido en un principio confusión entre la *papera* o *papo*, dilatación anormal de la glándula tiroides, que corresponde al *goître* francés, al *coto* americano, al *bocio* español y al *gozzo* italiano ; los *lamparones* y las *paperas* ordinarias, que corresponden a las *écrouelles* francesas y las *paperas* o *secas* que son bultos formados por las glándulas parótidas hinchadas.

Examinando lo referente a los *lamparones* encuentro, en el *Lexicum* de Laurent que son sinónimos del *Farcin* francés, y el diccionario de Garnier y Delamare da también *Lamparones* como sinónimo de *Farcino* o *Muermo cutáneo*, siendo así que los lamparones son cosa enteramente distinta.

En dicho diccionario de términos médicos encontramos por lo demás la mar de neologismos caprichosos : voy a copiar algunos a continuación :

Jetaje, s. m. (calco del francés *jetage* ; podría derivarse del español ant. *jetar*, echar, arrojar . Flujo nasal en los animales atacados de muermo.

Gargullido (francés *gargouillis*). Estertores húmedos, producidos en una cavidad por la agitación del líquido contenido en ella, agitación debida al paso de la columna de aire.

Bisturnaje (francés *bistournage*), procedimiento de castración.

Clapeo o *clapoteo* (francés *clapotis*).

Claqueo o *claquido valvular* (francés *claquetis*, *claquement*).

Cornaje (francés *cornage*).

Y otras muchas palabras extraordinarias, pero que reflejan perfectamente el vocabulario de muchos galenos hispanoamericanos.

No hace mucho tiempo tuve ocasión de expurgar una traducción de un libro de medicina traducido¿? del francés al castellano por un médico español y espigué en dicha traducción algunas perlas que ofrezco a los lectores, garantizándoles su absoluta exactitud.

La traducción moco suena moco suene dió lugar a las siguientes remisiones :

Almohadón. V. *Peritonitis tuberculosa*. (En francés *carreau* significa, en efecto, almohadón y peritonitis tuberculosa).

Armero. V. *Dentadura*. (El francés *râtelier* significa ambas cosas).

Salmonete. Sinón. *Vendimiador*. (El francés *rouget* significa a la vez un pez y un ácaro).

Algunas traducciones del libro en cuestión eran verdaderamente risibles :

Entre las causas de la fiebre tifoidea señalaba el autor la habitación en letrinas sin chimenea francés : *cabinets sans cheminée*, significando *cabinet* gabinete y excusado).

Para destetar a un niño aconsejaba que « se separen cada día más las tetas » en francés *tétée* es la acción de mamar).

Entre las causas de la difteria indicaba la vida en « habitaciones llenas de estorbos (en francés *encombrées*, es decir el hacinamiento en las viviendas).

Contra la canicie recomendaba la aplicación de cataplasmas de heno (francés *henné*, alheña).

En los países cálidos aseguraba que era preciso protegerse contra las mareas (francés *marais*, pantanos) y dar a las lagunas (francés *fossé*, zanja, cuneta) una inclinación suficiente para que se vacien después de las lluvias.

Evidentemente tratábase aquí de un caso teratológico, pero, en límites más modestos, se leen barbaridades notables en muchas traducciones médicas publicadas en España.

No se puede exigir a los médicos que tengan conocimiento filológicos. Lo que sí se les podría pedir es que mostraran un poco menos de servilismo ante el extranjero y pusieran fin a esa invasión grotesca de traducciones que acabará por hundir la ciencia española.

Hoy día, más de las tres cuartas partes de las obras de medicina española son traducciones.

Es preciso por último que los filólogos pongan decididamente la mano en el asunto y creen, para uso de las diversas profesiones, un tecnicismo completo, en el que se aceptarán los barbarismos ya clásicos, pero en el que se darán reglas para ir construyendo más pulcramente las palabras nuevas que vayan ocurriendo.

Quizás la Academia española pudiera asumir esta tarea publicando, paralelamente a su diccionario una especie de anuario donde fueran dándose consejos para la formación de palabras nuevas. Sería además una especie de noviciado para palabras que permitiría tenerlas en observación y no darles el visto bueno definitivo sino cuando lo mereciesen.

EL LENGUAJE DE LA MODA

Al hojear un número de la elegante revista *El Hogar*, de Buenos Aires, me ha llamado la atención el que los anuncios de las tiendas de ropas y de las sombrererías para señoras estén escritos en un lenguaje sumamente macarrónico.

Un almacén ofrece : vestidos brin, confección sastre; vestidos marinera, en rico brin rayado, precio de reclame; vestidos en brin puro hilo, colores lisos, adornados con volados cambray y valencianas y cinturón Mesalina.

Bajo un figurín de « mamarracha » elegante, leo el siguiente letrero : *Toilette* de visita *en* raso terciopelo y muselina. Cuerpo *en gruesa Venise*, guarnecido, como también la falda, de botones de tela. *Bandas* intercaladas de terciopelo.

Una casa especial para sombreros de luto presenta : sombreros crespón *chiffon ;* una toca *granadina*, seda opaca, *cabouchones perlitas* opacas, artículo de *reclame*.

Este lenguaje no es por lo demás particular a las americanas, pues idéntica jerga hablan las elegantes españolas. Buena prueba de ello es el catálogo del almacén barcelonés *El Siglo*, donde encontramos lindezas como :

Bressiers algodón *jumel*, punto inglés. (Advierto que *brassiere* no *bressier*) significa en francés sencillamente *almilla*. Pero ¿ quién usa ya almillas en España ? La gente del pueblo, las pobretonas que no entienden el francés ¿ ? de la moda actual.

Estolas *en* raso, *faille, tamis* y crespón.

Nudos de seda color, alta novedad.

Estolas de seda *pongis*, en francés *pongé*.

Se encuentran allí camisas de *brillanté*, de *Zephir*

(con mayúscula y todo) de forma *Sport*, de forma *negligé*, en *postizo* y con cuello y puños, *a medida* o *de confección*.

Hay chambras de *angelina*, de *nansú*, de *madapolán*.

Hay colores la mar de raros, como marino, celeste, *beige*, cuero.

En la sección de vestidos para señora, encontramos cuantos disparates podamos desear, en dicho catálogo: abrigos de *cheviot mezclilla*, vestidos de gasa *liberty*, cuello *frivolité*, *vieses* (sic) de raso, y pechero de *laize*, con bordados *soutache*. Hay blusas de tul *a pliegues*, refajos *todo seda*, manguitos de piel *rasé*, o de imitación *renard*, estolas de piel *mourmel* o de piel *eléctrico*, masculino y todo.

En sombreros pueden escoger las señoras, si lo entienden, modelos con alones *fantasía*, o con plumas *lloronas* o con elegantes *couteaux*, o de forma *cloche*, de *laize* dorado o con un *chou* de cinta, o de forma *matelot*.

En la ropa de hombres reina la misma variedad. Aparte de los *chaqués*, que pueden hacerse de *armure*, de *cheviot*, y forrarse de *beatriz*, pueden comprar también cortes de trajes de *melton* o de *estambre* de gran fantasía, y existen también para los obreros, trajes de *retort* azul o de pana *cordolé* y aun de *plancha color azul tina garantido*.

En materia de zapatos hace falta saber mucho para entender lo que podrán ser polacos de *dóngola* negra o *marrón*, *puntera charol*, o de *doré*, de *oscaria* negra, de charol *cornelio* con cañas *megis*, con forro *rapón*.

De telas ¡ no digamos ! cualquiera entiende lo que son *otomán semilana*, algodón *mercerizado*, *cheviot inglés alta moda*, *biarritz*, *drafford*, tejidos *semis*, *damasés*, *piel* de seda, *glacés souple*, jerga *todo lana*, *armure todo lana*, cheviot *nater*, *sergés* de lana, chales de *tamís*, *armure mate*, *granité*, *brillanté*, *otomán* imitación *a la bengalina*, *fulares* y *polonesas*.

Pero donde encontramos el verdadero delirio es en el catálogo que publican en español los almacenes parisienses del *Printemps*.

Hay en dicho catálogo tejidos que nunca habíamos

sospechado : *damero*, *céfiro*, *chevrón armura y granulado fantasía*, *pekines*; *amazona tratamiento Elbeuf*, *eolianas*, *maravilloso y paillette*, *razimir*, *luisina*, *tusor*, *tafetán resplandeciente apresto chifón*, *luisina fondo blanco hilillado color*, *fulares estampados*, *velo diosa labrado.*

En el catálogo en cuestión pueden hallar las señoras : faldas *plisadas* medio *confeccionadas*, *paletós* de *shantung* crudo, trajes *sastres andadores*, y hasta *trotadores*, con faldas *plisadas* y *depasantes* en las mangas. Y si quieren cosa de más lujo tienen vestidos de *marquesita* de lana *forrada* de *tafetalina*. Hay batas de *cotelina* y de batista *grueso hilo*, o *plisadas gruesos pliegues.*

En cuanto a los sombreros es un disloque. Pueden elegir las elegantes entre sombreros *paja y pañería*, sombreros *paja piquillo mordoré*, *pajazones* finos, con *fantasía de cuchillos.*

No sigamos adelante porque nos marearíamos ante tal acopio de disparates.

Al leer semejantes monstruosidades llega uno a convencerse de que toda la elegancia femenina pertenece exclusivamente a Francia y que antes de que viniera la moda providencial francesa nuestras abuelas no tenían ni camisa que ponerse.

Cierto es que en multitud de casos es preciso adoptar, con las formas y los tejidos que de Francia nos vienen, los nombres que en dicho país les dan, pero creo que sería fácil darles, en lo posible formas españolas, y decir por ejemplo : plegado en vez de *plisado*, en vez de *confección*, hechura, en vez de *crespón chiffon*, crespón arrugado, en lugar de *cabouchón*, cabujón, en vez de *damero*, de cuadros, en vez de *pajazón*, estera, en lugar de *falda trotadora*, falda de medio paso en vez de *renard*, zorro, de *cloche*, campana, de *chou*, lazo, de *matelot*, marinero, etc.

En cuanto a la sintaxis no veo por qué destrozarla de un modo tan indecente : *estolas en raso*, *camisa madapolán*, *sombrero crespón*, *bata gruesos pliegues* no han sido ni serán nunca español.

También los catálogos de modas franceses están cuajados de palabras inglesas, pero tienen siempre aspecto

afrancesado y la construcción de las frases es siempre francesa. Por otra parte el francés se adapta bastante bien a la pronunciación del inglés, mientras que el español, que no pierde una letra de estas palabras extrañas y no las pronuncia todas bien, acaba por convertirlas en adefesios.

REIMPRESIONES

Sabido es que una de las causas que retrajeron al ilustre Cuervo de proseguir la publicación de su Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana, fué el haber descubierto que las ediciones de la famosa biblioteca de Rivadeneyra, por las que se había guiado para el establecimiento de sus ejemplos, eran generalmente reproducciones malísimas, hechas con arreglo a ediciones espúreas y modificadas más o menos por el capricho de sus editores sucesivos.

Nada, absolutamente nada puede utilizarse en dichas ediciones para la publicación de un Diccionario de Autoridades (sin estar de acuerdo con el P. Mir que, en su *Prontuario de Hispanismo y barbarismo* afirma, en la p. LXXV que el « hacer otra edición del Diccionario de Autoridades contiene en sí hoy tanta imposibilidad como tomar agua en un harnero ») y creo que poquísimo provecho podría sacarse de las reimpresiones de obras antiguas hechas posteriormente, con vana ostentación de arcaísmo y exactitud, y muy especialmente de algunas que figuran en la Nueva Colección de Clásicos Españoles que se fundó bajo la dirección del sabio polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Más peligrosas acaso que las ramplonas reediciones en ortografía vulgar de la colección de Rivadeneyra son estas recientes reimpresiones similipaleográficas, encubiertas con nombres ilustres y capaces de engañar a los eruditos acostumbrados a fiarse de esta clase de obras en los demás países de Europa.

Para que no se me tilde de intransigente voy a dar algunas pruebas de lo que afirmo.

En el tomo 3 de los *Orígenes de la Novela*, publicado por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, he comparado

algunas páginas de la reimpresión de la *Tragedia Poliziana* con el original. He aquí cuál ha sido el resultado de dicha comparación.

En el f° i trae el original *Tragedía*, y la reimpresión *Tragedia*. Lo mismo ocurre en el colofón de la obra. Este acento me parece bastante importante para que no se omita.

En el curso del libro, escrito en caracteres góticos pequeños no hay ningún acento. La edición de Menéndez y Pelayo usa una acentuación caprichosa y absolutamente inútil. En el f° iij encontramos acentuadas las palabras *está*, *qué*, *dezís*, *esperaré*, *será* y sin acento: *razon*, *andays estays*, *aueys*, *sereys*, *amen*, *apostol*, *escriuelo*, *vendra*, *conuertiran*, *fabulas*, *prophecia*, *apostolica*.

La puntuación es rara en el original, generalmente se suplen las comas con rayitas. Menéndez y Pelayo pone una puntuación arbitraria. En la pequeña composición dirigida a los enamorados, en el f° iij, hay en el original catorce puntos y ocho comas; Menéndez y Pelayo pone quince puntos y trece comas.

Admito que, para la facilidad de la lectura, se hayan suprimido las abreviaciones, v. gr. *tata*, por *tanta*; *aq̃en*, por *a quien*. Pero en tal caso, ¿por qué haber conservado las *uu* en lugar de *w*, dejando *estuuo*, *auia*, etc.?

Otra falta de regularidad se observa en la transcripción de la *ç*, letra que ha dado origen a bastantes polémicas filológicas para que no se la considere como cosa despreciable. Sin embargo en el f° ij, mientras Menéndez y Pelayo deja la cedilla en *oçiosidad*, *començada* y *fallaçes*, la suprime en *dulçe* y en *reçelo*.

Otra cosa igualmente reprensible es la transcripción de la &, que figura en muchos puntos del texto, por *e*. En los primeros folios las conjunciones son casi siempre &; sin embargo pronto empiezan a alternar las && con yy, y, en el f° v. vto., no se ven casi sino yy. Menéndez Pelayo pone en unos casos e y en otros y. Sin embargo, una transcripción no tiene derecho a hacer estas alteraciones.

D. Emilio Cotarelo y Mori, en su utilísima *Fonología española* dice a este respecto, después de aducir gran

número de argumentos y citas probantes: « Creemos por consiguiente que yerran los que, reproduciendo textos góticos (que duraron hasta 1560 aproximadamente), transcriben la & por et o simple e. »

No menos grave es la libertad tomada por Menéndez Pelayo cuando reune al verbo pronombres enclíticos, que en la edición original están separados del verbo: *dando me*, f° ij; *libertar me*, *agrado me*, f° iij vto., que en la reimpresión van siempre unidos. Sin embargo esta separación es de suma importancia desde el punto de vista filológico, pues nos permite fijar con exactitud el momento en que aparecieron las formas reunidas y las formas asimiladas *decilles*, *hablalles*.

Falta mas grave quizas es, en el f° iij v° encontrar: *los malos mancebos*, en lugar de *los canos mançebos*.

En el mismo tomo de los *Orígenes de la novela* eché una ojeada a la reimpresión de *La Lena*, de D. A. V. D. Pinciano y sólo en la página 390 me encontré, en la primera columna *madrastra*, en vez de *madrasta*, que traía el texto, y, en la columna siguiente: *diziendo*, en lugar de *iziendo*, que ponía el original.

Para la importancia que pueda tener la presencia de una forma como *madrasta* en un texto del siglo XVI, basta leer los §§ 788 y 790 de las *Apuntaciones* de Cuervo, 5ª edición.

Es lastima que estas reimpresiones, que por otra parte siguen con exactitud la ortografía original, no puedan, por esos descuidos, servir de base para ningún estudio lexicográfico formal.

Mucho más digna de censura es la edición que en la misma colección cometió el Padre Miguel Mir de los *Sermones* del Padre Alonso de Cabrera. Esto sí que es una abominación. No se han respetado en dicha edición ni la ortografía antigua, que sólo de cuando en cuando asoma tímidamente la oreja, ni la puntuacion, ni las notas marginales, metidas unas en el texto, entre comas, y suprimidas las demás.

Pero lo más jocoso del asunto es que el Padre Alonso de Cabrera no sabía latín y traducía la Vulgata poco menos que con los pies. Y el P. Mir, no suponiendo ni un instante que el P. Cabrera hubiese podido equivocarse, muy bonitamente enmendó

los latines de la Biblia para que encajaran con las traducciones del fraile.

Para que se vea que nada invento, copio a continuación el principio del sermón de la Purificación :

« Entre muchas cosas particulares y maravillosas, que por ser mandado de Dios hizo Moyses, para seruicio de aquel antiguo tabernaculo, fue vna al parecer de poca importancia, pero de gran significacion, que se cuenta en el capitulo treinta y ocho del *Exodo*. Fecit, et labrum aeneum, cum vasi sua, de speculis mulierum, quae excubebant in ostio tabernaculi. Hizo Moyses vn aguamanil de cobre, con su bacía (para recebir el agua que cayesse) de los espejos que ofrecieron las mugeres que velaban a la puerta del tabernaculo. No que el aguamanil fuesse hecho de los mismos espejos; sino que la materia del era cobre, y al derredor estaban fixados los espejos.

Observemos por de pronto que el texto de la Vulgata (Exodo XXXVIII) dice *cum basi sua*. Torres Amat traduce el pasaje del modo siguiente :

« Fabricó también la concha de bronce con su basa, y la hizo de los espejos (de acero, que ofrecieron las piadosas) mugeres que hacían la vela en la puerta del Tabernáculo ».

Bastante extraño me parece el acero que de su cosecha agrega Torres Amat, pues en otro tiempo se hacían los espejos de bronce.

En el capítulo XXX, 18, dice :

« Harás también una concha (o bacía), de bronce, elevada sobre una basa, para que sirva para el lavatorio, y la colocarás entre el Tabernáculo del testimonio y el altar (de los holocaustos). Y echada agua se lavaron Aarón y sus hijos las manos y los pies ».

El Padre Cabrera no entendió el texto bíblico, y todo su sermón, apoyado en su concepción falsa del aguamanil, con su bacía debajo para el agua que cayese, y los espejitos alrededor (que supone colocados allí para que al lavarse pudieran verse los pecados , resulta una simpleza.

El P. Mir, observando que « con su bacía » no podía

ser « *cum vasi sua* » enmendó tranquilamente la plana a la Biblia y puso : *Fecit æneum (sic) cum vase suo.*

Poco más allá, me encuentro con otro latinajo modificado. La edición príncipe trae :

... quod aedificationem ex Deo habemus domu non manu facta sed aeterna in cœlis.

En la Vulgata no figura el *sed*, pero en su edición el padre Mir intercala el siguiente embutido :

domum non manufactam, *sedem* aeternam in cœlis.

¡ Lo dijo Blas, punto redondo !

Y pensar que el P. Juan Mir considera como autoridad en materia de lenguaje a aquel zoquete y que trata de escritores incorrectos a Valera, Alarcón, Pereda, Cuervo, Baralt...

No quiere decir esto que todos las reimpresiones que por ahora tenemos sean despreciables. Algunos españoles, como los Sres. Menéndez Pidal, Cotarelo y Mori y varios extranjeros, como los Sres. Ducamin, Foulché Delbosc, Morel Fatio, Carroll Marden, Huntington, Buchanan, etc., nos han proporcionado ya reediciones bellísimas y definitivas. Pero por desgracia abunda la cizaña entre el trigo, y cuando quiera algún erudito emprender un trabajo filológico sobre documentos antiguos habrá de examinar, ante todo, el valor de cada uno de los textos de que pueda disponer, alejando sin compasión todos los que sean sospechosos.

Por la misma ocasión he de censurar a los editores de colecciones de clásicos populares que, queriendo « satisfacer exigencias de ciertos lectores sin perjuicio del gran público » han adoptado una ortografía mezclada, en la que conservan unas formas antiguas y suprimen otras, y so pretexto que « para el erudito es sencillísima la reconstitución » ; ponen la acentuación moderna, modifican la puntuación, etc.

Esos ardides infantiles no conducen a nada. Si se hacen ediciones para los eruditos, háganse perfectas, con todos sus pelos y señales, dejando a aquellos el

cuidado de juzgar el valor relativo de tal o cual particularidad, pues la que parece insignificante al editor puede parecer importantísima a otro filólogo. Y en cuanto a las ediciones populares, escríbanse en lengua corriente si se desea que se lean sin aburramiento por el vulgo. Esas mezcolanzas que están ahora haciendo algunas bibliotecas clásicas populares no conducen a nada, como tampoco conduce a nada el figurarse los editores de la *Nueva Biblioteca de clásicos españoles* que el poner en ortografía moderna ciertas obras olvidadas del siglo XV hará que el vulgo encaje dichas obras en su librería. Obrar como lo hacen, brindando sus tomos relativamente caros al vulgo es a la vez no conquistar los sufragios de éste y dejar la puerta abierta para una edición erudita, siempre indispensable.

EL DICCIONARIO DE ARGENTINISMOS DE D. TOBIAS GARZÓN

Hace algunos años se publicó en Buenos Aires, con motivo del Centenario de la independencia un *Diccionario argentino*, bastante copioso al que no han menudeado las críticas tanto en la Argentina como en Europa y en el resto de la América española. Echábasele en cara principalmente el haberse basado para la documentación en escritos de poca o de ninguna importancia, como periódicos de provincias, y también el haber dado cabida en sus columnas a gran número de vocablos indecentes. A mi parecer hubieran debido ser estas observaciones más bien en elogio que en censura de la obra de D. Tobías Garzón y yo mismo hubiera sido el primero en celebrar como se lo merece un libro que sería uno de los mejores diccionarios de americanismos, a no ser por el criterio equivocado que presidió a su redacción y que convierte este libro en consultorio sumamente peligroso para los americanos.

El error del Sr. Garzón, error que nos obliga a considerar esta primera edición de su obra como una equivocación absoluta en materia lexicográfica, consiste en que, conociendo perfectamente el idioma especial de su país, debió, antes de proceder a un léxico comparativo de dicho idioma con el castellano peninsular, enterarse de la verdadera riqueza de éste. El Sr. Garzón cayó en el comunísimo error, que nunca me cansaré de rectificar, de que en España se habla únicamente con las voces del diccionario académico, y de que todos los españoles de la península hablan el lenguaje clásico y rancio que tanto encanta al padre Juan Mir. No, gracias a Dios, en España se tienen palabras de sobra para

todo lo que hace falta expresar y, cuando en otro país se inventa cualquier cosa para la que no existía nombre en España, procuran los españoles adaptar a su idioma el nombre extranjero lo mejor que pueden, aunque no siempre a derechas. Así se comprende que cause cierta irritación a un español ver en el diccionario del Sr. Garzón, con la nota de argentinismos, infinitas voces que están hartas de rodar por la madre patria y que de ella pasaron a América.

La culpa de lo sucedido la tiene la enorme ignorancia que reina en América respecto de las letras españolas. Los resobados clisés de la decadencia de España, del encastillamiento del idioma en los viejos moldes, y sobre todo la inopia imperdonable de los diccionarios españoles han acabado por hacer creer en América que en España no hay ya ni siquiera idioma. Y ¡ claro ! al buscar una palabra en el diccionario de la Academia y no encontrarla, resulta un argentinismo, o un chilenismo, o un mejicanismo, según la nacionalidad del lexicógrafo. Muchos de los argentinismos del Sr. Garzón, en especial los vocablos indecentes, son chilenismos en el diccionario de Echeverría y Reyes, mejicanismos en el de Ramos y Duarte, hondureñismos en el de Membreño, etc., etc., y son sencillamente españoles.

Las personas que emprenden la ardua labor de hacer diccionarios de americanismos, deberían ante todo informarse de lo que es realmente ese castellano que tan pobretón les parece. Sírvanles de ejemplo el insigne Cuervo, que en sus *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* halló la filiación de tantos colombianismos en la literatura regional española, y Gagini, que en su bellísimo *Diccionario de barbarismos y provincialismos de Costa Rica* sacó tan buena copia de autoridades para sus costarriqueñismos nada menos que en las modernas novelas españolas. Y por lo menos, en América, donde sobra el elemento peninsular emigrado, ¿cómo no procurarse la colaboración de un español de verdad antes de publicar un léxico regional?

Nunca habrá podido sentirse esto tanto como en el presente diccionario, que hubiera sido preciosa contribución no sólo a la lexicografía argentina, sino a la misma española, que harta falta tiene de ello.

Dejo por un momento la palabra al Sr. Tobías Garzón :

« ¿ Cuál es el fin que me propuse al emprender este trabajo ? Al principio comencé a formar un vocabulario de barbarismos, pero resultaron tantos y tan generalizados en el país (y me refiero al lenguaje de la gente culta) que empezó a repugnarme el nombre de barbarismos dado a este inmenso caudal de voces, entre las cuales hay un número no insignificante que corren también en las otras naciones de la América hispana. Veía en esto un desconocimiento de la ley ineludible y universal de la evolución de la lengua. Me parecía el colmo de la insensatez bautizar con tal nombre los vocablos *neumonía*, *cactus*, *tifus*, *torreja*, *paralelógramo*, *omóplato*, *azucarera*, *presupuestar*, *influenciar* y tantísimos otros, por no estar aceptados en esta forma por la Real Academia Española, pues equivalía a admitir como me decía en una carta notable el eminente lingüista peruano D. Ricardo Palma, que dieciocho millones de españoles nos impongan la ley a cincuenta y tantos millones de americanos.

Pero no fué esto solo. Empecé a darme cuenta de que una multitud de términos, usados en la República Argentina, no constaban en el diccionario de la lengua. Había además otros muchos que tenían muy distinto significado en la península.

Será posible, me decía, que este idioma nuestro nacional, castellano por su índole analógica y sintáctica y casi en totalidad por sus elementos prosódicos y sintácticos, pero cada día más distinto del que se habla en la península por su vocabulario o expresión de las ideas madres, carezca de diccionario propio que registre las palabras, frases y modismos usados en la República Argentina y que no están incluidos en el diccionario de la Academia o que, si lo están, no tienen el significado que nosotros les damos ?

Puede fácilmente descubrir con lo dicho el lector que en esta obra me he propuesto demostrar el estado actual de la lengua en la República Argentina y que en ella no se habla ya el idioma que hablan en España si el Diccionario de la Real Academia traduce con fidelidad el uso corriente en la península.

Pero nuevo mundo exige nueva lengua... y cuando decimos nuevo, no queremos significar con esto una transformación radical o fundamental de su sintaxis, una nueva formación del plural de los nombres y del género de los adjetivos, ni tampoco una revolución en la conjugación de los verbos (por más que no hay ya poder humano que haga

decir a un crecido número de argentinos *arrienda*, *aprieta*, *invierna*, *asuela*, *dolerá*, *queramos*, *satisficiese*, *vidria*, *adecua*, *evacua*, etc., sino simplemente mudanza, renovación, enriquecimiento de su vocabulario, aun cambiando si necesario fuere, la prosodia, por la introducción de palabras de pronunciación y origen exóticos, pero que están ya incorporados por el uso al idioma de los argentinos, tales como *chalet*, *chauffeur*, *chic*, *chop*, *foot ball*, *sport*, *turf*, y tantas otras, entre las cuales hay unas en que la *ch* francesa juega un rol importante y exige que sea sustituida por un nuevo signo, para evitar que se confunda con la *ch* castellana ».

Precisamente en los párrafos anteriores encuentro una frase que condena en absoluto el sistema del Sr. Tobías Garzón: « en la Argentina no se habla ya el idioma que hablan en España, *si el diccionario de la Real Academia traduce con fidelidad el uso corriente en la península.* »

Al estampar tan importante condición, debió el autor comprobar si era cierta y hubiérale bastado para convencerse de lo contrario, abrir alguna de las obras de Valbuena o de Mugica, — no hablo de las mías pues la primera se publicó sólo en 1909. Por lo demas sólo con leer un par de novelas de Galdós, de Blasco Ibáñez y aun de académicos como Valera o Pereda, se hubiera convencido de que entre el diccionario de la Academia y el español hablado hay un abismo tan grande como el que separa el francés del Diccionario de la Academia francesa y aun el mismo de Littré del francés vulgar.

Como no bastan las afirmaciones, he examinado todas las palabras contenidas en el diccionario del Sr. Garzón, en la letra A y he apuntado las siguientes que se usan lo mismo en España que en la Argentina, sin que quiera esto decir que sean correctas todas. Hay entre ellas de todo, voces realmente nuevas, acepciones no incluídas en el diccionario, modismos popularísimos, barbarismos de toda suerte, galicismos, etc.

A preposición, en sus usos galicados : *a vapor*, etc.
Abordar, galicismo, Acad. 14.
Abotonadura, acción de abotonar.
Absorber, error de conjugación.

Abstraer, error de conjugación.
Abuela. *Que se lo cuente a su abuela*, modismo.
Aburridor.
Acabar. *Y san se acabó*, modismo.
Acalambrar, dar calambres.
Acaparamiento.
Accidentado. acepción galicada : *terreno accidentado*.
Áccido, por ácido.
Aceráceo, por *Acerineo*. V. mas adelante *Ampelídeo*.
Acesar, jadear. Figura en el diccionario de la Academia en *Acezar*.
Acetileno, gas. Acad. 14.
Acobardamiento.
Acobardar, desanimar, acepción algo distinta de la académica.
Acolchar, poner algodón entre dos telas y *pespuntearlas*. La Academia dice sólo bastearlas.
Acometividad.
Acopiador, Acad. 14.
Acopio, en sentido figurado : *acopio de ciencia*.
Acoplar, dos tranvías, por ejemplo.
Acridio, langosta saltona.
Acriollado.
Acriollarse.
Acrobatismo.
Actualidad (artículo de).
Acurrucamiento.
Achicharramiento.
Adentros (para sus).
Adecuar, error de conjugación.
Adobe. el cocido en horno y no seco al sol.
Adoquin (ser un), modismo.
Aducir, error de conjugación.
Aerólito, por aerolito.
Aereolito, por aerolito.
Aereonauta, por aeronauta.
Aereonave, por aeronave.
Aereoplano, por aeroplano.
Aereostático, por aerostático.
Aereostato, por aeróstato.
Aeronave.
Aeroplano, Acad. 14.

Aerostato, por aeróstato.
Affiche, palabra francesa que significa *cartel*.
Aflojar, error de conjugación.
A fortiori.
Aftosa (fiebre).
Agauchado, que parece gaucho.
Agobiador.
Agredir, por atacar. Acad. 14.
Agropecuario.
Agrupamiento.
Agua de Vichy.
Agua Florida, que debiera ser *Agua de Florida* (inglés : *Florida water*).
Agua. *Si quieres más claro, échale agua*, modismo.
Aguachento.
Ahogo, opresión.
Aigrette, f.
Aimará, Acad. 14.
Aindiado, que parece indio.
Ajedrecista.
Ajo. *Echar ajos y cebollas*, modismo.
Alambrado, cerca de alambres.
Alarmista (diario).
Albaca, por albahaca.
Albaricoquillo.
Albarillo, albaricoquero.
Alborotar, excitar entusiasmo y curiosidad.
Albuminoideo.
Alcoholismo.
Alelado : estar alelado con su novia.
Alfajor y.
Alfeñique, dulces cuya composición difiere algo de la dada por la Academia.
Algodonero, árbol.
Alienado, loco.
Alienista, Acad. 14.
Alinear, error de conjugación.
Almíbar, femenina (andalucismo)
Aloja, de algarroba.
Alquitranado.
Alternable.
Altruismo, Acad. 14.

Altruista, Acad. 14.
Altura. *Estando las cosas a esta altura no es posible retroceder.*
Alverja, por guisante.
Amante, en el sentido de querida.
Amarra. *Soltar un barco las amarras.*
Amateur.
Ambulancia, coche.
Americana, coche.
Americanismo, apego a América.
Americano (bostón), baile.
Amojosar, poner mohoso.
Amoniáco.
Amor (Hacer el).
Ampelidáceas. A este propósito dice el Sr. Garzón. « Según la Academia : *ampelídeo*. En libros de enseñanza escritos por autores extranjeros residentes en nuestro país se encuentra esta voz exótica que seguirá abriéndose paso entre la juventud estudiosa. » Pues confieso que lo siento la mar por la juventud estudiosa y por los profesores « gringos » que introdujeron esa voz exótica. No se dice ampelidáceo, sino ampelídeo, lo mismo en España que en el resto de Europa. Véase mi nota sobre la nomenclatura botánica, p. 289.

Amper, por amperio. Acad. 14.
Analfabetismo.
Analfabeto. Acad. 14.
Anarquía, en el sentido moderno de la voz.
Anarquizar.
Andalucismo. Da Garzón la voz como argentinismo y agrega : « Hasta en Venezuela es conocida esta voz ». A ese paso está en efecto el castellano mandado recoger.
Anegar, error de conjugación.
Anexionar. Acad. 14.
Anexionismo.
Angola, adj. Negro angola.
Anís, aguardiente. ¿No se vende acaso en Buenos Aires el Anís del Mono?
Anormalidad.

Anormalmente.
Antepalco.
Anticlerical.
Anticlericalismo.
Antidiluviano, no antediluviano.
Antifaz, aplicado sólo a la mascarilla que cubre los ojos y la nariz.
Antihigiénico.
Antinatural.
Antipatriótico.
Antipestoso.
Antiquista.
Anudársele a uno la garganta.
Apechugar con una dificultad o apuro.
Apenas si queda algo.
Apendicitis. Acad. 14. Dice el autor : Es muy usado ya entre nosotros. Y ¡zás! le pone delante : argentinismo.
Apercibir.
Apilonar.
Aplicaciones, cierto encaje.
Aportar su concurso a una empresa.
Aprender, error de conjugación.
Aprensión, por prevención.
Apretar, error de conjugación.
Aprovisionado.
Aquel (*cayó en el lance aquel*).
Aquilatar, por acrisolar.
Ardiloso, y
Ardidoso, por mañoso.
Arenillero, salbadera.
Argentinismo.
Argot.
Arisco, dicho del animal que no se deja pillar fácilmente.
Armas (*De armas llevar*).
Armonium.
Arquímedes, esdrújulo. V. Acad. artº. Rosca.
Arreglar, por corregir, reprender.
Arrellenarse, por arrellanarse.
Arrendar, error de conjugación.
Arroz con leche.

Arrozal, plantío de arroz.
Arveja, por alverja.
Ascensorista.
Asclepiadáceo.
Asesoramiento.
Asfaltado.
Asiento, de un coche.
Asilar, Acad. 14 trae *asilado*.
Asimilar, en sentido figurado.
Asistencia pública.
Asolar, error de conjugación.
Aspamentero y
Aspamento.
Asperísimo.
Asti, vino.
Ástil, en vez de astil.
Atacar, por censurar, combatir.
Ataque, por censura.
Atenacear, mortificar.
Atenerse, error de conjugación.
Atletismo.
Atmósfera (Hacer).
Atraer, error de conjugación.
Atrapar, conseguir algo con maña.
Attaché de legación.
Audífono.
Aureolar.
Auto, por automóvil.
Automatismo, Acad. 14.
Automatizar.
Automóvil de remise.
Automovilismo, Acad. 14.
Autonomismo.
Autoritario.
Autoritarismo.
Avalancha.
Avant scene.
Avenida, por *Bulevar*.
Aviación, Acad. 14.
Aviador, Acad. 14.
Aymará, Acad. 14, en *aimara*
Azoe, por ázoe.

Azucarera.
Azul eléctrico.

No es menuda cosecha de voces españolas la que sacamos del Diccionario argentino del Sr. Garzón. Espero que la Real Academia, para su décima quinta edición examinará detenidamente este libro, pues mucho de él habrá de pasar a aquella (1).

No quiere decir sin embargo esto que no haya muchos argentinismos de verdad en el diccionario del Sr. Garzón, pero son de otra clase muy distinta.

Empecemos por los barbarismos propiamente dichos : errores de conjugación en los verbos : *Absorber*, *Abstraer*, *Adecuar*, *Aducir*, *Aflojar*, *Anegar*, *Aprender*, *Apretar*, *Arrendar*, *Asolar*, *Atenerse*, *Atraer*, *Avenir*, *Aventarse*, aunque la mayor parte de dichos errores de conjugación son también corrientes entre la gente inculta de España.

Lo mismo diremos de las transgresiones ortográficas : *Acucurrar*, *Achucharrar*, *Apealar*, *Apiñuscar*, *Arfil*, *Aujas*.

Verdaderos argentinismos son los nombres de historia natural, como *Acabiray*, *Afrechero*, *Alfilerillo*, *Ampalagua*, etc., de los que hay unos treinta en la letra A y de los que unos doce figuraban ya en Granada.

Quedan por último los verdaderos argentinismos, los que hubieran debido constituir la base del libro. De estos hay próximamente un par de cientos en la A. Sólo citaré algunos :

Actuación, figuración, papel que representa uno.
Actualizar, conformar las cosas actuales con las exigencias de lo futuro.
Acuerdista, denominación política.
Achinado.
Achirlar, hacer muy blando o líquido.
Abatatar, dejar a uno cortado.
Abra, parte despejada en un bosque.
Abreboca, distraído.
Abuenar, calmar, apaciguar.

(1) Como se ve por la lista anterior unos 20 de dichos « argentinismos » están ya en la 14ª edición de la Academia.

Acera, por lado de de la calle.
Actuación, figuración, papel.
Adobera, pie grande.
Adueñamiento.
Adulonería.
Afilar, requebrar.
Agazaparse, acurrucarse.
Agregado, el que vive a costa de uno.
Aguatero, aguador.
Agüería, agüero.
Ah mal haya.
Ahorita.
Ahuyentarse, huir.
Alarife, hombre astuto.
Alarmismo.
Albazo, madrugada.
Albear, madrugar.
Alcahuete, chismoso.
Alegar, porfiar, altercar
Alhajera.
Altillo, buhardilla.
Altiplanicie, meseta.
Alzarse, huir los animales.
Amarete, dulce amargo.

etc., etc.

Y aun de esta categoría algunos podrían irse hallando entre las voces provinciales de España, pues usándose desde la Argentina hasta Méjico es mas que probable que tengan origen en el viejo mundo.

Que constituyan todas estas palabras una mudanza grande en el vocabulario español, ¿quién lo duda? Pero no son bastantes para constituir una lengua nueva. Unas dos mil quedan sanas, tras un examen como el que acabo de hacer en el Diccionario argentino del Sr. Garzón. ¿Qué es eso en presencia de las sesenta u ochenta mil voces que comprende el vocabulario español? Cinco a seis mil cuenta el diccionario de voces bables de Rato de Arguelles, y nada quita ésto para que cuando escriban los asturianos lo hagan en español neto. El vocabulario de Pereda comprende unas dos o

tres mil voces que no figuran en el diccionario, y sus novelas están escritas en español.

En cuanto a los barbarismos, perdóneme el Sr. Garzón si no soy de su parecer. ¿Que no hay poder humano que haga conjugar a un crecido número de argentinos los verbos irregulares como Dios manda? ¡Pero si lo mismo puede decirse de los peninsulares! El que rebuzne el vulgo no es motivo bastante para que lo imitemos.

EL DICCIONARIO DE SEGOVIA

Casi al mismo tiempo que el *Diccionario de argentinismos* de D. Tobias Garzón, publicaba el suyo el Dr. Lisandro Segovia.

El Diccionario del Sr. Segovia ha sido compuesto de modo algo diferente del del Sr. Garzón. En vez de dar por supuesto que los españoles son un pueblo de fósiles que no hablan más que con las palabras del diccionario de la Academia, admite el autor que este libro está lejos de contener todas las voces de nuestro idioma y que, entre el enorme acopio de palabras que él tiene apuntadas, una gran parte deben de usarse también en España y no son por consiguiente argentinismos.

Divídese pues su obra en dos grandes divisiones : palabras españolas y palabras argentinas. La razón que le ha hecho definirlas todas ellas en su libro es sumamente loable. En efecto, según dice en su prólogo, los diccionarios sirven para encontrar la definición de las palabras que no se conocen bien. ¿Qué importa que sean o no usadas en otros países que en la Argentina? lo principal es que un argentino pueda saber lo que quiere decir la palabra que busca y no encuentra en ningún otro diccionario.

Como el Sr. Segovia tiene bastante conocimiento de las cosas de España ha podido determinar al mismo tiempo que cierto número de dichas voces usadas en Argentina eran sencillamente oriundas de España.

Sin embargo no pocas palabras españolas se le han deslizado en la parte de su diccionario consagrada a los argentinismos legítimos.

Apuntamos a continuación las palabras de esta clase que hemos encontrado en la letra A y que no figuran tampoco en el diccionario de Garzón. Por el número

de ellas verá el lector el inmenso campo que queda por desbrozar en materia de lexicografía española :

Abominarse.
Abullonado.
Aburrido, fastidioso.
Acariciado.
Aceitera, singular.
Acendrado, por intenso : amor acendrado.
Acolchado, colchado.
Acondicionamiento.
Acordar, por conceder (galicismo).
Acuerdo.
Achaparrarse, en la Academia desde la última edición.
Achispado, ebrio. Hay *Achisparse* en la Acad.
Adinerado, acaudalado.
Adjuntar.
Adoquinado.
Adoquinazo.
Adscrito.
Adustez.
Afectar.
Afiliado.
Afirmado, en la Acad., últ. edición.
Aflojar, cejar en la opinión, soltar dinero.
¡**Afuera**! voz para espantar los animales.
Agencia de colocaciones.
Agenciar, proporcionarse lo que se necesitaba (Acad.).
Agente (el de policía).
Agregado, agregación.
Agua salada, por agua salobre.
Aguja colchonera (Acad.).
Aguja de croché.
Ahorita, que se usa en Méjico y también en España.
Aire, parálisis ligera. (Acad.).
Aireado, ventilado. La Acad. trae *Airear*.
Ajustador, de máquinas.
Alabado, el Bendito, oración (Acad.).
Alambre carril, ferrocarril aéreo.
Alfiler de gancho.
Alfombrado.

Algunos, por varios.
Almohadilla, acerico.
Aludido.
Ambiente, el medio ambiente.
América Central.
América Latina.
Americanizarse.
Amolarse, fastidiarse. La Acad. trae el verbo activo.
Amonedado, metal amonedado. En la Acad. hay *Amonedar*.
Amodorrado, por Amodorrido. En la Acad. hay *Amodorrarse*.
Anafrodisiaco, en la Acad. desde la últ. edición.
Anarquia, desconformidad grande de opiniones.
Angelito, niño difunto.
Anillo de matrimonio.
Animado, que tiene animación.
Anticatólico.
Anticonstitucional.
Antidiplomático.
Antigramatical.
Antipolítico.
Antirreligioso.
Antisemita.
Antropometria, en la Acad. desde la últ. edición.
Apeñuscamiento.
Apergaminarse, en la Acad. desde la últ. edición.
Apetecido, lo que se apetece.
Apiñado, multitud apiñada.
Aplastador.
Aplastar.
Aplicabilidad.
Apostrofar.
Apóstrofe.
Aproximativamente.
Apurarse, darse prisa para hacer algo.
Apuro, prisa por hacer algo.
Árbol de Navidad.
Ardorosidad.
Arenal, lugar donde hay mucha arena.
Armoniflauta.
Aro, arete, pendiente.

Arteria, calle grande.
Asentar, planchar sin almidón. Beber algo después de la comida.
Aserruchar.
Asesorato.
Asimilado.
Astilla de palo, de hueso, etc.
Asustado.
Atajar, contener, salir al encuentro.
Atrabancarse.
Atrasado.
Atrayente, agradable.
Autonomista, en la Acad. última edición.
Avanzado, edad o ideas avanzadas.
Avicultura, en la Acad. última edición.
Ay Ay Ay, interjección.
Ay Jesús, interjección.
Ayudanta.

En lo que respecta a los argentinismos el libro es bastante rico; trae gran número de voces no apuntadas en el diccionario de Garzón, pero olvida en cambio muchas otras citadas en aquel libro.

En una palabra, este libro y los ya existentes no son sino contribuciones muy valiosas, por cierto, al diccionario español de América, pero no tienen por ahora carácter definitivo. Hay que esperar todavía algunos años a que tengamos un diccionario medio regular de la lengua peninsular. Mientras tanto las obras lexicográficas americanas deben abandonar toda pretensión a lo definitivo y titularse sencillamente « colecciones de voces que se usan en tal o cual país y no figuran en el diccionario de la Academia » y, para ahorrar tiempo y no repetir en cien obras diferentes que *Acetileno*, *Agropecuario*, *Fiebre aftosa*, o *Alienista* son argentinismos, peruanismos o chilenismos, adóptese como base, además del diccionario de la Academia, mi *Pequeño Larousse ilustrado* que es por ahora la obra que mayor acopio contiene de americanismos y de palabras españolas no academizadas.

LISTA DE LAS VOCES CITADAS O CRITICADAS EN ESTA OBRA

A

Abandono, 67, 115.
Abanico, 29.
Abate, 18.
*Abderé, 153[1].
Abejear, 60.
Abejeo, 60.
Abeliano, 44.
Abigarramiento, 118.
Abismático, 119.
Abnegadamente, 67.
Abnegado, 61.
Abocetar, 49.
Abogadismo, 118.
Abombamiento, 21.
Aborbotonado, 48.
Abordable, 14.
Abordar, 14, 15.
Abotinarse, 18.
Abracadabrante, 67, 78.
Abrevar, 87.
Abrevarse, 35, 108.
Abrigar, 132.
Absíntico, 56.
Abucheo, 23.
Abúlico, 84.
Acansinado, 19.
Acantonarse, 120.
Acaramelado, 11.
Acarminado, 62.
Acatarrar, 29.
Acceso, 54.
Accidentado, 45, 109, 115.
Accidentar, 115.
Accidente, 14.
*Acechanza, 147.
Aceituneño, 46.
Acentuación, 109.
Acentuado, 78, 120.
Acentuar, 24, 30, 49, 45, 109, 115.
Acolumnado, 33.
Acometividad, 10.
Acondicionado, 106.
Acopiador, 118.
*Acoplarse, 222.
Acorazado, 11.
Acordancia, 118.
Acostarse, 28, 35.
Acracia, 82.
Acrata, 118.
Acristalado, 47.
Acquiescencia, 120.
Actrizuela, 60.
Acumulamiento, 48.
Acusar, 45.
Achabacanarse, 20.
Achararse, 17.
Acharranarse, 20.

1. Las palabras precedidas de asterisco son barbarismos ortográficos o voces usadas en sentido que no es el suyo.

*Achates, 154.
Achicharrador, 11.
*Achilleión, 154.
Achocolatado, 11.
Achulapado, 21, 23.
Adamasquinado, 11.
Adecentamiento, 10.
Adiosado, 48.
Admirante, 119.
Adolecer, 132.
Adosado, 11, 15, 24.
Adquisividad, 24.
Adulón, 60.
*Aeda, 147.
Aerograma, 118.
Afanar, 23.
Afano, 23.
Afiebrado, 84.
Afiligranar, 46.
Afrodisíaco, 48.
Agarradero, 42.
*Aglae, 152.
Agónico, 47.
Agrafe, 78.
Agrandatorio, 48.
Aguachento, 84.
Aguafuertista, 104.
Agujas (entrar en), 16.
Agujón, 27.
Ahí, 58, *por allí, 167.
Ahuecador, 9.
Ahuecar, 17, 23.
Ahuevado, 47.
Aire, 10, 24.
Ajumarse, 29.
*Aladino, 222.
Alalo, 119.
Alarmante, 9, 48.
Alcabala, 28.
Alcoholista, 85.
Aleo, 105.
Algático, 76.
*Álgido, 214.
Algo (un), 58, 168.
Algodonado, 75.
*Alguien, por alguno, 164.
Alhorines, 146.
*Alígero, 219.
Alternativa, 19.
Alterón, 32.
Alto (por todo lo), 27.
Alucinante, 119.
Alumbrismo, 43.
Aluspiar, 23.
Allá (lo de más), 18.
Allanado, 56.
*Allende, 226.
Amadamado, 44.
*Amadriada, 152.
*Amalgama, 121.
Amaneceres, 118.
Amapolado, 61.
Amarfilado, 62.
Amasadero, 21.
Amasador, 33.
*Ambidextro, 218.
Ambiente, 107.
Ambigú, 18, 25, 30.
*Ámbito, 220.
Ambulante, 21.
Americanismo, 104.
Americanista, 104.
Américo-español, 105.
Américo-latino, 105.
Ameritado, 75.
Amillonado, 106.
*Aminta (la), 158.
Amoral, 76, 112.
Amoralidad, 24.
Anabiósico, 76.
Anacalo, 33.
Anafe, 117.
*Analfabeto, 120.
Analista, 67.

Anárquicamente, 44.
Anatomofisiológico, 56.
Ancestral, 12, 55, 112, 118.
*Anciano, 220.
Andantesco, 112.
Andóval, 17.
Andrógino, 67.
Anfractuoso, 34.
Angelus, 36.
Angevino, 42.
Angora, 60.
Angulosidad, 10.
Animalismo, 10.
Anímico, 84.
Ankilosado, 106.
Anonadador, 11.
Anquilosado, 56.
Antegeneración, 111.
Antemencionado, 44.
Antiamericano, 93.
Anticlerical, 12, 76.
Anticlericalismo, 10.
Antieconómico, 34.
Antihumano, 12.
Antimilitarismo, 118.
Antinatural, 76.
Antinómico, 112.
Antipatriótico, 112.
Antisemita, 12, 61.
Antropofágico, 84.
Antropomorfizar, 86.
Antucá, 30.
Aorasia, 73.
A outrance, 108.
Apagavelas, 21.
Apaño, 28.
Apechusque, 33.
Apelotonado, 13.
Apellidar, 56.
Apenumbrar, 113.
Apercibir, 87, 109, 115.
Aplastador, 112.
Aplastante, 11.
Aplomo, 24.
Apolonida, 61.
Aporrear, 28.
Apoteca, 11.
*Aprehensión, 148.
Aproar, 56.
Apuñalear, 113.
*Aquel, 163.
Aquilino, 24.
Arácnido, 74.
Árade, 33.
Aranjueño, 46.
Arbolar, 62.
Arcangélico, 74.
Arcar, 42.
Archipobre, 42.
Archisensitivo, 44.
Ardentía, 118.
Ardiente, 41.
Arenillero, 47.
*Argaya, 210.
Argot, 13.
Ariano, 44.
Aridecer, 119.
Aristocratizarse, 107.
Arlequinesco, 112.
Armadijo, 28.
Armador, 104.
Armario de luna, 27.
*Armazón (el), 145.
Armonium, 13.
Armonizarse, 29.
Armoriado, 78.
Armoricano, 106.
*Aroma, 223.
Aromado, 47.
Aromar, 113.
Arramblar, 22.
Arrebuñado, 21.
Arriba y por abajo (por), 18.
Arribado, 104, 109.

Arribante, 109.
Arribismo, 57.
Arribista, 57.
*Arriendazo, 229.
Arrollador, 48.
Arrullar, 87.
*Arsénico, 221.
Arte, 33.
Artificialidad, 92.
Artificialismo, 104, 118.
Asaborear, 35.
Asadura, 23.
Asaúra, 17.
Ascoso, 74.
Aseñorado, 11.
Asexual, 12.
*Ashantis, 158.
*Ashevero, 155.
Asimétrico, 23.
Asimilarse, 107.
Asisismo, 74.
Asociativo, 85.
Asoleada, 75.
Asordante, 77.
*Aspa, 224.
Aspergear, 77.
Aspersionar, 119.
*Aspillera, 222.
*Astapho, 95.
Asustador, 48.
Atardecer, 16.
Atardecido, 74.
Atenacear, 12.
Atersarse, 20.
Atirantar, 47.
Atizonado, 19.
Atlántido, 75.
Atracción, 25.
Atrayente, 62.
Atrida, 60.
Atristado, 33.
Atristar, 107.
Atufao, 17.
Audacioso, 87, 121.
Augural, 86.
Aupar, 35.
Aureolado, 11, 75.
Aureolar, 77.
Aurisolar, 84.
Auroral, 76, 118.
Aurorear, 119.
Auspiciar, 86.
Autoanálisis, 33.
*Autóctono, 218.
Autoretrato, 33.
Autoritarismo, 118.
Avalancha, 25, 114.
Avante, 28.
Avanzada, 16, 54.
Avanzado, 56.
Avatar, 94.
Avellanado, 11.
*Aventino, 218.
*Avizor, 222.
Azularse, 77.
Azulidad, 73, 118.
Azuloso, 88, 112, 119.
Azur, 111.

B

Babelizar, 86.
Baccarat, 25, 64, 94.
Bachillerismo, 118.
Bagaje, 13.
Baigneuse, 94.
Bailador, 28.
Bajo este punto de vista, 132.
Bajo latino, 12.
Balconcillo, 22.

Bambino, 87.
Banal, 64.
Banalidad, 78, 87.
Banda, 36, 49, 78.
Bandeaux, 69.
Bandeja, 27.
Bandeleta, 57.
Bandelettes, 64.
Bandós, 87.
Bandurrio, 19.
Banvillesco, 105.
Bar, 69, 87.
Barandillaje, 46.
Barbarizador, 29.
Barbarizante, 29.
Barbear, 23.
Barbián, 15.
Barbianería, 29.
Barbilla, 10.
Barí, 20.
Barredera, 21.
Barreñón, 27.
Barriolatinesco, 119.
Barrista, 23.
Basca, 72.
Bastardear, 56.
*Batir palmas, 224.
Baudelairiano, 67.
Beatífico, 18.
Becerrear, 27.
Belén, 28.
*Belphegor, 154.
Berceuse, 94.
Berroqueña, 11.
Bestia, 10.
Bête, 94.
*Biceps, 218.
Bicornio, 10, 16.
Bicha, 41.
Bicharraco, 21.
Bienamado, 115.
Bimetalismo, 118.
Bisteck, 25.
Bizantinismo, 92.
Bizantino, 29.
Bizarrería, 120.
Bizarro, 64, 87, 95.
Bizco (dejar), 27.
Blague, 113.
Blavo, 33.
*Blondo, 71, 216.
Blusa, 10.
Boceras, 23.
Bock, 13.
Bogar, 107.
Bohemio, 118.
Bolear, 88.
Bolero, 16.
Boliviano, 107.
Bonhomía, 108.
Boquino, 47.
Borbollear, 35.
Borbotear, 190.
Bordado, 57.
Borde, 29.
Bordear, 14, 18, 20, 35, 42, 49.
Bordonear, 78.
Bordoneo, 49, 62.
Borrajeador, 32.
Boscoso, 60.
Botarel, 10.
Botarse, 116.
Botellín, 21.
Boticelliano, 85.
Botifler, 9.
Boudoir, 94.
Boutade, 120.
Boutonier, 120.
Boxeo, 14.
Braquicefalia, 42.
Bravuconear, 35.
Breack, 30.
Brial, 33.

Bric à brac, 87.
Brincoteo, 27.
Brodequín, 20, 114.
Bronceado, 27.
Broncíneo, 118.
Brujulear, 35.
Brusquedad, 72.
Brutal, 47.
Buche, 33.
Buchinche, 20.
Budista, 10.
Buen Dios, 63.
Bufonesco, 56.
Bulboso, 75.
Bulbul, 62.
Bulevardero, 119
Bulldog, 30.
Bullón, 13.
Bullonado, 114.
Butifarra, 9.

C

Caballerismo, 43.
Cabaret, 69.
Cabrillear, 46, 86.
Cada, 11.
*Cada quien, 164.
Caderón, 74.
Caderudo, 11.
Caduco, 32.
*Caeré, 153.
Cajo, 33.
Calamizar, 86.
Calaveresco, 29.
Caleidoscópico, 44.
Caleidoscopio, 42.
Calicó, 30.
Camándulas, 10.
Camaradería, 11, 118.
Cambiamiento, 105.
Camelador. 29.
Campanilleo, 21, 33.
Campanudamente, 12.
Campánula, 60.
Campeadoramente, 86.
Campeonato, 42.
*Campespes, 152
Camposanto, 21.
Canalla, adj., 17.
Canallería, 72.
Canallesco, 12, 23, 48.
Canallocracia, 111.
Cancanesco, 119.
Cancela, 10.
*Candela, 227.
Canguelo, 23.
Canicas, 117.
Canóniga, 20.
Cantante, 54.
Cantarero, 33.
Cante, 17, 23.
Cante jondo, 29.
Cántico, 95.
Cantimpla, 23.
Canto de gesta, 95.
Canturia, 22.
Cañada, 19.
Cañaduz, 19.
Cañí, 23.
Capacitarse, 34.
Capilla, 87.
Capofonos, 83.
Capotazo, 21.
Caracterizarse, 108.
Caramillo, 28.
Carantoña, 16, 17.
Carbonilla, 21.
Carca, 117.
Carceleras, 19.
Carcunda, 117.

Carenaje, 11.
Cargado, 28.
Caricatural, 118.
Caricaturesco, 56.
*Carie, 147.
*Carmen, 223.
Carminoso, 119.
Carnavalesco, 61, 93, 112.
Carrara, 60.
Carraspeo, 10.
Carrerilla, 16.
Carrick, 25.
Carro de violín, 28.
Carteo, 27.
Casa (de ir por), 10.
Cascabeleante, 107.
Cascabeleo, 10, 33, 46.
Casaquín, 27.
Cascabullo, 41.
Casquería, 21.
Casquero, 117.
Castalia, 104.
Castañetear, 28.
Casticismo, 43.
Casuismo, 43.
Casuística erótica, 42.
Cataplún, 21, 27.
*Catástrofe, 228.
Catoblepas, 84.
Catolización, 43.
Caucasiano, 112.
Caudillismo, 118.
Causerie, 69.
Causeur, 108.
Cautivador, 76.
Cavo, 54.
Cayuela, 41.
Cazadora, 19.
Caza gazapos, 42.
Cebreado, 67.
Ceceante, 77.
Céfiro, 30.
Cejijunto, 11.
Celestinaje, 118.
Célibe, 119.
Centifolia, 60.
Centralizador, 44.
Centroamericano, 106.
*Cerámico, 71, 216.
*Cereal, 71.
Cernedera, 33.
Cernida, 32.
Cernido, 78.
Cerrar, 27.
*Cerúleo, 71, 216.
Ciborio, 78.
Cientificismo, 55.
Cientificoide, 44.
Cigüeña (pintar la), 20.
Cillaris, 95.
Cimbelada, 19.
Cintilar, 115.
Cinto, 27.
*Cinturión, 147.
Circunspectamente, 107.
*Císara, 152.
Citolegia, 72.
Clac, 25.
Clarens, 30.
Clarividencia, 47.
Clarividente, 12, 85.
Claro de luna, 64, 57, 87.
*Claror (la), 145.
Clarovidencia, 111, 118.
Claudicarismo, 118.
Claun, 25.
Claustración, 73.
*Clave, 220.
Clavecín, 78.
Clavelería, 27.
Clavería, 10.
Cleopatrina, 61.
Cliché, 25, 30, 87.
Climatérico, 106.

Clisé, 54.
Clown, 64, 108.
Clubista, 104.
Coaccionar, 113.
Cobertura, 20.
Cobrador, 117.
Cobruno, 118.
Cock, 25.
Cocktail, 114.
Coco, 19.
Cocota, 108.
Cognac, 25.
Cogolludo, 21, 23.
Cogotera, 9.
Cojín cojeando, 63.
*Cólchico, 147.
Coletazo, 27.
Colono, adj., 17.
Colonista, 105.
Coloradote, 21.
Colorismo, 43.
Columnario, 12.
Collete, 32.
Comandería, 68.
Comático, 74.
Combi, 23.
*Combo, 227.
Comediador, 104.
Cominería, 41.
Comisionar, 47.
Comodón, 11.
Compartimento, 10.
Compenetrarse, 12.
Complejidad, 55.
Completo (por), 132.
Complexión, 67.
Compte-rendu, 108.
Compulsa, 41.
Comulgación, 73.
Comunicar, 13.
Concepción, 11.
Conceptual, 86.
Concierge, 108.
Concretar, 47.
Concurrencia, 58.
Concha, 27.
Concheperla, 118.
Condenado, 11.
Condotieri, 108.
Confección, 114.
Confeccionado, 137.
Confeccionar, 87.
Confianzudo, 11.
*Confín, 220.
Confortable, 36.
Congestionado, 11, 47.
Congestionar, 15.
Congojante, 67.
Congruir, 45.
Connubial, 76.
Conocer, 13.
Consagrado, 34.
Conservantismo, 104.
Constancia (dejar), 116, 118.
Constatación, 120.
Constatar, 109.
Constelado, 106.
Constelar, 113.
Constructivo, 85.
Con tal sea, 58.
Continencia, 78.
Contorcionado, 106.
Contorsionarse, 107.
Contorsionista, 23.
Contra, 64.
Contra (llevar la), 117.
Contrabandear, 12.
Contrafuerte, 10.
Contrapuntista, 10.
Convencional, 12.
Convencionalismo, 74.
Convencionalista, 75.
Conveniencias, 64.
Convental, 55.

Conversa, 17.
Convivir, 119.
Convoy, 16.
Convulsar, 119.
Convulsionar, 119.
*Convulsivo, 225.
Copeo, 10.
Copropiedad, 10.
Coquetona, 28.
Coral, 10.
Corazón, 18.
Cordaje, 19.
Corporizar, 86, 113.
Corralón, 19.
Correntoso, 75.
Corrida, 27.
Corruscante, 47.
Corso e ricorso, 94.
Cortado, 20.
Corte de mangas, 21.
Cortejo, 114, 68.
Cosecha de flor, 54.
Cosmopolitismo, 43.
Cosmorámico, 76.
Cosquilla, 54.
Cosquilleando, 46.
Costumbrismo, 43.
Costumbrista, 41.
Cota, 32.
Cotoperís, 103.
Craneal, 12.
*Crátera, 218.
Credo, 104.
*Crencha, 226.
*Creonte, 154.
Crespar, 113.
Cretinización, 77.
Cretinizante, 76.
Cretinoide, 73.
Cric crac, 10.
Criollismo, 104, 118.
Criollista, 105.
*Crisofasia, 147.
Cristohoraciano, 107.
Cronométrico, 23.
Croupier, 25.
Cruces (por estas que son), 27.
Crudez, 72.
Crujidor, 11.
Cruzador, 17.
Cuacareo, 82.
Cuadriculable, 43.
Cuarto de hora, 68.
Cuartuco, 27.
Cuartucho, 10, 21.
Cuatrillón, 10.
Cuatrocentista, 118.
Cubrefuego, 13.
Cucharear, 27.
Cuchillo (A), 42.
Cuenta, (rendirse), 18.
Cuenta (tener en), 132.
Cuentagotas, 47.
Cuentista, 60.
Cuidador, 11, 42.
Culata, 47.
Culebreo, 33.
Cultural, 118.
Cumplido, 109.
Cuña, 27.
*Cuotidiano, 146.
Cupletista, 24.
Cural, 76.
Curiosear, 14, 58.
Cursilería, 117.

Ch

Chabisque, 23.
*Chamarí, 147.
Chambeles, 19.
Champagne, 38, 87, 94.

Chanelo, 20.
Chantage, 25.
Chapoteo, 9.
Chaquet, 69.
Charlotear, 21.
Charpes, 17.
Charranesco, 48.
Chartreuse, 64.
Chassis, 25.
Chato, 20.
Chauvinismo, 120.
Cheo, 23.
Chic, 120.
Chica, 27.
Chicarrón, 10.
Chichi, 29.
*Chichisbeo, 214.
Chillería, 22.
Chincharse, 18.
Chiné, 30.
Chinerías, 62.
Chingares, 20.
Chipé, 20.
Chipendi, 23.
Chirlata, 23.
Chirriante, 21.
Chiscón, 21.
Chispa, 10.
Chispería, 16.
Chist, 27, 117.
Chit, 72.
Chitacallando, 29.
Chocho, 41.
Chorotega, 103.
Chorros del oro, 18.
Choteo, 23.
Chulapa, 29.
Chulapo, 23, 29.
Chulapón, 23.
Chulé, 23.
Chulería, 15.
Chulesco, 29.
Churrería, 22.
Churretazo, 27.
Churretoso, 19.
Churri, 29.
Churumbel, 23, 29.
*Churumbela, 222.

D

*Dalila, 152.
Dandi, 69.
Dandy, 87.
Dandysmo, 24.
D'annunziano, 93.
Dantesco, 112.
Dantoniano, 76, 107.
Danzón, 21.
Darla en, 58.
Debatirse, 87.
Deber de, 192.
Debilidad, 22, 27.
Debut, 25.
Debutar, 25, 36, 120.
Decadente, 85.
Decadentismo, 104.
*Decamerón, 224.
Decepción, 109, 115.
Decepcionado, 115.
Decidero, 42.
Decididor, 17.
Decidor, 83, 111, 112.
Decir de, 191.
Declassé, 120.
Decor, 64.
Decoro, 118.
Decorrer, 119.
Decorum, 57.

*Decretal, 223.
Dedo (mamarse el), 28.
Defensa, 12.
Deflorar, 34.
Degeneración, 11.
Degenerativo, 85.
Delavado, 61.
Deleble, 17.
Deleitación, 73.
Delgaducho, 11.
Democratismo, 118.
Dentelleo, 33.
Denticina, 20.
Dentro, 42.
Desamparado, 56.
Desapercibido, 18.
Desaprensivo, 34.
Desarmonía, 118.
Desbarre, 103.
Desbordante, 12.
Desborde, 111.
Descachado, 58.
Descalificación, 73.
Descastación, 43.
Desconcertante, 107.
Desconchado, 34.
Desconchadura, 9.
Descuajarse, 28.
Descuartizamiento, 21.
Descuidero, 23.
Desdibujado, 29, 44.
Desdibujar, 45.
Desdoblamiento, 82.
Desencanijarse, 27.
Desendormiscar, 34.
Desenfruncir, 20.
Desenrizar, 20.
Desenrudecer, 137.
Desenvolver, 24.
Desesperanza, 61, 72.
Deséxito, 16.
Desflecamiento, 48.
*Desflorar, 224.
Desgarbo, 10.
Desgarramiento, 54.
*Deshechar, 147.
Deshojamiento, 82.
Deslavar, 61.
Desmayado, 11.
Desmayante, 85.
Desmedular, 48.
Desmeritar, 107.
Desnudez, 9.
*Desorbitado, 75.
Despachaderas, 28.
Despellejamiento, 105.
Desplazado, 115.
Desplegamiento, 48.
Desprejuiciarse, 113.
Desorbitado, 75.
Despreocupado, 27.
Despulmonarse, 20, 107.
Desquiciamiento, 118.
Destacar, 35.
Destiladero, 48.
Destrono, 111.
Desuetud, 58, 109.
Desvelar, 58.
Desvestirse, 15.
Desvinculación, 33.
Desvulgarizar, 113.
Detallar, 24.
Detallismo, 118.
Detallista, 111.
Detentador, 11.
Detritus, 13, 42.
Día a día, 168.
Diablesco, 48.
*Diadema .121.
Diademar, 56.
Diafanizado, 48.
*Diálogo, 224.
*Dicromático, 217.
Didactismo, 43.

Didascalismo, 104.
Diferenciación, 43.
Difluente, 85.
Difuminado, 34.
Difuminar, 34.
*Difuso, 120.
Dignificación, 11.
Dilemático, 44.
Diletantismo, 66, 111.
*Dionysos, 154.
Discriminación, 55.
Disculpación, 43.
Disgustante, 76.
Dislacerante, 24.
Dislocamiento, 111.
Disociativo, 44.
Distanciado, 106, 112.
Distanciar, 13, 107, 113.
Distender, 13, 35, 77.
Distingo, 33, 57.
Distinguo, 104, 57.
*Divagar, 224.
Diván cambiado, 27.
Doblar, 109, 68.
*Doblez (la), 145.
Doctrina, 28.
Documentado, 84.
Dogmático, 84.
Dolicocefalia, 42.
Donjuanesco, 56.
*Dosel, 224.
Doselete, 10.
Dragaje, 121.
*Driada, 148.
Drolático, 120.
Dublé, 25.
Ducas, 17, 20.
Duendesco, 47, 48.
Dulzón, 11.
Dumasino, 119.
Dúo, 13.

E

Eclógico, 112.
Eclosión, 87, 109, 114, *215.
*Ecoar, 120.
Ecolalia, 54.
Ecole buissoniere, 94.
*Ecuánime, 217.
Echada, 62.
Echarla de, 132.
Echárselas, 22.
*Edés, 155.
Edificación, 20.
Educacional, 86.
Efebo, 60, 67, 72.
*Eflorescencia, 225.
Egipán, 111.
Eglógico, 112.
Elasticotina, 20.
Elegíaco, 67.
Elegista, 104, 105.
Elite, 120, 69, 108.
Elucubraciones, 120.
*Ella, ellos, ellas, por sí 164.
Emaciado, 121.
Embanderado, 118.
Embanderarse, 86.
Embelleciente, 76.
Embrague, 19.
Embriagante, 62, 77.
Embrujador, 112.
Embrumado, 75.
Embrutecedor, 11.
Embujar, 34.
Ememorar, 119.
Emerger, 13, 86, *216.
Emocionado, 24, 48, 75.

Emocional, 29, 86.
Emocionante, 12, 24, 67, 85, 119.
Emocionar, 86, 67.
Emotivo, 118.
Empalidecer, 113.
Empecatado, 28.
Empedernido, 12.
Empequeñecimiento, 92.
*Empingorotar, 224.
Emplazar, 13.
*Empréstito, 228.
Empurpurar, 113.
Enarcadura, 23, 33.
Encalmarse, 45.
Encanallamiento, 72.
Encanecer, 67.
Encañada, 41.
Encarar, 115.
Encasillable, 44.
Enceguecer, 119.
Enceguecido, 113.
Enclaustrar, 77.
Enclavar, 18.
Encontronazo, 9, 41.
Encuadrar, 13, 24, 34, 57, 67, 115.
Encuerino, 20.
Endomingado, 21, 24.
Endurecido, 12.
Enervador, 93.
Enfantillage, 94.
Enfermarse, 229.
Enflorar, 62.
Enfocación, 43.
Enfrenar, 19.
Enfrentar, 58, 116.
Enfriar, 29.
Enfusar, 42.
Engallamiento, 47.
Engasar, 34.
Engrandeciente, 77.
*Engruñido, 119.
Enjoyarse, 56.
*Enjuto, 226.
Enmajar, 18.
*En medio a, 58, 189.
Enmohecimiento, 22.
Enquesta, 43.
Enquete, 108.
Enquistado, 11, 44.
Enraizado, 119.
Enrostrar, 58.
Ensimismado, 228.
Ensimismamiento, 22, 92.
Ensoñación, 92.
Ensoñador, 29, 48, 84.
Entasado, 34.
Entelado, 11.
Entelarañado, 106.
Entente, 69.
*Entrar a, 192.
Entrecerrado, 228.
Entrecomillado, 44.
Entrecortado, 22.
Entrecruzarse, 22, 115.
Entrechocar, 86.
Entretención, 73.
*Entrevero, 119.
Entripado, 19.
Enturbantado, 11.
En veces, 170.
Envolvente, 85.
Epicantus, 62.
Epidermicidad, 105.
Epifenómeno, 82.
Equiyere (sic), 25.
Erecto, 60, 74.
*Ergástula, 145.
Ergotismo, 43.
Errático, 75.
Eruditismo, 104.
*Eruginoso, 223.
Erumpir, 113.

*Escalofrío, 220.
*Escozor, 223.
Escalerilla, 20.
Escalonarse, 13.
Escandar, 119.
Escamondar. 22.
Escarolera, 16.
Escocesa, 30.
Escogido, 9.
Escolastizar, 45.
Escultórico, 12.
Ese, 163.
Esfollazas, 46.
Esfuminar, 86.
Esmaragdina, 60.
Esmeraldino, 74.
Esnobismo, 118.
*Esotérico, 226.
Espadaña, 9.
Espadista, 23.
Espartitos, 20.
Especificidad, 73.
Espectacular, 75.
Espectante, 76.
Espectral, 24, 76.
Especular, 61, 113.
Espejearse, 35.
Espejeo, 72.
Espeluzno, 82.
Espiral, 10.
Espiritual, 115.
Espiritualizado, 48.
*Espórtula, 219.
Esprit, 78, 120.
Esquelético, 12.
Esquematizar, 119.
Esquisse, 94.
Estacionado, 11.
Estadio, 83.
Estagiario, 73.
Estagnación, 54, 103.
Estallador, 48.
*Este, 163.
Estereotipado, 29, 61.
Esteta, 114.
Esthète, 69.
*Estigmatizar, 220.
Estilismo, 55.
Estilizado, 77.
Estratega, 118.
Estrellado, 19, 84.
Estridencia, 10, 72.
Estridente, 120.
Estrídulo, 55.
Estrófico, 93.
Estrumpir, 42.
Etéocles, 153.
Etiqueta, 25.
Eucaristía, 120.
*Eufemismo, 217.
Euroafricano, 24.
Europeización, 43.
Europeizado, 67.
*Eutesia, 217.
Evanescente, 76, 93.
Evirado, 84.
Evocador, 84, 112.
Evocativo, 85.
Evocatriz, 112.
Evolucionado, 108.
Evolucionar, 47, 77.
Exabrupto, 16, 22.
Excéntrinco, 84.
Excitador, 93.
Exclamarse, 190.
Excluyente, 44.
*Excogitar, 213.
Excursionista, 118.
Exhibicionista, 105.
Exhibirse, 24, 115.
*Exhuberancia, 147.
Exilio, 113.
Exitazo, 82.
Exotismo, 82, 104, 118.

Exotista, 60.
Expandir, 77, 113, 119.
Expansión, 14.
Expansionar, 119.
Experimentación, 83.
Experimentalismo, 82.
Explotar, 61, 119.
Exponente, 116.
Expresador, 84.
Exprimir, 109.
Exquisitez, 72, 92, 118.
Externar, 107.
Exteriorizable, 77.
Exteriorización, 29, 77.
Exteriorizar, 113.
Extraestético, 34.
Extrahumano, 47, 74.
Extralitúrgico, 12.
Extranjería, 11.
Extrañarse, 12, 137.
Extrasocial, 23.
Extraterreno, 55.
*Extravismo, 147.
Extremecimiento, 147.
Extremoso, 93.
Exultante, 76.

F

*Faceta, 215.
Falansterio, 11.
Fálico, 60.
Falseta, 19.
Fallar, 28.
Fanatizante, 77.
Fanfarria, 61, 114.
Fanfarronamente, 67.
Fantaseador, 17.
Fantaseo, 105.
Fantasista, 115.
Fantoche, 30.
Faraónico, 18.
Fastuosidad, 47.
Fatigante, 62.
*Fauces, 212.
Faunálico, 84.
Faunesa, 61, 72.
Feérico, 78.
Felá, 66.
Fenomenal, 85.
*Fermento, 222.
Ferrocarrilera, 118.
Fez, 66.
Ficha, 83.
*Figulina, 216.
Figuración, 111.
Fijarse, 12, 47.
Filar, 23.
File (al), 23.
Filialidad, 83.
Filigrana, 33.
Filoneísmo, 118.
Filoxerita, 29.
Fimbriar, 113.
Financista, 111.
Fineza, 83.
Finisecular, 84.
Fino, 28.
Firmamental, 76.
*Fisiología, 226.
*Flácido, 147.
Flácil, 111.
Flagelante, 62.
Flamenco, 28.
Flamenquería, 16, 28.
Flameo, 105.
Flanco, 24.
Flavescente, 76.
*Flébil, 210.
Flecharse, 88.
Fleje, 19.

Flexibilizar, 119.
Flirtación, 30.
Flirtar, 114.
Flirteo, 25.
Flor, 18.
Floralidad, 74.
Floreal, 86.
Florecer, 18, 107.
*Florecido, 120.
*Florescencia, 229.
Florescente, 77.
Floripondio, 16.
Foco, 10.
Foete, 116.
Fogueo, 19.
Foleto, 30.
Folícula, 103.
Forjación, 137.
Formenterino, 11.
Formulario, 44.
Formulismo, 43.
*Fragante, 224.
Fragmentado, 34.
Fragmentar, 56.
Fragmentariamente, 35, 107.
Fragmentario, 75.
Frailero, 32.
Francés (el), 10.
Francesada, 10, 16, 41.
Franchute, 28.
Franja, 24.
Franquear, 35.
Frappé, 113.
Frasco, 9.
Fraticelli, 57.
Fresa, 121.
Fresquito, 28.
Frito, 17.
Froebeliano, 119
Fronda, 33.
Frotarse, 68.
Frufrú, 64, 87, 114.
Fuguista, 10.
Ful, 23.
Fulgir, 20.
Fulguración, 73.
Fulgurar, 49.
Fulminado, 56.
Funambulesco, 61, 85, 105.
Fundamentacion, 43.
Fundido, 18.
Furor, 30.
Fuste, 28.
Futro, 9.
Futurista, 67.

G

Gachí, 10, 17.
*Gacho, 229.
Gachó, 10, 20, 23.
Galeotismo, 29.
Galonista, 15.
*Galop (la), 145.
*Galvanismo, 225.
Gama, 13.
Gana (real), 117.
Ganchillo, 46.
Gandinga, 23.
Ganga, 83.
Ganguero, 21, 23.
Garaje, 120.
Garçonniere, 94.
Garibaldino, 76, 118.
Garrapatear, 108.
Garrotín, 17.
*Garzo, 71, 216.
Gaseosa, 29.
Gautieresco, 119.
Gayar, 35.

*Gazofilacio, 212.
Gedeonada, 29.
Geisha, 108.
Gemado, 112.
Gemebundo, 111.
Generalote, 103.
*Generatriz, 227.
*Génesis (el), 145.
Genético, 44.
Gens de lettres, 57.
Gentes, 30, 64, 78.
*Gentilicio, 219.
Geórgico, 74.
*Geráneo, 147.
Gesticulación, 95.
Gesticulador, 68.
Gesticulante, 58.
Gesto, 14, 36, 58, 68, 115.
Ginecolátrico, 44.
Glabro, 36.
Glaciar, 58, 87.
*Glauco, 55.
Gleba, 215.
Glicina, 72.
Gliptoteca, 11.
Glu glu, 25.
Gobelino, 64, 88.
Gofo, 55.
Goletera, 20.
Golfear, 23.
Golfería, 23.
Golpada, 28.
Golpetazo, 46.
Gomosería, 29.
Gorda (la), 23.
Gordo, 22.
Gorgotear, 47.
Gorjeante, 67.
Gorriona, 28.
Gorro (poner el), 28.
Goteado, 32.
Goteamiento, 48.
Gourmand, 94.
Gozarse, 42.
Grafómano, 103.
Gramaticalero, 42.
Grande, 28.
Granujada, 22.
Granujería, 21.
Grasamente, 58.
Graso, 42, 58.
Gregoriano, 28.
Grieguismo, 104.
Grietearse, 20.
Gringo, 29.
Grisáceo, 34.
Guardacalle, 19.
Guardapié, 16.
Guardapolvo, 28.
Guardarse, 12.
Guardesa, 16.
Guateado, 36.
Guerrera, 10.
Guignol, 78.
Guillado, 11.
Guilladura, 28.
Guillati, 10.
Guitarreo, 9.
Gurripato, 19.

H

*Haber lo que, 147.
Habillelar, 20.
Hacer, 45, 58, 78, 88.
Hala, 117.
Halagabal, 95.
Hall, 13.
Hamlético, 63, 105.
Hampón, 55.

*Harapiezo, 147.
Hebra (pegar la), 28.
Hécube, 95.
Hegúmeno, 147.
*Hélice (el), 145.
Heliocéntrico, 106.
*Hellas, 154.
*Hemotisis, 147.
Heracleo, 61.
Hercúleamente, 94.
Herediano, 106, 119.
Hermetismo, 74.
Hermosillesco, 61, 56, 93.
*Herodíada, 152.
Hesicástico, 73.
Hetaira, 60, 88.
Hibridez, 54.
Hieratico, 67.
Hieratismo, 10.
Hierbajo, 15.
*Higúmeno, 147.
Hilazón, 118.
Hímnico, 62.
Himnógrafo, 92.
Hindú, 60, 84.
Hiparión, 42.
Hiperboreal, 112.
Hiperestesia, 42, 73.
*Hípnico, 220.
Hipnotizado, 77.
Hipnotizante, 47.
Hipsípile, 62.
Hiriente, 76, 112.
Histeria, 60, 72, 115.
Histológico, 137.
Historiar, 107, 119.
Historiográfico, 105.
Histrionisa, 118.
Hombros (alzar o levantar los), 14, 68.
Homérico, 67.
Homérida, 104.
Homosexual, 105.
Homosexualismo, 74.
Hondilón, 20.
Hondura, 104.
Horadante, 76.
Hormigueante, 48.
Hoscamente, 35.
Hosquedad, 33.
Hotelero, 9.
Hueco, 9.
Huelguista, 117.
Hugoniano, 93.
Hugonote, 85.
Huguiano, 104, 107.
Hullera, 118.
Humacho, 32.
Humanismo, 104.
Humanitario, 137.
Humanización, 77.
Humanizar, 113.
Humorismo, 82.
Humorista, 118.
Hunamúnculo, 82.
Húnnico, 105.
Hurgar, 86.
Huyuyuy, 28.

I

Iberoamericano, 106.
*Icón, 149.
Icónico, 62.
*Icono, 149.
Ideación, 73.
Ideizante, 76.
Ideofobia, 42.
Ideograma, 82.
Idiopatía, 73.
Idiotia, 73.

Idiotizante, 76.
Ignorarse, 88.
Igualitario, 15.
*Ileso, 221.
Iletrado, 44.
Iliádico, 105.
Ilicitud, 16.
Ilúcido, 75.
Iluminado, 24.
Imaginativamente, 86.
Imán, 66.
Imperativo, 42.
Imperator, 57, 88.
Imperialismo, 104.
Impersonalidad, 66.
Implantar, 12.
Implorante, 76.
Imploratriz, 74.
Imponerse, 14, 30, 45, 115.
Impreciso, 74, 84, 105.
Impresionante, 67, 119.
Impresionarse, 14, 137.
Impresionismo, 66.
Impresionista, 24, 66, 85.
Impulsivo, 105.
Inabarcable, 75.
Inabordable, 14, 120.
Inacentuado, 75.
Inactual, 86.
Inadivinado, 75.
Inapaciguable, 75.
Inapiadable, 142.
Inaplacable, 48.
Inarmonía 118.
Inasible, 75, 93.
Incambiable, 44.
Incastizo, 137.
Incomprendido, 75.
Incomprensión, 83.
Inconcuso, 55.
Inconfesado, 74.
Inconfundible, 105.
Inconmovible, 12.
Inconsciencia, 67.
Inconsulto, 93.
Inconsutilidad, 16, *219.
Incubarse, 13, 108.
Incultura, 118.
Incumplir, 119.
Independizarse, 119.
Indescifrado, 75.
Indiada, 72.
Indiscutible, 67.
Indisipable, 93.
Individualidad, 42.
Individualismo, 118.
Individuante, 44.
Indostánico, 12, 76
Indumento, 118.
Industrialismo, 10
Inédito, 221.
Inelegancia, 82.
Inesa, 47.
Inexplicablemente, 77
Inexpresable, 84.
Inexpresado, 75.
Infantilidad, 48.
Infiltrante, 76.
Ínfimo, 229, 228.
*Inflamador, 112.
Influenciar, 119.
Informulable, 44.
*Ingénito, 120.
Ingrávido, 49, *227.
Ingurgitarse, 190.
Inhibir, 44.
Iniciador, 76.
Ininteligencia, 33.
Ininteligente, 34.
Inmaterializado, 77.
Inmaterializar, 77.
Inmediato (de), 168.
Inmisericorde, 74.
Inmovilizar, 12, 77.

Inmueble, 118.
Innombrable, 75.
Innombrado, 75.
Innutrido, 48.
*Inopia, 219.
Inquietante, 12, 17, 24, 77, 107.
Inquisición, 43.
Insania, 54.
Insenciente, 119.
Insexual, 76.
Insincero, 74.
Insolentón, 28.
Insouciance, 69.
Insuflar, 44.
Insurgir, 107.
Insurreccionado, 84.
*Intáctil, 220.
*Intangible, 220.
*Íntegro, 221.
Intelección, 83.
Intelectual, 15.
Intelectualismo, 43.
Intelectualista, 44.
Intensificar, 44, 77.
Intercambiar, 86.
Intercambio, 103, 118.
Interioridad, 16.
Intermitente, 28.
Internacionalmente, 86.
Internado, 72.
Intertropical, 55.
Intervistar, 119.
Intracastizo, 43.
Intragable, 34.
Intrahistoria, 42.
Intraliterario, 44.
Intranquilizador, 24.
Intrigado, 24.
Intuir, 86.
Invernal, 44.
Invernaje, 11.
Inyectado, 25.
Iodado, 147.
Iridescente, 56.
Iris, 30.
Ironizar, 119.
Irreal, 24, 76.
Irrealidad, 73.
Irreductible, 34.
Irrepetible, 112.
Irrepresentable, 44.
Irrevelado, 75.
Irrumpir, 45, 86.
Irrupto, 111.
Ixionida, 61.

J

Jabera, 46.
Jacobita, 16.
Jachares, 20.
Japonería, 62.
Jaquette, 69.
Jayeres, 17.
Jazminero, 32.
Jerarquizado, 34.
Jeremíaco, 84.
Jeremioso, 105.
Jerolimítico, 75.
Jinda, 23.
*Jirón, 224.
Jocundo, 113.
Joven turco, 66.
Juerga, 15.
Jugar, 45, 78, 120.
*Juglar, 214.
Jugueteo, 10.
Juma, 20.
*Junquillo, 228.
Justeza, 121.
Juzgarse, 88.

K

Kaleidoscópico, 47.
Kermesse, 25, 57.

L

*La por le, 161.
*Labor, (el)' 145.
Labradoriego, 24.
*Laconísimo, 229.
Lacre, 29.
Lacrimosidad, 10.
Lacteado, 75.
Lagrimiente, 12.
Lagunar, 75.
Laicofobia, 73.
Lakista, 104.
Lamartiniano, 76, 93.
Lampadario, 60, 82.
*Lampo, 214.
Lapidariamente, 94.
*Lares, 213.
Largar, 12, 21.
Largo, 29, 47, 117.
*Larissa, 155.
Larvario, 119.
*Las por les, 162.
Latinizado, 106.
Latinoamericano, 106.
Laureada (la), 19.
Lavaje, 121.
*Le por la o lo, o les, 162.
Leader, 69.
*Ledo, 220.
Legitimismo, 10, 43.
Leguleyesco, 43.
Leitmotivar, 86.
Leja, 33.
Lejanía, 16.
Lemís, 83.
*Lemures, 148.
Lengua de vaca, 28.
Leñe, 23.
Leñosidad, 10.
Leontina, 18.
*Les por los, 162.
Letrado, 104.
*Leucophirne, 153.
*Levantino, 223.
Levítico, 12.
Liana, 78, 94, 120.
Liberalesco, 137.
Liberar, 77.
Libertario, 112.
Liberticida, 111.
Libidinez, 103.
Libre-arbitrismo, 43.
Libre-arbitrista, 44.
Librescamente, 86.
Libresco, 86.
Licitud, 16.
Lieders, 108.
*Ligeia, 95.
Lila, 23.
Lilial, 55, 63.
Linda, 17.
Lío, 17.
Liornés, 11.
Lioso, 23.
*Liquen, 222.
*Lirio, 58, 215.
Liróforo, 61, 82, 118.
Lis, 63.
Listear, 46.
Listeza, 21.
Litri, 23.
Lituanio, 106.
*Lo por le, 162

Loberío, 111.
Localidad, 22.
Localismo, 43.
*Locuacidad, 216.
Lo de, 228.
*Logarítmico, 219.
Logia, 13.
Logorrea, 111.
Lombrosiano, 106.
Luminar, 83.
Lumíneo, 113.
Luminosidad, 23.

Ll

Llamado, 92, *119.
*Llassa, 158.
Llorera, 28.
Lloriqueante, 12.

M

Macábrico, 49.
Macabro, 25, 49, 58, 64, 68.
*Macerar, 219.
*Macerina, 146.
*Maceta, 223.
Macetero, 60.
Macfarlane, 25.
Macizo, 78, 114.
Machacante, 23.
Machuno, 48.
Madera, 28.
*Madgiar, 151.
Madrigalesco, 93.
Madrigalista, 94.
Madrigalizador, 55.
Madrigalizar, 61, 119.
Madriles, 146.
Maestranza, 68.
Magnificarse, 56.
Magnificente, 77.
Magnoliero, 9.
Magras, 23.
Majesco, 18.
Majoma, 19.
Malabar, 54, 103.
Malabarista, 23.
Maldicencia, 118.
Maleta, 17.
Maletilla, 28.
Malevolente, 112, 119.
Malhallado, 106.
Malhumor, 10.
Malhumorar, 119.
Maloliente, 11.
Maltraer, 12.
Mallarmismo, 104.
Mallorquín, 19.
Manchador, 10.
Manchesterismo, 43.
Mandolinata, 94.
Maneras, 68.
Mangas por hombro, 18.
Maniganza, 120.
Manivela, 14.
Manolesco, 12, 18.
Manró, 23.
*Manumiso, 222.
Mañana, 42.
Maquila, 42.
Máquina (por), 28.
Mar (la), 18, 21.
Maravillamiento, 74.
Marcado, 24, 30, 68, 78.
Marcador, 14.
Marcar, 14, 24, 36, 57, 115.
*Marcharse, 132.

Maremagnum, 29.
Marinedino, 29.
Marinera, 17.
Marineresco, 12.
Marioneta, 58.
Mariposeo, 33, 47.
Martilleador, 28.
Martillear, 77.
Martinete, 17.
Martingala, 24.
Marusiña, 29.
Mas da (qué), 21.
Masacre, 87.
Mas allá, 111.
*Mascerado, 146.
Másculo, 119.
Matar, 12.
Material (de), 22.
Materialidad, 10.
Maternal, 67.
Matidez, 67.
Matoide, 54.
Matonear, 22.
Matonismo, 19.
Máuser, 10, 20.
Mazazo, 19.
Mecida, 46.
Medialuna, 54.
*Medias (a), 168.
Medidor, 16.
Medievo, 17.
Medio a (en), 58.
Meditativo, 74.
Mediterráneo, 55.
Mediúmnico, 84.
Medusario, 75.
Mefisto, 87.
Megalomanía, 82, 111.
Mejer, 42.
Melopea, 14, 63, 68, 78.
Memada, 41.
Membratura, 33.
Membrilloso, 47.
Mendigador, 76.
Menipea, 87.
Menos (hacer de), 18.
Menoso, 19.
Mensualidad, 17.
Mentalidad, 61, 83, 105.
Mercar, 108.
Merovingiano, 44.
Mesalinesco, 12.
Meseteño, 32.
Mesticería, 42.
Mesticismo, 10,
Mestización, 118.
Metinge, 13.
*Miasma, 121.
Migajero, 28.
Miguelangelesco, 112.
Milagrosidad, 83.
Milenario, 12, 55, 61, 84
Milord, 30.
Mimetista, 34.
Mímicamente, 24.
Mimosidad, 47.
Minerálogo, 82.
Ministrable, 118.
Minueto, 114.
Miraje, 68, 78, 87; 114.
Miríada, 47.
Misinguín, 41.
Misión, 14, 45, 72.
Mismo, 109.
Misoneísmo, 118.
Miss, 114.
Mistificación, 73.
Mitin, 13.
Mitrado, 54.
Mixtificación, 87.
Mixtificado, 49.
Mobiliario, 19.
Modalidad, 33, 55, 73, 83, 92, 105, 111.

Modelación, 73.
Modern style, 114.
Modisto, 32.
Molinillo (tragarse el), 28.
Molón, 33.
Mollares, 42.
Mona (pintar la), 28.
Mónera, 111.
Monesco, 137.
Monjil, 11.
Monometalismo, 118.
Mono sabio, 21.
Monoteístico, 44.
Monotrema, 24.
Monstruo, 24.
Montante, 9.
Montmartrense, 105.
Montura, 114.
Moña, 19.
Moños (poner, quitar), 17, 23.
Mor de, 17.
Morbología, 73.
Morbosidad, 73.
Morboso, 93.
Morbus, 73.
Morcilla (dar), 21.
*Morfina, 221.
Morgue, 120,
Mortecino, 72.
Morteruelo, 32.
Mosaísta, 92.
Motivo, 49.
Movicion, 43.
Movido, 11.
Mucus, 13.
Muequear, 61, 113.
Muezzin, 87.
Multiformidad, 73.
Multimilenario, 84.
Mundanesco, 137.
Mundanismo, 62.
Mundanizar, 86.
Mundial, 85, 137.
Mundología, 29.
Munícipe, 17.
Mural, 17.
Murguista, 46.
Muriente, 76.
Murillesco, 61.
Musculado, 75.
Musicalmente, 61.

N

Nacarear, 47.
Nacionalicida, 105.
Nacionalizar, 34, 107.
*Nada, 169.
Nadadera, 14.
Nadie, 17.
Naïve, 69.
Naïveté, 94.
Najencia, 29.
Napoleónico, 18.
Narcisiano, 18.
*Narcótico, 221.
Narghilé, 66, 88
Naturalismo, 55, 66.
Naturismo, 55.
Naturista, 61, 18, 118.
Necromanía, 24.
Negociante (la), 32.
Negro, 10.
*Nemoroso, 217.
Nemotécnico, 84.
Neo-español, 105.
Neohelénico, 118.
Neoplasma, 137.
Neo-yorkismo, 92.
Nepenta, 147.

*Nephente, 147.
Neto, 11.
Neurólogo, 103.
Neurósico, 105.
Nevera, 83.
Nietschano, 34.
Nietscheano, 55.
Nietzchino, 34.
Nietzchismo, 111.
Nimbar, 113, 119.
*Nimio, 215.
Nincha, 17.
Ninchi, 17.
Nirvana, 57.
Níveamente, 77.
Nivoso, 85.
Noblesse oblige, 87.
Nobleza obliga, 108.
Noche a noche, 88, 168.
No nada, 169.
Non curanza, 94.
Nórdico, 104, 105.
Normalizar, 24, 113.
Nosólogo, 103.
Notación, 87.
Notariesco, 43.
Notícula, 103.
Novedoso, 84.
Novelación, 83.
Novelizar, 77.
Novelón, 22, 82.
*Núbil, 212.
Nublazón, 111.
Número, 24.
Numinal, 119.
*Nunca, 169.

O

Oaristys, 62.
Objetivarse, 61.
Objetivo, 111.
Obsedente, 77.
Obseder, 94, 107, 115.
Obsediante, 107.
Obsesionado, 11, 48, 106.
Obsesionante, 77.
Obsesionar, 14, 77, 106, 107.
Obstaculizar, 113, 119.
Obstancia, 118.
Occidentalismo, 67.
Oceánico, 12, 56.
Octoes, 16.
Ocultismo, 82.
Ocuparse de, 192.
Odiador, 112.
Ofertador, 93.
Ofertar, 93.
Oficiante, 92.
Oficio, 17.
Ofuscador, 48.
Ole, 10, 20.
*Oleoso, 120.
Olifante, 61.
Olisquear, 12.
Oliváceo, 24.
Olivarero, 34.
Omnicromia, 111.
Omnipresente, 74.
Ondeamiento, 74.
Ondulado, 86.
Opacarse, 119.
*Opaco, 213.
*Ópimo, 148.
Opio (dar el), 18.
Ordenancismo, 43.
*Orgiástico, 56, 105.
Oribe, 42.
Orientalismo, 92.
*Oriflama (el), 145.

Originalizarse, 45.
*Orla, 221.
Orobias, 104.
Orquestación, 118.
Orquéstica, 55.
Oruca, 33.
Osteólogo, 42.
*Ostugo, 211.
Otrora, 87.
Oxear, 35.
*Oxidiana, 147.
Oxigenar, 107.

P

*Pabulo, 211.
Padre y señor mío (de), 28.
Pajazón, 30.
Pajonal, 58.
Palabrota, 28.
Palace hotel, 69.
Paladinesco, 12.
*Palimpsesto, 218.
Palisandro, 18, 63.
Palito, 28.
Palomilla, 17.
Palpante, 12.
Palpitante, 44.
Pamela, 30.
Pamplinero, 117.
Panamasqueño, 113.
Pandemónium, 118.
Panfil, 9.
Pánico, 18, 106, 112.
Panida, 61.
Panllevar, 12.
Panoli, 23, 29.
Panorámicamente, 77.
Pantagruélico, 18.
Pantasma, 20.
Pantomimista, 23.
Pañales (dejar en), 19.
Papillote, 18.
Pápiro, 17.
Pappas, 66.
*Para, 170.
Paradojal, 75.
Paradojalmente, 94.
Paralizante, 56.
Pararse, 228.
Parcela, 109.
Pardito, 10.
Parecer (bien), 17.
Parecimiento, 105.
Pareja, 28.
Paripé, 23.
Parisianismo, 118.
Parisiano, 85.
Parisién, 94.
Parnasianismo, 92, 104, 118.
Parnasiano, 93.
Paroxistado, 75.
Parpadear, 35, 113.
Parpadeo, 28, 47.
Parquet, 113.
Parterre, 13.
Parvenu, 94, 120.
Pasante, 87.
Pasar por alto, 132.
Pascua (hacer la), 23.
Paseón, 17.
Pasional, 20, 76, 85.
Pasionalmente, 47.
Paso (de medio), 28.
Pasos (rezar los), 32.
Pasos (volver sobre sus), 24.
Pasteleo, 117, 41.
Pastiche, 120.
Pata (estirar la), 10.
Patacón, 33.
Patatín patatán, 10, 28.

Patilludo, 28, 46.
Patinoso, 34.
Patognomónico, 56, 76.
Patoso, 23.
Pavanesco, 18.
Pavero, 17, 19.
Pavo, 28.
Payés, 11.
Payesía, 9.
Pechugón, 11.
Pegajosidad, 10.
Pego (dar el), 18.
Pelecho, 19.
Pêle-mêle, 108.
Peluche, 35, 64.
Pendant, 94.
Pendejo, 23.
Pendona, 23.
Péndula, 14.
Pensante, 61, 76.
*Pentagrama, 218.
Pentágrama, 148.
Pentélico, 60, 106.
Penumbroso, 75.
*Pepiritaña, 147.
Pérdida, 10.
Perdido, 11.
Perdis, 29.
Peregrinear, 35.
Perfeccionador, 76.
Perfilación, 73.
*Periferia, 219.
*Peripleo, 146.
Perista, 23.
Perra, 17.
Perrera, 29.
Perrería, 10.
Perrilla, 23.
Perro gordo, 10.
Persiflaje, 78.
Personalidad, 67.
Personalismo, 111.
Personalizarse, 108.
*Perturbar, 224.
*Pervencha, 216.
Pesadote, 21.
Pesiatal, 17.
Peteneras, 29.
Petronesco, 105.
Pezón, 33.
*Phtiotida, 154.
Picada, 19.
Picante, 41.
Picarismo, 43.
Pico de plata, 103.
Picos pardos (de) 28.
Pierrotesco, 67.
Pieses, 47.
Pieza, 68, 29.
*Pigmento, 223.
Pijotero, 22.
Pilatesco, 112.
*Piloro, 217.
Pimpi, 20, 23.
Pinchoso, 11.
Pingarrona, 17.
Pingo, 23.
Pinrel, 23.
Piquet, 113.
*Pirofilacio, 212.
Pirrarse, 15.
Piruetear, 61, 120.
Pista (ponerse a la), 47.
Pistaje, 32.
Pisto (darse), 117.
Pistonudo, 23.
Pitar, 116.
Pizarroso, 105.
Placa, 14, 49.
Plafón, 63.
Plafond, 69.
Plancha, 45.
Plantado, 17.
Plantarse, 18.

Plantón, 28.
Plañirse, 36.
Plasmante, 119.
Plastrón, 120.
Plativerde, 48.
Platonizar, 56.
*Plectro, 217.
Pletórico, 47.
*Plinto, 215.
Plumeo, 9.
Pluscuandantesco, 85.
Plutoniano, 112.
Poder con uno (no), 132.
Poeniano, 93.
Polarizador, 44.
Polémica, 28.
Polémico, 84.
Polemiquear, 44.
Policía, 22, 117.
Policíaco, 15.
Policial, 105.
Policreador, 48.
Policromia, 60.
*Polícromo, 149.
Polichinela, 25.
Polifonética, 119.
Polifonía, 82, 111.
Polifónico, 12, 48.
Poliforme, 48, 118.
*Políglota, 149.
Polínices, 154.
Polisón, 30.
Politemista, 75.
Politiquero, 105, 118.
Polítono, 60.
Polividente, 34.
Polvear, 77.
Polvera, 21.
Polvorón, 46.
Pomo, 19.
Pompón, 13.
Porcelanesco, 12.
Porcentaje, 121.
Porracear, 47.
Porrearse, 20.
Portalada, 32.
Portalira, 61, 104.
Portalón, 17, 19.
Pórtico, 104.
Portier, 120.
Portraitiste, 69.
Posar, 24.
Pose, 69, 87, 120, 113.
Poseur, 108, 113.
Positiva, 22.
Post-escolar, 118.
Post-heleno, 105.
Postín, 80.
Postrimería, 92.
Pouf, 113.
Pradial, 86.
Praxitélico, 119.
Preaptitud, 73.
Preciosismo, 74, 104.
Preciosista, 56.
Precolombino, 118.
Preconcepto, 82, 118.
Preestablecido, 48.
Preformado, 56.
Prehistoria, 11.
Prerrafaélico, 56.
Prerrafaelismo, 55.
Prerrafaelita, 94.
Prerafaelista, 56, 85, 94.
Prescindencia, 103, 118.
Prescindente, 85.
Presensible, 75.
Preso, 42.
Prestancia, 58.
Prestidigitación, 83.
Prestidigitar, 107.
Prestigiar, 108, 119.
Pretencioso, 119.
Pretendido, 58.

Pretensiones, 30.
Preux, 64.
*Preveer, 149.
Previsivo, 55.
Primadona, 64.
Primar, 121, 115.
Primitivo, 54, 118.
*Primo donno, 225.
Principesco, 34, 76, 93.
Pringarse, 18.
*Prisma, 214.
Prismatización, 77.
Prismatizar, 49, 77.
Procrearse, 13.
*Procrustes, 155.
Procurarse, 137.
*Procusto, 155.
Pródromo, 54, *149.
Profesional, 121.
Profundo, 29.
Prójima, 10.
Proletariado, 15.
Prometeano, 63.
*Prominente, 225.
Promisor, 119.
Pronunciado, 115, 24.
*Propiciar, 225.
*Propíleo, 148, 217.
*Propyleos, 152.
Prosar, 107.
Prostíbulo, 23, 73.
Proteiforme, 111.
Protomiseria, 42.
Proveniencia, 55.
Pseudocasticismo, 43.
Pseudoclásico, 56.
Pseudofisiologico, 44.
Pseudooriginal, 44.
Pseudorazones, 42.
Pseudosíntoma, 54.
Psicópata, 111.
Psicosis, 103.
Psique, 111, 155.
Psiquiatra, 54, 82.
Psiquiátrico, 56.
Psíquico, 84, 74.
*Psiquis, 155.
Psitacismo, 118.
*Púber, 214.
Público, 42.
Pucherazo, 117.
Pucherera, 23.
*Pueril, 120.
Puf, 30.
Pulso, 19.
Puntillas (en), 29.
Punto, 23.
Puntuar, 115.
Punzazo, 116.
Puño (meter en un), 18.
Pupila, 23, *212.
Puros (a), 18.
Purpurado, 62.
Pur-sang, 108, 120.

Q

Quedamente, 12.
Quejumbrera, 17.
Querindango, 10.
*Quienes, 164.
Quietismo, 10.
Quimerizar, 77.
Quinqué, 20.
Quintaesenciado, 23, 48.
Quintanesco, 105, 119.
Quisquis, 23.

R

Rabelaisiano, 55.
Rabera, 33.
Rabitieso, 11.
Rabulenso, 118.
Racionalizarse, 45.
Racista, 118.
Radioso, 83.
Radium, 103.
Rafaelesco, 56.
Ragua, 19.
*Raigambre (el), 145.
Rail, 13.
Rampante, 14.
Rampín, 9.
Ramplonería, 42.
Rango, 30, 49, 58, 115.
Rasear, 35.
Rasero, 33.
Rastacuerismo, 104.
Rastacueros, 64.
Rastaquouere, 25, 64.
Rastreante, 12.
Rato (a cada), 28.
Ratonil, 11, 17.
Ravacholesco, 112.
Reabsorción, 73.
Reaccionar, 20.
Reafirmación, 55.
Reafirmarse, 56.
Rebajete, 32.
Rebote, 121.
Rebozar, 34.
Recalador, 48.
Recalar, 12.
Recaliente, 28.
Recalmón, 28.
Recambio, 121.
Recayente, 35.
Recazo, 21, 33.
Recién, 115, *169.
Recombinar, 45.
Recomenzar, 13, 34, 61, 115.
Reconfortarse, 67.
Recortadamente, 44.
Recortarse, 35.
Recriminativo, 118.
Recubierto, 24.
Recuelo, 23.
Rechispear, 48.
Redaños (tener), 10.
Rediez, 23.
Redoblante, 34.
Redoblar, 77.
Reductible, 84.
Reencarnador, 48.
Reencarnarse, 48.
Reencender, 86.
Refulgir, 34.
Regañadientes (a), 10.
Regar, 116.
Reguapísimo, 17,
Regular, 29.
Rehenchido, 28.
Reinsistir, 45
Reivindicativo, 105.
Rejilla, 28.
Relatividad, 55.
Relativizar, 56.
Reliarse, 20.
Religiosismo, 104.
Relincho, 46.
Relumbrón, 17.
Remejer, 42.
Remembranza, 118.
Remontar, 108.
Removerse, 35.
Renanista, 105, 119.
Rendir, 115, 18.
Renegrido, 19.

Reobrar, 45.
Repeinado, 22, 28.
Repichonear, 28.
Repiqueteo, 10.
Replano, 33.
Repliegue, 14, 43, 48, 114.
Reportear, 119.
Repórter, 118.
Reporterismo, 83, 104.
Reportismo, 83.
Reposorio, 58.
Reps, 36.
Reptar, 34.
Republiqueta, 103.
Requerido, 55.
Requetebién, 17, 19.
Requilorio, 33.
Resaltante, 34.
Resorte, 24.
Respaldar, 35.
Respaldo, 10.
Resquebrajador, 48.
*Resquemor, 226.
Restaurant, 13, 30, 36, 113.
Resurgimiento, 118.
Resurgir, 12, 113.
Retoñamiento, 10.
Retrotraersé, 119.
Retuso, 42.
Revancha, 78, 114.
Revanche, 69.
Reverberante, 76.
Revibrador, 47.
Revirar, 22.
Revoltante, 78.
Revoluto, 28.
Rezandero, 74.
Rezongo, 94.
Rezongueo, 33.
Rictus, 13.
Riesgoso, 112.
Rigolada, 30.
Ripioso, 105, 118.
Ris ras, 33.
Ritornello, 87.
Ritual, 9.
Rizamiento, 47.
Rizar, 46.
Rizoso, 19.
Rocinante, 113.
Rococo, 13, 94, 113.
Rodiano, 66.
Rodiense, 66.
Rogar, 229.
Romance, 94.
Romanismo, 43.
Romanista, 94.
Romanización, 43.
Romanticoide, 44.
Romantizar, 61.
*Rompiente (la), 145.
Ronronear, 94.
Ronroneo, 33.
Rosa de te, 20.
Rossiniano, 12.
Rótulo, 17.
*Roznar, 223.
Rubrique, 64.
Rudimentario, 75, 15.
Ruedo, 19.
Rugidor, 118.
Rumoreante, 119.
Rumoreo, 105.
Rutilador, 47.

S

Saberse, 88.
Sabidor, 17, 28.
Saboyardo, 87.
Sacáis, 20.

Saco, 82.
Sacorio, 46.
Sacripante, 120.
*Sacudir, 119.
Sachet, 30.
Sagesse, 69.
Salva, 22.
Salvaguarda, 113.
Sanear, 12.
Santero, 10.
Saque, 29.
Saqué, 69.
Sardanapalesco, 23.
Sargenta, 10.
Sargentón, 103.
Satanismo, 43.
Satinado, 61, 67.
Satiresa, 61.
Satiríaco, 12.
Saturnal, 28.
Saturniano, 67.
Saudoso, 93.
Savoir faire, 57.
Sazón, 18.
*Scopas, 95.
*Scheherazada, 95
Scherzo, 13.
Scholar, 108.
Schotis, 25.
Secatón, 28.
Seccional, 118.
Secreter, 14.
*Sedante, 219.
Sefardí, 66.
Seleccionado, 92.
Selectivo, 85.
Seltz, 18.
Semiapagado, 111.
Semiasiático, 111.
Semidesierto, 29.
Semidesnudo, 74.
Semieclesiástico, 11.
Semiletrado, 74.
Seminoche, 73.
Semiobscuridad, 24, 73.
Semiológico, 56.
Semitropical, 55.
Sendos, 132.
Seno, 20, 36, 49, 63, 68, 109, 114, *227.
Sensacional, 20, 24, 85, 115.
Sensiblería, 42.
Sensiblero, 119.
Sensitivismo, 43.
Sensorial, 85.
Sentimentalidad, 73.
Sentir olor, 109.
Señorial, 11, 55, 66, 76, 112.
Señorita (muy), 17.
Señoritinga, 10.
Sepultación, 116.
Ser (el no), 13.
Serafinesco, 76.
Serpentina, 25.
Serranada, 28.
Serre, 87.
Sexcentista, 137.
Sexticorde, 47.
Shakespeariano, 24.
Sherry, 30.
Shocking, 30.
Shopenhaueriano, 44.
Sienés, 74.
Significado, 84.
Siguelas, 20.
Silenciar, 107, 119.
Silenciosidad, 74.
Silente, 112, 107.
Silueta, 30, 66.
Simbolista, 105, 118.
Simiesco, 12, 24.
Simpatizador, 119.
Simplicista, 44.
Simplista, 85.

Sindroma, 54.
Sinfonizar, 77.
Sintetizador, 118.
Sinvergüenza, 15.
Sionista, 56.
Siringa, 111.
Skating, 69.
Snob, 108.
Snobismo, 108, 114.
*Sobre, 168.
Sobrehombre, 54.
Sobrenaturalista, 85.
Sobrenaturalizar, 45.
Sobrepasar, 45, 56.
Sobrestimar, 45.
Socaire, 33.
Socializar, 45.
Sociológico, 106.
Socrático, 67.
Sofoquina, 28.
Solaparse, 35.
Soldado (caer), 22.
Solidaridad, 83.
Solidarizarse, 107, 119.
Solucionar, 113.
Sollerense, 11.
Sollozador, 76.
Sombra china, 118.
Sombrío, 72.
Somnolente, 119.
Somnoliento, 113.
Sonambular, 86.
Sonar, 36.
Soniche, 29.
Soñación, 73.
Sopas con leche, 10.
Sopor, 10, 17, 28.
*Soslayo (de), 227.
Sostenido, 24.
Sotabarba, 21.
Soto-literario, 44.
Souplesse, 69.
Spleen, 64.
Sport, 13, 64.
Sportwoman, 64.
Staccati, 64.
*Stambul, 155.
*Stella, 95, *154.
Stirneriano, 85.
Stores, 114.
Subconciencia, 55, 82.
Subconciente, 44.
Subconsciente, 56.
Subjetivismo, 82.
Sublimal, 86.
Sublimidad, 10.
Substrato, 54.
Subsuelo, 58, 95.
Subyugante, 85.
Sudán, 68.
Suficiencia, 63.
Sufrir, 87, 109, 115.
Sugerencia, 82.
Sugeridor, 93.
Sugestionador, 23, 25, 76.
Sugestivo, 47.
Suisé, 114.
Sujetador, 32.
Suntuario, 75.
Superalimentación, 11.
Superbia, 61.
Superhombre, 23, 82, 111.
Suplicar, 229.
Supliciación, 73.
Supliciar, 77, 86.
Supraandino, 74.
Suprahumano, 74.
Suprasensible, 118.
*Supremo, 228.
Supremo (el), 10.
Suramericano, 106.
Surgente, 54.
Surmenage, 57, 78.
Surtir, 35.

T

Tableau, 78.
Tac tac, 33.
Tainiano, 55.
Tajada, 23.
Taladrante, 48.
*Talar, 214.
Talionario, 112.
Tallado, 47, 68.
¡También!, 17.
Tamborileo, 9.
Tamizamiento, 92.
*Tan, 170.
*Tanagra, 152.
*Tan luego, 168.
Tantalesco, 12.
Tantas (las), 18.
*Tantas más, 164.
Tapaojos, 10.
Tapujón, 17.
*Tara, 225.
Taranta, 17.
Tarantaneo, 33.
Tarima, 22.
Te (dar el), 17.
Teatralidad, 73.
Teatrucho, 22.
Técnica, 55.
Techo, 67.
Teja, 9.
Tejenaria, 33.
Tejuelo, 33.
Tela, 64, 68, 114, 120.
Telarañoso, 33.
Teniza, 33.
Tentacular, 75, 118.
Tenue, 69.
Teorizante, 44.
Teorizar, 56.
Teque (de mal), 10.
Terminología, 82.
Terracota, 87, 108.
Terraza, 14, 114.
Terrero, 55, 33.
Terrificado, 112.
Terrificante, 77.
*Terso, 210.
Tesonero, 61.
Tête-à-tête, 78.
Teutón, 54.
Théoricien, 69.
Tic, 25.
Tic tac, 33.
*Timanto, 153.
Timba, 9.
Tin tan, 46.
Tintarse, 34.
Tinte, 111.
Tintilineo, 111.
Tintinabulante, 85.
Tintinear, 35.
Tintineo, 10, 33.
Tipificar, 86.
Tipo, 132.
Titilear, 35.
Titular, 108.
Todo (adv.), 64.
Todopoder, 114.
Toisón, 64, 113.
Tómbola, 25.
Tonitronante, 113.
Tópico, 54.
Torcionario, 75.
Tormentoso, 34.
Tornasolarse, 18.
Torta, 17.
Torturante, 48.
Toruno, 42.
*Torvo, 213.
Tostada (media), 22.
Total, 10, 117.

Tournée, 120.
Tozudez, 117.
Traca, 46.
Tracamundana, 33.
*Tracónite, 152.
*Traílla, 223.
Traje de luces, 117.
Tramonto, 88.
Transfusionarse, 49.
Transhumancia, 103.
Transparentar, 12.
Trastrocar, 34.
Trefilar, 121.
Treintena, 61.
Tremante, 48.
Tremular, 86.
Trianón, 94.
Tric trac, 33.
*Triduo, 223.
Triforium, 13.
Triguero, 41.
Trilobulado, 34.
Trimurti, 223.
Tristón, 11.
Tristura, 104.
Tritónico, 62.
Trocatintas, 82.
Tropezarse, 12, 108.
*Tropicalmente, 120.
*Troquel, 213.
Troquelar, 35.
Trotera, 32.
Truhanesco, 137.
Tufillo, 9.
Tulipa, 18.
Tunantesco, 61.
Tupi, 17.
Turcopoliero, 66.
Turificarse, 137.
Tutelar, 113.

U

Ultimar, 116.
Ultraespiritual, 93.
Ultra-intelectivo, 44.
Ultramarinos, 33.
Ultramístico, 56.
Ultranza (a), 108, 120.
Ultrapatriótico, 61.
Ultravisible, 75.
Unificador, 84, 118.
*Unilateral, 226.
Unisexualismo, 74.
Unísono, 111.
Universal, 42, *226.
Universalizar, 45, 86.
Uno y el otro (el), 164.
Uraniano, 76.
Urbe, 11.
*Urente, 217.
Urgir, 58, *119.
Usía, 17.
Usina, 121.
Usura, 121.
Utilitarismo, 92.

V

Vagabundez, 42.
*Valens, 155.
Valer, 104.
Valsante, 93.
Vampírico, 105.
Vaso, 41.
Vaudeville, 57.
Vecinaje, 68.

Vecindona, 17.
Vedija, 9.
Vegetar, 86, 121.
Vegetariano, 18, 118.
Velatorio, 46.
Velazqueño, 55.
Velito, 30.
Velutina, 25, 30.
Venatorial, 119.
Venazón, 72.
Ventanal, 9, 16, 19, 32.
Ventanilla, 28.
Ventanuca, 22.
Ventanuco, 21, 28.
Ventolinata, 82.
Venusino, 61.
Verba, 121.
Verbal, 105.
Verbalismo, 82.
Verbo, 111.
Verdáceo, 75.
Verde, 11.
Vergonzosidad, 118.
Verismo, 118.
Veritas, 19.
Verlainiano, 55.
Verleniano, 61, 93.
Verrugón, 54.
Versallesco, 24, 56, 119.
Vers librisme, 94.
*Vertiginoso, 226.
Vesperal, 86.
Vesubiano, 18.
Vez (de) en cuando, 132.
Viboreo, 112.
Vibrador, 11.
Vibrarse, 113.
Videncia, 20, 73.
Vidente, 42.
Vidrio, 28.
Vidrioso, 11.
Vilo (en), 32.
Violeta, 14, 62, 112.
Violo, 146.
Violoncelo, 13.
Vira, 33.
Virgilianamente, 107.
*Virginal, 215.
Virreinal, 105.
Virreyal, 105.
Virtuosidad, 10, 83.
Virtuoso, 25, 64.
Virulencia, 82.
*Vislumbre (el), 145.
Vitoria, 19.
Vividez, 112.
Vivo, 23.
Voceo, 16.
Volición, 61.
*Volitivo, 221.
Volteriano, 61, 76.
Voulu, 94.
Volúbiles, 63.
Vulgachería, 41.

W

Wagneriano, 93.

X

Xorable, 34.

Y

Yacente, 12.
Yagrumo, 103.
Yankee, 108.
Yanquizado, 56.

Yántiga, 32.
Yeldarse, 42.
*Yerto, 226.
Yo, 54.
*Yodo, 221.
Yoísta, 105.

Z

Zafa, 32.
Zaimf, 88.
Zamarreón, 19.
*Zampoña, 211.
Zapata, 32.
Zapaterín, 10.
Zarandeo, 22.
Zarandillo, 28.
Zigzaguear, 87.
*Zodiacal, 227.
Zorrillesco, 105.
Zorrona, 23.
Zuñir, 42.

Advertencia. — La circunstancia de haber estudiado las obras que me han servido de base, en épocas muy distintas, hace que en ciertos casos mi opinión acerca de algunos neologismos o barbarismos haya podido modificarse. A fuerza de leer una palabra en autores diferentes me ha ocurrido que, después de haberla juzgado insufrible, he concluido por hallarla aceptable y en ciertos casos necesaria. Unas veces ha influido en mi espíritu la autoridad del escritor que la usaba, otras, en el ejemplo que me la hace aceptar, está dicha palabra realmente bien empleada. Esto me ha sucedido con las siguientes voces :

Encuadrar, que doy como galicismo innecesario (p. 24), que considero por lo menos como inútil (p. 115), al que encuentro mal sabor francés (p. 34) y aspecto feo (p. 13), acaba por parecerme galicismo harto necesario (p. 24) en una frase de Gómez Carrillo « un marco menos estrecho para encuadrar mi doctrina ».

Imponerse lo doy como galicismo de veras (p. 30), como muy corriente ya (p. 45), indico que ha de aceptarse (p. 115) y acabo por darlo como bueno tras una cita de Blasco Ibáñez (p. 14), después de recordar, con el P. Mir, que lo usan Castelar, Cánovas, el marqués de Valmar, Navarro y Ledesma.

Critico *emocionante*, por conmovedor (p. 24), pero

en el ejemplo de Blasco Ibáñez, que doy en la p. 12, me parece realmente preferible a aquél.

Inabordable, que considero como galicismo sustituible por intratable (p. 120), acaba por parecerme menos grave en la p. 14, después de haber tenido que aceptar la acepción de *Abordar* introducida por la última edición del Diccionario de la Academia.

Sugestionador me parece inferior a sugestivo (p. 76 y admisible en la p. 25, donde observo que el diccionario ya nos da *sugestionar*.

Varía, aunque con menos fuerza, mi crítica en las palabras : *desuetud* (p. 58 y 109); *pronunciado* (p. 24 y 115); *recomenzar* (p. 61 y 115); *decepción* (p. 109 y 115); *eclosión* (p. 87, 109 y 114); *liana* (p. 94 y 120).

Hago esta advertencia para que se dé cuenta el lector de lo difícil que es hoy fijar con exactitud el límite entre lo bueno y lo malo en la invasión de neologismos que padecemos. Muy fácil es atenerse al Diccionario de la Academia y declarar vitando todo cuanto en él no figure, pero aparte de que esto no es nada científico, nos expondría a tener que modificar nuestra opinión a cada edición del tal libro. Mejor es guardar en esta materia cierto ten con ten, mirar las cosas con filosofía y decirse que al fin y al cabo los buenos escritores son quienes preparan los futuros diccionarios de las academias y no éstas quienes les han de dar un vocabulario intangible. Por el estudio que hago del lenguaje de muchos y excelentes autores podrá el lector observar cuánto dista aquel de la norma académica y decidir con libertad, cada vez que se halle en presencia de neologismos acerca de los cuales no haya leído aún crítica alguna.

TABLA DE MATERIAS

Prólogo 1
El vocabulario moderno 7
El vocabulario de Blasco Ibáñez 8
— Pedro de Répide 16
— Arturo Reyes 19
— Pío Baroja 21
— Pardo Bazán 27
— Martínez Ruiz 31
— Miguel de Unamuno 37
— Salvador Rueda 46
— Díaz Rodríguez 50
— Rubén Darío 60
— Gómez Carrillo 66
— Vargas Vila 70
— Armando Alvaro Vasseur 79
— Enrique Rodó 89
— Blanco Fombona 96
— *La Joven Literatura hispanoamericana* de Manuel Ugarte 110
Del montón 117
El único escritor correcto del siglo XX 123
La Gramática y la nueva escuela literaria 143
El género, el número y la ortografía 145
La ortografía de los nombres propios 151
Mal uso de algunos pronombres 161
Uso defectuoso de algunos adverbios, preposiciones, etc. 167
El uso y el abuso de los diminutivos 171
El verbo y la nueva sintaxis 179
El régimen en español 187
El galicismo de construcción 199
El equilibrio de la frase 205
Moderno disparatorio 209
La nueva gramática de la Real Academia 232
El afrancesamiento de la frase 237
El porvenir de la lexicografía 241
Cómo se ha ido formando el diccionario 243

La décimocuarta edición del Diccionario de la Real Academia española..... 267
Americanismos..... 287
El lenguaje botánico..... 289
La historia natural en los diccionarios..... 296
El vocabulario anatómico..... 298
El lenguaje de la moda..... 310
Reimpresiones..... 314
El Diccionario de Argentinismos de Tobías Garzón.. 320
El Diccionario argentino del Dr. Segovia..... 332
LISTA DE LAS VOCES CITADAS O CRITICADAS EN ESTA OBRA. 337

Imprenta ROGER Y CHERNOVIZ. — Paris, S., 12-17.

VIAJES, VARIOS

G. UNDA. **Relaciones de Viaje**, por los Estados-Unidos, Inglaterra, Francia, etc.
Un tomo en 12°, con numerosas laminas, tela. . . . 5 fr. »

M. HONORÉ. **L'Amérique du Sud à tort et à travers.** Six mois de tourisme. *Préface de Marcel Dubois*, professeur à la Sorbonne. Nombreuses reproductions photographiques.
Un vol. in-12, 300 pages, prix. . . . . 4 fr. »

DE SAINT-LÉGER. **L'Argentine économique**, avec le texte des lois argentines sur les Sociétés anonymes. Préface de M. le Prof. P. du Marroussem.
Un vol. in-16 double couronne de XVI-296 pages. . . 3 fr. 50

EL ECUADOR. Guia Comercial, Agricola é Industrial de la República del Ecuador. Un gruesco tomo en-4° de 1 300 paginas, pasta de tela, precio . . . . . 50 fr. »

A. Y. R. CUERVO. **Vida de Rufino Cuervo y Noticias de su Época.** 2 tomes en 8°, pasta fina . . . . . 26 fr. 65

LIBROS ILUSTRADOS EN COLORES PARA LA NIÑEZ. Esta colección, enteramente nueva, se recomienda a las familias por su interés, su ejecución perfecta y sus precios baratos. Consta de 10 series. *Primera serie.* Precio del ciento de libritos surtidos : 5 fr. 35. — *Segunda.* Precio de cada libro : 0 fr. 16. — *Tercera* : 0 fr. 20. — *Cuarta* : 0 fr. 27. — *Quinta* : 0 fr. 34. — *Sexta* : 0 fr. 40. — *Septima* : 0 fr. 54. — *Octava* : 0 fr. 67. — *Novema* : 1 fr. 35. — *Décima* : 2 fr.

PETIT MANUEL **de conversation espagnol-français.** Phrases usuelles et dialogues familliers, 32°, rustica. . . . . 0 fr. 80

VICTOR HUGO. **De órden del Rey** (*L'homme qui rit*). Novela original, traducida par C. de Ochsa.
4 tomos en 12°, 1/2 tela. Precio excepcional . . . . 6 fr. 60

COCINERO PRÁCTICO. **Nuevo tratado de Cocina.** Reposteria y Pastelería, con interesantes articulos de economia doméstica.
Un tomo en 8° 1/2 pasta. . . . . 7 fr. 80

E. FOE. **Aventuras de Robinsón Crusoe.**
5 tomos en 16°, media pasta. . . . . 9 fr. 60

ABATE LEROY. **Historia de las Hermanitas de los Pobres,** *obra premiada por la Academia francesa.*
Un tomo en 8° de 540 pag. á la rústica 4 fr. 50 ; tela. . 6 fr. »

LACORDAIRE. **De la Iglesia.** Conferencias dadas en Nª Sª de Paris, vertidas al Castellano par Dr *Miguel de Toro y Gisbert.*
Un tomo de unas 300 páginas, de la « Biblioteca de la familias cristianas », tela. . . . . 4 fr. »

N. B. *Pidáse el catalogo especial de la Biblioteca de las familias cristianas*

RELIGIÓN, PREDICACIÓN, ETC.

ABATE JOURDAIN. **Suma de las Grandezas de María.** Sus excelencias, su culto, con dos indices generales, el uno sinóptico y el otro alfabético y analítico. Traducido al español por el Il^mo Sr Dr. *Obispo de Astorga* (España), por el Sr *Dr Paredes*, Catedrático en el Seminario de Mexico y el Sr. *Canónigo F. Alvarez*, de Puebla.

12 hermosos tomos en 8° mayor. Cada tomo, rústica 11 fr. 50; 1/2 pasta. . . . . **12 fr. 50**

P. D'HAUTERIVE. **La Suma del Predicador**, para todo el transcurso del año cristiano, conteniendo acerca de cada uno de los tiempos litúrgicos y de cada uno de los evangelios de los domingos, de las fiestas y asuntos de circunstancias, cuatro instrucciones homiliticas, con innumerables notas y planes que permiten variar hasta el infinito la enseñanza del púlpito.

12 tomos en 8° (tomos I á VIII. Evangelios, IX y X. Fiestas, XI y XII. Asuntos de circunstancias), rústica, 84 fr.; 1/2 pasta **96 fr. »**

Dr E. CARRERA. **Curso de Instrucciones populares.** Obra escrita en francés por el *Abate Lobry*, con aprobacion de Mgr Cortet, obispo de Troyes, y traducina al español de la quinta edición francesa

7 tomos en 8°. . . . . **40 fr. »**

ABATE LUCHE. **El catecismo de Rodez,** explicado en forma de pláticas, obra utilísima para el clero, para las comunidades religiosas y para todos los fiéles. *Traducido de la sétima edición francesa* por el Dr. Francisco Navarro.

3 tomos en 8°. . . . . **20 fr. »**

BIBLIA POLIGLOTA **en cuatro idiomas,** conteniéndo el texto hebráico, el texto griego, la vulgata latina acentuada y la traducción francesa del abate Glaire, *aprobada por la Santa Sede*, con las diferencias del texto hebráico, de los Setenta y de la Vulgata, y, con *introducciones, notas, mapas y grabados*, por F. VIGOUROUX, Catedrático de Escritura Sagrada en el Instituto católico de Paris

Consta la obre de 8 tomos en 4°. Cada tomo se vende por separado, media pasta 12 fr. 50. La obra completa y encuadernada. Precio. . . . . **100 fr. »**

ABATE POEY. Explicación literal y practica del **Catecismo de la Doctrina Cristana,** escrito por el *Padre G. Astete*, con arreglo al texto oficial de la Republica Argentina y demás Republicas de la America del sur y de España. Obra aprobada por la autoridad eclesiástica y adornada con muchos grabados.

Un tomo en 8° de 753 páginas, rústica 5 fr., tela. . . **5 fr. 75**

Extracto del catalogo general de R. ROGER y F. CHERNOVIZ.

EDUCACIÓN — LITERATURA

R. J. CUERVO. **Diccionario de construcción y régimen** de la lengua castellana. Han salido á luz :
Tomo primero en 4° pasta. Precio. . . . . 33 fr. 25
Tomo segundo en 4° pasta. Precio . . . . . 40 fr. »

— **Gramática de Bello**, con notas, comentarios y apéndices. Décima novena edición corregida.
Un tomo en 8° pasta de tela. Precio. . . . . 9 fr. 20

— **Apuntaciones críticas** sobre et languaje bogotano con frecuente referencia al de los paises de America latina. Sexta edición, muy aumentada y en su mayor parte completamente refundida.
Un tomo en 8° de 750 páginas, tela. . . . . 12 fr. »

— **Estudios filológicos.** Un tomo en 8° de unas 300 paginas, ordenadas y anotadas par M. de Toro y Gisbert, tela. . . . . 8 fr. »

M. DE TORO Y GISBERT. **Tesoro de la lengua castellana.** Ortografía. — Conjugación y Régimen. — Acentuación. — Galicismos. — Neologismos. — Barbarismos. — Parónimos.
Un tomo en 8° con pasta elegante de tela. . . . . 6 fr. »

— **Lecciones de cosas.** Curso infantil. *Obra ilustrada con 100 grabados.* Tercera edición. Encartonado . . . . . 1 fr. 35

— **Curso práctico de gramática** y correccion del estilo. Un tomo en 8° pasta de tela. . . . . 6 fr. »

E. ISAZA. **Diccionario de la conjugación castellana.**
Un tomo en 12°, pasta de tela . . . . . 5 fr. 30

— **Gramática práctica de la lengua castellana.**
Un tomo en 12°, pasta tela. . . . . 5 fr. 30

— **Diccionario ortográfico de apellidos y de nombres propios de personas**, en 12°, tela . . . . . 3 fr. 75

MILHE. **Flores de literatura francesa ó lecturas francesas.** escogidas y graduadas en prosa y en verso, con numerosas notas castellanas, en 8°, tela. . . . . 4 fr. 60

CONTO. **Apuntaciones sobre la lengua inglesa**, obra que contiene un tratado sobre las preposiciones y una colección de modismos.
Un tomo en 8° tela . . . . . 8 fr. »

RIVODO. **Tratado de los compuestos castellanos** en 8°. . . . 12 fr. »

MARQUÉS Y ESPEJO. **Nueva retórica epistolar**, o arte nuevo de escribir todo género de cartas misivas y familiares, contiene una guia mercantil. Nueva edición, arreglada para el uso de las Republicas de America, aumentada con un apéndice de *los pesos y medidas de todos los paises del mundo.*
Un vol tela. . . . . 1 fr. 50

CARO Y CUERVO. **Gramática latina.**
Un tomo en 8° media pasta. . . . . 12 fr. 20

— **Obra de Virgilio**, traducidas en versos catellanos.
3 tomos en 18°, 1/2 pasta. . . . . 18 fr. »

MEDICINA, DERECHO

Dr N. CHERNOVIZ. **Guia médica.** 5a edicion española, *puesta á la altura de los ultimos descubrimientos de la ciencia*. Modificación importantisima de la composición, dosificación de los medicamentos, con arreglo al *Convenio de Bruselas* de 1908, por el cual se rige el Códex francés. — Curiosidades cientificas recientes, etc. — Compendio alfabético de las aguas minerales. — Más de 600 grabados ilustran esta obra, muchos de ellos compuestos especialmente para este nueva edición, la cual consta de dos tomos de algunas 2400 páginas. Precio, pasta de tela . . . . . 25 fr. »

— **Diccionario de medicina popular** y ciencias accesorias, 2 tomos grandes que contienen en junto cerca de 2500 páginas, mas de 900 figuras intercaladas en el texto, pasta . . . . . 46 fr. 70

Dr VARIOT, *Médico del Hospital de los niños enfermos de Paris*. **El médico** de la Infancia, versión castellana con adiciones, notas y formulas sencillas para el uso de las familias, por el Dr ROGER, médico del Hospital Péan de Paris.

Un tomo en 8° menor, con laminas, pasta de tela. . . 6 fr. »

Dr DEBOVE. *Antiguo Decano de la Facultad de medicina de Paris*. **Manual de Patologia interna**. Version española por el *Dr Santiago Sainz*.

Un tomo en 8° de más de 720 páginas, con láminas negras dibujadas por el *Dr Daleine* de la Universidad de Paris, y otras en color, segun el Profesor Macé, en que figuran los bacilos de las principales enfermedades. Precio, tela . . . . . 16 fr. »

Dr BORJA. *Abogado Ecuatoriano*. **Estudios sobre el Código civil chileno,** obra publicada bajo los auspicios del gobierno del Ecuardor. Constará de varios tomos. — Han salido los 7 primeros tomos « Las obligaciones ». Précio de cada tomo á la rustica, 14 fr. 65, empastado . . . . . 17 fr. 35

CARLOS CALVO. **Colección histórica completa de los anales y tratados de la América latina.**

16 tonnes en 8°, 1/2 pasta, precio excepcional. . . . 138 fr. 65

J. AROSEMENA. **Estudios constitucionalas** sobre los gobiernos de la Amérîca latina.

Dos tomos en 8°, pasta. . . . . 26 fr. 65

Dr RENÉ ROGER. **La Colombie économique.**

Un tomo en 8° de algunas 500 páginas, con advertencia del Dr Casas, antiguo catedratico de la Facultad de derecho de Bogotá, y mapa en colores . . . . . 6 fr. »

LaS.Gr
169596
T.S.S.7n
Author Toro y Gisbert, Miguel de
Title Los nuevos Derroteros del idioma
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU